SANGRE ENTRE VIÑEDOS

Un thriller en La Rioja



JORGE ZARAGOZA GÓMEZ

SANGRE ENTRE VIÑEDOS

Jorge Zaragoza Gómez

© Jorge Zaragoza Gómez, 2024
Visítame en: https://www.jorgezaragozagomez.com
Todos los derechos reservados. *Sangre entre viñedos* es una novela de ficción cuya trama y personajes son imaginarios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

OBRAS DEL AUTOR

TRILOGÍA UN ÁNGEL NO DEBERÍA MORIR: un thriller policíaco adictivo y brutal protagonizado por una mujer convertida en inspectora de homicidios debido a su pasado.

Un ángel no debería morir
Caída al abismo
Los hilos del poder

NOVELA FINALISTA PREMIO LITERARIO AMAZON 2024: un thriller diferente protagonizado por una mujer muy especial que no te dejará indiferente.

Hermanos de Dios

THRILLER HISTÓRICO AMBIENTADO EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: una guerra, un secreto, una mujer dispuesta a arriesgarlo todo.

El secreto de Ilse

SERIE DETECTIVES LOBO Y DELGADO: apasionantes thrillers de misterio y suspense por la geografía española

Sangre entre viñedos (Un thriller en la Rioja)

Sombras de la infancia (Un thriller en Granada)

LO QUE DICEN LOS MEDIOS

"*Jorge Zaragoza Gómez crea el ecosistema perfecto para que los inspectores Clara Sánchez y Santi Blanes enganchen desde la primera hasta la última página.*" **ABC**

"*Una obra cargada de elementos que no solo atrapan al lector, sino que describen la realidad que la rodea con una fuerte crítica social relativa a cuestiones de actualidad* " **Diario Información**

"*Un ángel no debería morir es una muy buena novela de misterio, con giros en la trama, sorprendiendo cada capítulo y con una trama de asesinatos más que interesante. Quiero más.*" **Josu Grilli - Nº 1 Goodreads España**

LO QUE DICEN LOS LECTORES

***** Electrizante, me encantó toda la serie *****

***** Lo he leído en dos días *****

***** Adictivo total *****

***** Te engancha desde el principio *****

***** Arrebatadora aventura *****

***** Atrapado hasta el final *****

REGALO EXCLUSIVO

Gracias querido/a lector/a por adquirir este libro.

Espero que la novela te haga pasar un buen rato, que de eso se trata.

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y estar al tanto de las publicaciones y novedades del catálogo, así como disfrutar de contenidos exclusivos.

Además, por tiempo limitado, podrás **conseguir gratis el thriller policiaco** *Un ángel no debería morir*, la primera parte de una trilogía repleta de misterio y suspense que miles de lectores han disfrutado.

Pulsa el siguiente enlace para tu regalo:

Lista de correo de Jorge Zaragoza Gómez

O escanea el siguiente código QR:

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
NOTA DEL AUTOR

SANGRE ENTRE VIÑEDOS

1

Don Roberto Uriarte sabe que la vida todavía le reserva más sorpresas de las que, a sus años, desea conocer. Y eso a pesar de lo mucho que se ha esforzado en aplicar a conciencia los sabios consejos de su madre, desde el día en que tomó las riendas de la empresa familiar, tras el fallecimiento de su padre, cinco décadas atrás. En aquel entonces, Roberto apenas superaba la treintena. Ahora, cuando se acerca el día de su ochenta y cinco cumpleaños, la dura realidad le ha golpeado una y otra vez sin contemplaciones. Cierra los ojos y, por un instante, cree escuchar el tono suave de ella como si estuviera allí mismo, a su lado.

«Hijo, exígete el máximo a ti mismo, pero jamás esperes nada de los demás».

Cuánta razón atesoran unas palabras que Roberto no ha dejado de repetirse a lo largo de los años de liderazgo en Bodegas Uriarte. La experiencia le ha demostrado, a fuerza de decisiones envenenadas, que depositar la confianza en el prójimo es el camino más directo a la decepción. De modo que, últimamente se limita a buscar consuelo en la única persona que jamás le ha fallado: su esposa Isabel. Una mujer inquebrantable al desaliento, fuente continua de consejos acertados, la mejor cómplice de las decisiones empresariales recientes.

Isabel se ha mantenido siempre a su lado, incluso en los momentos más difíciles. ¿Cuántas veces se ha comportado él como un auténtico estúpido? Demasiadas. Incluso en aquellas ocasiones de las que no se siente en absoluto orgulloso, sino un ser mezquino y deplorable, su mujer le ha apoyado contra viento y marea. En el

fondo, Roberto está convencido de que toda persona esconde en su interior secretos inconfesables, pecados que se guardan para uno mismo. O como mucho, para el día del juicio final. ¿Ha llegado por fin el momento de redimirse de sus actos, aunque la decisión no vaya a ser del agrado de la familia?

Cuando necesita estar alejado de todo y de todos, Roberto se marcha a pasar la noche en la vieja casa de labranza, allí donde empezó todo. Aquellas paredes de piedra han visto nacer y crecer hasta límites impensables a Bodegas Uriarte.

Roberto se levanta del sillón orejero de cuero marrón envejecido, que se ha convertido en su mejor compañero en los momentos clave. Inspira aire profundamente y cierra los ojos. Un par de veces. Luego se acerca con pasos lentos hasta la vieja mesa de madera desvencijada de la que no se desprendería por nada del mundo. Sobre la misma ha firmado todas las decisiones importantes de la empresa. Falta la última y más trascendente de todas. Toma entre sus manos los papeles preparados por su fiel abogado y relee con calma la primera hoja. No puede evitar una sonrisa maligna al imaginarse la cara que pondrán sus hijos y el consejo de administración.

Antes de rubricar la decisión que cambiará para siempre a Bodegas Uriarte, Roberto decide salir a tomar un sorbo de aire fresco. El sol, una pequeña bola anaranjada, desciende por el horizonte, dotando de matices dorados ese paisaje que tanto adora, el mismo que le ha acompañado desde su niñez. Los viñedos repletos de uvas se extienden hasta donde le alcanza la vista, entre tonos ocre como un cementerio de lápidas de mimbre. Cada vid es un fantasma enmascarado, una criatura misteriosa que año tras año proporciona a Bodegas Uriarte las uvas más preciadas, aquellas que él mismo se encarga de seleccionar para producir los vinos que volverán a liderar las guías a nivel internacional.

Roberto ha perdido la cuenta de los galardones y premios que la bodega atesora. Entorna los párpados, y tras abrirlos, centra de nuevo la mirada sobre las vides. Planta tras planta, se crean líneas

paralelas que se prolongan hasta desvanecerse a los pies de una colina cuya silueta apenas alcanza ya a descifrar a través de sus fatigados ojos. No se escucha el menor ruido. Ni tan siquiera el sonido de algo vivo, un pájaro oculto entre las vides o el zumbido de un insecto. Él y la uva, nadie más. Siempre ha disfrutado de esa sensación de soledad junto a las vides retorcidas sobre sí mismas bajo una luz tenue que va menguando.

Transcurridos unos minutos, Roberto se lamenta de no haberse puesto ya la chaqueta de invierno para protegerse del frio. La temperatura no es tan baja, pero el relente le provoca un ligero escalofrío bajo la camisa de verano. Ese otoño que está al caer, promete ser casi invernal. No puede evitar un suspiro al que le sigue una ligera risa que ha brotado de forma espontánea a través de sus labios.

"¿Cómo ha podido cambiar tanto todo eso, en tan poco tiempo? Mañana empezará la vendimia", piensa, y ese pensamiento le provoca un disparo de adrenalina por las venas. Una sensación de euforia le invade. Siente que ha rejuvenecido tres décadas de golpe. Y no puede evitar que su mente lo transporte a sus años de mozo, cuando, con la espalda encorvada, seleccionaba los racimos y los cortaba con el corquete para echarlos al capazo. Una vez lleno, con las manos repletas de callos, se lo subía al hombro, se acercaba al carro y vaciaba la uva en el remolque. En las ocasiones en las que se paraba a darles unas palmadas de agradecimiento a los caballos, su padre se encargaba de recordarle que no se habían despertado a las cinco de la mañana para dedicarles unas carantoñas a los animales. Y entonces se cargaba de nuevo el capazo, pero en el otro hombro, para que no se volviera a hundir sobre una clavícula ya dolorida.

En los tiempos que corren, para la satisfacción de sus hijos, las cosas han cambiado mucho. Tal vez esa carencia de inculcarles la cultura del esfuerzo, de la superación y de la disciplina, donde el trabajo duro es la única manera de obtener la recompensa, de que no existen atajos, tenga la culpa de la situación a la que han llegado. Tal vez. O tal vez sea que el mundo gira más rápido de lo

que él lo puede ya seguir. Transportistas, conductores de tractores, braceros, operadores de las básculas, enólogos, personal de la bodega, comerciales, distribuidores, inspectores de trabajo, un crisol de personas y oficios están a menos de veinticuatro horas de iniciar una carrera frenética cuando se produzca el pistoletazo de salida de la vendimia.

Un frío húmedo que le ha empezado a calar en los huesos le recuerda que debe volver adentro. Al girarse, la silueta de la choza que se ha mantenido intacta desde que tiene recuerdos, sin los lujos de la vida moderna, le hace sentirse a gusto consigo mismo y con el mundo.

Al llegar a la puerta, la encuentra entreabierta. Su rostro dibuja un gesto de sorpresa. Juraría que la había dejado cerrada. Roberto menea la cabeza de lado a lado. Una prueba más de que su memoria no es como antaño y que corrobora la decisión que está a punto de ejecutar. Un chirrido estridente acompaña la apertura de la lámina de madera donde un ambiente cálido le recibe al entrar. Sus ojos se dirigen a la mesa y se da cuenta que los papeles que debe firmar han desaparecido. Roberto parpadea, nervioso, en un intento vano por comprobar si la vista le he jugado una mala pasada. Pero la escena se mantiene. Se adelanta con unos pasos lentos cuando percibe una presencia tras él.

Se gira con determinación. Los años al frente de la empresa mantienen fuerte un espíritu dentro de un cuerpo que ya no es capaz de acompañarle. Su mirada se enfrenta a unos ojos conocidos, que brillan en la penumbra de la sala.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, encolerizado.

Sin embargo, no obtiene respuesta. Apenas tiene tiempo de ver venir unas manos cubiertas por unos guantes de trabajo que lo agarran por la camisa y lo zarandean como si fuera un muñeco. El empujón lo desequilibra y cae de espaldas. Roberto ve pasar las vigas de madera a toda velocidad hasta que su espalda y la parte posterior de su cabeza golpean con violencia contra la roca del suelo. Un dolor intenso se apodera de su cuerpo. Quiere gritar, pero

no es capaz de emitir sonido alguno. El oxígeno apenas le alcanza los pulmones. Roberto boquea como un pez fuera del agua. Nota que la tela áspera tras la que se esconden unos dedos que conoce muy bien le acaricia las mejillas. Quiere levantarse, pero su dolorido cuerpo no responde a los estímulos que el sistema nervioso central envía a las extremidades. Esas mismas manos que hace un instante le han lanzado al suelo, le cogen con fuerza por las sienes y le levantan la cabeza. En los escasos microsegundos que la nuca tarda en impactar con fuerza contra la roca, Roberto ve pasar su vida como los fotogramas de una película a cámara rápida, hasta que todo se funde en negro.

2

Félix Lobo caminaba con sigilo, con el aliento contenido, por un pasillo estrecho y polvoriento con las paredes llenas de grafitis. El sonido de sus propios pasos repicaba en sus oídos, junto con el latido acelerado de su corazón. Sentía el peso de la Glock 9 mm que apretaba con determinación, las dos manos por delante, todos los sentidos concentrados en neutralizar a la célula terrorista. Era consciente de que necesitaban refuerzos, pero no habían tenido tiempo de esperar al equipo de intervención. Su compañero Merino le seguía, en silencio, también con el arma en alto. El chivatazo de última hora que habían recibido no dejaba margen de duda: los terroristas se sabían cercados. Al igual que un animal herido de muerte, el grupo planeaba actuar esa misma tarde, con la intención de provocar el mayor daño posible.

Al llegar al final de la galería, Félix escuchó unos gritos en árabe. Todo ocurrió muy rápido. De repente, una luz cegadora le envolvió al tiempo que un pitido de intensidad creciente martilleaba sus oídos. Se produjo un silencio absoluto. Una bolsa de aire ardiente lo elevó como una pluma y lo catapultó hacia la pared. Tras unos segundos en los que pensaba que había muerto, un olor a carne quemada provocó que intentara abrir los ojos, pero unos párpados repletos de ceniza se lo impidieron.

No podía asegurar cuánto tiempo transcurrió hasta conseguir abrirlos. Las luces estroboscópicas parpadearon en las sombras e iluminaron el rostro asustado de Félix y el suelo manchado de sangre. Su propia sangre. Poco a poco, las cosas fueron tomando forma. Había restos de vísceras y cuerpos esparcidos por el suelo y las paredes. Sentía una opresión en el estómago. Cuando fue consciente de que se trataba del torso ensangrentado de Merino, Félix gritó con todas sus fuerzas, un alarido que le arrancó de la

pesadilla que le acompañaba todas las noches desde hacía diecinueve meses.

Lobo se incorporó de un salto sobre la cama, la musculatura del cuerpo tensa, la frente perlada de unas gotas de sudor gruesas que le resbalaban por las sienes. Miró de reojo los números rojos parpadeantes rojos del radio despertador de la mesilla. Las cinco y veinte de la mañana. Apagó la alarma y salió de la cama. La pierna le respondió con un latigazo de dolor, pero se mordió el labio y se mantuvo erguido.

Todavía era noche cerrada. Cogió la esterilla y la dispuso en el centro del salón. Se sentó con las piernas cruzadas, cerró los ojos y empezó a respirar de forma profunda. El aire entraba pesadamente por su nariz, oxigenando sus pulmones, y luego salía con un suspiro suave. Poco a poco, trató de concentrarse en el ritmo de su respiración, lo que le ayudaba a que la tensión de su cuerpo se disolviera.

Pero su mente no se tranquilizaba con facilidad. Los recuerdos del sueño que lo había despertado, confusos y fragmentados, lo asaltaban sin tregua. Era una escena repetitiva, una sombra en la distancia, un grito ahogado de un compañero al que había perdido, por su insistencia en actuar.

Intentó desviar su mente hacia un lugar de calma. Imaginó un vasto campo verde bajo un cielo azul claro. Visualizó la hierba meciéndose gracias a un viento suave, el trinar de los pájaros en la distancia. Pero la sombra seguía ahí, en el borde de su conciencia, una presencia inquietante que no podía ignorar.

El dolor en la pierna volvió a llamar su atención. Félix se concentró en esa sensación, inhalando y enviando la respiración hacia el punto de la molestia, con la intención de disolverlo. Sabía que el dolor físico a menudo estaba ligado al estrés y la tensión emocional. Y en los últimos meses, su vida había sido de todo, menos tranquila. Decidió quedarse allí unos minutos, dejando pasar

de lado cualquier pensamiento que no fuera sentir cada inhalación y exhalación.

Cuando alcanzó cierto estado de tranquilidad, decidió que había llegado el momento de romper el ayuno. La última comida la había hecho a las tres de la tarde. Al llegar a la cocina, vio una gota seca de aspecto blanquecino sobre una encimera brillante. Tomó un paño del cajón, lo impregnó de un producto desinfectante y lo pasó varias veces por encima con unos movimientos circulares. Se agachó para comprobar de cerca que no quedaba rastro, antes de abrir la nevera.

Los estantes estaban ordenados, cada cosa perfectamente alineada en su lugar. En la parte superior, envases de vidrio con ensaladas frescas, pechugas de pollo y pescado que había sacado del congelador. Congelar los alimentos antes de su consumo era garantía de inactivar microorganismos. Un compartimento separado albergaba frutas y verduras, colocadas por tamaño: tomates, pimientos rojos, espárragos verdes y una caja de fresas.

En la puerta del frigorífico había varios botes de yogur griego natural, una botella de agua de manantial y un frasco de batido proteico. Félix sacó este último: el envase estaba lleno de una mezcla que había preparado la noche anterior, con espinacas, plátano, avena, proteínas y una pizca de jengibre. Lo agitó con fuerza y se lo bebió de un solo trago.

A continuación, fregó el recipiente a conciencia, con agua caliente. Le echó un chorro de alcohol y frotó de nuevo meticulosamente toda su superficie, con la esperanza de que no pudiera sobrevivir ningún virus, bacteria o germen que pudieran penetrar en su cuerpo y hacerlo enfermar.

«Eres un maniático, déjalo ya». Pero al comprobar bajo el foco de la cocina que un pequeño rastro de suciedad seguía aferrado a la base, frotó una vez más la superficie como si quisiera perforarla. Satisfecho por fin con el resultado, volvió al salón.

Todavía disponía de un par de horas. Se empleó durante la primera media hora en limpiar un poco la casa. No eran manías, era sentido común. No lo hacía desde el día anterior. Del armario de la galería, sacó un cubo enorme de productos de limpieza y una bolsa etiquetada. Estaba cerrada al vacío y contenía un par de paños, una bayeta, un cepillo y una esponja. Los había desinfectado a conciencia el fin de semana y empaquetado junto con otras seis bolsas destinadas a cada uno de los días de la semana. Después de la limpieza, decidiría si los mantenía o compraba nuevos. La tienda al por mayor del barrio le ofrecía unos precios reducidos y a menudo era más inteligente comprar otros que intentar reciclarlos.

Cuando terminó de hacer un repaso a toda la vivienda, notó que había calentado lo suficiente la musculatura, incluida la pierna. La siguiente hora, Félix la dedicó en cuerpo y alma a su rutina física. Colocó una esterilla en el suelo del salón y comenzó con unos ejercicios de calentamiento. Los músculos de sus brazos y piernas se tensaron y relajaron con cada estiramiento, demostrando que, a pesar de las cicatrices, su cuerpo seguía en forma. Las marcas de la explosión de la bomba, líneas irregulares y oscuras, cruzaban su piel lechosa.

Empezó con unas flexiones. Las mismas que su padre le había obligado a hacer desde que tenía recuerdos. El coronel Lobo del ejército de Tierra se había permitido delegar pocas cosas en su vida, y desde luego, una que mantuvo de forma estricta bajo su control fue encargarse personalmente de la educación física y moral de su único hijo varón. Y eso a pesar de los innumerables cambios de destino. El coronel Lobo era un hombre recio, como él mismo no se cansaba de repetir una y otra vez. «Como Dios manda». Recordar esas palabras de los labios de su padre siempre provocaba el mismo efecto anabolizante en Félix, que aceleró frenéticamente el ritmo del ejercicio hasta caer exhausto.

Al finalizar la sesión, Félix disfrutó de ese cóctel de hormonas compuesto por endorfinas, adrenalina y testosterona que siempre le acompañaba al finalizar el ejercicio físico intenso. Una claridad

incipiente se colaba por la ventana cuando se fue a la ducha. El impacto del agua fría le golpeó la piel con miles de agujas, para recordarle que estaba vivo. Cerró los ojos y dejó que el caudal helado recorriera su cabeza y cuello.

Tomó un gel de baño antibacteriano y comenzó a frotar su cuerpo con movimientos lentos y precisos. Empezó por los hombros, bajando lentamente por los brazos, asegurándose de limpiar cada pliegue. Prestó especial atención a las cicatrices que cruzaban su torso y pierna izquierda. Ahí, se concentraba en frotar sin pasarse para no irritar la zona, pero con la suficiente fuerza como para sentir que las marcas estaban limpias. Estuvo así un buen rato, centrado en cada centímetro de su cuerpo, hasta que se enjuagó el jabón. Luego se quedó unos minutos más bajo el agua fría, con una agradable sensación de limpieza y renovación.

Salió de la ducha y se secó con una toalla blanca, que estaba perfectamente doblada y colocada en el borde del lavabo. Frente al espejo, comprobó que, a pesar de hacer ejercicio físico intenso, no conseguía desarrollar la musculatura. Su cuerpo espigado le había acompañado desde que dio el estirón con tan solo doce años.

Se afeitó con movimientos precisos y eficientes, dejando su rostro limpio y sin un solo rasguño. Tuvo cuidado de sortear con precisión la gruesa cicatriz que le caía en vertical por la mejilla. Luego, con una meticulosidad casi ritual, eligió una camisa blanca del armario. Era de un blanco puro e inmaculado, sin una sola arruga. Félix la desabrochó y se la puso, sintiendo el suave contacto del algodón de alta calidad contra su piel. Disfrutaba de ese olor a ropa limpia. Cada botón fue abrochado con cuidado, desde el cuello hasta el final. Para finalizar, alisó la tela con las manos, asegurándose de que no hubiera pliegues.

Miró su reflejo en el espejo, con especial atención a cada detalle de su apariencia. El cuello rígido de la camisa se ajustaba alrededor de la nuca con precisión. Combinó la camisa con unos pantalones oscuros, pulcros y bien cortados. No gastaría el dinero en restaurantes exclusivos o viajes, pero la imagen era importante,

máxime si la fisionomía no acompañaba de forma natural. Por eso mismo recorrió todas las tiendas de antigüedades de Madrid hasta que por fin dio con el bastón en madera oscura y la cabeza metálica de un águila.

Satisfecho, tomó el móvil en sus manos y lo encendió. Tenía cuatro llamadas perdidas de ese abogado que se había mostrado tan insistente en mantener una charla con él. El hombre no le había querido adelantar detalles, tan sólo que su cliente, la dueña de una importante empresa bodeguera de La Rioja, deseaba contratar sus servicios.

El vuelo procedente de Bilbao, donde viajaba el abogado, había llegado la noche anterior cerca de las once y a pesar de la insistencia, Félix se negó a recibirle a las horas intempestivas propuestas por el hombre y concertó la cita a las ocho de la mañana, en un conocido bar, al lado del hotel donde se hospedaba.

Lobo se calzó unos zapatos Oxford negros relucientes y se enfundó en una gabardina gris que colgaba del perchero. Sacó una mascarilla de la bolsa del cajón de la mesita de la entrada y se la ajustó a la cara. Finalmente, dio un último vistazo a su reflejo en el espejo. Con un leve asentimiento de satisfacción, se dirigió hacia la puerta. Tomó el bastón y echó la llave a las tres cerraduras, en el mismo orden de todos los días. Pero esa mañana, cuando salió y marcó el número de la planta baja del ascensor con la ayuda de la cabeza del águila, Félix tuvo el presentimiento de que el día le iba a deparar muchas sorpresas.

3

A las seis de la mañana, Nora Delgado abrió por fin los ojos. Estaba temblando. La posición fetal no le había servido para conservar el calor. Su sangre gaditana, la misma que le había proporcionado unos ojos oscuros, pelo negro rizado y una piel tostada de café, era alérgica al frío. Al ver a Fernando dormir envuelto en la sábana y la colcha, comprendió el porqué de ese sueño desapacible en el que se moría de frío y la había despertado. En algún momento de la noche su marido se había enrollado como una larva, arrebatándole la capa de calor tan necesaria para las noches de un otoño que ya asomaba a las puertas de Madrid.

Hacía tan solo nueves meses que habían dejado Chiclana. Allí la gente todavía se bañaba en el mar y daba paseos en bañador y manga corta por la costa. Añoraba ese olor a salitre y humedad que había impregnado sus pulmones tantos años, tan diferente al aire seco y frío de la ciudad dónde se habían establecido. Nora no estaba convencida de haber tomado la decisión correcta, pero era la última oportunidad para mantener un matrimonio que ya había atravesado varias crisis. El reciente ascenso de Fernando a director comercial en la empresa petroquímica en la que entró en prácticas al acabar los estudios universitarios requería instalarse en la capital.

Nora era perfectamente consciente de que, si ella hubiera permanecido en Chiclana, al mando de su laboratorio independiente, el mismo por el que tanto esfuerzo había sacrificado para sacarlo adelante, la ruptura habría llegado más pronto que tarde. El amor a distancia no funcionaba. Y todavía quería al hombre que roncaba con la potencia de un tenor a su lado, por mucho que la hubiera dejado desprovista de cobertura, como tantas otras noches. Él le había pedido un año. Ni un día más. Si la cosa no funcionaba, volverían a Cádiz y él buscaría otro trabajo. Nora dudaba de que

Fernando fuera a abandonar un puesto por el que tanto había luchado. El frío hizo que un escalofrío recorriera su columna vertebral. Sin dudarlo un instante, Nora le arreó un manotazo en el hombro.

—*Quillo*, déjame algo *pa* taparme.

Un fuerte tirón de la sábana hizo que Fernando se agitara y murmurara algo incomprensible, pero cedió la tela. Nora se acomodó entonces bajó las sábanas, con la esperanza de poder dormir todavía un rato hasta que la alarma les sonara. El movimiento de ambos sobre el lecho marital provocó severos crujidos en el somier. No en vano entre los dos sumaban una buena cantidad de kilos, que sobrepasaba la doble centena.

Nora Delgado se repetía que ella no tenía la culpa de haber heredado los genes de su abuelo materno, esos mismos que le habían proporcionado un tren inferior, unas caderas y unos hombros capaces de cargar ella sola con una carreta. Como un animal de trabajo. En un arrebato de furia se giró y en esa ocasión fue ella la que le dejó desprovisto de algo con lo que cubrirse. Un nuevo quejido de los muelles bajo sus cuerpos hizo que Fernando reaccionara.

—Esta cama no va a aguantar mucho —dijo él a modo de queja, entre sueños.

—Hoy empezamos el régimen.

Fernando profirió lo que al principio parecía un bufido, pero que poco a poco se transformó en una carcajada.

—Como todos los lunes desde que nos conocemos.

—Quiero un matrimonio que pueda dormir en una cama, sin romperla —replicó ella.

Nora suspiró. Un carácter fuerte, esta vez herencia de su abuela, a veces no bastaba para evitar cuestionarse el tipo de vida que había aceptado llevar. Haberse convertido en ama de casa nunca había entrado en sus planes. Y ahora, a punto de entrar en la década de los cuarenta, todavía menos. Pero Nora solía encontrar

soluciones rápidas para esos momentos de bajón. Sabía que asumir nuevos propósitos, nuevos proyectos, solía devolverle la alegría.

Por eso había decidido que era el momento idóneo para afrontar una dieta que les permitiese a ambos rebajar unos kilos, un objetivo que siempre había anhelado, pero nunca alcanzado. En esos días difíciles, cuando los pensamientos negativos la asaltaban con más frecuencia de la deseada, había encontrado una fuente extra de motivación para controlar las calorías.

Fernando se incorporó sobre la cama, y el crujir seco de una de las patas de madera hizo temer lo peor a Nora. Finalmente, todo quedó en un falso aviso. Su marido alargó la mano para quitar la alarma del móvil.

—¿Te vas a levantar ya? —le preguntó ella mientras le pasaba el brazo por detrás del cuerpo y le apretaba con fuerza.

—Tengo mucho trabajo hasta que nos vayamos de viaje. Toda una semana fuera, justo ahora… —Fernando hizo una especie de rebuzno, moviendo la cabeza de lado a lado. Se giró y tomó la cara de Nora entre sus manos—. Es muy importante cerrar el acuerdo con los japoneses. Hablamos de una inversión multimillonaria. No quiero ni pensar que se pueda torcer todo en el último momento. Están todos como locos, Mamen, Javier… —. Si sale bien, este acuerdo puede cambiar nuestro futuro.

—Claro mi niño, todo irá bien. Ya verás, los japoneses firmarán antes del jueves y por fin podremos disfrutar de esa merecida escapada. Cinco noches, tú y yo solos, alejados de esta ciudad. ¿Cuándo fue la última vez? Te prohíbo que te lleves el móvil o el portátil. ¿Me lo prometes, verdad, mi niño?

Fernando se levantó de la cama con bastante agilidad. No tenía el cuerpo de un obeso mórbido que no ha hecho deporte en su vida, sino más bien el de un *guard* de la línea de ataque de fútbol americano, el responsable de abrir camino para los corredores. Cuando Fernando nació, a principios de los ochenta, la base de Rota alcanzaba su máximo tamaño, con 16.000 marineros y sus familias. Desde bien pequeño había jugado en el equipo de fútbol americano,

destacando a temprana edad contra militares que le sobrepasaban en años y músculos. A Nora no le cabía la menor duda de que si Fernando hubiera nacido al otro lado del atlántico, se habría convertido en un jugador profesional de la NFL.

—Voy a prepararte el desayuno —dijo él.

—Nada de huevos con beicon, Fernando, hoy tomaré una pieza de fruta y un té.

Nora escuchó un trote estrepitoso que se desplazaba de un lado a otro del pasillo, hasta la cocina.

—Ni tampoco tortitas —gritó ella.

—Claro, claro… —escuchó en la distancia.

Nora Delgado sacó las dos piernas de la cama. Ella no estaba gorda, grande tal vez, pero no gorda. Al igual que Fernando. Unos cuerpos fuertes, esa era la diferencia. Una vez había leído que el homo sapiens y el neandertal se habían cruzado, compartiendo genes. Que la razón de que no quedaran no es que acabáramos con ellos, un exterminio en toda regla, sino que los actuales humanos, en el fondo, éramos una mezcla de ambas especies. Tal vez ahí radicaba la explicación de que por mucho que lo intentara, no pudiera cambiar su fisionomía. Convencida, confirmó que ella era la clara evidencia de que los neandertales no habían desaparecido, un cuerpo que quedaba a años luz del que lucían las estilizadas modelos en los desfiles de pasarela.

Nora sonrió pensando en sus ancestrales antepasados y apoyó las manos sobre los párpados, los codos apoyados en los muslos, dispuesta a eliminar de la cabeza toda tentación de comida cuando una lengua pegajosa y húmeda empezó a darle lametazos por todo el cuerpo. Abrió los ojos y vio a Luna con las patas delanteras apoyadas en sus rodillas, dispuesta a dedicarle lengüetazos el tiempo que hiciera falta. Nora le agarró el hocico y le dio un sonoro beso. Ese morro húmedo era lo segundo que más le gustaba después de los labios de su marido.

—Hola Luna. ¿Has sido buena hoy?

La perra bajó sus patas, se sentó y ladeó la cabeza, la boca abierta. Nora estaba convencida de que ese animal la entendía mejor que la mayoría de las personas.

—Hoy empezamos una nueva vida, ya verás.

Se levantó y el animal empezó a dar vueltas a su alrededor. El criador ya la había advertido del carácter inquieto de la raza, una Labrador Retriever. Pero lo que en realidad la tenía cautivada era su lealtad y su capacidad para aportar alegría en cada momento de su vida. Luna se había convertido en su mejor compañía, en las largas horas de ausencia de Fernando. Una perra devota, siempre lista para jugar o consolar, sabía cómo debía comportarse en cada momento.

Nora se dirigió a la cocina con la perra dando saltos a su alrededor y se encontró a su marido metido en plena faena con dos huevos en la sartén.

—¿Frito o revuelto? —preguntó él.

—No me jodas mi niño, que me entra un *corahe*…

Fernando levantó una ceja.

—O sea, que vamos en serio.

Nora sintió un calor sofocante en las mejillas. Estaba a punto de explotar con alguna algarabía, cuando Luna le empezó a lamer los pies. Definitivamente, esa perra era capaz de detectar su estado de ánimo.

—Vale, veo que esta vez te lo has propuesto de verdad. —Fernando la agarró por la cintura y le apretó con fuerza las nalgas—. Ya sabes cómo me gustan a mí las mujeres, las delgaduchas no hay por dónde agarrarlas.

—Que zalamero eres.

Nora quiso besarlo, pero Fernando se separó de ella.

—Me voy a dar un *flete* a ver si consigo empezar a trabajar prontito, para adelantar unas cosas.

Nora señaló el reloj de cocina.

—Pero si no son ni las siete.

Para cuando acabó la frase, su marido ya había engullido los huevos fritos junto a una rebanada de pan y se desplazaba en calzoncillos camino a la ducha, con el movimiento de un velero en medio de la tempestad.

Nora suspiró. Abrió una nevera abarrotada y a la que tendría que dedicarle parte de la mañana para su limpieza. Había múltiples paquetes de embutidos, quesos variados, un regimiento de quintos de cerveza que ocupaban la mayor parte de la superficie y varios botes de salsas abiertos que tendría que repasar a conciencia ya que tenían el aspecto de haber caducado. Del cajón de las verduras sacó una zanahoria reblandecida en cuya cabeza empezaban a florecer unos tallos verdes. Nora los tocó con curiosidad y luego olisqueó el vegetal. Estaba comestible. Tras unos segundos bajo el grifo, le dio un mordisco.

—Dios mío, que cosa más mala, mi niña —le confesó a la perra.

Luna le respondió con un ladrido y se sentó a su lado, observándola con atención. Cuando Fernando entró y la vio sentada, con unos ojos tristes puestos sobre media zanahoria, no pudo evitar la pregunta.

—¿Qué es eso?

—¿Tú qué crees, *quillo*? —La levantó y le señaló con ella como si fuera un arma—. Una zanahoria.

Fernando repitió su habitual gesto de alzar la ceja izquierda.

—¿Y desde cuándo las zanahorias sirven de espada?

—Desde hoy, cariño. La dieta ninja ha comenzado. Así que prepárate, porque cualquier tentación será eliminada con mi fiel zanahoria-sable.

Nora le pasó la improvisada arma por la zona genital, en un gesto semicircular. Fernando no pudo reprimir una carcajada.

—Vale, general ninja, pero si no te importa, yo continuaré con mis desayunos.

—Alto ahí —le apretó con el pequeño trozo de zanahoria sobre el pecho—. O te unes a mí, o vas contra mí.

El hombre le dio un beso.

—Lo que tu digas, pero sin cerveza no puedo vivir.
—Serás cabrón.

4

Una penumbra azulada caía sobre el cielo de Madrid. Lobo llevaba ya media hora caminando. Su largo cuerpo encorvado, apoyado en su bastón, se movía por las calles de la ciudad con un ritmo acompasado, con cierto aire de bailarín.

Félix disfrutaba del aire limpio de las primeras horas de la mañana, la mascarilla colgada del cuello para oxigenar sus pulmones. A las siete y media, la capital comenzaba a despertarse, acompañada de un tráfico incipiente que pronto transformaría el agradable y fresco ambiente en un aire polucionado y nocivo para la salud. Había valorado vivir en una casa de campo en algún pueblo de la sierra, al norte de Madrid, pero al poco de abrir la agencia de detectives, constató, muy a su pesar, que el trabajo le requería mantener la residencia en la ciudad. Debería aprender a convivir con la locura y la insalubridad de la gran urbe.

Lobo avanzaba ya por la calle O'Donell en dirección a la Puerta de Alcalá. Las primeras luces del día comenzaban a filtrarse entre los edificios, que teñían de dorado los ventanales de los antiguos palacetes. Los inmuebles que bordeaban la calle eran un testimonio del esplendor arquitectónico del pasado, con sus fachadas ornamentadas y balcones de hierro forjado. Algunos de estos palacetes mostraban un estilo ecléctico, los elementos modernistas se combinaban con detalles neogóticos y renacentistas. Las puertas de madera tallada y las ventanas arqueadas, decoradas con vitrales coloridos, daban un aire de elegancia a la avenida. El ruido de los vehículos empezaba a llenar el aire, pero por un breve momento, Lobo disfrutó de la tranquilidad relativa de la mañana madrileña. A su paso, las cafeterías comenzaban a abrir, con empleados dispuestos a empezar el día de una ciudad muy viva.

Al llegar al cruce con la avenida de Menéndez Pelayo, Félix decidió adentrarse en el parque del Retiro. Mientras caminaba, observó a los corredores matutinos y a los ciclistas que aprovechaban la calma de esas primeras horas. Pasó junto al estanque, donde las barcas se mecían perezosamente sobre el agua y dibujaban suaves ondas sobre una lámina de agua que reflejaba un cielo cada vez más claro. Las vidrieras del Palacio de Cristal capturaban los primeros rayos del sol en medio de la vegetación.

Al salir del Retiro por la Puerta de Alcalá, Félix se detuvo un momento para contemplar la imponente estructura. Los arcos de piedra, aún envueltos en la suave luz del amanecer, parecían custodiar la entrada a la vorágine de la ciudad. Frente a él, la calle de Alcalá comenzaba a cobrar vida, una señal inequívoca de que el día en Madrid comenzaba oficialmente a andar. Apretó la cabeza del águila del bastón, respiró hondo y se preparó para sumergirse de nuevo en el bullicio de la afamada churrería en la que le había citado el abogado.

Félix se colocó la mascarilla para no notar el olor a aceite quemado y empujó la puerta de la cafetería, con cierto recelo. El tintineo de la campanilla de la puerta resonó en el pequeño local lleno de mesas de metal y sillas de plástico. Los suelos, aunque recién fregados, mostraban un brillo aceitoso que Félix notó de inmediato. Se despertó en él una sensación de inquietud.

Las voces de los camareros, los clientes y el sonido de fondo de una televisión reverberaban por el local con un eco que se multiplicaba por cien por los ventanales de vidrio que hacían rebotar el sonido aumentado. Las vitrinas de cristal que exhibían los churros y porras tenían pequeñas manchas de grasa, tal vez imperceptibles para cualquiera que no tuviera sus ojos escrutadores, pero no para él. El mostrador, donde un camarero le sonrió, tenía migas dispersas y huellas de dedos pegajosos, lo que lo hizo fruncir el ceño. Tras el hombre, al fondo, la freidora burbujeaba con un olor que traspasaba su barrera de tela.

Las paredes, decoradas con azulejos blancos, tenían algunas esquinas amarillentas por el humo y el aceite acumulado por el tiempo. Félix se forzó a respirar hondo, para aplicar las técnicas de control mental que su terapeuta le había enseñado para esos momentos. Una mosca zumbó cerca de una de las luces del techo, y el simple hecho de imaginar su posible contacto con la comida le produjo un sudor frío.

No había encontrado mucho en internet sobre Álvaro Ezquerro. Una búsqueda rápida en Google le llevó hasta su perfil profesional en LinkedIn. Dentro de un mes el hombre cumpliría los cincuenta y siete años y atesoraba una dilatada experiencia en derecho mercantil, tal y como adornaba su currículum. De la fotografía que había colgado en las redes, Lobo no tardó en reconocer su figura horonda y su escaso pelo blanquecino sobre la cabeza. Estaba sentado a una mesa, con la mirada fija en la televisión que en ese momento emitía el noticiario de la mañana.

—¿Don Álvaro Ezquerro?

El hombre parecía absorto por la pantalla mientras sorbía de forma ruidosa una taza de café con leche.

—¡¿Don Álvaro Ezquerro?!

El abogado giró la cabeza y bajó la taza. Una mancha líquida de tonalidades marrones adornaba su labio superior. Su expresión cambió, y se levantó de la silla, con la mano extendida. Félix le ignoró el gesto y mantuvo los brazos pegados al cuerpo, pero asintió con la cabeza.

—El mismo —respondió el hombre—. Por favor, tome asiento. Supongo que es usted el investigador privado Félix Lobo. —Unos dedos gruesos le señalaron la silla al otro lado—. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

Félix se quitó la gabardina y la depositó en el respaldo. Un olor a aceite requemado inundó sus fosas nasales antes de que un camarero le sirviera al abogado un plato con media ración de

churros. Lobo se estremeció. Cualquiera podría haber echado algo en el plato, por el camino desde la cocina. Por no pensar en la mosca del techo que había visto antes. Casi por instinto, sacó el gel hidroalcohólico del bolsillo que colgaba a su lado, se echó unas gotas y se frotó las manos.

—Desde que salimos del confinamiento no veía a nadie con mascarilla, y menos todavía usando esos geles —le confesó como si le revelara un secreto.

El abogado cogió uno de los churros del plato, lo mojó en el café con leche y se lo llevó a la boca. La masa harinosa crujió bajo los mordiscos de una dentadura que había abandonado las tonalidades blanquecinas hacía ya mucho tiempo. No como la piel de su cara, parecida a la de Félix. Los ojos de Lobo no quitaban la vista de su interlocutor.

—¿Está seguro de que no desea probar estos churros? Están deliciosos.

Félix negó con la cabeza. El abogado esperó a que el camarero se alejara lo bastante, para empezar a hablar.

—Estoy aquí por mi clienta. Doña Isabel Arnáez. ¿Le dice algo el nombre?

Félix volvió a negar.

—Es la esposa del difunto Roberto Uriarte, patriarca y fundador de Bodegas Uriarte, el mayor conglomerado empresarial del mundo del vino, que extiende sus dominios por el territorio nacional y varios continentes. Por desgracia, debo informarle que Don Roberto falleció hace tres días, resultado de lo que parece que fue un trágico accidente. Al señor Uriarte le gustaba pasar la noche anterior al comienzo de la vendimia en su vieja casa de labranza, al costado de las vides más viejas de la familia. Una tradición que respetaba año tras año. Verá usted, en la Rioja, el día de la vendimia es una especie de festividad nacional. La uva debe recogerse en el momento óptimo de maduración, ni un día antes, ni un día después. Los mejores vinos se consiguen gracias a esos pequeños detalles que se transmiten de generación en generación. De hecho, el señor

Uriarte se definía él mismo un viticultor, no como bodeguero —el abogado se detuvo y se le quedó mirando—. Señor Lobo, ¿no le molesta llevar puesta la mascarilla?

Félix decidió que la imagen era importante y mostrarse como un obseso maniático no iba a jugar a su favor. Se la quitó y provocó el efecto esperado. Los ojos azules, casi blanquecinos del abogado, se centraron en la cicatriz de la mejilla izquierda, pero el hombre no hizo comentario alguno al respecto. Tomó la mitad del churro, lo mojó de nuevo en la bebida y se lo llevó a la boca. Una balsa de aceite quedó flotando sobre la superficie del café con leche. El ruido de la comida triturada por aquella dentadura le alteró a Lobo los niveles de adrenalina y cortisol. Inspiró, para calmarse, pero lo que en realidad consiguió fue que la peste a fritanga le provocara un empeoramiento de los niveles hormonales negativos que circulaban por su sistema circulatorio.

—Verá, como le decía, a Don Roberto le gustaba decidir el día exacto de comienzo de la vendimia. En el caso de los vinos premium de la bodega, aquellos de los que estaba tan orgulloso, el momento exacto de comenzar la recolección puede marcar la diferencia. Igual que todos los años, el pasado viernes, se retiró él sólo a la vieja casa de labranza. Un ritual que le gustaba practicar en solitario. Él y las vides. Nadie más. No fue hasta la mañana siguiente, cuando Blas Zalduendo, uno de los trabajadores más fieles de la familia, se encontró el cuerpo sin vida en el interior de la casa.

—¿Con signos de violencia?

El abogado movió las manos con unas rápidas oscilaciones.

—Todo parece indicar que el fatídico suceso se produjo por una caída. De espaldas. Don Roberto debió trastabillar y se golpeó en la nuca con un saliente de una roca del suelo. Nunca quiso reformar esa casa, una especie de talismán para el hombre. Ya ve, cosas del destino.

—¿Qué desea entonces?

El abogado apartó el plato y bajó el tono de voz. Iba a arrancar a decir algo, cuando un alarido en forma de "Una docena de churros

para la mesa tres” hizo que se detuviera. Cuando el camarero dejó de vociferar, retomó la palabra.

—Mi clienta habló con el coronel Machado de la Comandancia de la Guardia Civil en Logroño. Es un viejo amigo de la familia Uriarte. También lo hizo con la jueza Espinosa, pero ninguno de los dos considera que exista evidencia que haga sospechar de un homicidio. Don Roberto estaba a punto de cumplir ochenta y cinco años, y hace tan solo dos veranos, en plena faena, recolectando la uva, cayó y se fracturó la cadera. Se lo digo para que entienda que era un hombre fuerte, pero el paso del tiempo hace mella en todos. Nadie queda a salvo. El médico forense certificó que el fallecimiento se produjo por causa de una fuerte contusión en la parte posterior del cráneo. Un resbalón, una desdichada caída de espaldas parece los más probable. ¿Sabía usted que las caídas se han convertido en la primera causa de muerte en España no motivada por una enfermedad? —El abogado volvió a sorber el café con leche, con estruendo—. No se ha echado en falta nada en el interior de la propiedad, ni se encontró indicio de lucha o discusión. La puerta estaba abierta. Todo estaba tal y como lo debió dejar Don Roberto antes del accidente. Hasta había descorchado una de las botellas de su bodega privada, que por desgracia no pudo ni probar.

—¿Y entonces, a qué debo su visita?

—Mi clienta desea que acepte venir a Logroño. Le gustaría mantener una conversación en privado con usted. Luego, es libre de decidir. —Ezquerro elevó de nuevo el tono de voz—. Por supuesto, correremos con todos los gastos y además recibirá una generosa compensación por el viaje.

El abogado sacó un sobre de la chaqueta y lo arrastró sobre la mesa. ¿Cuántos gérmenes se habrían impregnado a aquella superficie durante el trayecto? Lo abrió con la ayuda de una servilleta. Por el grosor del taco de billetes de cien, calculó que debía haber entre cuatro y cinco mil euros.

—Mucho dinero para una conversación privada en Logroño, ¿no cree?

—Mi cliente siempre desea contratar a los mejores. Ya le dije que su nombre nos lo dio el coronel Machado. Él nos aseguró que usted es nuestro hombre.

5

A Nora Delgado le costó un buen rato enfundarse en las mallas negras que se había comprado la última vez que decidió hacer deporte. Forcejeó como una energúmena cuando la prenda alcanzó la parte alta de los muslos. Hubo un momento en el que estuvo a punto de tirar la toalla, pero al grito de "*malafollá* tenía el que diseñó esta mierda", logró subírselas del todo.

Luna la observaba con curiosidad desde la esquina de la habitación. Con un suave movimiento de cola y una inclinación de cabeza, parecía preguntarse qué hacía su dueña. Cuando Nora se puso finalmente de pie, las mallas ajustadas a la cintura le hacían respirar con dificultad. Luna se levantó y se acercó. Olfateó sus piernas, para asegurarse de que todo estaba en orden. Luego, con un par de saltos alegres, comenzó a girar alrededor de ella, como si celebrara su victoria contra la prenda rebelde. Nora completó el atuendo con una camiseta negra de algodón amplia y un polar fino.

El estómago le empezó a rugir cuando se agachó para acordonarse las zapatillas de deporte. La zanahoria blandengue y con tallos verdes debía tenerla ya por los pies. Había leído que beber agua ayudaba a calmar el hambre. En la cocina bebió un vaso entero, de un trago. Luego cogió el cuenco de metal de Luna y se lo llenó. "Bebe cariño, que te va a hacer falta". La perra dio un par de lengüetazos y se quedó mirándola. Ella la cogió con sus manos por la boca y le dio un beso en el hocico negro y húmedo. "Pero que lista eres, por Dios".

El sol apenas había comenzado a calentar el día cuando Nora y Luna llegaron al parque del Retiro. A esa hora de la mañana, sobre la ocho y media, el recinto estaba casi vacío, salvo por unos cuantos corredores y madrugadores que paseaban. La brisa fresca y el suave

murmullo de las hojas les dieron la bienvenida mientras cruzaban la entrada principal. Nora miró a su alrededor, con una mezcla de emoción y nerviosismo. No estaba preparada para una rutina de ejercicios intensa, pero el simple hecho de estar allí ya era un logro. Luna, con su energía innata, tiraba enérgicamente de la correa, ansiosa por explorar y correr.

Nora intentó recordar sus días en la Academia de Oficiales de la Guardia Civil. Quedaban lejos, pero algo debía permanecer en el fondo de esa cabezota que Dios le había dado. “Donde hubo fuego, siempre quedan brasas”. Se detuvo en una de las áreas designadas para estiramientos y comenzó con algunos movimientos básicos, sin prestar atención a las miradas curiosas de los pocos presentes. Luna, siempre atenta, se sentó a su lado, interesada en los movimientos de su dueña. Después de unos minutos de estiramientos torpes, Nora decidió que era suficiente por el momento. ¿Cómo podía haberse echado a perder de esa manera?

Soltó la correa de la perra, para que corriera con libertad. Luna salió disparada, feliz de poder explorar sin restricciones. Nora la seguía con una sonrisa recuperada. Disfrutaba del aire fresco y la tranquilidad del parque a esa hora temprana.

Mientras caminaban por los senderos bordeados de árboles, Nora notó un suave maullido que provenía de unos arbustos cercanos. Se detuvo, aguzando el oído, y escuchó el sonido nuevamente, esta vez más fuerte y desesperado. Miró a su alrededor, con la intención de localizar la fuente del ruido.

"Luna, espera", dijo Nora, y se agachó para apartar las ramas. La perra, siempre curiosa, se acercó, olfateando con interés. Entre las hojas, Nora descubrió un pequeño gatito, tembloroso y asustado, atrapado en una maraña de ramas. Sin pensarlo dos veces, extendió la mano y, con cuidado, liberó al cachorro de su prisión vegetal. El pequeño animal la miró con ojos grandes y asustados, pero no intentó escapar. "Tranquilo, pequeñín. Ya estás a salvo", murmuró. Luna observaba la escena con curiosidad, a una distancia respetuosa. Nora rebuscó en su mochila y sacó una botella de agua.

Mojó un poco su mano y dejó que el gatito lamiera el agua de sus dedos. "Tienes sed, ¿verdad? Pobrecito..."

Nora se levantó con su inesperado acompañante en brazos y se dirigió a un banco cercano. Allí, sacó una pequeña toalla de su mochila y lo envolvió para darle calor. "Vamos a buscarte ayuda", prometió, mientras el animal se acurrucaba. Luna se sentó a los pies de Nora, con las orejas tensas.

—Vamos, hoy en vez de empezar con el deporte, nos toca ayudar a este pequeñajo.

Y se dirigieron en busca de un veterinario. Llevarían andados unos cincuenta metros en paralelo al estanque, cuando divisó una figura espigada a los lejos, ayudada por un bastón, con una gabardina que le llegaba por las rodillas y que venía hacia ella con unos andares peculiares. El estómago le dio un vuelco. Nora había identificado de inmediato al hombre y él pareció haber detectado también su presencia, ya que se detuvo en seco y levantó los ojos en su dirección. Una mirada que le devolvió a un tiempo jamás olvidado, pero en cierta manera superado. Luna empezó a ladrar y le mordisqueó para que avanzara. Nora llegó con pasos lentos hasta él, el gato acurrucado en su pecho, la perra al lado sin dejar de brincar.

—¡Hola, Lobo!

—¿Delgado?

Félix se quedó quieto, sin saber cómo reaccionar. Por instinto, estiró el brazo.

—*Quillo*, tantos años sin vernos… —Una sonrisa floreció en el rostro de Nora—. Anda, agáchate para que pueda darte un par de besos.

El detective se mantuvo quieto un instante. Finalmente dobló la espalda y Nora le besó en ambas mejillas. Una cicatriz le cruzaba la izquierda. Lobo se limpió los restos de saliva con ayuda de la manga y se incorporó de nuevo. Bueno, más bien se encorvó de nuevo. Luna dio un par de ladridos, su manera de saludarlo.

—¿Qué…?, ¿qué haces por Madrid? —preguntó ella sin quitar la vista del bastón—. Lo último que escuché de ti es que te habías ido

a Logroño, al GAR.

Félix asintió y tragó saliva, como si fuera a decir algo, pero permaneció en silencio unos segundos, hasta que por fin habló:

—Sí, necesitaba salir de la Central.

Se detuvo, meditativo, hasta que por fin preguntó:

—¿Y tú? ¿En la capital?

El rostro de Nora se debió de torcer de tal forma, que los pequeños e insondables ojos azules de Lobo brillaron.

—Es una larga historia.

—¿Dejaste el laboratorio?

A Nora le hubiera encantado contarle con detalles su vida, pero se mordió el labio.

—Estoy en Madrid sólo por una temporada. Tengo fecha de caducidad, luego ya veremos. —El gato empezó a maullar en su pecho—. Oye, ¿te apetece un café o almorzar en algún momento para ponernos al día?

Félix sacó el móvil.

—Dame tu número de teléfono. Salgo hacia Logroño a mediodía, no sé cuándo estaré de vuelta.

La despedida por parte de Félix Lobo fue igual de efusiva que el saludo. No había cambiado nada.

A media mañana, Nora ya había tirado a la basura los botes con restos de salsas y las frutas y verduras pochas y había limpiado la nevera. Por respeto a Fernando, y por lo mal que lo iba pasar si no se podía tomar un par de quintos para finalizar una dura jornada laboral, había alineado los botellines de cerveza como una compañía militar en formación sobre la repisa brillante.

Si la rutina de los últimos meses no variaba, Fernando no llegaría hasta pasadas las nueve de la noche. En todo el rato no se había podido quitar de la cabeza el encuentro precipitado con Félix Lobo. El bastón y la cicatriz dejaban claro que había tenido un accidente, aunque Nora era consciente que tardaría en que él le contara lo que le había ocurrido, si es que lo hacía en algún momento.

Al acabar los estudios de Ingeniería Química, Nora accedió como Oficial a la Guardia Civil por la vía para titulados superiores. Conoció a Lobo durante la formación en la Academia General Militar. Aquel ser desgarbado y pelirrojo, de tez lechosa, con unos diminutos ojos azules y que parecía arrastrar siempre una pena muy grande había despertado simpatía en ella desde el primer minuto. Intentó en varias ocasiones conocer más sobre su vida, pero Lobo era un hombre de pocas palabras, con difícil acceso a su interior. Tras la formación específica, a ella la destinaron al Servicio de Criminalística, mientras que él fue asignado a la Unidad Central Operativa, en Madrid.

Coincidieron en un par de casos mediáticos en los que Lobo fue el investigador principal y Nora trabajaba en la sede territorial del SECRIM en Sevilla, como responsable de los análisis de ADN y Biología Forense. El Caso Alejandra Bonet fue arranque de las noticias de los principales canales de TV durante semanas. La joven de dieciocho años desapareció la madrugada de un veintidós de agosto, en una localidad costera de Cádiz, durante las fiestas locales. Su paradero fue desconocido durante casi quinientos días, hasta el hallazgo del cadáver el treinta y uno de diciembre del siguiente año. Nora recordó perfectamente esa mañana fría de invierno cuando recibió la llamada. Habían encontrado un cuerpo en un descampado, y su experiencia en biología forense sería crucial para la identificación. El tesón de Félix Lobo y la excelente labor de laboratorio de Nora consiguieron desentrañar uno de los crímenes más mediáticos de la década de los noventa. Aquel caso no solo destacó por la brutalidad del crimen, sino también por la complejidad del análisis de las evidencias.

A partir de ahí, perdieron el contacto. Nora tuvo que dejar su puesto en la Guardia Civil por las presiones machistas del comandante Hernández. Aquel periodo fue especialmente duro para ella. Sentía que su dedicación y su talento eran menospreciados por el simple hecho de ser mujer. Sin embargo, esa adversidad la

impulsó a abrir su propio laboratorio forense privado. Tras años de esfuerzo y sacrificio, logró que se convirtiera en uno de los pocos centros habilitados para colaborar con los cuerpos de seguridad del Estado, en investigaciones criminales. Un trabajo que le apasionaba.

Nora suspiró, con los recuerdos todavía vagando por su mente y Luna restregó el cuerpo contra su pierna. Un par de caricias en la cabeza peluda de su amiga correspondidas por unos húmedos lametones le bastaron para que se encontrara algo mejor. Estaba dispuesta a salir a hacer la compra para su nueva dieta ninja, cuando el teléfono móvil sonó. Un número desconocido parpadeaba sobre la pantalla.

—¿Sí?

—Buenos días, llamaba para saber si el microscopio digital continúa en venta.

Nora cerró los ojos. Había olvidado por completo que cuando se fueron de Chiclana, había puesto a la venta el material del laboratorio. Hubo pocas personas interesadas, y las ofertas que recibió fueron tan irrisorias, que había borrado el asunto de su mente.

—Sí, sigue en venta.

—Genial, estoy muy interesado en él. Lo que ocurre es que ahora tengo pocos recursos económicos. Había pensado si tal vez estaría dispuesta a rebajar el precio.

—*Quillo*, dime, a ver cuánto ofreces.

Un silencio se apoderó de la línea.

—Solo tengo mil euros.

Nora no pudo reprimir una sonora carcajada.

—Es un Titus de fluorescencia, con una ampliación de hasta por mil y viene con una cámara digital de última generación. Niño, cuando ahorres un poco más me llamas. *Mandahuevos* —susurró antes de pulsar la tecla de finalizar llamada.

Menudo morro tenía el chaval. El espabilado seguramente había encontrado un comprador dispuesto a pagar por el microscopio el triple de lo que le había ofertado a ella. Un buen negocio sin riesgo.

Todavía enrabietada, bajó al trastero dónde tenía almacenado el equipamiento que ella misma cargó en la furgoneta cuando vació la oficina en Cádiz. Aquel fatídico día de la mudanza, una extraña ola de calor adelantada al mes de marzo coincidió con el viaje a Madrid de su querida Volkswagen t2 verde musgo y techo blanco. El vehículo había sido adquirido originalmente a unos hippies holandeses por el abuelo de Nora en 1978, para su negocio de distribución de productos frescos en Cádiz. Durante décadas, la furgoneta, ya destartalada, recorrió las calles y los mercados de la región, convirtiéndose en una presencia familiar y querida por muchos. Cuando su abuelo se retiró, la *Kombi* quedó aparcada y olvidada en un garaje durante años, hasta que, un tiempo atrás, Nora decidió restaurarla. Había quedado preciosa, aunque carecía de los lujos de los modelos actuales. La ausencia de aire acondicionado hizo que la mudanza a Madrid se convirtiera en un verdadero infierno de viaje y no sólo en el sentido metafórico. Las gruesas gotas de sudor habían quedado marcadas en la mente de Delgado.

Nora levantó una de las sábanas que cubría los objetos amontonados en el trastero. El polvo se quedó suspendido en el aire, iluminado por la luz tenue de una bombilla que colgaba del techo, creando un aura misteriosa en la penumbra del trastero. La escena parecía atrapada en el tiempo.

Delgado movió primero la caja con los tubos de ensayo y las placas de Petri. A continuación, levantó la del espectrómetro. Por fin, junto a una pequeña nevera, encontró la del microscopio. Lo sacó, con el cuidado reservado para una reliquia valiosa y comenzó a limpiarlo con la ayuda de la sábana. Una vez resplandeciente, observó su rostro reflejado con una silueta estilizada sobre la superficie metálica. Se sentó en una caja cercana, con el instrumento sobre sus piernas. Cerró los ojos, y al abrirlos, notó cómo una lágrima se le deslizaba silenciosamente por la mejilla.

6

Félix Lobo ya tenía en su poder el billete del tren que le iba a llevar a Logroño ese mismo mediodía. Hasta la fecha, la agencia de detectives no había tenido más que un par de asuntos de infidelidades, unos pocos casos de fraude con compañías de seguros y encontrar a un menor del barrio. Nada especialmente lucrativo.

En especial el tema de la desaparición, del cual Lobo había obtenido una extraña recompensa. Los padres de Marcos, un chico de 16 años que vivía en la portería junto a la agencia, habían llegado a su oficina una lluviosa tarde de primavera, desesperados por encontrar a su hijo. Marcos había desaparecido dos días antes, tras salir de casa para encontrarse con unos amigos y no regresar. La madre, visiblemente angustiada, le contó a Félix que su hijo era un chico tranquilo, sin problemas aparentes y con buenas notas en el colegio. Lobo aceptó el caso, sabiendo que probablemente no vería un solo euro por todo ese asunto.

Tras varios interrogatorios por el barrio y el entorno de amistades del chico, Félix logró rastrear a Marcos hasta una casa de alquiler perteneciente a la madre de un amigo. Marcos había tenido una discusión con un compañero, quien lo había amenazado y había exigido un dinero que Marcos no tenía. Temeroso de las represalias y sin tener claro qué hacer, decidió esconderse hasta que las cosas se calmaran. Desde aquel día, en una extraña manera de compensar el trabajo de Lobo, la madre se presentaba todos los lunes por la mañana con alguna tarta que, inexorablemente, acababa en el cubo de la basura.

Félix Lobo no estaba seguro de cuantos días iba a permanecer en la capital del vino. De modo que optó por un equipaje que cupiera en la maleta y le diera margen para alargar la estancia hasta la próxima

visita al psicólogo. Dobló cinco camisas blancas, cinco calzoncillos y cinco camisetas de tirantes del mismo color, cinco pares de calcetines negros, un par de pantalones azul marino, un par de jerséis de pico oscuros, unas sábanas, dos fundas de almohadas, un kit de limpieza compuesto por una variedad de productos, desde geles desinfectantes hasta su jabón corporal, una bolsa de mascarillas, otra con guantes de látex, un bote de relajantes musculares y otro de antidepresivos.

Colocó cada una de las prendas y objetos de forma meticulosa, alineados, en escrupuloso orden, con especial atención de que no quedara espacio vacío entre los mismos. Una amplia sonrisa adornó su rostro al ver la geometría final del interior de la maleta: una cuadrícula perfecta.

Al cerrarla observó la fotografía que había sobre el aparador. Desde la explosión no había vuelto a Logroño. La tomó entre sus manos. Por culpa del sol, el papel empezaba a decolorarse por la esquina superior izquierda. En la imagen, Félix y sus compañeros estaban de pie, vestidos con los uniformes tácticos, chalecos antibalas y equipos de asalto. Sus rostros estaban cubiertos por pasamontañas negros, dejando solo los ojos al descubierto, en alto los rifles. El cuerpo espigado de Lobo destacaba entre los agentes de aspecto más atlético sobre una vasta extensión de campo abierto, con hierba seca y vegetación baja que se extendía hasta mezclarse con el cielo.

Recordó las largas horas de práctica en técnicas de combate y las maniobras tácticas en situaciones extremas, el intenso entrenamiento físico y mental que había soportado para formar parte del GAR. Las mañanas se alargaban en carreras de resistencia bajo el sol abrasador o la lluvia torrencial, sin importar el clima. Su físico no pasó desapercibido cuando solicitó el ingreso; tuvo que tragarse unas cuantas bromas al respecto. Era cierto que su elección no parecía la evolución lógica para un investigador renombrado de la UCO, pero así era él. Se puso la gabardina, recogió la maleta y salió hacia la estación.

Cuando la megafonía del vagón anunció la llegada a Logroño, Félix Lobo ya no tenía tan clara su decisión. El dinero era importante, pero no lo era todo. Las dudas le asaltaron, aunque consideró que era demasiado tarde como para coger la vuelta esa misma noche. Al apearse del tren en la nueva estación de la ciudad le recibió un ambiente fresco. Lobo se quitó la mascarilla, se subió el cuello de la gabardina y empezó a andar sobre el mármol blanco, con el bastón resonando a cada pisada. Los calmantes habían hecho su función con eficacia. Bajo una gran cúpula de vidrio que dejaba pasar la luz natural, divisó un hombre vestido con traje negro y que sostenía en sus manos un cartel con unas letras garabateadas con un rotulador, que no dejaban duda respecto a su misión. Al verlo aproximarse, el hombre mostró una gran sonrisa.

—¿Señor Lobo?

Félix asintió. El otro se ofreció a cargar con la maleta, a lo que Lobo se negó rotundamente. En el interior del vehículo, que era una berlina de gama alta, negra y de cristales tintados, le esperaba el abogado Álvaro Ezquerro. Félix miró de reojo a su acompañante: unas diminutas gotas de sudor adornaban su frente y no tardó en ajustarse de nuevo la mascarilla.

—¿Primera visita a Logroño?

Lobo negó.

—Entonces ya sabrá que Logroño es una ciudad tranquila y acogedora, conocida por sus vinos y el buen comer. No es muy grande, pero tiene todo lo que necesitas, lejos del ajetreo de las grandes urbes.

—Sin embargo, buscan los servicios de un detective de la capital.

El hombre abrió sus gruesas manos.

—¿Y usted vive también aquí? —preguntó Félix.

—Pues sí. Empecé a trabajar para el señor Uriarte nada más licenciarme en Derecho por la universidad de Deusto. Soy el abogado de la empresa, y con los años forjé una fuerte amistad con Don Roberto y Doña Isabel. De hecho, son mis únicos clientes.

—Supongo que esta invitación tiene que ver con el fallecimiento del señor Uriarte.

—Señor Lobo, no me incumbe a mí hablar con usted del motivo de su invitación. Está todo preparado para que pase la noche en la casa en la que se aloja Doña Isabel. Si no le apetece quedarse allí, podemos reservar una habitación en uno de los hoteles de la ciudad.

—Tal vez regrese a Madrid esta misma noche.

Los labios del abogado dibujaron una sutil sonrisa.

—Ya comprobará usted mismo los poderes disuasorios de Doña Isabel.

El coche giró por una avenida ancha y bulliciosa, salpicada de tiendas, cafeterías y oficinas. A medida que avanzaban, Félix observó el contraste entre los edificios antiguos y las nuevas construcciones. En la distancia, apreció la majestuosa Concatedral de Santa María de la Redonda con sus imponentes torres gemelas que se elevaban hacia el cielo. Después de unos pocos minutos, el vehículo se desvió hacia la izquierda, dejando atrás la agitación de la urbe, para adentrarse en una zona más residencial.

El paisaje cambió de forma drástica cuando cruzaron el puente sobre el Ebro. Desde allí, Félix pudo ver las aguas tranquilas del río, un espejo natural de un cielo oscurecido que capturaba los tonos azules y verdes del entorno. Álamos y sauces formaban una cortina de vegetación exuberante que desfilaba paralela a los márgenes del cauce.

El coche siguió por una carretera secundaria que serpenteaba a lo largo del río. A medida que avanzaban, Félix observó cómo los viñedos comenzaban a adueñarse del paisaje, con sus hileras perfectamente alineadas de vides que prometían una cosecha abundante. Las colinas dominadas por la uva se extendían hasta donde le alcanzaba la vista, interrumpidas tan solo de vez en cuando por pequeños caseríos.

A medida que el sol comenzaba a ponerse sobre el horizonte, el coche se desvió a la derecha y atravesó una antigua verja de hierro forjado que estaba abierta. Tomaron un camino de tierra custodiado

a ambos lados por árboles de gran tamaño. Avanzaron a un ritmo lento un par de minutos, hasta que por fin la casa apareció ante ellos. Era una hermosa construcción de piedra, de dos alturas y tejas color tierra. La fachada, repleta de ventanas y adornada con enredaderas y flores, resplandecía bajo la luz dorada del sol. En el jardín frontal, sobre el césped, varias palmeras y plantas exóticas creaban un ambiente casi tropical alrededor de la piscina.

El coche se detuvo finalmente frente a una imponente puerta de madera con detalles de hierro forjado. Dos lámparas de aspecto medieval a cada lado proyectaban una luz cálida que complementaba la puesta de sol. Félix observó cómo el chófer salía del vehículo y caminaba para abrirle la puerta.

—Esta es la Casa Uriarte. Bueno, una de las varias propiedades de la familia —puntualizó el abogado—. Solía haber mucha vida y movimiento por aquí, pero hoy en día está solo habitada por Doña Isabel y el servicio, así que hay cuartos de invitados, de sobra.

Bajaron del coche.

—A Roberto le hubiera gustado que la familia se reuniera aquí todos los años cuando empezaba la vendimia, pero los chicos han crecido y prefieren algo más moderno. Y el resto de la familia… —Se calló, meditativo—. Mire —dijo Ezquerro después de unos segundos, señalando hacia el norte—, la hermana de Roberto se construyó un chalé en aquella colina.

Lobo recorrió los alrededores con la mirada. ¿Había hecho bien aceptando aquella propuesta? Si las cosas no le convencían, estaba decidido a volver a Madrid esa misma noche. Cuando llegó a la puerta, ésta se abrió. Enseguida reconoció a Isabel Arnáez.

En las fotos de Internet salía más joven, pero ahí plantada, bajo el marco de madera, se la veía más vigorosa de lo que se le suponía a una mujer a punto de cumplir los setenta años. Con la postura erguida, irradiaba una vitalidad sorprendente. Su largo cabello blanco estaba recogido en un elegante moño bajo, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro con suavidad. La piel tenía surcos profundos, especialmente alrededor de los ojos y la

boca. Llevaba un vestido de lino color crema, sencillo, pero refinado, que caía hasta sus tobillos, adornado con delicados bordados en el escote y las mangas. Sobre sus hombros descansaba un chal de seda azul celeste.

—Soy Isabel Arnáez —saludó—. Gracias por aceptar mi invitación.

—Buenas tardes.

—Anda, entra, que empieza a refrescar. ¿No te importa que te tutee?

Lobo negó y pasaron al interior.

—He mandado que te preparen una habitación. Si quieres, puedes dejar tus cosas y asearte un poco. Cenaremos dentro de un rato, espero que quieras compartir un refrigerio ligero conmigo. Los excesos de cara a la noche no son saludables.

Félix sonrió bajo la mascarilla.

—Ayuno a partir de las tres de la tarde.

La mujer hizo un ademán con la cabeza.

—He escuchado que el ayuno intermitente es muy sano. Tal vez me decida a probarlo —dijo y se volvió hacia un hombre que había permanecido al costado, en silencio—. Te presento a Leonardo Gómez, te va a ayudar en lo que haga falta.

Lobo evitó estrechar la mano de Leonardo, un hombre de baja estatura, complexión fuerte y al que calculó unos sesenta años. Él le cogió la gabardina y se la colgó en un armario. Félix le dio las gracias y luego se dirigió a la mujer.

—No estoy seguro de si me quedaré a dormir.

Isabel intercambió una mirada con el abogado. Félix no fue capaz de interpretarla.

—Creo que aprovecho la ocasión para despedirme —dijo Ezquerro—. Llevo dos días fuera de casa y ya va siendo hora de disfrutar de un merecido descanso. He sido abuelo hace poco y toca ayudar a mi mujer, mi hija y mi recién llegada primera nieta —remató con un claro gesto de satisfacción—. Si necesita cualquier cosa mía, no tiene más que llamarme.

El fiel abogado se despidió con una especie de reverencia a Isabel. Al cerrar la puerta, Leonardo cogió la maleta de Félix y se dirigió hacia una escalera de piedra que se bifurcaba en dos. Isabel empezó a andar hacia el interior. Pasaron a un despacho alargado. Un espacio con paredes de piedra vista, vigas de madera en el techo y con una de las paredes longitudinales presidida de arriba abajo por una librería repleta de libros, desde antiguos a novelas actuales, sin un orden aparente. Lo fácil que sería catalogar las obras por género, en lugar del desorden reinante…

Una chimenea de piedra ocupaba un lugar destacado en una de las paredes, con una repisa decorada con fotografías antiguas y pequeños objetos de recuerdo. En la mayoría de las tomas se apreciaba la evolución de dos niños y una niña, a lo largo de los años. Los muebles de madera oscura y tapizados en tonos neutros complementaban el estilo rústico, pero sofisticado, de la casa.

El centro de la sala lo ocupaba una mesa sólida de madera, rodeada por un sofá y dos sillones. Sobre la misma, junto a un jarrón de cristal con flores secas, había una bandeja de plata con una tetera de porcelana con dibujos orientales, y dos tazas a juego. Al menos, todo estaba perfectamente limpio y ordenado. En uno de los extremos, una fotografía enmarcada en madera. Lobo ya se había percatado de un hueco en la repisa de la chimenea. Isabel levantó la imagen y se la acercó. La calidad no era buena, había perdido casi todos los colores por el paso del tiempo. Félix centró la mirada. Un grupo de chicos en bañadores, entre los dos y catorce años, jugaban alrededor de la piscina de Casa Uriarte.

—¿Te acuerdas, Félix?

7

—¿Yo? —preguntó.

—Félix, tú ya has estado en esta casa.

Lobo permaneció en silencio unos segundos y luego negó con la cabeza.

—¿Cómo te vas a acordar? Tú eras muy pequeño, no creo que tuvieras ni tres años. Conocí a tu madre gracias al Padre Miguel. Acababan de destinar a tu padre a Logroño y la mujer no pasaba buena época. —Isabel acercó su mano a la de Lobo, pero este la retiró—. Un hombre… —Se quedó pensativa, sin encontrar las palabras que iba a utilizar—. Un hombre recto, de principios. Te voy a decir la verdad, tu padre nunca me agradó, aunque ella jamás tuvo un mal comentario sobre él. Estabais muy solos, tu madre necesita apoyo. Os invitamos en varias ocasiones a venir a esta casa, para combatir el calor del verano riojano, en compañía de mis hijos.

—No guardo ni un solo recuerdo de lo que me estás contando.

Lobo hasta dudaba que lo que le contaba la mujer fuese cierto.

—Eras muy pequeño, es lógico.

Una vaga sensación de incomodidad comenzó a invadirlo. Algo en el ambiente de la casa le resultaba perturbadoramente familiar, aunque no lograba identificar qué. Isabel continuó hablando, con su voz suave.

—Tu madre era una mujer maravillosa, pero recién aterrizada en la ciudad, con un pequeñuelo y sin ninguna amistad… y esos ojos tristes. —Se detuvo como si se diera cuenta que estaba divagando —. En una de esas visitas, ocurrió algo que tal vez hayas bloqueado de tu memoria. Uno de mis hijos, Carlos, que tenía unos diez años en ese entonces, te hizo una broma pesada. Estabais jugando en el jardín y él te empujó dentro de la piscina. A esa edad, aún no sabías

nadar bien y el susto que te llevaste fue enorme. Tu madre te sacó rápidamente, pero estabas empapado y temblando de miedo. Lo peor fue que, antes de eso, habías caído en el barro cerca de la piscina y estabas completamente cubierto de tierra y agua sucia. Desde entonces, la única vez que volvisteis, te aferrabas a su falda y no querías soltarte.

Lobo sintió un nudo en el estómago. Algo en la historia resonaba con sus actuales obsesiones.

—No guardo ni un solo recuerdo de lo que me estás contando —repitió, aunque su voz sonó menos segura esta vez.

—¿Cómo están tus padres?

—Mi madre falleció.

—Cuánto lo siento. Como te decía, una mujer maravillosa. La recuerdo perfectamente.

—Mi padre sigue con vida, aunque perdimos el contacto hace ya muchos años. No sé nada de él. Pero estoy convencido de que no me has hecho venir hasta aquí para que hablemos de viejos recuerdos familiares.

Isabel se reclinó sobre el asiento.

—Tienes razón. Llevo muchas horas preparando lo que voy a decirte, pero ahora que, por fin, te tengo delante, no sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si empiezas por el principio?

Los labios de Isabel dibujaron una sonrisa que acentuó sus arrugas. Bajó la mirada durante un breve momento y luego se sirvió una taza de té.

—Félix, me gustaría que hagas dos cosas por mí.

—Antes de continuar, ¿por qué yo?

—Porque cuando hablé con el coronel Machado, tu nombre salió enseguida. Me dijo que sin lugar a duda, tú eras el hombre que estaba buscando. Y quizás también porque te tuve en mis brazos cuando apenas levantabas un palmo del suelo.

Félix se rio amablemente.

—Vale, de acuerdo. Pero ¿qué tipo de cosas quieres que haga?

—Empezaré contándote una primera parte de la historia, que versa sobre nuestros negocios, las rivalidades empresariales, las envidias y las dificultades que todavía pesan sobre nuestro imperio. Pero, sobre todo, te adentraré en la familia Uriarte. Ya verás que esta segunda parte es más larga y oscura de lo deseable. Lo que te pido es que me prestes atención hasta el final. Quiero que escuches lo que quiero que hagas y lo que te ofrezco a cambio, antes de que tomes una decisión precipitada.

Félix suspiró. Resultaba obvio que la historia se iba a alargar y debería pasar la noche en aquella casa. De repente, a Lobo le dio la impresión de que todo lo que había ocurrido desde que había entrado en esa casa seguía un guion elaborado.

—Roberto no fue siempre el poderoso empresario que todos conocían. Cuando tomó las riendas de la bodega, apenas tenía la experiencia necesaria y las deudas familiares lo acosaban. Sin embargo, su tenacidad y visión le permitieron transformar aquellos viñedos en lo que hoy es el grupo empresarial. Empezó desde abajo, con muchas horas de trabajo en el campo, desde bien chico, aprendiendo cada aspecto del negocio. Sus primeros años estuvieron marcados por sacrificios inimaginables, noches sin dormir y decisiones arriesgadas que otros hubieran evitado. Debo admitir que su carácter se forjó sobre todo tipo de actuaciones, a veces desagradables.

Lobo observaba cómo la expresión de Isabel cambiaba a medida que hablaba de su difunto esposo.

—A lo largo de los años, Roberto se enfrentó a numerosos obstáculos. Las bodegas rivales, muchas de ellas con siglos de tradición y recursos abundantes, veían con desdén a un recién llegado que se atrevía a competir en su territorio. No dudaron en utilizar tácticas sucias para intentar hundirnos. Sin embargo, Roberto siempre encontró una manera de salir adelante. Su estrategia fue innovadora: en lugar de seguir las tradiciones al pie de la letra,

introdujo técnicas modernas en el campo y mejoró la calidad de la uva.

Isabel hizo una pausa. Sus ojos brillaban con una mezcla de orgullo y tristeza.

—Pero no solo fueron las técnicas lo que le ayudaron a crecer. Roberto tenía una habilidad innata para las negociaciones. Sabía cuándo ser duro y cuándo mostrar flexibilidad. Se ganó muchos enemigos en el camino, personas que no estaban de acuerdo con su manera de hacer las cosas. Algunos de esos enemigos aún están presentes, esperando cualquier oportunidad para vernos caer. Félix, hay algo que debes entender. La envidia y el rencor en este negocio no tienen límites. Hemos tenido problemas con sabotajes, fraudes y hasta amenazas de muerte. Y, lo peor de todo, es que estas amenazas no solo vienen de fuera. ¿Cuánto sabes de la familia Uriarte?

—Lo que he podido encontrar en Internet.

—Las empresas Uriarte siguen siendo una de las pocas grandes bodegas estrictamente familiares del país, con una decena de miembros de la familia como socios en distinta medida. Roberto era el presidente y consejero delegado, además de hacer las funciones de director ejecutivo. Su voto representaba el 51% en el consejo, de modo que el resto de los miembros tenían una participación minoritaria. Algo que siempre fue nuestro punto fuerte, pero también nuestra mayor debilidad.

Isabel hizo otra pausa y le dio un sorbo a la taza de té. Cerró los ojos unos segundos.

—Félix, luego me podrás hacer las preguntas que quieras, pero créeme si te digo que odio a casi todos los miembros de la familia Uriarte. Está formada en su mayoría por incompetentes y piratas, que tan solo buscan enriquecerse. La combinación de poder y estupidez es muy peligrosa. Estuve al lado de Roberto durante sesenta y dos años, y me vi envuelta en continuas e irreconciliables disputas, incluso con mis propios hijos. Sí, has escuchado bien, mi propia sangre. —Isabel volvió a cerrar los ojos y suspiró—. La familia

siempre ha sido el verdadero enemigo de Bodegas Uriarte, no la competencia.

Volvió a permanecer callada unos segundos.

—Te he dicho que me gustaría encargarte dos cosas.

—Soy todo oídos.

—Quiero que encuentres a quién asesinó a Roberto y se imparta justicia. Pondré a tu disposición lo necesario, desde cualquier consulta sobre los miembros de la familia Uriarte, a información sobre las empresas de la competencia o las decisiones que mi marido tenía en mente para el futuro del grupo. Seré un libro abierto, transparente. Solo te exijo una cosa para la primera parte del pacto: discreción, en la medida de lo posible. Sinceramente, no me importa quién caiga al final, sea o no de la familia, pero deberás llevar la investigación sin hacer mucho ruido, ni levantar suspicacias innecesarias.

—¿Por qué no se hace cargo la Guardia Civil o la Policía Nacional?

Lobo sabía la respuesta, pero quería escucharla de sus propios labios.

—Me han asegurado de que no hay indicios que contradigan la muerte accidental causada por una caída. No pueden iniciar una investigación, Félix, pero dentro de mí hay una voz que me repite una y otra vez que a Roberto le arrebataron la vida. Existen intuiciones en la vida difíciles de explicar, pero debes creerme —le pidió Isabel y se incorporó, con los ojos brillando—. Quiero que encuentres al asesino y que pague por lo que hizo. Me lo arrebataron antes de hora.

Félix empezó a tamborilear con los dedos sobre la pierna herida. Por un instante temió que la mujer se pusiera a llorar.

—Entiendo tu dolor, pero también te voy a ser sincero. Me exiges que resuelva un homicidio, sin embargo, con los datos que me has proporcionado, nadie puede asegurar que así fuera. ¿Y si no encuentro nada? ¿Y si finalmente la muerte fue producto de un accidente, una desafortunada caída? Puede que lo que me pidas sea un derroche de tiempo y dinero.

—No hemos hablado de dinero —objetó ella.

—No es necesario.

—Ezquerro ya ha preparado un contrato. Ha incorporado una serie de cláusulas para que lo puedas dejar en cualquier momento. Deberías echarle un vistazo, es una oferta muy generosa. Podrás comprobar que no está ligado a resultados. De todas formas, se pueden revisar los detalles, adaptarlo a lo que consideres aceptable.

—¿Qué sentido tiene todo esto, si no encuentro un culpable?

—Lo único que te pido es que hagas todo lo que está en tus manos. Si fracasas, será la voluntad de Dios.

Félix suspiró.

—Vale, te escucho.

—Quiero que te quedes aquí, en casa Uriarte, el tiempo que haga falta. Que investigues en cuerpo y alma hasta desenmascarar al culpable. El sueldo es la mejor oferta que te harán jamás —dijo Isabel y de repente sonrió—. Tienes que admitir que, por el momento, la agencia no es un negocio muy lucrativo.

Félix no supo que replicar.

—Tranquilo, no me hago ilusiones. Soy consciente de que exista la posibilidad de que no tengas éxito. Pero si lo consiguieras, te ofrezco una bonificación extra. Podrás revisarlo todo con calma luego en la habitación. Encontrarás el contrato en una carpeta sobre la mesilla.

—¿Cómo sabes que no voy a firmar ese contrato y luego me quedaré de brazos cruzados el tiempo que me apetezca?

—No lo harás. Conozco tu historia.

Lobo escrutaba unos ojos difíciles de descifrar.

—Antes me dijiste que querías que hiciera dos cosas. ¿Cuál es la otra?

—Quiero que te encargues de mi seguridad.

Lobo frunció el ceño.

—No podré hacerlo todo solo.

Isabel volvió a sonreír de forma sutil.

—Lo hemos previsto. Aunque no me acompañes con el refrigerio, date una ducha, échale un vistazo al contrato, y si tienes alguna duda, la aclaramos en un rato.

—¿Cuándo quieres que empiece?

—Si es posible, ya mismo. Esta noche te alojarás aquí, en Casa Uriarte. Mañana te presentaré a los que estén disponibles de la familia y por la tarde me acompañarás a la apertura del testamento.

8

Nora Delgado respiró el aire enrarecido del trastero y guardó el microscopio de nuevo en la caja, cubriéndolo con la sábana. Había que dejar el pasado donde pertenecía. Sacó el móvil y comprobó que Fernando no le había enviado ningún mensaje. "Estará hasta arriba de trabajo. Luna, vamos a hacer la primera compra de nuestra nueva vida", dijo, con una sonrisa forzada. La perra movió la cola con entusiasmo.

Aunque había dado el pistoletazo de salida para la dieta Ninja, esta no excluía permitirse ciertos productos selectos que alegraran un menú restrictivo. Se dirigieron al mercado de San Miguel, uno de los más conocidos de Madrid. El edificio, con su arquitectura de hierro forjado y grandes ventanales, se había convertido en un punto de referencia para turistas, aunque a esas horas del mediodía todavía estaba transitable. Ubicado cerca de la Plaza Mayor, era uno de los reclamos turísticos de la ciudad, a la hora de llenar los estómagos. Los vendedores anunciaban sus productos con entusiasmo y los clientes paseaban entre los puestos, los ojos muy abiertos ante la gran variedad de manjares que se podían degustar allí mismo.

De camino, Nora ya había parado en la verdulería para comprar unos espárragos verdes, pimientos rojos, tomates y una cabeza de ajo. También había acudido al carnicero de confianza para comprar unas pechugas de pollo frescas. "Vamos a necesitar un buen aderezo para que Fernando no extrañe tanto las salsas", pensó mientras repasaba los ingredientes necesarios: aceite de oliva virgen extra, limón y un poco de mostaza de Dijon.

Nora no pudo evitar admirar la estructura del mercado. Bajo los altos techos de hierro forjado y los elegantes detalles arquitectónicos, un puesto de productos frescos del mar iluminó su

rostro. Sobre una capa de hielo picado, ostras de todos los tamaños brillaban gracias a la luz de los focos. A Fernando le encantaban casi tanto como a ella. Por no mentar unos carabineros rojos de largos mostachos y de tal tamaño, que pedían a gritos ser comprados.

Con Luna a su lado y una amplia sonrisa dibujada en la boca, Nora entró en la casa, cargada con las bolsas de la compra. Traía también media docena de ostras gallegas y dos carabineros. Comenzó a organizar los ingredientes en la cocina. Luna se sentó en una esquina, observando con interés cada movimiento de su dueña, que se dispuso a marinar las pechugas de pollo en una mezcla de jugo de limón, aceite de oliva, ajo picado y mostaza. Mientras el pollo absorbía los sabores, cortó los espárragos y los pimientos en tiras finas.

El ajetreo del día, los olores que fluían por la cocina y la miserable zanahoria que se había obligado a desayunar le despertaron un hambre atroz y un terrible mal humor. Un par de rebanadas de pan tostado con tomate y aceite y algo de embutido, acompañadas de una cerveza bien fría, tampoco serían tan perjudiciales. Había abierto ya la panera, cuando se juró que debía ser fuerte y se preparó un té verde. Sin azúcar. Lo estuvo bebiendo a sorbos, con los ojos cerrados y Luna tumbada a sus pies. Para comer, se preparó una ensalada fresca con tomates, pepino y un poco de cebolla roja, todo aliñado con un chorrito de aceite de oliva y una pizca de sal.

Encendió el horno y colocó las pechugas de pollo en una bandeja. "Esto va a quedar delicioso", pensó. Mientras el pollo se cocinaba, Nora preparó una pequeña sorpresa para rematar el menú: una mousse de chocolate negro con edulcorante. Sabía que era otra de las múltiples debilidades de Fernando y quería demostrarle que la dieta ninja podía ser deliciosa.

El reloj marcaba las seis y media cuando el móvil sonó. El nombre de Fernando parpadeando en la pantalla hizo que se le acelerara el

corazón.

—Dime, mi vida —dijo con una voz entrecortada al descolgar.

Fernando se aclaró la garganta.

—Nora, cariño, verás, ha surgido un imprevisto. Tenemos que acabar un informe financiero clave para la operación con los japoneses. No sé el tiempo que nos llevará. No me esperes levantada.

Directo al grano, como acostumbraba.

—Tranquilo, mi niño, espero que todo vaya bien.

—Debo decirte otra cosa.

Un silencio sepulcral se alargó varios segundos.

—Hay que cancelar el viaje para el fin de semana.

Nora cerró los ojos, apretando los labios. Su respiración se volvió más pesada, mientras las palabras se hundían en su pecho.

—¡¿Cómo?! ¡Me lo juraste! —su voz, quebrada, traicionaba la calma que intentaba transmitir.

Fernando hizo otra pausa, parecía buscar las palabras adecuadas.

—Lo sé, lo sé, y lo siento muchísimo, de verdad. Pero no hay otra manera. Esta negociación con los japoneses es crucial para nuestro futuro. Si estuviera en mis manos…

—¿Qué futuro? —le interrumpió ella—. Será tu futuro y el de la empresa, a mí no me incluyas en el mismo pack.

Nora se levantó de la silla, caminando de un lado a otro de la habitación, con el móvil en una mano y la otra en la cadera.

—¿Te das cuenta de lo que significaba para mí este viaje? —Se mordió el labio con tanta fuerza que casi se hace sangre.

—Cariño, entiendo que estés molesta. Te prometo que lo compensaremos.

—¿Compensar? —Nora exhaló con fuerza, pasando la mano por su cabello rizado—. Tú no entiendes, Fernando. No es sólo el viaje, es todo lo que dejamos de vivir por tu trabajo. Ya está bien de promesas vacías.

Fernando suspiró al otro lado de la línea.

—Por favor, Nora, no quiero pelear. Sabes que todo esto lo hago por nosotros.

—Sí, claro, siempre por nosotros —respondió Nora con sarcasmo, los ojos fijos en un punto invisible en la pared. Dejó caer la mano con el móvil al costado y miró por la ventana, con la intención de calmarse. Oía un sonido desde abajo, por lo que era incapaz de entender lo que decía Fernando al otro lado de la línea. Finalmente, levantó el brazo.

—Mira, hablamos más tarde, ¿vale? Ahora no tengo la cabeza para esto.

Al colgar, la presión acumulada en su pecho se desbordó. Nora se dejó caer sobre el sofá, las manos sobre el rostro mientras las lágrimas brotaban sin control. Los sollozos llenaron la habitación. Era un torrente de emociones que llevaba demasiado tiempo retenido. Luna se acercó y apoyó el hocico sobre las rodillas de su dueña. La miraba de forma fija. Nora retiró una mano de su rostro y la posó sobre la cabeza de la perra, acariciándola con ternura.

—Ay, Luna… ¿Qué haría yo sin ti? —dijo entre sollozos.

Luna se subió al sofá y acurrucó su cuerpo cálido bien apretado al de ella.

—Gracias, mi niña —susurró y la abrazó con fuerza.

Félix Lobo se había retirado a la habitación para darse una ducha. La estancia, con paredes de piedra vista, estaba decorada con sencillez y estilo clásico: el espacio central lo ocupaba una gran cama con dosel, de madera oscura y cortinas de lino blanco. Lobo pasó la mano por la almohada y las sábanas. Olían a lavanda y estaban recién planchadas. Ni una mota de polvo, la piedra del suelo brillaba como si la acabaran de frotar a conciencia con agua y jabón. Sonrió.

Frente a la cama, un armario antiguo de roble con tallas y al lado una cómoda a juego, con una superficie de mármol brillante sobre la cual descansaban un espejo ovalado de marco dorado y un pequeño jarrón de porcelana, con flores frescas. En la esquina, un escritorio

de madera pulida y una silla tapizada en cuero marrón, proporcionaban un lugar perfecto para trabajar o escribir.

Tomó la carpeta entre sus manos y se sentó. Repasó una y otra vez el contrato. No presentaba fisuras, el abogado lo había dejado todo bien atado y los ingresos semanales eran más generosos de lo que él mismo había considerado el límite lógico y razonable. Félix era consciente de que para la investigación necesitaba ayudaba. El encuentro casual con Nora Delgado en el parque del Retiro era una señal inequívoca del destino. O del Señor. O ambas cosas. Se sentó en la cama y tomó el teléfono en sus manos. Iba a marcar su número cuando se dio cuenta que, tras tantos años sin saber el uno del otro, era una estupidez pedirle que dejara Madrid para unirse a él en una investigación. Como si estuviera desesperado o hubiera perdido la cabeza.

Desechó la idea y miró por la ventana. Ante sus ojos se presentó una espectacular vista del jardín con los árboles y la piscina que, iluminada por luces subacuáticas, contrastaba con un cielo ya oscuro y estrellado. A lo lejos, las colinas se recortaban en el horizonte. Abrió la ventana. No se escuchaba más que el susurro del viento y el suave croar de algún sapo. Félix mantuvo un rato los párpados cerrados, centrado en su respiración.

Isabel Arnáez le aguardaba en el comedor de la casa, sentada a la mesa.

—Me he asegurado de que los ingredientes sean de la zona, para que pruebes el producto local. Es de primera calidad —dijo mientras señalaba los alimentos—. ¿Estás seguro de que no deseas tomar nada?

Su dedo índice señaló una sopera de porcelana que contenía un consomé claro y aromático. En el centro, sobre una fuente, un par de truchas abiertas y salpicadas de especias junto a una guarnición de verduras asadas. Una dieta equilibrada. Lobo negó con una ligera sonrisa y tomó asiento frente a ella.

—Félix, la versión oficial es que estás aquí para mejorar las medidas de seguridad, tanto de la empresa como de la familia. Hace un par de meses sufrimos un sabotaje serio en las instalaciones de Haro. Nos abrieron los grifos de hasta cinco depósitos de acero inoxidable, dos de ellos llenos cada uno con veinte mil litros de vino. —Lobo recordó de inmediato la noticia que había salido en primera plana en los medios de comunicación a nivel nacional—. Buscaban hacernos el mayor daño posible. Una pérdida económica importante, mucho dinero en juego, amén de no poder cumplir los acuerdos comerciales ya firmados. La aseguradora no para de ponernos problemas para el cobro de la indemnización, hasta que se resuelva el asunto. Ya veremos en qué acaba todo. —Suspiró y tras un gesto con la cabeza apareció Germán que le sirvió vino—. Gracias a Dios, nuestro mejor tinto se salvó. La Guardia Civil sigue investigando, aunque de momento no hay avances significativos al respecto de la autoría.

—¿Alguna idea de quién pudo ser?

Isabel rio en voz alta y le dio un sorbo a la copa.

—Cualquiera, ya te dije que mi marido se labró no pocos enemigos a lo largo de su carrera, tanto fuera como dentro de la empresa. —Hizo una pausa y se mojó los labios—. Mañana informaré a mis hijos que te quedarás un tiempo aquí conmigo, con el pretexto de que vas a revisar la seguridad de las instalaciones y en las viviendas, para que podamos dormir tranquilos. Eso te permitirá hablar con la gente sin levantar demasiadas sospechas. Encontrar al asesino de Roberto es algo que queda entre tú, yo y mi abogado. Somos los únicos que conocemos el trato. Nadie más. ¿Estás de acuerdo?

Lobo levantó la mano.

—A la lista de personas tenemos que añadir un cuarto nombre. El de mi ayudante.

La mujer masticaba la comida con delicadeza y buenas maneras, lo que siempre era de agradecer. Se limpió de forma sutil los labios

con una servilleta y movió la copa para que el vino se abriera. Sorbió con aires de nobleza antes de proseguir.

—Por supuesto, pero no debe salir de ese grupo. Esta noche puedes quedarte a dormir en la habitación, pero he habilitado la pequeña casa para invitados, que tenemos aquí mismo en la finca. Espero que te parezca bien. Te proporcionará la intimidad necesaria. Ya he dado instrucciones para su acondicionamiento. Está a tu disposición y para quien consideres necesario contratar.

Nora Delgado se volvió a cruzar por la mente de Lobo como una exhalación. Si de verdad Roberto había sido asesinado, para encontrar al o a los responsables, necesitaba contar con alguien de su experiencia. Habían formado un equipo ganador en el pasado y las probabilidades de éxito aumentaban considerablemente con ella. Además, había percibido tristeza en una mujer que siempre había irradiado felicidad. Las campanadas del gran reloj en forma de columna sacaron a Lobo de sus pensamientos y marcaron las nueve y media de la noche. Isabel había dado buena cuenta de ambas truchas y le invitó a que pasaran de nuevo al despacho para desgranar los entresijos de la familia.

—Disculpa, antes debo realizar una llamada —dijo él.

9

Cuando el móvil sonó, Nora movía las caderas al ritmo de una rumba flamenca, con Luna dando brincos a su alrededor. Tres botellines de cerveza vacíos reposaban alineados sobre la encimera, junto a trozos sueltos de la piel de un lomo embuchado de mediacaña, que había pasado a mejor vida con la colaboración de Luna. Los movimientos de los pies de Delgado sobre los azulejos porcelánicos retumbaban por la cocina al compás de los ladridos de la perra.

—*Quillo*, ahora no estoy para nadie —dijo, tras dar un vistazo rápido al terminal, mientras meneaba la larga y rizada melena oscura de lado a lado.

Al acabar la canción se dirigió a la nevera para beber otra cerveza. Tenía el abridor colocado sobre la chapa cuando la melodía de la última canción de Rosalía sonó de nuevo de fondo. Decidida, iba a apagar el teléfono, pero al tomarlo en sus manos, comprobó que el que la estaba llamando era su antiguo compañero de la Guardia Civil, no Fernando. El corazón le dio un vuelco. La imagen desgarbada de Lobo con gabardina y bastón por el Retiro, con una cojera que se esforzaba por disimular, se le cruzó por su cabeza. ¿Lobo llamándola? Algo importante había debido ocurrir.

—Dime, mi niño —dijo, con el aliento contenido.

Un silencio espeso se apoderó de la línea.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Necesito que vengas a Logroño para ayudarme en una investigación.

La conversación se alargó el tiempo necesario para que Félix le hiciera un resumen de la situación. Nora tuvo claro desde el segundo uno lo que iba a hacer. Acalló de un grito al altavoz inteligente que seguía reproduciendo la lista musical de flamenco pop que escuchaba en los momentos de bajón y bebió de un trago un vaso

de agua. Cinco minutos más tarde estaba otra vez en el trastero, con su fiel compañera al lado. Desempolvó cada uno de los utensilios que pensaba que le serían de utilidad y los empezó a amontonar a duras penas dentro de la furgoneta.

Lo cierto es que la *Kombi* era un desastre, pero era su desastre. El exterior, que alguna vez había sido blanco, estaba cubierto de una mezcla de polvo y barro seco. Las ventanas traseras estaban adornadas con pegatinas de antiguas bandas de rock y festivales de arte, testigos de tiempos más libres y menos complicados.

Nora necesitó varios viajes para amontonar el equipamiento que incluía, entre otros, frascos de reactivos químicos, bolsas de muestras y el preciado microscopio. Mientras intentaba ordenar sus juguetes en un interior, más pensado para asistir a festivales de música que como laboratorio forense, escuchó las ruedas del todoterreno gran tamaño, de Marisa, que aparcaba en la plaza de al lado. La figura estilizada de su vecina de rellano se reveló de pronto por detrás de Delgado. Vestía una falda azul eléctrico y chaqueta y bolso de mano a juego, zapatos de tacón y un moño apretado que le estiraba mucho la piel y resaltaba unos labios rellenados con una generosa ración de bótox. Sus ojos recorrieron de arriba abajo el cuerpo de Nora, la *Kombi* y el interior con los artilugios.

El silencio se rompió cuando Delgado soltó una de las cajas sobre el suelo metálico de la furgoneta. Marisa se ajustó el bolso y dio un paso hacia adelante, pero no dijo nada. Nora recordó la primera vez que había visto a la mujer en el garaje, una situación similar en la que Marisa había fruncido el ceño al ver la furgoneta aparcada al lado de su coche de más de cien mil euros. Aquella vez, Nora había intentado iniciar una conversación, solo para recibir respuestas cortantes y monosílabas. Desde entonces, había decidido no esforzarse demasiado en agradar a su vecina. Con un último vistazo para asegurarse de que todo estaba en su lugar, Nora cerró la puerta trasera de la *Kombi* con un golpe firme. La vecina dio un respingo y se marchó sin abrir la boca.

—Vamos, Luna, tenemos trabajo que hacer. Cuanto antes nos vayamos de este sitio, mejor.

Preparó la maleta en silencio y la escondió en el armario de la habitación de invitados. Pasaban las once de la noche cuando se fue a la cama. Su cabeza era un torbellino que no cesaba de darle vueltas a los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. Sobre la una de la madrugada escuchó la cerradura de la puerta principal abrirse. Fernando se golpeó con el mueble de la entrada, lanzó un improperio por lo bajo y luego deambuló por el pasillo, con pasos lentos, pero sonoros. Como ladrón no se ganaría la vida.

Nora permanecía acostada, girada hacia el espejo del armario, la espalda hacia la puerta de la habitación. El hombre entró despacio. Él dormía al otro lado de la cama, y se golpeó nuevamente, esta vez con el pie en una de las patas del somier. Un gesto que se repetía de forma periódica. Nora escuchó unos susurros silbantes. Fernando dejó caer la ropa en el suelo y se acostó. Los muelles del colchón crujieron. Delgado seguía en silencio, con los ojos cerrados, simulando una respiración profunda. Sintió el rostro de su marido acercarse. Podía oler su aliento. Estuvo así unos segundos, hasta que finalmente él le dio un beso delicado en el hombro. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Nora no pudo reprimir una especie de gemido, pero Fernando ya se había girado. No habrían transcurrido ni cinco minutos, cuando unos ronquidos in crescendo rompieron la calma de la noche. ¿Cómo podía caer dormido de esa forma fulminante? Como si le hubieran golpeado en la cabeza con un bate de beisbol. A Nora le empezaron a arder las mejillas. Una persona con estrés no se rendía a Morfeo solo cinco minutos después de haberse acostado.

Le costó un buen rato conciliar el sueño. A las cinco de la madrugada volvió a tener un sueño extraño en el que se caía a un río y se despertó tiritando. A su lado, Fernando estaba envuelto como una larva con la colcha. Le faltaron fuerzas para decirle a la cara lo que iba a hacer. Se levantó y tras vestirse con la ropa que se

había dejado preparada en la habitación de invitados, cogió un papel y le dejó escrito una nota a su marido. Luego, se fue con la maleta al garaje, acomodó a Luna en la parte posterior de la furgoneta y puso rumbo a la dirección que Lobo le había enviado de Logroño.

Félix Lobo se levantó a las seis de mañana y aplicó su estricta rutina que incluía una fase de meditación y otra de ejercicio. Había descansado mucho mejor de lo esperado. La limpieza de la habitación le había sorprendido hasta a él mismo. La noche anterior se había hecho demasiado tarde para que Isabel le empezara a poner al tanto sobre la familia Uriarte y habían quedado a las ocho para el desayuno.

Félix extrajo un par de pastillas de los botes y se las tragó. Respiró hondo antes de bajar al comedor. A mitad de la escalera, el aire estaba impregnado del aroma a café recién hecho. Escuchó el tintineo de una cucharilla girando lentamente en una taza de porcelana. Se encontró a Isabel sentada a la mesa, impecablemente vestida, con una expresión serena, pero atenta. Al verlo, le dedicó una sonrisa leve e hizo un gesto con la mano para que se uniera a ella.

—Buenos días, Félix. Espero que hayas descansado bien —dijo, con un tono suave, pero firme.

—Buenos días, Isabel. Sí, mucho mejor de lo que esperaba —respondió él, tomando asiento frente a ella.

En la mesa, una cuidada selección de frutas frescas, panes variados y bollería acompañaban la cafetera de plata. Isabel tomó una jarra y le vertió un zumo de naranja recién exprimido.

—¿Te apetece tomar huevos?

—Revueltos.

Isabel hizo un gesto con la cabeza y una mujer vestida con cofia, que había permanecido impasible, se dirigió a la cocina.

—Hoy nos espera un día intenso. Coge fuerza, te pondré al día sobre mis hijos, Juan, Ricardo y Carolina.

Félix ya había dado cuenta de un excelente revuelto con jamón y ajos tiernos cuando Isabel le indicó al servicio que les dejaran a solas. Lobo abrió la libreta y cogió el bolígrafo.

—Juan, el mayor, siempre ha tenido todo lo que podía desear, desde su infancia —comenzó Isabel, después de tomar un sorbo de su café—. Te voy a ser sincera. Es un buen hombre, pero no tiene la perspicacia necesaria para manejar la bodega. Se esfuerza por mantener la apariencia de autoridad, pero en realidad, sus decisiones suelen ser impulsivas y poco fundamentadas. A menudo delega responsabilidades importantes, lo cual ha creado tensiones con los empleados y socios. Juan quiere hacer lo correcto, pero le falta la capacidad de análisis y seguridad en sí mismo.

Félix asintió, tomando nota de todo. Isabel continuó.

—Ricardo, mi segundo hijo, es muy diferente. Es astuto y calculador, con un talento natural para los negocios. Sin embargo, su falta de escrúpulos y principios morales lo convierten en una persona peligrosa. Desde bien chico tuvo enfrentamientos con su padre. A temporadas se dejaban de hablar, aunque finalmente las aguas volvían a su cauce. Estoy convencida de que haría cualquier cosa para alcanzar sus objetivos, incluso si eso significase sabotear a su propia familia. Ricardo siempre está planeando su próximo movimiento, buscando más poder y control. Pero esa misma ambición lo hace vulnerable. Su falta de ética puede llevarlo a cometer errores impulsivos, poniendo en riesgo tanto a la familia como a la empresa.

La voz de Isabel se volvió más suave al hablar de su hija menor.

—Carolina es la menor de mis hijos y ha sido subestimada por sus hermanos, especialmente por Ricardo. A pesar de eso, es una mujer capaz e inteligente, con un profundo conocimiento del negocio familiar. Siempre ha sentido la presión de demostrar su valía y ganarse el respeto de los demás. Carolina es determinada y tiene una fuerte ética de trabajo, siempre buscando mejorar y demostrar su competencia. Sin embargo, su necesidad de aprobación puede llevarla a tomar decisiones precipitadas, en su afán por probarse a sí

misma. Tiene una relación complicada con sus hermanos, pero mantiene una conexión más cercana y comprensiva conmigo y con Margarita, la hermana de Roberto. O al menos eso creo.

Isabel hizo una pausa.

—Juan, el mayor, está casado con Laura. Ella es una mujer impresionante en muchos sentidos. Proviene de una familia de la alta sociedad y su matrimonio fue muy beneficioso para ambos, en términos de estatus y conexiones. Laura es elegante, siempre impecable y extremadamente inteligente. Tiene un don para la diplomacia y sabe cómo manejar situaciones sociales complejas.

Félix notó un cambio sutil en la expresión de Isabel, como si considerara cuidadosamente sus próximas palabras.

—Sin embargo, Laura es también muy ambiciosa. Ella es la que decide. Pero, Félix, te lo advierto, Laura es tan calculadora como Ricardo. No se detendrá ante nada, para proteger sus intereses. Su frialdad y falta de escrúpulos la hacen difícil de leer, al igual que a su cuñado, y puede ser tan manipuladora como él, si no más. En cuanto a Ricardo… —Isabel suspiró—. Ricardo no tiene pareja fija, aunque sí muchas amigas. Y Carolina está convencida de haber encontrado por fin el amor de su vida.

Félix asentía mientras tomaba nota de los detalles.

—Ahora, Félix, déjame hablarte de Margarita, la hermana menor de Roberto —dijo Isabel y bajó el tono de voz—. Margarita es diez años menor que Roberto y siempre ha sido una presencia fundamental en la familia. A diferencia de mis hijos, ella nunca estuvo interesada en la gestión diaria de la bodega. En cambio, se dedicó a las tradiciones y al mantenimiento del legado cultural y social de la familia Uriarte. Está a cargo de la Fundación. Es una mujer muy culta, con una pasión por la historia y el arte. Se ha encargado de preservar la historia de nuestra familia, organizando eventos culturales y manteniendo vivas nuestras tradiciones. Es conocida y apreciada en la comunidad local por su sabiduría y su dedicación. Además, posee una cantidad significativa de acciones en

la bodega. Aunque no se involucra en la gestión diaria, su opinión tiene peso en las decisiones importantes.

—¿Mantiene buenas relaciones con tus hijos?

—Tiene una buena relación con Carolina. a quien siempre ha apoyado en su deseo de demostrar su valía en el negocio familiar. —Isabel hizo una pausa, con la mirada intensa sobre Félix—. Margarita guarda muchos secretos del pasado, algunos de los cuales podrían ser reveladores.

10

Fernando dejó caer su brazo al lado izquierdo de la cama. De forma inconsciente, esperaba encontrar el cuerpo de su mujer al lado. Sin embargo, la gruesa mano había golpeado el colchón. Se despertó lentamente, su mente aún atrapada entre el sueño y la realidad. Abrió los ojos con esfuerzo y miró hacia el espacio vacío donde Nora solía estar.

Se incorporó, frotándose los ojos con las palmas. Un sentimiento de inquietud comenzó a instalarse en su pecho. Miró el reloj en la mesita de noche y vio que eran las siete de la mañana. Nora nunca se levantaba tan temprano sin motivo. La dieta ninja que solía acometer con frecuencia, a veces conllevaba comer a escondidas. La última vez que había seguido uno de sus regímenes, Fernando la había sorprendido a las tres de la mañana devorando un pastel de chocolate en la despensa. Ella, con la boca llena y ojos desorbitados, le había susurrado un culpable "No digas nada". Ambos habían estallado en una risa silenciosa, y esa anécdota se había convertido en una broma recurrente entre ellos.

Con una sonrisa en la boca, se puso de pie, se calzó las pantuflas y se dirigió hacia la cocina, con la esperanza de encontrarla allí con algo en la boca. De camino, Fernando se sintió algo más relajado, pero al entrar en la cocina, la sonrisa se le desdibujó rápidamente. La cocina estaba silenciosa y vacía. La cafetera seguía apagada y había botellines de cerveza y restos de migas de pan y pieles de embutido sobre la encimera. Fernando frunció el ceño, cada vez más preocupado. De pronto, su mirada se posó en la mesa, donde una nota escrita a mano yacía solitaria bajo una botella de vino.

Fernando se volvió a frotar los ojos. ¿Qué significaba todo aquello? Había unas pocas palabras escritas a mano, de un trazado irregular:

“Fernando, mi amor, necesito un tiempo para mí misma. No te preocupes por mí. Lo único que te pido es que me des unos días. No intentes contactarme. Necesito poner en orden mi cabecita loca. Céntrate en rematar la faena con los japoneses. Te quiero, mi niño. Nora.”

A Fernando se le escurrió la nota entre los dedos y voló en un vaivén armónico de lado a lado, hasta depositare de forma suave sobre los azulejos. Se sentó pesadamente en una silla. Empezó a mover la pierna derecha. Cada vez más rápido hasta que notó que le faltaba el aire. Un intenso dolor le oprimía el pecho. Pensó que se iba a desmayar y se recostó sobre el suelo. Un sudor frío le recorría la frente. Cerró los ojos e intento serenarse.

Fernando no estaba seguro de cuánto tiempo permaneció así, tirado en el suelo de la cocina. Al levantarse lo primero que hizo fue llegar hasta la habitación y buscar el teléfono móvil que se había dejado en el pantalón. Lo encontró en el suelo. Con manos algo temblorosas lo sacó. El buzón de mensajes parpadeaba. Su jefe le apremiaba a acabar la presentación comercial para revisarla a primera hora en su despacho.

Fernando soltó el teléfono sobre la cama y se dejó caer a su lado, la cabeza apoyada en las manos. Se dio cuenta de que había sido un estúpido. Desde su llegada a Madrid, había priorizado el trabajo sobre su relación con Nora. Las constantes reuniones, los viajes de negocios y la presión de cerrar el trato con los japoneses le habían alejado de lo que de verdad le importaba. Su mente se llenó de recuerdos de las veces que él había pospuesto cenas, cancelado planes y dejado de lado pequeños momentos que significaban tanto para ella.

El trabajo no lo era todo, y ahora, más que nunca, necesitaba demostrarle a Nora que estaba dispuesto a cambiar. Sus pensamientos se debatían entre llamarla de inmediato o respetar su petición de espacio. Quería escuchar su voz, saber que estaba bien, pero también entendía que ella necesitaba tiempo para aclarar sus

pensamientos. Decidió enviarle un mensaje corto, algo que no la presionara pero que constatara que estaba ahí para ella. Con manos aún temblorosas, escribió:

"Espero que estés bien. Tómate el tiempo que necesites. Estoy aquí para ti, siempre. Te quiero."

Presionó el botón de enviar antes de dejar caer de nuevo el móvil a su lado. Se quedó un momento en silencio, para que el peso de sus emociones se asentara. Respiró hondo unas cuantas veces, con los ojos cerrados, y se levantó lentamente. Ahora debía centrarse en la presentación, o el trato podía irse al traste tras tantas horas de esfuerzo y dedicación. Resignado, se sentó a la mesa del escritorio, encendió el ordenador y se puso una vez más a repasar los datos financieros y de ventas, del próximo trato con los japoneses.

Nora tenía claro no coger el teléfono en ningún momento durante el trayecto. No estaba interesada en leer nada que Fernando le pudiera contar, ni en un posible mensaje de Lobo que echara al traste la ilusión de volver a la acción. Como si el tiempo no hubiera pasado, su antiguo compañero había ido directo al grano, tan escueto como siempre en la conversación. El último año desde que abandonó Chiclana, era el más anodino de su vida y le parecía que había transcurrido una eternidad. Ahora, al volante de la *Kombi*, ese cosquilleo en el estómago, que no había cesado en ningún momento desde que había hablado con Lobo, la hacía sentirse viva. Muy viva. Luna, recostada a su lado en el asiento del pasajero, levantaba la cabeza de vez en cuando y observaba curiosa a través de la ventanilla.

El paisaje comenzó a transformarse, a medida que dejaban atrás la gran ciudad. Las primeras horas de la mañana se deslizaban mientras conducía hacia el norte. Los altos edificios y el tráfico denso de la capital dieron paso a extensas áreas de campos y colinas suaves. Nora podía ver cómo el horizonte se abría y el cielo se hacía más amplio, una sensación de libertad que siempre le había

gustado cuando salía de la ciudad. Dejaron atrás la Sierra de Guadarrama y se adentraron en la meseta norte. A medida que se aproximaban a La Rioja, las vides alineadas en perfectas filas aparecieron a ambos lados de la carretera.

Al ver la señal de carretera que indicaba la proximidad de Logroño, el corazón se le aceleró. Había comprobado que la dirección estaba en las afueras de la capital riojana, entre viñedos, próxima al rio Ebro. El GPS la dirigió hasta una gran puerta de hierro abierta, a la que atravesó para circular por un camino serpenteante de tierra entre árboles y viñedos. Llegó a una imponente casa de dos alturas y aparcó frente a la puerta principal. Ni siquiera había apagado el motor cuando la puerta se abrió y la figura desgarbada de Lobo se dibujó al trasluz de la puerta. Por un momento, hubiera jurado que él había sonreído al verla.

Nora se bajó del coche. Dejó la puerta abierta y Luna se fue corriendo hacia Félix.

—¡Alto! —dijo, levantando una mano. La perra se detuvo e irguió las orejas—. ¿Y esto?

—Mi niño, diría que es una Labrador con ganas de saludarte.

—Nada de animales.

Felix seguía con la mano en alto.

—Si Luna no se queda, nos vamos las dos por el camino que hemos venido —le respondió y los brazos en jarra no dejaban lugar a dudas sobre la aseveración de Nora.

Luna estaba sentada y movía la cola de lado a lado, sin dejar de mirar a Felix. Cuando Lobo bajó el brazo, la perra subió las escaleras, con intención de frotarse el flanco contra una pernera de su pantalón.

—¡Ni se te ocurra!

—Anda, Luna, ven conmigo.

La perra agachó las orejas y volvió con su dueña. Nora lo miró de abajo a arriba. Vestía elegante, con su gabardina abrochada, el cuerpo ligeramente inclinado hacia el lado izquierdo. Estaba apoyado en el bastón.

—No has cambiado mucho —dijo ella.

—Tú tampoco.

—De camino, hice una llamada a Ramírez. La han ascendido a teniente. Esa chica prometía desde el primer minuto. Me contó lo de la explosión de la bomba y tu baja obligatoria del servicio. Lobo, lamento lo que ocurrió.

El hombre torció el gesto, pero no pronunció palabra. Bajó los escalones, lentamente, la mano apoyada con firmeza sobre la cabeza del águila.

—No hay de que lamentase, son cosas del destino —carraspeó y simuló una sonrisa—. Ya tendremos tiempo de ponernos al día sobre nuestras vidas. Ahora vamos a la casa dónde nos alojaremos, para que te informe de la misión que nos han encargado. No hay tiempo que perder.

Delgado se fue a poner de puntillas para darle dos besos, pero Félix interpuso el brazo, en un ademán de estrecharle la mano.

—Anda, mi niño, déjate de formalidades.

Nora lo apartó y le propinó dos sonoros besos en las mejillas. Ojalá hubiera tenido en ese momento la Polaroid en sus manos para sacar una fotografía de la cara de Félix Lobo. Con un rictus de satisfacción, se fue a abrir el portón trasero para que Luna bajase. Cuando ella iba a entrar por la puerta del conductor se lo encontró agachado. Limpiaba el asiento con una toallita de manos y un hidrogel alcohólico. Tras un buen rato de frotar, tomó asiento. La cabeza le tocaba casi el techo.

—Disculpa, para que Luna estuviera a mi altura, lo he subido al máximo. Tienes la manivela para bajarlo, en el lado derecho.

Lobo la miró un buen rato con esos ojos azul claro, casi traslúcidos, y luego inspeccionó el interior de la furgoneta mientras le daba a la palanca.

—No digas nada, mi niño. Ya sabes que el orden no es una de mis cualidades.

A unos escasos cien metros, estaba la casa que Isabel Uriarte había acondicionado para acoger a Lobo y Delgado.

—Isabel Uriarte me dijo que la llamaban la casita de los invitados. Es la más antigua de la finca, pero la modernizaron —aclaró él.

El tejado de dos aguas de tejas rojas modernas contrastaba con los muros de piedra envejecida. Había un porche amplio adornado con macetas de geranios, tomillo y un par de hortensias a la sombra. La casa se componía de un recibidor amplio, una gran cocina abierta, salón comedor, dos cuartos con camas dobles y un despacho. Los grandes ventanales dejaban entrar la luz natural.

Desde el despacho tenían vistas a las vides. El mobiliario lo componía una mesa grande con revistas internacionales del mundo del vino y las estanterías las poblaban multitud de guías y enciclopedias de enología. No cabía duda de la pasión de la familia Uriarte por el vino. Félix se aproximó a la mesa y pasó el dedo índice por la superficie. Luego se lo miró con detenimiento. Una sonrisa tenue adornó sus labios. Luego, se giró hacia ella.

—Tenemos el tiempo justo para dejar las cosas. Yo me quedaré en la habitación más próxima a la puerta. La tuya es la que da a la parte de atrás. He acordado que usaremos el despacho como centro de trabajo. Esta tarde nos traerán las pizarras. También he pedido un par de portátiles y pantallas de alta resolución.

—¿Conexión Wifi?

—Ya está solicitada a la compañía de telecomunicaciones. Se supone que vendrán mañana a instalar la antena para poder disfrutar de alta velocidad.

Félix comprobó la hora en su reloj de muñeca.

—Vamos a darnos prisa en vaciar lo que quieras de la furgoneta. Blas Zalduendo nos acompañará mañana a las bodegas, en Haro.

11

A lo largo del trayecto de casi cincuenta kilómetros que separaba Logroño de Haro, Félix Lobo puso al tanto a Nora Delgado de la información que Isabel había compartido con él, sobre las empresas y la familia Uriarte. La conversación fue prácticamente un monólogo por parte de Lobo, mientras Nora conducía la *Kombi* que transitaba entre valles, viñedos y el rio Ebro, que serpenteaba a través del paisaje, con su curso tranquilo.

El GPS les hizo atravesar la ciudad de Haro, la capital del vino de la Rioja. Bordearon por debajo de la iglesia de Santo Tomás con su gran torre sobre un cerro y tomaron una carretera secundaria. Por fin, llegaron a las imponentes instalaciones de Bodegas Uriarte, en la localidad. La entrada, flanqueada por muros de piedra bien conservados, ofrecía un primer vistazo al prestigio y la tradición de la bodega. Sobre la piedra, el nombre "Uriarte" estaba grabado con elegancia en letras doradas, acompañado por el año de su fundación, un recordatorio del legado centenario de la familia.

El camino de acceso estaba bordeado por unos setos podados con esmero y que guiaban la vista hacia el corazón de la bodega. A ambos lados, cipreses altos y esbeltos se erguían como guardianes silenciosos. Al fondo, los edificios de la bodega se desplegaban en una serie de estructuras de techos rojos y paredes blancas. Las líneas arquitectónicas eran simples, pero elegantes, con un reflejo que mezclaba funcionalidad y estilo tradicional.

Aparcaron la *Kombi* junto a una fila de vehículos. Luna, como fiel compañera, saltó de la furgoneta y comenzó a olfatear el aire, mientras Félix, ataviado con la gabardina y el bastón, se dirigía hacia la entrada principal, con Nora ligeramente retrasada.

Avanzaban por un camino pavimentado que conducía hacia una nave blanca, con un diseño arquitectónico contemporáneo y que

destacaba entre el entorno tradicional de viñedos y edificios antiguos. Su techo curvado, cubierto de vegetación, se integraba armoniosamente con el paisaje, y grandes ventanales dejaban entrar la luz natural que iluminaba el interior de manera suave y uniforme.

Estarían a poco más de diez metros de la estructura, cuando un hombre de unos sesenta años, metro sesenta y cinco de estatura, algo de pelo gris ladeado sobre la cabeza y con una camisa azul de manga corta apareció por la puerta, haciendo grandes aspavientos con las manos.

—*Cagoen* en mis muertos, la puta madre que os parió… ¿Qué no os lo dejé claro el año pasado? Engañabobos, chupópteros de sangre fácil, qué vergüenza… —Nora veía mover unas manos fuertes soportadas por unos antebrazos fibrosos y musculados. El hombre no es que gritara, más bien pronunciaba los insultos como si se los comiera—. Y el chucho lo subís a la furgoneta, antes de que se mee por el jardín.

Nora se detuvo y Luna se acercó a olisquear unas flores de colores sobre el césped perfectamente cuidado.

—¡*Cagoen* en la mar salada! Ya os he dicho que si el chucho se mea —había subido más el volumen y alzado la mano—. ¡Que os dije más de un millón de veces que no volvierais por aquí! Ya tuvimos bastante el año pasado. Eso le pasa a uno por ir de bueno, *cagoen* San Apapucio y toda su descendencia. Os lo voy a decir una única vez, alto y claro —añadió y por un momento sus brazos dejaron de moverse—. Ni de puta coña os vamos a dar permiso para acampar en los viñedos. Menos hostias de conectar con la naturaleza, el Dios Sol, las uvas o el *susuncristo*. Que uno a veces peca de bueno, pero no de gilipollas. Así que ya estáis agarrando al chucho, lo metéis en la furgoneta destartalada esa que no sé cómo todavía funciona y os vais por dónde habéis venido.

Félix avanzó hacia el hombre mientras Nora cogía a Luna del collar.

—Tranquilícese, Blas —dijo Lobo.

El hombre se detuvo en seco y frunció el ceño. Por un instante, permaneció en silencio.

—¡Por los cojones! —gritó mientras movía ambas manos, los índices levantados, de lado a lado—. Larguirucho —soltó y levantó la mirada para encontrarse con la de Félix—, si te crees que diciendo mi nombre me voy a ablandar, la llevas clara. Por mis santos muertos y todos mis antepasados que no pienso dejaros acampar. Primero llegáis vosotros dos y luego las vides se llenan de colgados con melena y chuchos, todo el día tocando la flauta y fumando la pipa de la paz.

El cuerpo grande de Nora se adelantó.

—*Quillo,* lo primero es que Luna no es ningún chucho —le señaló a su amiga que movía la cola de lado a lado—. Es mi perra, Luna, y no se va a mear en ningún lado. Lo segundo, no somos unos hippies que piden acampar en los viñedos de la bodega. Este es el investigador Lobo y yo soy su colaboradora, Delgado.

Los brazos del hombre se detuvieron de repente. Los miró de abajo a arriba como si evaluara la calidad del género.

—¿No sois los del año pasado?

—No, no sabemos a qué se refiere —intervino Félix—. Como acaba de decirle mi compañera, soy Félix Lobo, investigador privado, y ella es Nora Delgado, mi colaboradora. Isabel nos comentó que nos estaría esperando.

—*Cagoen*… —masculló Blas por lo bajo—. Ah, bueno, entonces, bienvenidos a Bodegas Uriarte.

Nora dio de beber a Luna y tras un paseo la dejó encerrada en la furgoneta. Se dirigieron a la nave blanca más moderna. Al cruzar el umbral de la puerta de cristal, se encontraron en un espacio amplio y luminoso que emanaba una sensación de elegancia. El suelo de mármol de tonos cálidos brillaba, mientras que las paredes, revestidas en una mezcla de piedra y vidrio, dejaban pasar la luz natural que se filtraba por los grandes ventanales.

Frente a ellos, se destacaba una recepción minimalista, con una elegante encimera y una discreta placa de metal con el nombre "Bodega Uriarte". Sobre la recepción, colgaban lámparas modernas con formas geométricas que proyectaban una luz suave y difusa. Un chico les sonrió al verlos llegar.

—¡Ramón, vienen conmigo! —bramó Blas.

Entraron en un despacho desde el que se apreciaban las figuras de las naves de las bodegas y los viñedos, con una música relajante de fondo.

—Ahora vendrá Patricia. Podéis sentaros.

Blas permaneció de pie. No dejaba de moverse de un lado a otro hasta que se arrancó a hablar.

— Sí, ya se lo decía yo a Don Roberto, *cagoentó*. Si me hubiera hecho caso, las cosas serían muy diferentes ahora. Las bodegas no son lo que solían ser. Antes, todo era más sencillo. No había tanto aparato moderno ni tanta medida de seguridad que, francamente, no sirve para nada si no se cuida. Cuando yo era un mozuelo, bastaba con tener a los perros vigilando y nosotros mismos haciendo rondas. ¡Pero no! Ahora todo tiene que ser con cámaras y alarmas que a la mínima dejan de funcionar.

Nora observaba, embelesada, la manera en que Blas no dejaba de agitar los brazos mientras hablaba. Había pasión en cada palabra.

—Don Roberto era un hombre sabio, pero a veces no escuchaba. Confiaba demasiado en la tecnología moderna y en esos jóvenes ingenieros o financieros que venían a venderle la última novedad. Chupatintas profesionales formados en prestigiosas universidades, pero que no tienen ni puta idea de cómo funciona el negocio. Pero él, erre que erre. Yo siempre le decía: "Don Roberto, lo que necesitamos es gente de confianza, no máquinas ni vende-pócimas crecepelo". Pero claro, no siempre me escuchaba a mí, entre los hijos, accionistas y asesores… —concluyó Blas y entornó los ojos—. Jodidamente difícil es dirigir todo esto. Llevo desde los doce años…

El ruido de la puerta hizo que Zalduendo se callara de golpe. La lámina blanca se abrió suavemente, y una mujer entró con paso

firme y decidido. Nora le calculó treinta y tantos años. Vestía un traje de pantalón gris claro, perfectamente ajustado, que destacaba su figura atlética. Llevaba el cabello castaño oscuro recogido en un elegante moño bajo, y sus ojos verdes observaban a los presentes con una mezcla de curiosidad y profesionalismo.

—Buenos días, Félix, Nora —saludó con una voz clara y autoritaria, mientras extendía la mano para estrechar las suyas—. Soy Patricia Sánchez de la Vega, directora de operaciones de la bodega.

Félix se levantó para estrecharle la mano, seguido de Nora.

—Encantado, Patricia. Soy Félix Lobo, y ella es mi compañera, Nora Delgado —respondió Félix, con una ligera inclinación de cabeza.

Nora notó que Patricia ofrecía un firme apretón de manos y una mirada directa que inspiraba confianza. A Lobo se le había quedado una sonrisa de adolescente en la cara.

—Blas, gracias por recibirlos. Puedes dejarnos a solas.

Blas asintió, aunque no sin mostrar un último gesto de desaprobación. Masculló un *cagoen* por lo bajo y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí con un portazo. Patricia Sánchez de la Vega se giró hacia Félix y Nora.

—Espero que el recibimiento de Blas no haya sido demasiado... abrupto —dijo, tomando asiento frente a ellos—. Es un hombre leal, pero a veces su pasión por la bodega lo lleva a ser un poco rudo.

—Entendemos —respondió Nora, con una sonrisa—. Su dedicación es evidente.

Patricia asintió.

—Sí, Blas es una pieza clave aquí. Ha estado con nosotros desde siempre y conoce cada rincón de la bodega. Pero bueno, hablemos de por qué estáis aquí. Isabel me ha puesto al tanto de la situación y confío en que vuestra experiencia será muy valiosa para nosotros.

Félix sacó su cuaderno de notas, listo para registrar cualquier información relevante.

—Patricia, nos gustaría saber más sobre los problemas de seguridad que habéis tenido recientemente y cualquier incidente que creas que pueda estar relacionado con esto —dijo Félix.

Patricia tomó un respiro profundo antes de comenzar a explicar.

—Como ya sabéis, el percance más grave que hemos tenido ha resultado el reciente acto de sabotaje. Alguien manipuló cinco de nuestras cubas de fermentación, que resultó en la pérdida de miles de litros de vino. Hemos revisado las cámaras y los registros, y la Guardia Civil está al cargo de la investigación. Estamos casi seguros de que se trata de un empleado o exempleado de la bodega —comentó—. Blas ya le ha puesto nombre, pero se necesitan pruebas. La seguridad en nuestras instalaciones está bastante… desactualizada. Las cámaras de vigilancia son antiguas, con baja resolución y sin visión nocturna, lo que deja muchos puntos ciegos, especialmente en las áreas críticas. Solo tenemos cobertura en las entradas principales y en algunas partes del almacén, pero no hay una vigilancia efectiva en las zonas de producción y almacenamiento de vino.

Patricia hizo una pausa para asegurarse de que Félix anotaba todos los detalles.

—El sistema de control de acceso es rudimentario. Utilizamos tarjetas de identificación, pero no hay un registro adecuado de quién entra y sale de las áreas restringidas. Además, muchas de esas tarjetas son antiguas y podrían ser fácilmente duplicadas. Hemos registrado incidentes en los que las puertas no se cerraron de forma correcta, permitiendo el acceso no autorizado.

Félix levantó la mirada del cuaderno, interesado.

—¿Y en términos de alarmas y sensores? —preguntó.

Patricia asintió, continuando su explicación.

—Tenemos sensores de movimiento, pero solo en algunas partes del edificio. La mayoría de estos sensores no han sido revisados ni mantenidos adecuadamente en años, y no cubren todo el perímetro. Esto ha dejado varios puntos vulnerables que alguien con conocimiento interno podría explotar fácilmente.

Félix hizo una mueca de asentimiento.

—Parece que hay mucho trabajo por hacer. Necesitamos comenzar con una evaluación completa del sistema actual y desarrollar un plan de acción para solucionar estos problemas. ¿Hay algo más que debamos saber, sobre los empleados o algún otro incidente que podría estar relacionado? —preguntó Lobo.

—En cuanto a los empleados, hemos sufrido algunas tensiones internas. Con la modernización, algunos de los trabajadores con más años en la empresa se han sentido desplazados. Esto podría haber creado resentimientos. Además, ha habido algunos despidos recientes debido a recortes presupuestarios. No puedo señalar a nadie en particular, pero estas tensiones podrían haber contribuido a los problemas vividos.

Lobo y Delgado intercambiaron una mirada.

—Entiendo. Será crucial entrevistar a algunos de los empleados clave y revisar los registros de despidos recientes. Necesitamos entender tanto el contexto interno como el externo —dijo Nora.

Patricia asintió.

—Claro. Os proporcionaré acceso a todos los registros y os pondré en contacto con los jefes de cada departamento. Isabel está muy preocupada por la seguridad de la bodega y quiere asegurarse de que todos los aspectos sean revisados minuciosamente.

12

Blas Zalduendo acompañó a Félix y a Nora por las instalaciones de la bodega, para que tomaran nota del estado de las medidas de seguridad. La pareja hacía las correspondientes anotaciones de unos sistemas de seguridad que se habían quedado obsoletos. Lo cierto es que la bodega carecía de dinero en efectivo u objetos de gran valor, siendo su mayor activo las reservas de vino almacenado. Pensar en un sabotaje no se le había pasado por la cabeza a nadie. Una acción que solo buscara causar el mayor daño posible a Bodegas Uriarte, no el enriquecimiento que podría considerarse la principal motivación de un acto delictivo.

Tras varias horas de intenso trabajo, finalizaron la revisión de los sistemas de seguridad de las instalaciones en Haro. Se hizo la hora de comer y Blas se ofreció a acompañarlos para el almuerzo. Ya tendrían tiempo después para acercarse a la casona dónde se encontró el cuerpo sin vida de Roberto Uriarte. Félix le sugirió al hombre que ellos le seguirían en la *Kombi*, a lo que Blas no pudo contener una gran carcajada ya que en su vida se le había pasado por la cabeza sacarse el carné de conducir. A pie o en la bicicleta, esos eran los únicos medios de transporte que el señor le había proporcionado. Al llegar a la furgoneta y abrir el portón posterior, Luna pegó un salto y se bajó.

—¿De dónde has salido tú, chucho meoncete? —preguntó Blas, dirigiéndose al animal. La forma en que le habló hizo que Luna meneara la cola con más fuerza—. Mira lo que tengo para ti —continuó con un tono de voz que sorprendió a Nora. Echó mano al bolsillo del pantalón y le mostró unos restos de lo que parecía un bocadillo—. Chorizo riojano de una carnicería secreta cerca de Logroño. ¡*Cagoen* la mar *salá*, no has probado nada igual en tu perra vida! ¿Quieres un poco?

El hombre empezó a bajar la mano. Luna se mantenía quieta. Se lo acercó a la boca y la perra se lo cogió con delicadeza,

—Buen chico —dijo él.

Le acarició la frente.

—Buena chica —le corrigió Nora.

Blas le hizo un gesto para que volviera entrar y Luna subió de un salto.

—Buen chico —repitió él.

De un salto ágil el hombre se aupó a la parte posterior de la Kombi.

—¡Por los santos cojones del mismísimo Papa y los cardenales del Vaticano! ¿Qué es todo esto? —Blas empezó a mover los brazos señalando las cajas que se amontonaban por el suelo.

—Tú no toques nada —dijo Nora.

Y cerró la puerta.

Desde la parte trasera Blas no dejaba de indicarles el camino para la fonda. "Nada como una buena comida riojana para aclarar la mente", repitió no menos de mil veces. Después de unos quince minutos de viaje, llegaron a una pequeña aldea con calles empedradas y casas de piedra que parecían sacadas de otra época. Felix aparcó frente a una taberna con un letrero de madera que decía "El Mesón de San Millán". El lugar tenía una fachada rústica, con geranios en las ventanas y un par de mesas exteriores bajo una pérgola de parra.

Las paredes estaban adornadas con antiguos utensilios agrícolas y fotografías en blanco y negro de la región. El aroma de la comida casera llenaba el aire, junto con el olor a vino y a leña de una parrilla. Blas y el dueño se saludaron con repetidas y sonoras palmadas en las espaldas y muchos *cagoen*.

—¡Estos son Félix y Nora! —gritó Blas—. Nos ayudan con unos asuntos en la bodega. Pensé que sería una idea cojonuda si disfrutan de un buen almuerzo riojano.

El dueño, cuyo nombre era Tomás, los condujo a una mesa junto a una ventana con vistas a los viñedos. La clientela era variada: había agricultores locales, familias y algunos turistas.

—Aquí tenéis la carta, pero os recomiendo el menú del día. Hoy tenemos patatas a la riojana, chuletillas al sarmiento y de postre, unas torrijas de vino que os harán volver a creer en los milagros —dijo el hombre que había abierto una pequeña libreta y tenía un lápiz preparado.

—¡Que sean tres menús! —gritó Blas, decidiendo para los tres.

La boca de Nora dibujó una enorme sonrisa mientras que Félix pasaba el dedo por la cubertería. Tras fruncir el ceño, sacó la botella de gel hidroalcohólico de la gabardina y empezó a frotar el plato.

—¡*Cagoen* la mar, Lobo! —exclamó Blas, meneando la cabeza de lado a lado con fuerza—. ¿También limpias los cubiertos en casa o es solo cuando sales por ahí? Mira que aquí, en La Rioja, un poco de tierra o de polvo solo le da sabor a la comida, ¿eh? Pero bueno, cada uno con sus manías.

Félix, sin inmutarse, continuó con el cuchillo y el tenedor.

—No es manía, Blas. Es costumbre —replicó Félix con seriedad, mientras dejaba los cubiertos sobre la servilleta.

—Costumbre o no, Lobo, te vas a perder la mejor parte de la vida si no aflojas un poco. Aquí, en la fonda, lo importante es disfrutar. Mira, las patatas a la riojana... eso sí que es un regalo de los dioses —se santiguó tres veces seguidas—. ¿Y las chuletillas al sarmiento? ¡Por mis cojones, no te las puedes perder!

Tomás volvió con las bebidas y el primer plato. Las raciones venían servidas en cazuelas de barro. Grandes trozos de patata nadaban en un caldo rojo, espeso y aromático, hecho con especis ahumadas, chorizo riojano y pimientos. El embutido, cortado en rodajas gruesas, desprendía su característico color rojizo e infundía al guiso un sabor profundo y ligeramente picante.

—Esto es lo que llamo comida de verdad —exclamó Blas, señalando el plato con su tenedor—. Nada de esas modernidades pitiminí que te sirven en otros sitios. En el restaurante de Ricardito,

cuando piensas que por fin vas a empezar a comer, te dicen que se ha acabado. Aquí, en La Rioja, sabemos cómo hacer las cosas bien. —Por un momento, el hombre dejó de moverse y entornó los ojos—. Sabéis, esta fonda me trae recuerdos. Cuando era solo un crío, solía acompañar a Don Roberto. El viejo era un hombre duro, pero justo. Me enseñó todo lo que sé sobre el vino y la vida. Me decía siempre: "Blas, *cagoen* diez, el vino no es solo una bebida, es historia, es vida en cada gota." —Blas hizo una pausa para saborear un bocado de patata mezclada con una rodaja de chorizo. Cerró los ojos por un momento—. Un hombre que sabía adaptarse a cada situación. Cuando charlaba conmigo, se ponía a mi nivel. Nada que ver con su comportamiento cuando tenía reunión de negocios. Entonces se transformaba en otra persona. ¿Entendéis por dónde voy?

—¿Cómo era él cuando empezaste? —preguntó Nora.

Blas se recostó en su silla, con la mirada perdida en algún recuerdo lejano.

—Era un hombre grande, en todos los sentidos. Tenía una presencia que te hacía sentir pequeño, pero no por maldad o mala leche, sino porque sabías que estabas ante una persona que entendía el mundo mejor que tú. Yo empecé a trabajar en la bodega cuando tenía doce años, y desde el primer día, Don Roberto me trató como a un adulto. "Blas," me decía, "aquí no hay niños, solo hombres que trabajan duro." Y eso hice. Me enseñó a valorar cada uva, cada barrica, como si fueran oro puro. "No te olvides nunca," decía, "el vino es un regalo de la tierra, y nuestra labor es devolverle ese respeto en cada botella que hacemos."

Por un instante, a Nora le pareció percibir un momento de bajón en Blas. El hombre tomó la copa y le dio un largo trago al vino.

—Pero no solo eso. Don Roberto me contaba historias de cómo su familia había empezado. "La bodega no siempre fue tan grande," decía. "Mi padre comenzó con solo unas pocas hectáreas, pero fue el amor por la tierra y la vid lo que nos hizo crecer." Y así, día tras día, mientras trabajábamos, me enseñaba no solo sobre el vino, sino sobre la vida, sobre el respeto, la honestidad, y sí, sobre la dureza

también. "Este no es un mundo fácil, Blas," me decía. "Pero si eres honesto contigo mismo y con los demás, *cagoen* la mar, lo harás bien".

Nora cogió un trozo de pan y empezó a mojarlo en la salsa. Félix, por su parte, apenas había probado el plato.

—Blas, entiendo tu aprecio por Roberto Uriarte. Sin embargo, Isabel nos comentó que, a lo largo de su carrera, su marido se había labrado no pocos enemigos. ¿Qué nos puedes contar al respecto? —preguntó Delgado tras haber limpiado el plato de barro con una miga esponjosa.

Blas dejó la copa en la mesa. Los dedos de ambas manos empezaron a tamborilear sobre la mesa.

—Doña Isabel no os ha engañado, eso es seguro —comenzó Blas, en tono más grave—. Don Roberto tenía un don especial para hacer amigos y enemigos con la misma facilidad. Y de todos ellos, el que más dolores de cabeza le dio fue sin duda Eusebio Larrea.

Nora y Félix intercambiaron una mirada antes de que Blas continuara.

—Larrea... ¿os suena el nombre? —preguntó, aunque no esperaba una respuesta—. Si no, os lo explico. Eusebio Larrea era, y sigue siendo, uno de los bodegueros más influyentes de la región. Un hombre duro, calculador y con una astucia que siempre va un paso por delante. Su bodega, Bodegas Larrea, no está tan lejos de aquí, y durante años fue la mayor competencia de los Uriarte. Desde jóvenes, Don Roberto y Larrea se disputaban el mercado, los clientes, e incluso los trabajadores.

Blas hizo una pausa, tomando otro trago de vino.

—Pero no era solo una competencia sana. La cosa era más personal. —Blas bajó la voz, inclinándose ligeramente hacia ellos, como si estuviera a punto de revelar un secreto—. Veis, hubo un tiempo, hace no mucho, en que la familia Uriarte estaba en apuros. No hablo de problemas pequeños, hablo de un momento en que la bodega estaba al borde de la quiebra. Roberto hizo todo lo posible para mantener la bodega a flote, pero Larrea... *cagoen* la mar, ese

cabrón no se lo puso fácil. Eusebio se ofreció a comprar parte de las acciones de la familia Uriarte por una miseria, a sabiendas de que Roberto no tenía muchas opciones. Era una humillación, una oferta hecha para aplastarlo, no para ayudarlo. Pero Don Roberto, cabezón como era, no cedió. Rechazó la propuesta, aunque eso significara arriesgarlo todo.

—¿Y cómo logró Roberto salir adelante? —preguntó Félix, intrigado.

—*Cagoen* diez, esa es una buena pregunta —respondió Blas mientras una leve sonrisa asomaba en su rostro—. Yo creo que fue una combinación de trabajo duro, ingenio y una migaja de suerte. Y mucha fe en el producto. Roberto apostó por diversificar, por innovar en los métodos de producción y por mantener el espíritu de unos vinos que nadie más en la región estaba haciendo. Y lo más importante, encontró aliados en lugares insospechados, personas que respetaban su visión y su tenacidad.

La llegada de Tomás con una fuente de chuletillas de cordero hizo que la conversación se detuviera por unos segundos. Blas tomó una chuleta entre sus dedos, sopló con fuerza tres veces y le dio un bocado a la parte central.

—¡La madre de todas las chuletillas! —se dirigió hacia Lobo, que se había llevado la servilleta a la boca, coincidiendo con los soplidos. Blas usaba el hueso para señalarlo—. La clave es el sarmiento de uva blanca, que da una brasa más tranquila. Bueno, y las manos de Tomás a la parrilla que no tienen precio —dijo y dejó el trozo de cordero en el plato—. Pero que quede claro, esa rivalidad no ha desaparecido. Eusebio Larrea aún sigue con su bodega. No tiene hijos y su único sobrino, Nachito, será el que tome las riendas cuando el viejo ya no esté. Los Larrea son como una sombra que siempre ha estado detrás de los Uriarte. Y aunque la relación entre las familias nunca se recuperó del todo, Don Roberto siempre dijo que lo más importante era no dejarse llevar por el odio.

13

La vieja casa de labranza donde Roberto Uriarte solía retirarse antes de cada vendimia se alzaba al final de un camino de tierra que serpenteaba entre viñedos. A medida que la furgoneta avanzaba por el sendero, Blas no dejó de soltar improperios por los baches y la incomodidad de la *Kombi*. Nora no podía evitar una sonrisa en su boca al escuchar cada una de las blasfemias proferidas por aquel hombre. Aparcaron y cuando le abrieron el portón posterior, Luna saltó y se fue a la carrera en busca de un lugar donde poder hacer sus necesidades.

—¡Chucho, como te mees en esas paredes te vas a enterar! —gritó Blas al ver a la perra acercarse a la casa. Luna levantó las orejas, meneó la cola y se alejó hacia un espacio de tierra que parecía haber servido de huerto en el pasado. La edificación estaba construida con grandes bloques de piedra caliza que resistía bien el paso del tiempo, aunque las grietas y el musgo que trepaba por las juntas hablaban de décadas a la intemperie.

—Ahí la tenéis —dijo Blas con cierta reverencia, como si la propia presencia de la casona requiriera un respetuoso silencio—. Aquí es donde Don Roberto se refugiaba cuando necesitaba alejarse del mundo.

Félix y Nora siguieron a Blas hasta la entrada principal, una puerta de madera oscura que crujía bajo el peso de los años. A su alrededor, el aire olía a tierra húmeda y a uva madura, y el silencio era quebrado solo por el viento que susurraba entre las vides. La casona no tenía la elegancia de Casa Uriarte, ni los lujos modernos de las oficinas de la bodega de Haro. Todo era sobrio, funcional y rústico, de otra época.

Al cruzar el umbral, la atmósfera cambió. La luz que entraba por las ventanas pequeñas teñía el interior de un tono dorado, cálido,

que contrastaba con el frescor otoñal del exterior. Las vigas de madera en el techo se extendían como los brazos de un gigante protector. El suelo, de piedra irregular, se extendía por la superficie. Blas se paró y abrió los brazos en cruz, para impedir el paso a Delgado y Lobo. Miraba un punto fijo frente a sus pies. El hombre rudo y directo que solía llenar el aire con sus maldiciones y exclamaciones estaba en silencio, con la mirada inalterable.

—*Cagoen*... —empezó Blas, pero su voz se quebró ligeramente. Se aclaró la garganta, intentando recuperar su compostura—. Aquí, aquí es donde le encontré.

Sus manos comenzaron a temblar ligeramente, un tembleque apenas perceptible, pero que Nora captó al instante.

—Don Roberto... —continuó Blas, su voz más suave de lo habitual, casi un susurro—. Ese hombre… era como un padre para mí. Cuando vine aquí aquella mañana, nunca pensé... —hizo una pausa, tragando saliva con dificultad—. Nunca pensé que lo encontraría así, tirado en este suelo. Todas las noches ese jodido charco de sangre alrededor de su cabeza vuelve una y otra vez para golpearme como un puñetazo al mentón.

Blas cerró los ojos por un momento. La dureza en su voz había desaparecido, reemplazada por una tristeza profunda.

—Cuando lo vi... —añadió y se interrumpió de nuevo, mientras intentaba mantener el control—. No pude hacer nada. Era demasiado tarde.

—Blas... —comenzó Nora, pero él levantó una mano.

—Déjame terminar —su voz había recuperado algo el tono habitual—. Quiero que entendáis algo. Don Roberto no solo era mi jefe, era mi familia. Aquí, en esta casona, me enseñó todo lo que sé sobre la vida, sobre el vino, sobre la maldita realidad de este mundo. Y por eso... —Su voz se endureció ligeramente—. Por eso, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para proteger su legado. *Cagoen* diez, no voy a dejar que lo que él construyó se venga abajo. Ni por Larrea, ni por sus hijos, ni por nadie. Solo os pido una cosa —dijo

con la voz aún temblorosa—: si vais a hacer esto, si vais a investigar lo que le pasó a Don Roberto, hacedlo bien.

Nora y Félix intercambiaron una mirada.

—Isabel nos has contratado para velar por su seguridad y la de sus hijos. Estamos aquí…

Un chasquido fuerte de la lengua de Zalduendo hizo que Lobo se callara. Por primera vez el hombre levantó el brazo para agarrar el hombro de Félix y le instó a que se agachara. A Nora le recordó la imagen de un hijo que va a confesar un secreto a su padre.

—Blas Zalduendo puede parecer un auténtico paleto de pueblo, pero no nació ayer ni se chupa el dedo, muchacho —le reprochó y bajó la voz, pero su tono se volvió más áspero—. He visto y oído más de lo que os podéis imaginar en esta puta vida, y sé cuándo algo huele mal, *cagoen* la leche que me dieron… —El hombre aflojó la mano y Lobo se reincorporó—. No me vengáis con cuentos infantiles. Por mis santos cojones y los del caballo de Espartero, ¿tengo cara de ser un cantamañanas que se traga lo primero que le dicen? Anda, haced lo que tengáis que hacer. Me voy afuera con el chucho.

Blas salió y tras un fuerte silbido Luna se plantó a su lado. El hombre le dio un par de caricias a la perra y se alejaron en dirección a los viñedos.

—Es hora de empezar —dijo Nora Delgado y se recogió con una goma la larga melena rizada. Luego fue hasta la furgoneta, agarró un maletín y regresó al interior.

—Han pasado muchas horas desde que se encontró el cuerpo y la escena está muy contaminada, a ver qué podemos conseguir.

Se colocó con cuidado unos guantes de látex y le entregó otro par a Félix.

Su primer objetivo fue la copa de vino que aún estaba sobre la mesa de madera. El vaso, ligeramente empañado, tenía restos visibles de lo que parecía ser un tinto. Con sumo cuidado, Nora tomó la copa por el tallo y se aseguró de no tocar la parte superior donde podrían encontrarse huellas dactilares. Sacó un hisopo estéril y lo

deslizó con suavidad por el borde de la copa, con la intención de recoger cualquier rastro de saliva que pudiera haber quedado. Luego, tomó la copa completa y la envolvió en una bolsa de evidencia, asegurándose de que estuviera bien sellada.

—Félix, coge la cámara y empieza a tomar fotografías.

A continuación, Nora se dirigió hacia el sillón orejero de cuero marrón. Este era un mueble antiguo, desgastado por el tiempo, pero había algo que llamó su atención: pequeños cabellos, casi imperceptibles, adheridos a la parte trasera del respaldo. Con unas pinzas finas, Nora comenzó a recoger cuidadosamente cada cabello y los depositó en un pequeño sobre de papel estéril, para su análisis posterior. Nora también tomó muestras de fibras sueltas por el sillón, por si podían pertenecer a la ropa de la víctima o de otra persona involucrada en su muerte.

Lobo continuó con las fotografías en el interior, a la vez que etiquetaba cada uno de los elementos. Era consciente de la importancia de una documentación exhaustiva. Se detuvo al ver algo que captó su atención en el marco de una de las ventanas. La madera parecía haber sido arañada y había marcas que podrían haber sido hechas por una herramienta. Lobo se acercó y después de tomar fotos de las marcas, recogió algunas astillas de madera y las colocó en una bolsa de evidencia.

—Estas marcas son recientes. Podría ser que alguien haya forzado la ventana para entrar o salir —dijo Félix.

Luego se dirigió a la puerta trasera. Revisó las bisagras y la cerradura, a ver si encontraba signos de forzamiento. Al no detectar nada, decidió tomar fotos detalladas de la zona y recogió muestras de polvo y suciedad en la base de la puerta. Salieron y comenzaron a inspeccionar el terreno alrededor de la casona. Nora usó una luz de rastreo para identificar huellas en el suelo, que podrían no ser visibles a simple vista sobre la tierra seca.

—Entre los servicios funerarios, médico forense y la comitiva judicial, son muchas las evidencias que no conducirán a nada, pero nunca se sabe.

Nora tomaba fotografías de las huellas, marcando su ubicación exacta en un croquis que Félix había comenzado a dibujar. Luego, usó un gel especial para hacer un molde de las huellas más claras, asegurándose de no dañarlas en el proceso.

—También deberíamos tomar muestras de tierra de aquí, por si se puede relacionar con el calzado de alguna persona —añadió Félix, mientras Nora recogía con cuidado un poco de tierra en un frasco.

Además de las huellas, Nora notó algo que había pasado desapercibido antes: un pequeño fragmento de tela enganchado en una de las zarzas cercanas. Usando las pinzas, recogió el fragmento y lo guardó en una bolsa de evidencia. Luego, volvió al interior de la casona, para una última revisión. Usó un polvo especial para revelar posibles huellas dactilares en la copa, la mesa y la puerta principal. Logró levantar algunas huellas parciales que, aunque no perfectas, podrían ser útiles para la investigación.

Nora se sorprendió al mirar el reloj. Llevaban dos horas de intenso trabajo, pero le habían parecido diez minutos. Salió hasta la furgoneta y se apoyó en la misma. Al límite de las filas interminables de viñedos, el sol se escondía tras las montañas. Cerró los ojos. Un silencio inundó sus oídos. De repente, Fernando se cruzó por su mente. No se había acordado en ningún momento de él. Como si no existiera. Con esos pensamientos rondando por la cabeza, el silbido intenso de Blas, seguido de un par de ladridos, la transportaron de nuevo a la realidad.

Fijó la vista hacia el camino que quedaba a la izquierda. La perra venía al lado del hombre y a cada momento en que Luna miraba a Blas, su cola se agitaba con más fuerza.

—Este chucho es más listo de lo que parece —bramó Blas, rascándose la cabeza—. Me recuerda a un perro que teníamos en la bodega hace años. Siempre estaba a mi lado, como esta perra, y aunque no lo creas, sabía cuándo tenía que cuidarme. —Blas se agachó un poco, le dio un par de palmadas en el lomo a Luna, quien lamió su mano en respuesta—. Esta también lo sabe.

Era la primera vez que Luna se mostraba tan cariñosa con otra persona.

—¿Os queda mucho por hacer?

Nora negó y volvió adentro. Félix seguía enzarzado en tomar fotografías con la cámara digital.

—¿Reconstrucción de los hechos? —preguntó ella.

Lobo se acercó y quedaron bajo el marco de la puerta.

—Don Roberto era un hombre de rutinas —comenzó Félix, con su tono bajo pero firme—. Venía aquí siempre antes de la vendimia, se aislaba, reflexionaba y tomaba decisiones que afectaban a la bodega y a su familia. Este lugar era su santuario, su refugio, y lo sabía todo el mundo. La noche de su muerte, Roberto se retiró aquí, al igual que cada año. Pero algo fue diferente esta vez. —Félix hizo una pausa, meditativo—. No creo que el asesinato fuera premeditado en un sentido estricto. Tal vez alguien viniera aquí esa noche, para confrontarlo, para obtener algo de él, ya sea información, dinero, o simplemente para asegurarse de que Roberto no tomara una decisión que les perjudicara.

Félix empezó a caminar lentamente por la habitación, como si estuviera siguiendo las huellas de aquella noche. Se tomó un momento para contemplar la escena mientras sus pensamientos se organizaban en su mente.

—Imaginemos que Don Roberto y su visitante estaban aquí, en esta sala, conversando. La copa de vino sugiere que la reunión comenzó de manera relativamente amigable, o al menos formal. Pero Roberto, ya en su avanzada edad, no tenía la misma fortaleza que en sus años mozos. La gente se olvida de lo vulnerable que uno se vuelve con el tiempo. Los reflejos ya no son los mismos, el equilibrio es precario, y un simple tropiezo, que para alguien más joven sería una caída sin consecuencias, para alguien de su edad podría ser fatal. Ahora, supongamos que durante la conversación algo se tensó. Puede que Roberto se levantara de repente, tal vez para enfatizar un punto o para dar por concluida la discusión. Quizás intentó acercarse a la puerta para marcharse, pero con su salud en

declive, un paso en falso, un mareo momentáneo. Cualquier cosa podría haber hecho que perdiera el equilibrio. Si fue así, un golpe seco contra el suelo de piedra, justo en el ángulo incorrecto, habría sido suficiente para provocarle una lesión grave en la cabeza.

Félix señaló el suelo cerca de la mesa, donde Blas había descrito encontrar el charco de sangre.

—Aquí, es donde lo encontraron, ¿no? —preguntó Félix, más para confirmar sus propios pensamientos que para obtener una respuesta —. Un golpe en esa zona de la cabeza, con suficiente fuerza, podría haberle causado una hemorragia cerebral. La sangre en el suelo sugiere que la herida fue profunda, pero también sugiere algo más: que la caída fue lo suficientemente fuerte como para que no pudiera levantarse. Puede que incluso estuviera consciente durante un tiempo, pero incapaz de moverse, incapaz de pedir ayuda.

—Es plausible, *quillo*, pero... ¿y si la viuda está en lo cierto y no fue solo una caída accidental? —intervino Nora—. Puede que empezara así, pero ¿qué pasaría si alguien aprovechó la situación? Don Roberto, débil por la caída, podría haber estado desorientado, incapaz de defenderse. Si en ese momento, la persona con la que estaba no solo que no lo ayudó, sino que incluso lo empujó ligeramente, para asegurarse de que se golpeara contra el suelo...

—El verdadero enigma no es cómo murió, sino quién se beneficiaría de su desaparición y por qué motivo alguien querría verlo fuera del tablero. Una vez respondamos esas preguntas, todo lo demás caerá por su propio peso.

14

Félix Lobo se despertó antes de que el primer rayo de sol atravesara las cortinas de la casa de invitados dónde Nora y él habían pasado la noche. Durante un momento, permaneció inmóvil, mientras se acostumbraba al silencio y al suave olor a madera vieja que impregnaba la habitación. A su lado, sobre la mesilla, reposaba su reloj de pulsera. Marcaba las cinco y media de la mañana. A pesar de la oscuridad, su cuerpo sabía de forma inconsciente cuándo era el momento de levantarse.

Con un leve suspiro, Félix se sentó en la cama y estiró sus largos y delgados brazos hacia el techo. Aunque había dormido en un colchón más firme de lo habitual, se dio cuenta de que había descansado mejor de lo que esperaba, sin sobresaltos nocturnos. Ninguna pesadilla lo había perseguido durante la noche, un hecho que lo sorprendió cuando sus pies descalzos tocaron el frío suelo de piedra.

Sobre la mesilla tenía los medicamentos. Félix sostuvo el frasco de ansiolíticos entre sus manos e hizo girar la tapa mientras las palabras de la psicóloga resonaban en su mente. "No dependas de ellos, Félix. Encuentra un equilibrio, algo que te ancle al presente". Las palabras habían calado hondo, aunque admitirlo le costara más de lo que le gustaría. Dejó el bote en la mesilla, indeciso por un instante, pero luego lo cerró y lo devolvió a su sitio. Ese día, al menos, no los necesitaría.

Se levantó despacio. Caminó hasta la ventana y corrió las cortinas. Apenas podía distinguir las siluetas del paisaje en la oscuridad que aún dominaba la madrugada. Las sombras profundas de la noche se aferraban a la tierra, y solo un tenue resplandor en el horizonte indicaba que el amanecer no estaba muy lejos. Las filas de viñedos se extendían como un ejército en formación, sus formas

esqueléticas apenas visibles contra el cielo que comenzaba a aclararse. A tenor de lo que veía, se prometía una jornada tranquila en Casa Uriarte, pero Félix sabía que la calma del entorno contrastaba con las tensiones latentes que había en la familia y en los secretos que guardaba la finca. Más si tenía en cuenta la petición de Isabel para el día que comenzaba. Él se había negado en un primer instante, pero finalmente cedió a los ruegos de quien había firmado un contrato tan generoso y del que no estaba convencido que fuera a conseguir resultados.

Lobo se adentró en la rutina de meditación y ejercicio físico. Una vez concluida, llegó el momento de la ducha. El impacto del agua helada contra su piel lo hizo inhalar bruscamente, pero no cambió la temperatura; era parte de su ritual, una forma de mantener su mente y cuerpo en alerta, de recordarse a sí mismo que seguía vivo.

El agua fría recorría su cuerpo alto y desgarbado, a través de la geografía accidentada de un hombre que había sobrevivido a más de lo que la mayoría podría imaginar. Cada cicatriz, cada marca le recordaba que estaba vivo de milagro. Su torso estaba surcado por una red de señales irregulares que comenzaban en su costado derecho y se extendían hasta su espalda. Las heridas provocadas por la explosión que había cambiado su vida para siempre, ahora eran surcos en relieve sobre su piel blanquecina.

Una de las cicatrices más visibles, justo debajo de las costillas, era el resultado de una de las múltiples operaciones para extraer fragmentos de metralla que se habían incrustado en su cuerpo. El tejido cicatricial se había endurecido con el tiempo. Más arriba, en su hombro izquierdo, una pequeña montaña de carne en forma de medialuna marcaba el lugar donde otro trozo de metal había rasgado su piel.

Cerró el grifo y se quedó un momento en silencio. El frío empezaba a asentarse en sus huesos, por lo que, tomó una toalla y se secó. Vio su cuerpo reflejado en el espejo. Lo que la explosión no había logrado cambiar era ese esternón hundido bajo unos

pectorales apenas desarrollados, por mucho que los entrenara. Los gritos de su padre llegaron de golpe.

El estricto coronel Lobo le obligaba a ejercitarse desde bien pequeño. "Has sacado los genes de la puta de tu madre, con ese cuerpo larguirucho y encorvado y esa piel lechosa, pero ya me encargaré de corregir lo que Dios me negó". Aquellas palabras escupidas tantas veces bajo un poblado bigote negro golpeaban de forma recurrente el cerebro de Félix. Apretó los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos como la cal. Iba a descargar su rabia contra el espejo, pero en el último momento consiguió domarla con una serie de respiraciones profundas.

A las siete y media de la mañana dejó la habitación para dirigirse a casa Uriarte, donde Isabel le esperaba. Al cruzar por el dormitorio de Nora, pudo escuchar con claridad unos ronquidos que certificaban que su compañera necesitaba descansar tras la extenuante jornada del día anterior. En la entrada de la casa principal, la berlina negra con el chófer al volante le estaba esperando. Los cristales tintados no dejaban ver el interior, pero Lobo intuía que Isabel estaba ya adentro. Al verlo llegar, el chofer se bajó para abrirle la puerta.

Un aroma frutal que le empezaba a resultar familiar le golpeó en el rostro. Félix se acomodó en el asiento de cuero. Isabel estaba sentada al otro lado, con la mirada fija en la ventanilla. Lucía una chaqueta y falda negras, combinadas con un broche de oro.

—Hoy no será un día fácil —dijo sin desviar la vista hacia él—. Podrás disfrutar de la familia Uriarte en su máximo esplendor.

—¿Estás segura de que debo acudir?

Un ligero movimiento de la cabeza de la mujer bastó para zanjar la duda. El coche se puso en marcha, deslizándose por el camino que serpenteaba entre los viñedos de la finca. Una neblina se había aferrado al paisaje y difuminaba los contornos de las colinas, creando una atmósfera casi onírica. El silencio en el interior del coche era palpable, roto solo por el leve zumbido del motor y el

suave susurro del viento contra las ventanas. Isabel permanecía impasible, con la mirada fija en el exterior.

A medida que se acercaban a Logroño, la niebla comenzó a disiparse y el perfil de la ciudad con sus campanarios y edificios históricos se dibujó de fondo. Desde la orilla derecha del Ebro cruzaron el puente de piedra, uno de los símbolos de la ciudad, donde el río reflejaba el cielo gris y las luces que comenzaban a encenderse, con el amanecer. El tráfico era escaso. Salvo unos peregrinos madrugadores, con sus mochilas bien cargadas a la espalda, la ciudad parecía todavía en reposo, a punto de despertar.

La berlina se adentró por las estrechas calles de Logroño. Lobo conocía bien la ciudad de su época en el GAR y reconoció enseguida la calle Laurel, un estrecho callejón en el que se acumulaban los bares, cada uno con un pincho característico. El problema, como casi siempre que salía de casa, era la falta de medidas higiénicas que le impedían disfrutar de la comida. Sin embargo, pensó en como Delgado disfrutaría de un champi, unos morritos o un matrimonio acompañados de unas cervezas bien frías.

Estacionaron en el Paseo del Espolón, centro financiero de la ciudad. Félix constató una vez más el tamaño de los testículos del caballo de Espartero en la estatua ecuestre de bronce que presidía el entorno, con el general montado, pose ilustre y entendió la razón de la expresión de "Por los cojones…" que era habitualmente usada por Blas.

Llegaron hasta un edificio señorial que dominaba la plaza. El ático de la familia Uriarte, ubicado en lo más alto de la estructura, destacaba por su elegancia discreta y su aire de grandeza. Las ventanas del piso, amplias y enmarcadas en hierro forjado, daban al exterior con una mezcla de sobriedad y estilo. Balcones ornamentados con detalles en piedra verde y cerámica decorativa se extendían a lo largo de la fachada.

Al llegar al apartamento, la puerta de madera maciza se abrió y una mujer del servicio, de unos sesenta años, los llevó hasta un

enorme despacho. Muebles castellanos antiguos, de madera sólida y oscura, invadían todos los rincones. Las paredes, recubiertas de paneles de madera, conferían al espacio una solemnidad casi sacra, pero carente de luminosidad. A la derecha de la entrada, una enorme librería de madera de nogal cubría toda la pared, atestada de volúmenes encuadernados en cuero que abarcaban desde tratados de enología hasta textos legales antiguos.

El retrato de Roberto Uriarte, que dominaba la sala desde la pared principal, capturaba al patriarca en todo su esplendor. Vestido con un traje oscuro y con una expresión severa, pero contemplativa. Parecía observar con detenimiento a todos los que entraban en la habitación, como si, incluso en la muerte continuara ejerciendo su autoridad.

Una gran mesa de despacho de roble macizo ocupaba el centro de la sala. Sobre ella, un tintero de plata y una pluma antigua. A la izquierda de la mesa, un ventanal de suelo a techo permitía la entrada de luz natural, suavizada por cortinas rojas. Desde allí, se podía ver una pequeña terraza con vistas a la plaza y, más allá, hacia los tejados de la ciudad de Logroño. Y como no, en un rincón de la sala, un aparador bajo albergaba una colección de botellas de vino antiguo.

—Mis hijos y Margarita no tardarán en llegar. Toma asiento a mi lado.

Había dispuestas tres sillas junto al sofá de cuero envejecido. Isabel y Félix ocuparon dos de ellas. En efecto, no habían transcurrido más de cinco minutos cuando el timbre sonó. La pequeña de la familia, Carolina Uriarte, fue la primera en aparecer. Entró en el despacho con paso decidido.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, de estatura media y complexión delgada, pero con una energía contenida que se percibía en cada uno de sus movimientos. Su cabello, castaño oscuro y liso descubría un rostro anguloso, de pómulos marcados y labios finos. Sus ojos, de un verde intenso, brillaban con una mezcla de inquietud y curiosidad.

Vestía un traje pantalón gris perla, perfectamente cortado, que acentuaba su figura esbelta. Un pequeño broche de oro en forma de hoja de vid adornaba la solapa de su chaqueta. Carolina se detuvo un instante en la entrada y sus ojos recorrieron la sala, antes de posarse en el retrato de su padre, colgado en la pared principal.

—¡Buenos días, madre! —dijo con voz firme. Se dirigía a Isabel sin mirar a Félix.

Isabel asintió con una sonrisa leve, invitándola a tomar asiento a su lado. Carolina se deslizó en la silla restante junto a ellos y cruzo las piernas con elegancia mientras depositaba un pequeño bolso de mano en su regazo. Solo entonces, Carolina pareció percatarse de la presencia de Félix. Sus ojos se clavaron en él, mostrando por primera vez una mezcla de sorpresa y cautela. La mirada de Félix era tranquila, pero su presencia allí, en un momento tan íntimo, debía parecerle desconcertante.

—¿Quién es este hombre, madre?

Isabel, sin inmutarse, posó una mano sobre la de su hija, en un gesto tranquilizador.

—Carolina, este es Félix Lobo. Lo he contratado para velar por nuestra seguridad. Desde el sabotaje en la bodega tengo un mal presentimiento.

Los ojos verdes de la hija menor de los Uriarte se abrieron mucho. Félix se limitó a hacer un gesto con la cabeza, a modo de saludo. La sorpresa inicial se transformó en una mirada más penetrante. Observó a Félix de arriba abajo, como si intentara desentrañar si la elección de su madre era apropiada.

—¿Y qué hace aquí?

—Está aquí porque confío en él, Carolina. Y porque su presencia es necesaria en este proceso —respondió Isabel, con la voz firme.

Carolina desvió la mirada hacia la mesa durante un breve instante, como si evaluara la situación antes de emitir un juicio. Luego, alzó nuevamente la vista hacia su madre.

—No dudo de tu juicio, madre, pero sabes cómo es Ricardo —comentó en un tono que denotaba tanto preocupación como un

toque de ironía.

15

Nora Delgado se despertó con la sensación de haber dormido de un tirón por primera vez en semanas. Abrió los ojos y se quedó un momento en la cama para disfrutar del silencio que la rodeaba. La luz del sol comenzaba a filtrarse a través de las cortinas e iluminaba la habitación con un resplandor cálido y acogedor.

Se levantó con movimientos lentos, estirando los brazos por encima de la cabeza mientras sus pies tocaban el suelo de piedra fría. Con una sonrisa apenas esbozada, se dirigió al baño y encendió la ducha. El agua salió primero tibia, pero Nora la ajustó hasta que estuvo casi hirviendo.

Cerró los ojos y se dejó envolver por el calor, sintiendo cómo se disipaba la tensión acumulada. Durante esos momentos bajo el chorro, sus pensamientos volaron hacia Fernando. Él estaba siempre presente en su mente, pero ahora, en ese entorno, sentía como si su vida en la ciudad estuviera a miles de kilómetros de distancia y a años luz. Las dudas constantes, las preocupaciones diarias, incluso las discusiones, parecían irrelevantes y remotas.

Apagó la ducha y salió envuelta en una nube de vapor. Mientras se secaba, notó un hambre voraz. Apenas habían cenado un sándwich de jamón y queso, algo liviano. Su estómago rugía. Se vistió con ropa cómoda y se dirigió a la pequeña cocina de la casa de invitados. Abrió la nevera y sacó lo que consideraba un desayuno nutritivo: huevos frescos, pan rústico, tomates, un trozo de queso y un poco de jamón curado. Preparó un revuelto de huevos con tomate y jamón, tostó unas rebanadas de pan y las acompañó con el queso derretido a su gusto. El aroma del café recién hecho de una cafetera italiana inundó la cocina.

Mientras desayunaba, Nora reflexionó sobre su relación con Fernando. ¿Qué había cambiado entre ellos? Tal vez, pensó, el

problema no era nada en particular, sino que ella necesitaba algo nuevo. El escaso tiempo que llevaba en Casa Uriarte le demostraba lo que no había querido admitir hasta la fecha: ansiaba un cambio en la vida que llevaba. Quizás Fernando no era el problema, estaba a gusto a su lado, sino su propia necesidad de reconectar consigo misma, de hallar ese equilibrio perdido en la monotonía del día a día de la vida en Madrid.

Mordió un trozo de tostada, bebió un sorbo de café y cerró los ojos unos segundos. En Casa Uriarte, en medio de la naturaleza, lejos de las presiones de la ciudad y de Fernando, podía respirar, pensar y decidir. Y esa mañana, mientras recogía la cocina, comprendió que, al menos por ahora, eso era suficiente.

Tras darle un paseo a Luna, Nora se retiró a la sala que se había acondicionado como centro de operaciones. La compañía de telecomunicaciones había instalado la antena para disponer de conexión a internet y sobre la mesa central habían plantado un par de ordenadores, cuatro pantallas de veinticuatro pulgadas y una impresora fotográfica. Entre la mesa y la ventana posterior, tres pizarras blancas de gran tamaño complementaban la infraestructura.

Delgado se sentó en la silla giratoria frente al ordenador, encendió la pantalla y comenzó a descargar las fotografías que Félix había tomado en la escena del fallecimiento de Roberto Uriarte. La impresora comenzaba a trabajar, emitiendo un suave zumbido. Mientras esperaba a que se completara la impresión, se levantó de la silla y se dirigió a la pizarra más cercana. Con la ayuda de imanes en las esquinas, colgó el croquis que Félix había dibujado de la casa de labranza.

El esquema era un mapa detallado, tanto de la parte exterior como del interior de la casa donde se había encontrado el cuerpo del patriarca de Bodegas Uriarte. Lobo había marcado cada mueble, cada puerta y ventana, así como la ubicación exacta del charco de sangre, la copa de vino en la mesa y el sillón orejero. Nora se tomó un momento para examinarlo todo en silencio, en busca de cualquier

discrepancia o detalle que pudiera haber pasado desapercibido en el terreno.

Una vez que las fotografías estuvieron listas, comenzó a organizarlas sobre la mesa. Cada imagen representaba un ángulo diferente de la escena: la copa de vino con las huellas dactilares, las marcas en la ventana, los cabellos y fibras recogidos del sillón orejero. Nora numeró cada fotografía con un rotulador fino y se aseguró de que correspondieran con los puntos clave del croquis.

Luego tomó una de las fotografías de la copa de vino, la colocó en la pizarra junto a la mesa dibujada en el croquis y con la ayuda de un hilo rojo enlazó la imagen con el lugar exacto donde se había encontrado. Hizo lo mismo con las demás fotos, de forma que cada evidencia estuviera referenciada en el contexto de la escena del crimen. Las astillas de madera junto a la ventana, las huellas en el suelo, los cabellos en el sillón… Todo quedó registrado y vinculado al croquis.

Nora se tomó un momento para evaluar su trabajo. Satisfecha, tomó varias fotografías de la pizarra para futuras referencias. Finalmente, se alejó un par de pasos para tener una visión global. "*Quillo*, esto va tomando forma", exclamó en voz alta con los brazos en jarra sobre sus generosas caderas. Era consciente de que todavía faltaba mucho por analizar, pero la primera fase del trabajo estaba completa.

Con las fotografías en su lugar y el croquis referenciado, Nora se sentó de nuevo frente al ordenador y comenzó a escribir un informe preliminar. Cuanto más clara fuera la documentación, más fácil sería atar los cabos sueltos cuando se revisara toda la información más adelante. Mientras Nora estaba concentrada en su trabajo, un sonido suave rompió el silencio de la sala. Giró la cabeza y vio a Luna que entraba a trote. La perra, con la lengua fuera y una expresión de curiosidad en su rostro, se acercó a ella, con la cola como las aspas de un molino.

—Mira quién ha venido a supervisar —dijo Delgado con una sonrisa y se inclinó para besar la cabeza de Luna—. ¿Tú también

quieres asegurarte de que todo esté en orden?

Luna soltó un pequeño ladrido y luego se sentó a los pies de ella. Observaba con atención las fotografías y el croquis en la pizarra.

—Sí, mi niña, esto es un poco complicado para ti, ¿verdad? —Nora continuó, rascándola detrás de las orejas—. Pero no te preocupes, entre tú y yo, vamos a asegurarnos de que todo salga bien. Y quién sabe, a lo mejor descubres algo que se me ha escapado.

Un ruido en el estómago le hizo mirar la hora en el ordenador. ¡Se le había pasado el tiempo en un santiamén! Necesitaba reponer algo de fuerzas. Una vez había leído que el cerebro consumía una gran cantidad de energía mientas trabajaba. Nora se levantó de la silla, estiró los brazos por encima de la cabeza y notó cómo sus músculos se relajaban después de tanto tiempo en la misma posición. Luna, siempre atenta a los movimientos de su dueña, se incorporó también con un trote alegre mientras se dirigían de nuevo hacia la cocina.

Se decantó por unos pimientos del piquillo y una sarta de uno de los chorizos que colgaban de la pared, acompañada de una buena hogaza de pan de pueblo. El de la cuerda roja era picante, eso ya lo había aprendido la noche anterior cuando, antes de irse a la cama hizo una incursión clandestina. Y le había parecido delicioso. Con el estómago satisfecho, y el de Luna, volvieron a la zona de trabajo. Delgado se sentó en su silla giratoria, se quitó un trozo de grasa adherido entre los dientes con la ayuda de una uña y se quedó un momento en silencio.

Se preguntó si habría logrado Lobo mantenerse al margen del drama familiar, o ya estaría metido de lleno en el caos que se estaría desarrollando, con toda seguridad. Mientras masticaba el resto chicloso del chorizo, Nora se dio cuenta de lo mucho que valoraba la presencia de Félix en el caso. Su experiencia, su manera de pensar, su capacidad para mantenerse frío bajo presión… Todo ello complementaba su propio enfoque, tal vez más impulsivo. En el pasado habían funcionado como una máquina perfectamente

engrasada. Luna olisqueó primero, y luego dio un lametazo al dedo que Nora había usado para sacar el trozo de comida de entre los dientes.

—Lo siento, mi niña, pero ya hemos comido lo suficiente por ahora. Tenemos trabajo que hacer.

Con cuidado, se colocó los guantes de látex, se levantó de la silla y caminó hacia la mesa donde estaban las bolsas de evidencia que habían recogido en la casa de labranza. Cada una estaba etiquetada con el lugar exacto de donde se había tomado la muestra. Tomó la primera, la que contenía la copa de vino, y la llevó a una pequeña estación de trabajo al lado del ordenador. La perra se acomodó a sus pies, como si supiera que el trabajo ahora requería concentración.

Delgado sacó la copa de la bolsa y la colocó bajo una lámpara con luz ultravioleta. Con movimientos lentos, observaba cómo la luz revelaba pequeñas partículas que a simple vista no se podían ver. Notó un par de huellas dactilares parciales que podrían ser útiles para el análisis. Con un pincel muy fino, aplicó un polvo especial sobre las huellas para levantarlas. Luego, con una cinta adhesiva transparente, recogió las impresiones y las colocó en una hoja de soporte, etiquetándolas con la referencia correspondiente al croquis que había colgado en la pizarra.

Sabía que el próximo paso podía consistir en que esas huellas se compararan con las de las bases de datos oficiales para ver si podían identificar a su propietario. Lobo, que mantenía contactos en la Guardia Civil, se encargaría de que las huellas dactilares fueran enviadas para su análisis y comparación. La base de datos conocida como SAID era capaz de comparar las muestras obtenidas en la escena, con millones de registros en cuestión de minutos.

El sistema analizaría las crestas, bifurcaciones y puntos de referencia únicos de las huellas para compararlas con las bases de datos criminales y civiles. Cualquier coincidencia, incluso parcial, sería detectada por el sistema. Ella se encargaría de confirmar su validez llegado el caso.

Luego pasó a las astillas de madera que Félix había recogido del marco de la ventana. Examinó cada una bajo una lupa de alta potencia, en busca de cualquier signo que pudiera indicar cómo se habían producido las marcas. Después de un rato, notó que algunos fragmentos tenían bordes irregulares, como si hubieran sido arrancados por una herramienta. Guardó los pedazos en su bolsa original, etiquetada, y anotó en el ordenador lo que había observado.

Mientras trabajaba, Luna levantaba la cabeza de vez en cuando como si intentara entender el proceso. Nora se detuvo un momento para acariciarle la cabeza.

—Si alguna vez necesitas un trabajo como asistente forense, ya sabes a quién pedirle una carta de recomendación —le dijo Nora y abrió las últimas bolsas de evidencias. La primera muestra consistía en los cabellos que habían recogido de la parte superior del respaldo del sillón. Los colocó bajo el microscopio y ajustó la lente hasta que la imagen se enfocó con claridad. A medida que ampliaba, comenzó a analizar la estructura.

Parecían pertenecer a un hombre de edad avanzada. La médula, la parte central, estaba ligeramente degenerada, lo que era común en personas mayores. Además, el cabello presentaba una leve despigmentación, lo que sugería que podría corresponderse con alguien de la edad de Roberto Uriarte.

Pasó al siguiente. Uno mucho más fino y de color más claro, casi rubio, que habían encontrado en uno de los apoyabrazos. Ese, en contraste con el primero, parecía ser de alguien más joven. La estructura estaba intacta y no mostraba los signos de desgaste que había observado en el cabello anterior.

Y finalmente, la última muestra. Ese cabello era diferente de los dos anteriores. Era más corto, grueso, y de un color gris oscuro, casi canoso. La estructura mostraba signos de envejecimiento, similar al primero que había analizado. Sin embargo, había algo que no terminaba de encajar con los otros. Delgado aumentó la ampliación. La pigmentación era desigual, lo que sugería que la persona había

comenzado a encanecer de manera progresiva. Claramente, pertenecía a alguien que había pasado de la mediana edad, pero aún conservaba cierta fortaleza en su estructura.

En caso necesario, enviaría las muestras para un análisis de ADN junto con los restos en el isótopo extraído del borde de la copa. El laboratorio podría proporcionar información crucial sobre la identidad de los propietarios de los cabellos, de quien le dio un sorbo al vino, y quizás, arrojar más luz sobre lo que realmente sucedió aquella noche en la casa de labranza.

16

Un silencio espeso reinaba en el despacho desde dónde el rostro del retrato de Roberto Uriarte parecía evaluar con severidad a cada uno de los presentes. Lobo estaba sentado en la silla, la mano izquierda sujetaba la cabeza de águila del bastón mientras que los dedos de la mano derecha tamborileaban sobre la rodilla. Carolina se mantenía impasible al costado de Isabel y de vez en cuando deslizaba una mirada a Félix, que él evitaba.

—Carolina, ¿sabes algo de Ricardo? —preguntó Isabel, sin desviar la vista del retrato del patriarca de Bodegas Uriarte, como si en él pudiera encontrar una respuesta.

—Lo último que supe es que estaba con Ignacio —dijo, manteniendo la voz baja—. Ya sabes cómo son esos dos cuando están juntos... o están en alguna fiesta, o con esas motos. A Ricardo le gusta perderse en esas cosas.

Isabel frunció el ceño. Cada vez que el nombre de Ignacio Larrea surgía en una conversación, su malestar crecía. El timbre volvió a sonar y el ambiente en la sala se tensó aún más. Los dedos de Félix se detuvieron, y sus ojos, que hasta ese momento habían estado concentrados en la mesa, se levantaron hacia la puerta. Isabel mantenía la compostura. Carolina, por su parte, se enderezó ligeramente en su silla, sin apartar la vista del retrato de su padre. Sus ojos brillaban.

La puerta se abrió con un leve crujido y Juan Uriarte apareció en el umbral, seguido de cerca por Laura. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, de complexión atlética, con el cabello oscuro peinado hacia atrás con la ayuda de gel, y una barba bien cuidada que acentuaba su mandíbula fuerte. Vestía un traje azul marino impecablemente cortado.

A su lado, su esposa, Laura, irradiaba elegancia. Su porte era impecable y cada movimiento parecía calculado con precisión. Llevaba un vestido negro de corte clásico que se ajustaba perfectamente a su esbelta figura, acompañado de un collar de perlas y unos pendientes discretos, pero de evidente valor. Llevaba suelto el cabello castaño oscuro y sus ojos azules eran penetrantes y fríos.

—¡Buenos días, madre! —saludó Juan, con una voz que intentaba ser firme, pero que contenía un leve titubeo. Sus ojos se posaron en Félix con una mezcla de curiosidad y desconfianza—. ¿Y él quién es?

—Laura, Juan… —Isabel les hizo un gesto para que tomaran asiento—. Este es Félix Lobo. Lo he contratado para velar por nuestra seguridad, dada la situación en la que nos encontramos.

—¿Seguridad? ¿Qué situación? —preguntó Juan, lanzando una rápida mirada a Laura en busca de apoyo.

Ella, en cambio, se acomodó en una de las sillas restantes, con una serenidad que contrastaba con la inquietud de su esposo. Se inclinó ligeramente hacia Isabel.

—Imagino que esto tiene que ver con el sabotaje en la bodega —mencionó con una voz suave.

—Exactamente, Laura —asintió Isabel—. Desde lo ocurrido en la bodega, he tenido un mal presentimiento. No podemos permitirnos ningún riesgo, ni aquí, ni en ninguna otra parte de nuestros negocios.

—¿Y qué exactamente esperas que haga este... señor Lobo? —preguntó Juan, sus palabras teñidas de escepticismo.

—Félix no está aquí solo para vigilar. Su experiencia es valiosa, y lo necesitaremos, si queremos asegurar que todo se mantenga bajo control. Hay demasiadas cosas en juego.

Laura, sin perder la compostura, cruzó las piernas y se acomodó en la silla, manteniendo la mirada fija en Isabel.

—Confío en tu juicio, Isabel, pero también debemos asegurarnos de que su presencia no complique más las cosas. Ya sabes cómo es Ricardo cuando siente que su terreno está siendo invadido.

Isabel apretó los labios ante la mención de su hijo mediano. La llegada de la notaria, amiga de la familia, no tardó en producirse. María Eugenia de la Serna era una mujer de unos cincuenta y tantos años. Su cabello, corto y perfectamente peinado se suavizaba por una sonrisa tranquila y unos ojos cálidos que contrastaban con la frialdad de la situación.

—¡Buenos días, Isabel! —saludó la mujer. Sus ojos recorrieron brevemente a cada uno de los presentes, antes de detenerse en el retrato de Roberto Uriarte—. Veo que la mayoría ya estáis aquí. Lamento mucho vuestra pérdida.

Isabel se levantó para recibirla.

—Gracias por venir, María Eugenia. Sabes lo difícil que es todo esto.

Faltaba Ricardo, el mediano de los Uriarte, que no tardó en aparecer en escena. Los pasos pesados y algo descoordinados de Ricardo sonaron por el pasillo, antes de que su figura se materializara en la puerta del despacho. Ricardo Uriarte, el hijo mediano de la familia, era un hombre de unos treinta y tantos años, pero en ese momento parecía mayor. Su rostro mostraba las huellas de varias noches con poco descanso. Profundas ojeras y una barba de tres días acentuaban la palidez de su piel. Su cabello estaba despeinado y gotas de sudor perlaban su frente, como si hubiera corrido hasta llegar a la cita.

—Llego tarde, lo sé —murmuró, con voz rasposa y cargada de irritación.

Cerró la puerta tras de sí con más fuerza de la necesaria. Sus ojos, inyectados de un rojo furioso, se dirigieron hacia Félix Lobo, que permanecía imperturbable en su silla. La mirada de Ricardo era una mezcla de sorpresa, desconfianza y creciente enojo.

—¿Y quién diablos es este? —exclamó elevando el tono de voz y le señaló con un gesto brusco—. ¿Qué hace aquí este en la lectura del testamento de mi padre?

Isabel mantuvo la calma, aunque su voz adquirió un tono firme.

—Ricardo, este es Félix Lobo. Lo he contratado para garantizar nuestra seguridad y la de nuestras empresas. Ya te lo explicaré con más detalle, pero ahora es importante que todos estemos presentes y tranquilos para la lectura del testamento.

—¿Seguridad? —repitió Ricardo con un tono sarcástico—. ¿De qué demonios estamos hablando, madre? ¿Qué clase de paranoia te ha hecho traer aquí a un extraño, en lugar de confiar en tu propia familia?

Félix no respondió al ataque verbal de Ricardo. En su lugar, sus ojos se mantuvieron fijos en él, con una calma que solo parecía enfurecer más al recién llegado. Los dedos de Félix tamborilearon de nuevo sobre su rodilla, pero esta vez con una cadencia más lenta, casi provocativa.

—¡Esto es ridículo! ¿Acaso me tomas por gilipollas? —Ricardo dio un paso hacia adelante, como si quisiera arrancar a Félix de la habitación—. ¡No necesitamos a ningún segurata para que nos proteja, madre! Todo esto es una puta locura.

Ricardo se dirigía hacia Félix, pero Juan, quien hasta ese momento había permanecido en silencio, se levantó con un gesto conciliador, interponiéndose entre su hermano y Félix.

—Ricardo, tranquilízate. Ahora no es el momento para discusiones o peleas. Hay mucho en juego y necesitamos escuchar lo que dice el testamento de nuestro padre. No compliquemos las cosas más de lo necesario, si es el deseo de...

—¡Ya basta, Ricardo! —intervino finalmente Isabel, con una dureza que hizo que su hijo se detuviera en seco—. Félix está aquí porque lo he decidido yo, y esa decisión no es discutible. Siéntate y escucha.

Ricardo respiró hondo. Después de un silencio que se alargó varios segundos y con miradas asesinas hacia Lobo, asintió de forma brusca, aunque la furia aún chisporroteaba en sus ojos. Se desplomó

en una de las sillas vacías, cruzó los brazos y lanzó una última mirada de desdén hacia Félix.

La notaria María Eugenia de la Serna ajustó sus gafas, carraspeó ligeramente para aclarar la voz. Tomó entre sus manos una carpeta y procedió a su apertura.

—Yo, Roberto Uriarte, en pleno uso de mis facultades mentales y físicas, y consciente de la inevitabilidad de la muerte, hago constar mi última voluntad y testamento, redactado y firmado ante notario.

Los ojos de los presentes estaban fijos en la mujer, aunque cada uno procesaba la situación a su manera. Ricardo tamborileaba nerviosamente los dedos sobre la mesa al ritmo de sus piernas, mientras que Juan mantenía una postura rígida, con la mandíbula apretada. Carolina, en cambio, se mantenía impasible, aunque sus ojos revelaban una mezcla de curiosidad y aprehensión. María Eugenia continuó:

—A mi hijo mayor, Juan Uriarte, lego mi más preciado tesoro enológico: la colección de vinos centenarios que ha estado en nuestra familia por generaciones. Estos vinos, cuidadosamente preservados y que representan el legado de nuestra tierra y trabajo, ahora pasan a tus manos. Confío en que sabrás valorar y proteger este patrimonio como se merece.

Juan asintió ligeramente, aunque su expresión permanecía tensa. La notaria prosiguió.

—A mi hijo mediano, Ricardo Uriarte, lego mi colección de motocicletas y automóviles clásicos. Estos vehículos, que fueron mi pasión y refugio en momentos de introspección, te los entrego con la esperanza de que encuentres en ellos la misma alegría y libertad que yo experimenté.

Lobo sintió un escalofrío. Cada vez más gotas de sudor se entremezclaban con una barba espesa sobre el rostro de Ricardo. Dos manchas de humedad se habían extendido desde las axilas hasta el pecho. De buen gusto habría esterilizado una cara y cuerpo que no dejaban de sudar por cada poro de su piel, para eliminar unas prendas infestadas de gérmenes.

—A mi hija, Carolina Uriarte, lego los cuadros familiares que adornan nuestras paredes. Estos cuadros, que han sido testigos de nuestra historia y que encapsulan momentos significativos de nuestra familia, están ahora bajo tu cuidado. Sé qué harás buen uso de ellos y que tu aprecio por el arte y la historia de nuestra familia los mantendrá en su debido lugar.

María Eugenia hizo una breve pausa. El silencio se volvió aún más denso, si era posible. Miró a cada uno de los presentes y volvió a carraspear antes de proseguir.

—Y, finalmente, a mi amada esposa, Isabel, dejo todas mis propiedades, incluyendo la Casa Uriarte, el ático en Logroño, las propiedades en Madrid, Marbella y Mallorca, así como todas las tierras de nuestra familia y el cien por cien de las acciones de Bodegas Uriarte. Isabel, nuestra bodega no es solo una empresa; es el fruto de generaciones de esfuerzo, el alma de nuestra familia. Desde el primer día supe que en esas tierras y en esas barricas no solo fermentaría el vino, sino también nuestra historia, nuestra identidad. Es un legado que ha sobrevivido al tiempo y que, con la decisión correcta, seguirá adelante.

Sé que algunos esperaban que dividiera este patrimonio entre nuestros hijos, pero en estos momentos, la bodega necesita una guía firme, una mano segura que la mantenga en pie frente a los desafíos que se nos presentan. Tú siempre has sido mi roca, mi compañera en este viaje. Confío plenamente en que sabrás proteger y preservar lo que juntos hemos construido, con la misma sabiduría y fortaleza con la que siempre lo has hecho. En tus manos, Isabel, dejo no solo una empresa, sino el legado de los Uriarte, para que sigas escribiendo nuestra historia, con la misma dedicación y amor que siempre has mostrado.

17

El tiempo se detuvo en aquella sala mientras todos intentaban procesar lo que acababan de escuchar. Solo se oía el tic tac del antiguo reloj de pie. Félix Lobo percibió como una corriente eléctrica cargada de energía negativa recorría el aire y amenazaba con desencadenar una tormenta en cualquier momento. Fue Laura quien rompió el silencio. Elevó la voz con una incredulidad que pronto se transformó en furia.

—¡¿Qué broma de mal gusto es esta?! —exclamó, con un tono que cortaba el aire—. ¡El primogénito siempre hereda el mando de la empresa! ¡Esto es una tradición, es lo que se ha hecho en las grandes familias desde siempre! En las familias como Dios manda, claro.

Sus ojos azules ardían con una mezcla de ira y desconcierto. Se volvió hacia Juan, su esposo, en busca del apoyo, pero encontró solo la misma confusión reflejada en su rostro. El primogénito de los Uriarte, que hasta entonces había permanecido rígido en su asiento, no pudo contener más la tensión. Se levantó despacio, como si todavía esperara que todo fuera una pesadilla de la que estaba a punto de despertar.

—Madre, ¿cómo es posible esto? —preguntó, su voz apenas un susurro—. ¿Realmente crees que esto es lo correcto? Nos has dejado sin nada de lo que esperábamos. La bodega... creíamos que sería nuestro legado. Tú, tú …

—Os juro que yo no sabía nada —susurró Isabel.

Ricardo, quien había estado hasta ese momento impasible, empezó a taconear con fuerza sobre el suelo de tarima. El sonido de los golpes contra la madera acalló el resto de las voces. Sus ojos estaban fijos en el vacío, como si estuviera todavía luchando por

comprender lo que acababa de escuchar. Pero de repente, el golpeteo cesó, y el silencio que siguió fue más amenazante que cualquier grito. Ricardo se levantó de su silla con tal violencia que esta se volcó hacia atrás. Su rostro estaba desencajado, la barba sudorosa y las ojeras profundas le daban un aspecto casi salvaje.

—¡Esto es una puta farsa! —bramó. Su voz rugía en la habitación, haciendo que todos los presentes se tensaran—. ¡Una puta farsa! —repitió en un tono todavía más alto—. ¡Nos has jodido, madre! ¡Nos has quitado lo que es nuestro por derecho!

Su mirada, cargada de odio, se fijó en Isabel. El rostro de su madre se mantuvo firme, aunque sus labios temblaban ligeramente.

—Ricardo, por favor... —comenzó a decir Isabel.

Pero Ricardo ya no escuchaba. Dio un paso hacia adelante, con los puños apretados y una mirada que apenas disimulaba su intención de atacar.

—¡No me digas que me calme! —escupía las palabras como balas una metralleta—. ¡Esto no va a quedar así, no dejaré que me quites lo que es mío!

Ricardo levantó un brazo, y por un momento, pareció que iba a lanzarlo contra su madre. Laura, sorprendida por la violencia de su cuñado, retrocedió un paso, incapaz de contener el caos que se había desatado. Pero antes de que Ricardo pudiera dar otro paso, Félix Lobo se incorporó e interpuso la cabeza metálica del águila entre Ricardo e Isabel.

—Ricardo, basta.

Los pequeños ojos azules de Félix comprobaron como se dilataban las pupilas de su oponente. El mediano de los Uriarte lanzó el brazo derecho contra la cara de Lobo. El puño golpeó el aire. Lobo había dado dos pasos hacia atrás con la agilidad de un bailarín. Antes de que el otro pudiera reaccionar, usó la cabeza del bastón para arrastrar por la parte posterior la rodilla de Ricardo, que perdió el equilibrio y cayó de espaldas contra la tarima.

—¡Dios mío, parad! —gritó Isabel entre lágrimas.

Félix se agachó y le ofreció la mano para levantarse.

—Venga, Ricardo, vamos todos a calmarnos —susurró Lobo.

El caos en la sala se había desatado con una fuerza incontrolable. Ricardo, tendido en el suelo, respiraba con dificultad mientras intentaba recomponerse. La mirada de Lobo se mantenía sobre él. Ricardo rechazó la mano de Félix e intentó incorporarse, su respiración aún agitada. Félix empujó con la cabeza del águila contra su pecho.

—Ricardo, vamos a calmarnos —repitió, esta vez con un tono más conciliador, casi paternal y le volvió a ofrecer su brazo para que se incorporara.

Ricardo lo miró desde abajo. Finalmente, aceptó la mano de Lobo y, con su ayuda, se levantó del suelo. Antes de que nadie hablara, un sonido sofocado rompió la tensión. Carolina, que había permanecido en silencio todo este tiempo, comenzó a respirar de manera irregular. Su rostro se había puesto blanco y sus manos temblaban. Sus ojos se movían de forma frenética de lado a lado. El cuerpo de la menor de los Uriarte se desplomó en la silla, y antes de que pudiera caer al suelo, Isabel y Félix se lanzaron hacia ella.

—¡Carolina! —gritó Isabel.

—¡Juan, agua! ¡Ahora! —ordenó Félix—. Respira conmigo, Carolina —murmuraba Félix con firmeza mientras acariciaba suavemente la mejilla de la joven—. Inhala despacio... así, exhala. Buen trabajo, eso es. Poco a poco.

—Mamá está aquí, cariño. Todo va a estar bien, lo prometo —Isabel le tomó la mano.

Cuando Juan regresó apresurado con el vaso de agua, Félix lo tomó y vertió un poco en los labios de Carolina, quien comenzó a reaccionar lentamente. Sus párpados parpadeaban mientras intentaba enfocarse en las caras que la rodeaban.

—Eso es, Carolina, vuelve con nosotros —insistió Félix—. Todo está bien, ya pasó.

Carolina respiró hondo y el color comenzó a regresar a su rostro. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras su cuerpo temblaba de forma incontrolable.

—Papá no quería esto... —susurró con voz temblorosa y la mirada fija en Isabel. Buscaba alguna explicación—. Él... él no quería esto, mamá. Y lo peor de todo es que tú lo sabías.

Isabel se inclinó hacia su hija y la envolvió en un abrazo protector, mientras las lágrimas de ambas se mezclaban en un silencioso lamento compartido. Ricardo cogió el cenicero de la mesa y lo lanzó con furia contra el retrato de su padre.

—¡Maldito hijo de puta! —bramó antes de abandonar el despacho.

El coche avanzaba a paso de tortuga por las calles de Logroño, envuelto en la marea humana que llenaba la ciudad durante las fiestas de San Mateo. Las luces de colores colgaban entre los edificios y muchas de las personas llevaban un pañuelo rojo al cuello, símbolo de las festividades. Los hombres vestían camisas blancas y pantalones oscuros, con fajines coloridos, mientras que las mujeres lucían faldas largas, blusas bordadas, y algunas hasta llevaban mantillas de encaje.

El coche circulaba por un Logroño en fiestas, pero el interior del vehículo se mantenía ajeno al escenario alegre que proporcionaba la ciudad. Félix Lobo apoyaba sus manos sobre las rodillas. A su lado, Isabel permanecía con la mirada fija en el paisaje exterior. El rostro reflejado en la ventana tintada era el de una mujer que acababa de perder el control sobre su mundo.

El coche quedó atrapado en un atasco frente a uno de los escenarios donde un grupo de jotas riojanas estaba a punto de empezar a tocar. La música comenzó a elevarse por el aire. El ambiente festivo que los rodeaba no tenía ningún impacto en ella. Las notas de la música local resonaban desde uno de los escenarios, sin embargo, eran un eco lejano en el interior de la berlina.

Félix, por su parte, no podía evitar repasar en su mente lo que acababa de presenciar en la lectura del testamento. La rabia de Ricardo, la desesperación de Carolina, la furia helada de Laura…

Había visto antes familias desmoronarse, pero nunca dejaba de impresionarlo cómo el dinero y el poder podían sacar lo peor de las personas. Los pensamientos de Félix volvieron a la figura de Ricardo, tendido en el suelo después de intentar atacar a su propia madre. ¿Tan profundo era el resentimiento de ese hombre? Félix había visto en sus ojos auténtico odio.

El coche avanzó un poco más, solo para detenerse de nuevo cerca de la Plaza del Mercado, donde el jolgorio era aún mayor. Allí, un grupo de personas se agolpaba en torno a un puesto de cata de vinos. Reían y brindaban mientras las copas se elevaban al cielo en un gesto festivo.

Unos jóvenes compartían una botella de tinto que bebían a sorbos directamente del envase. Las camisetas blancas estaban coloreadas por ronchones de varias tonalidades granate, efecto del vino vertido. Félix imaginó las bacterias y posibles gérmenes pasando de boca a boca de los presentes, y por instinto, se puso la mascarilla. Parecía que, a pesar de la pandemia, no habíamos aprendido nada.

Unos pasos más adelante, los gigantes y cabezudos recorrían las calles, rodeados de niños que reían y gritaban emocionados al ver las enormes figuras desfilar con sus movimientos torpes, pero alegres. Los gigantes, majestuosos y coloridos, se erguían imponentes sobre la multitud. Sus rostros, esculpidos en madera y pintados a mano, representaban personajes históricos y folclóricos de la región, como el Rey Sancho y la Reina Blanca, figuras icónicas que evocaban las antiguas leyendas de La Rioja. Con cada paso, las faldas de los gigantes, confeccionadas con telas bordadas, ondeaban al ritmo de la música y otorgaban un toque de magia a la escena.

Félix observó con renovada atención a los transeúntes fuera del coche. Los rostros felices, las sonrisas, las charangas que bailaban con ritmos alegres. Todo ese alboroto contrastaba fuertemente con lo que había dejado atrás en Casa Uriarte. Pensó en cómo cada una de esas personas tenía su propia historia, sus propios dramas, pero

en ese momento, todos parecían envueltos en un paréntesis de alegría, una burbuja de felicidad que duraría lo que duraran las fiestas. Luego, la vida seguiría su curso, con sus problemas y sus incertidumbres.

No pudo evitar pensar en el peso que el dinero y el poder parecían tener sobre las personas, especialmente sobre aquellas como los Uriarte. Había visto a lo largo de su vida cómo la búsqueda incansable de riqueza y control podía desfigurar a la gente, convertirla en más fría, más desconfiada. Se preguntó si realmente valía la pena.

Ahí, en medio de la calle, esos rostros que veía no eran ricos, ni poderosos; podía ser que incluso lucharan para llegar a fin de mes, y, sin embargo, se les veía más felices. Disfrutaban del momento, en compañía de los suyos. Tal vez, pensó, el dinero no era el camino seguro hacia la felicidad que todos creían. Después de todo, la verdadera riqueza se encontraba en esos momentos simples, en las relaciones con los demás, en la capacidad de encontrar alegría en lo cotidiano, sin la necesidad de poseerlo todo. La verdadera tragedia de las grandes fortunas como los Uriarte era que, a menudo, compraban todo, salvo aquello que era imposible adquirir con dinero.

—Las fiestas están en su apogeo —comentó Lobo en voz baja, más como una observación que para entablar una conversación. No esperaba respuesta y no la obtuvo.

Después de lo que parecieron horas atrapados en ese mar de fiesta y alegría, lograron salir del centro de la ciudad y tomar el camino hacia Casa Uriarte. El bullicio de San Mateo quedó atrás, pero el peso de las palabras, de las decisiones y de las consecuencias de lo ocurrido en aquel despacho del ático, continuaba en el rostro de Isabel, que estaba silenciosa.

Cuando llegaron a Casa Uriarte, la mujer mantenía el rostro desencajado. Lobo le preguntó si necesitaba algo, y justo cuando se iba a despedir, Isabel le pidió que entrara con ella.

—Tengo algo que contarte, que puede ser importante —susurró la mujer, casi sin fuerzas.

18

Al abrir la puerta de la casa de invitados, un intenso aroma a café recién hecho recibió a Félix Lobo. El aire dentro de la casa estaba impregnado con la mezcla de café y ese ligero olor a madera envejecida de la vivienda. Luna llegó a la carrera, con la cola inmersa en un frenético movimiento, pero Félix se detuvo y levantó el bastón. La perra paró en seco, ladró a modo de saludo y volvió adentro.

Delgado no había perdido el tiempo. Se la encontró en plena faena con varias fotografías en las manos para colocarlas sobre las pizarras, donde un rompecabezas empezaba a cobrar vida. El croquis de la casa de labranza estaba enlazado a las muestras obtenidas, con la ayuda de un cordel rojo y chinchetas. Los hilos cruzaban de un punto a otro y trazaban las conexiones entre las piezas del misterio que intentaban resolver. Nora dio un respingo al notar la presencia del detective.

—*Quillo*, qué silencioso eres.

La luz que entraba por la ventana, filtrada por las cortinas, proyectaba sombras suaves en las paredes. La sonrisa de la mujer le dibujó dos hoyuelos en las mejillas. Un detalle del que Lobo se dio cuenta por primera vez.

—¿Vas a contarme qué ha pasado, o te vas a quedar ahí plantado con esa cara de haba, mi niño?

Lobo agarró con fuerza el bastón y se sentó en una de las sillas. Antes de que pudiera emitir un solo sonido, Nora empezó a contarle lo que había hecho durante la mañana. Una vez que le relató el trabajo con las evidencias, tomó unas cuantas fotografías y se las mostró.

—Hoy en día, con las redes sociales, la gente no es consciente de cómo se expone. ¿Te acuerdas de los años con la réflex y el

teleobjetivo? Tengo la impresión, mi niño, de que han muerto. —Las pasaba una a una como una baraja de cartas—. ¿Cómo te interesa más ver a Ricardo Uriarte? ¿De fiesta en Ibiza, en el circuito de motos, en la piscina acompañado de varias chicas? —preguntó y fijó los ojos en una de las tomas en bañador—. Por cierto, el mozo se cuida.

Félix pudo apreciar que en varias de ellas el mediano de los Uriarte aparecía junto a otro joven.

—¿Sabes quién es él?

—Nachito Larrea —dijo Delgado y los hoyuelos volvieron a aparecer—. Son inseparables.

Lobo se incorporó.

—Cuéntame qué has encontrado de los Larrea.

Nora dejó las fotografías en la mesa y señaló el ordenador.

—Entre la información que existe en Internet y las redes sociales, he preparado una ficha para cada miembro de ambas familias. —De repente se detuvo en seco y apuntó con el bolígrafo hacia Félix—. De todos, salvo de Blas Zalduendo. Ese hombre no existe para San Google, Facebook, Instagram o LinkedIn, como si no hubiera nacido.

—¿Crees que Blas puede estar implicado?

Nora se puso seria antes de exclamar, mientras movía los brazos sin parar:

—*Cagoen*, por mis santos cojones, los del caballo de Espartero y los del Papa —se esforzaba en imitar la voz algo ronca y el ligero acento aragonés de Blas—, que yo juraría que ese hombre está libre de toda culpa.

El voluminoso cuerpo de Nora empezó a vibrar al ritmo de su risa y Luna empezó a saltar a su alrededor. El sonido de las carcajadas de Nora llenó la habitación. Félix no pudo evitar dibujar una sonrisa al principio, que desembocó en una risita final entre dientes, algo apagada. Una vez que Delgado se recompuso, prosiguió con la lectura de la información obtenida sobre el sobrino de Eusebio Larrea.

—Nachito Larrea, el sobrino del influyente bodeguero, es una figura bien conocida en los círculos sociales de la alta sociedad riojana. Al carecer Eusebio de descendencia, parece que heredará el emporio familiar. Sin hijos y con un futuro más que asegurado, Nachito parece que disfruta de una vida marcada por el lujo y el despilfarro. Un alma gemela de Ricardo Uriarte. Siempre están juntos y saborean la vida a lo grande.

Lobo asintió. Las imágenes de los dos jóvenes, tan parecidos en su búsqueda desenfrenada del placer, giraban en su mente. ¿Qué tipo de influencia podría haber ejercido Nachito sobre Ricardo, y hasta dónde habría llegado para proteger sus propios intereses?

—¿Y de Laura y Juan?

—Se confirman las palabras de Isabel y Blas —respondió Nora, con el bolígrafo apuntando de nuevo hacia el monitor—. La voz cantante la lleva ella, en todas las fotos, ella es la protagonista. Juan siempre aparece en un segundo plano, como si estuviera ahí solo para acompañar, pero nunca para destacar. Es curioso, porque en las fotos más antiguas, antes de casarse, Juan tenía un papel más activo, más presente. Pero desde que Laura apareció en su vida, parece haber cedido toda la atención a su esposa. Ella controla las redes sociales como si fueran su propio escenario. Publica fotos de eventos exclusivos, cenas de gala, viajes, y siempre cuida cada detalle para proyectar la imagen de la pareja perfecta. Sin embargo, si te fijas bien, siempre es ella la que mira a la cámara, la que sonríe, mientras Juan parece estar en un segundo plano, como si estuviera desconectado.

Félix frunció el ceño.

—¿Y Carolina?

—Carolina es la más reservada —contestó Nora—. Apenas tiene presencia en redes sociales, y lo poco que se encuentra de ella son publicaciones esporádicas sobre arte, exposiciones, y algún que otro viaje cultural. Prefiere mantenerse al margen del foco público. No hay nada extravagante en su vida digital, lo cual es una rareza, si tenemos en cuenta su entorno. Es como si utilizara las redes solo

para compartir lo que realmente le importa, sin buscar la aprobación de los demás.

La jornada de trabajo iba a ser intensa, de modo que Lobo preparó otra cafetera y la llevó a la mesa. Se sirvió una taza que había repasado a conciencia, previamente, en la cocina.

—¿Ni azúcar, ni nada? —preguntó Delgado—. Mi niño, a la vida hay que endulzarla.

—El café se toma solo, para apreciar sus matices. Además de ser mucho más saludable.

Nora arqueó las cejas, se puso un buen chorro de leche y un par de cucharadas de azúcar. Lo removió todo y le dio un primer sorbo. Sonoro. Félix la puso al tanto de lo ocurrido con la lectura del testamento, con detalles, en especial el caos que se había originado en el ático de la familia Uriarte situado en la Plaza del Espolón, al conocerse quién tomaría las riendas de las empresas.

—Hay algo importante que me ha confesado Isabel cuando volvimos —añadió.

—¿Todavía más?

Félix asintió, se acabó el café y dejó la taza sobre la mesa. El sabor amargo le ayudaba a centrar sus ideas. Se removió en la silla por las molestias en la pierna, que volvían de forma recurrente. Agarró la cabeza de águila del bastón y se incorporó.

— Roberto había recibido una oferta de compra muy jugosa por la bodega —comenzó Félix en voz baja—. Un grupo de inversión extranjero. Los hijos presionaron para que aceptara. Para ellos, significaba dinero suficiente como para vivir el resto de sus vidas sin preocupaciones. Pero Roberto se negó de forma tajante.

Nora lo miró con atención, sus manos inmóviles por primera vez en toda la conversación.

—¿Se negó? —preguntó, con cierto tono de incredulidad—. Pero ¿por qué? Podría haberlo vendido y asegurado el futuro de toda la familia y quitarse todos los problemas de un plumazo.

Félix se recostó en la silla, las manos sobre el bastón que sostenía entre las piernas, su mirada fija en un punto en el aire.

—Isabel me contó que Roberto sospechaba que detrás de esa oferta estaba Larrea —continuó con voz baja y reflexiva—. Creía que Eusebio Larrea, el viejo rival, utilizaba ese grupo de inversión como una fachada para hacerse con Bodegas Uriarte. No podía permitir que el legado de su familia cayera en manos de su enemigo. Para él, no se trataba solo de dinero, sino de proteger lo que tanto le había costado construir.

—Ese hombre estaba obsesionado con Larrea.

—Y eso no es todo —dijo Félix—. Hace apenas una semana, Roberto cambió su testamento. Dejó todo el control de la empresa en manos de Isabel. Los hijos, que hasta ese momento pensaban que heredarían la bodega y el emporio familiar, se han quedado sin nada de lo que esperaban. Ninguno sabía de ese cambio, hasta que se leyó el testamento, hoy.

—Mi niño, menuda bomba. Eso explica por qué estaban tan alterados y su comportamiento no me extraña. Los hijos se sienten traicionados por su padre, pero también por Isabel. Esperaban dinero fácil, vivir la vida sin preocupaciones, y se encuentran que su madre es la que decidirá el futuro de Bodegas Uriarte.

—Exactamente —asintió Félix—. Pienso que Roberto lo veía como la única manera de asegurarse de que la bodega permaneciera en manos de alguien en quien confiaba plenamente y que lucharía por seguir adelante, contra viento y marea. Isabel me ha confesado que no sabía nada del cambio, hasta que lo escuchó de la boca de María Eugenia, la notaria. Parecía genuinamente sorprendida. Pero para Roberto, estaba claro que sus hijos no entendían lo que la bodega realmente significaba. No era solo una fuente de riqueza, era la historia de la familia, su identidad. No podía permitir que se vendiera, y menos si Larrea estaba involucrado. Roberto cambió su testamento justo antes de morir —repitió Félix—, y ahora que la bodega está en manos de Isabel, si la teoría del asesinato es cierta, su vida podría estar en peligro.

Félix se levantó de la silla, el peso del bastón lo ayudaba a equilibrarse mientras sus pensamientos se agolpaban en su mente. Caminó hacia las pizarras llenas de notas y fotografías. Quedaban tantos cabos sueltos por atar. Cogió la libreta y se sentó frente a uno de los ordenadores, para actualizar el informe del caso. Nora se puso manos a la obra con el trabajo que ya había iniciado de las huellas dactilares.

—¿Estás seguro de que Ochoa nos hará el favor de buscarlas en el sistema? —preguntó ella.

—Me debe muchos favores, más importantes que los cinco minutos que le va a costar cruzarlas en el sistema.

Félix dejó que sus palabras flotaran en el aire por un momento, mientras su mente se trasladaba a un caso del pasado, uno que había puesto a prueba su integridad y la de su compañero, Ochoa. Todo ocurrió durante la investigación de un caso de corrupción urbanística en la costa levantina, una red compleja que involucraba a empresarios, políticos locales y miembros de las fuerzas de seguridad. Era un asunto delicado, y Félix, junto con Ochoa, habían sido enviados a destapar la trama. Lo que no sabían al principio era hasta dónde llegaba la corrupción.

En medio de la investigación, cuando empezaron a acercarse a los cabecillas, se les presentó una tentación que pocos habrían podido rechazar. Uno de los empresarios, un hombre conocido por su habilidad para "limpiar" cualquier problema con dinero, les ofreció una cifra exorbitante para que cerraran el caso sin más. "Solo un maletín y se olvidan de todo. Viven como reyes el resto de sus vidas", les dijo con una sonrisa fría y calculadora.

Ochoa, joven y con una familia que mantener, flaqueó. El dinero podría resolver todos sus problemas, garantizarle una vida sin preocupaciones, la educación de sus hijos, la tranquilidad de su esposa. Sin embargo, Félix, lo apartó del abismo. "No, Ochoa. El dinero fácil tiene un precio, y ese precio es tu alma", le dijo Lobo.

Esa misma noche, Félix redactó un informe detallado del intento de soborno, exponiendo a los implicados y presentando pruebas

irrefutables. Se aseguró de que Ochoa no cayera en la trampa y que la justicia siguiera su curso.

19

Félix conducía la *Kombi* guiado por las indicaciones de Blas, mientras Nora repasaba el plan de acción en la parte posterior de la furgoneta. Estaban de vuelta al centro de Logroño. Aunque no le gustaba nada separarse de su amiga perruna, Delgado había accedido a dejar a Luna en la casa de campo. Como les había ocurrido por la mañana, la celebración de la festividad de San Mateo dificultaba tremendamente la circulación.

Las calles del centro seguían abarrotadas de personas vestidas con el pañuelo rojo al cuello, símbolo inconfundible de las fiestas. Las aceras eran un hervidero de actividad: familias enteras paseaban de un lado a otro, grupos de amigos se reunían frente a los bares para brindar con un buen vino, y las charangas tocaban sin descanso, inundando el aire con sus alegres melodías. Desde la ventanilla, Félix pudo ver que los balcones de los edificios estaban decorados con banderines y flores, mientras las terrazas estaban repletas de comensales que aprovechaban para disfrutar de la gastronomía local.

Esa lentitud suponía que Lobo debía aguantar más minutos de los deseados de charla con Blas, que ya había blasfemado múltiples veces y propinado varias ráfagas de manotazos contra el salpicadero. El ruido constante de los tambores y trompetas se mezclaba con el bullicio de la multitud y creaban un ambiente festivo que contrastaba con el mal humor en aumento de Blas. La última tanda de golpes se produjo cuando un grupo de jóvenes se habían puesto a cruzar justo cuando el semáforo estaba en verde para la Kombi. Sus risas y cánticos retumbaron en el interior del vehículo.

—¡*Cagoen*, estos jóvenes no tienen nada que hacer más que estar de juerga todo el santo día! —gritó hasta tal punto que Delgado dio un respingo en la parte trasera—. ¡A estos los ponía yo

a vendimiar desde el alba hasta mediodía, corquete en mano! —Levantó el brazo como si él mismo llevara uno—. Se les iban a quitar las ganas de cachondeo por la vía rápida.

Félix giró la cabeza y vio que unos pelos negros y duros brotaban de la oreja de Zalduendo, lo que le provocó una fuerte sensación de asco.

—¿Tengo monos en la cara? —le recriminó Blas—. Que sepas, Félix, que Dios nos pone los pelos que nos quita de la cabeza en otras partes del cuerpo. Ya llegará tu hora.

Lobo devolvió la vista a la carretera.

—¿No sabes hablar sin lanzar ningún improperio en cada frase? ¿Nunca te enseñaron eso en el colegio? —preguntó el investigador.

Blas se quedó pensativo unos segundos.

—Disculpa. Es que yo no tengo estudios. Lo básico. En el colegio duré poco porque no me querían y yo tampoco insistí en ir. Y te voy a decir una cosa, larguirucho, lo poco que aprendí, ya se me olvidó. Mira, chaval, con respecto a mi forma de hablar... —empezó a explicar y luego se quedó en silencio más de lo deseable—. Quiero que entiendas que, de las vides, de la uva y de la bodega, sé un huevo. —Entornó los ojos—. Y parte del otro —matizó, guiñando su ojo izquierdo—. Por mis santos cojones, que poca gente sabe más que yo del mundo del vino. Del resto, no te puedo asegurar nada. Ya te dije que olvido con facilidad y no tengo el más mínimo interés en recordarlo.

De buen gusto Félix hubiera detenido la furgoneta e invitado a su compañero a que bajara, para que su cabeza pudiera por fin descansar. El viaje había sido un continuo bombardeo de exabruptos de la primera idea que le rondaba por la cabeza a su acompañante.

—Y tú, Lobo, ¿qué sabes? —prosiguió Blas con un deje amenazador—. Porque hasta ahora solo te he visto mirar con esos ojitos azules diminutos y tristes, no mucho más. Aquí todos estamos al límite, con el pobre Don Roberto en el hoyo, la bodega patas arriba, los hijos revueltos y la santa Isabel que no para de sufrir disgustos.

—Sé lo suficiente, Blas. Sé que, en situaciones como esta, la gente empieza a mostrar su verdadero rostro. Algunos se asustan, otros se enfadan, y otros... se ponen a gritar, insultar y golpear salpicaderos.

—¿Me estás llamando gallina, Lobo? —gruñó Zalduendo con una risa sarcástica—. Porque si es así, más te vale saber a quién le estás tocando los cojones.

—No, Blas, no me malinterpretes. Solo digo que, cuando las cosas se ponen feas, algunos empiezan a recordar cosas que habían olvidado, y otros... empiezan a soltar cosas que deberían haberse guardado.

El hombre empezó a manear la cabeza, pensativo. Su mirada perdida en el infinito mostraba que no tenía claro qué responder o que ni siquiera había entendido bien las palabras del investigador. Nora terció para poner paz.

—*Quillos*, dejaos de chiquilladas y vamos a centrarnos en descubrir si a Roberto Uriarte lo asesinaron, para que la justicia gane. Mirad, ahí está el aparcamiento.

El restaurante estaba diseñado con un gusto exquisito. Las mesas vestían manteles blancos inmaculados con la cubertería de plata y la vajilla dispuesta con una simetría estudiada, lo que supuso una gran satisfacción para Lobo. Las sillas, tapizadas en un gris sobrio, encajaban a la perfección con la paleta de colores neutros del local, mientras que las lámparas de pared, con su luz cálida, añadían un toque de intimidad.

A medida que avanzaban por la sala, Félix no pudo evitar notar los detalles que revelaban el carácter del lugar y, por ende, de su propietario. Sabía que Ricardo Uriarte, con su gusto por el lujo y las cosas exclusivas habría exigido al diseñador nada menos que la perfección, un espacio que reflejara su éxito, o más bien el de Bodegas Uriarte. Una chica de agradable rostro con una media melena morena fijada con gomina a la cabeza sostenía en alto una copa de vino. Vestía un uniforme de sumiller compuesto por una

camisa blanca de manga larga y un delantal de mezclilla oscuro, que estaba ajustado con correas marrones de cuero.

Sobre un mostrador, otras muchas copas de vino se agrupaban en hileras frente a un grupo de personas. La mujer, con un tono cordial, explicaba en esos momentos que la primera fase de una cata de vino era la visual. Preguntó si alguno de los presentes era capaz de atreverse a opinar sobre las tonalidades de la bebida. Félix se detuvo. Para él, el vino tenía un único color: el rojo. El rojo del alcohol, el rojo de la sangre, el rojo en el cual su padre, el inquebrantable coronel Lobo, encontraba refugio las noches como antesala de gritos y recurrentes insultos en el hogar. El orgullo del coronel residía en su necesidad de mostrar quién mandaba en casa. A cualquier precio. Félix apretó la mandíbula y los puños.

—¿Alguien se atreve? —insistió la chica.

Uno de los asistentes, vestido con una chaqueta azul eléctrico que parecía confeccionada a medida, se animó a levantar la mano. Sus dedos aferraron la copa con un aire de confianza, mientras todos los ojos se dirigían hacia él.

—Diría que tiene un tono rubí profundo, muy vivo —aventuró con una voz que denotaba una mezcla de orgullo y satisfacción.

—¿Rubí profundo? —murmuró Blas en tono jocoso—. Parece que el zagal refinado haya cazado gemas desde que nació. Seguro que en su vida ha visto un rubí de verdad, cago en la mar *salá*.

La mujer confirmó como correcta la apreciación del hombre y se alargó con toda una serie de matices sobre las tonalidades de la bebida. Los exabruptos de Blas provocaron que por un momento la chica perdiera la atención en el grupo y levantara la cabeza hacia ellos, pero la colleja que Nora le dio a modo de reprimenda provocó el milagro de que se mantuviera callado. Félix observaba con desinterés el ritual de la cata, sus pensamientos centrados en los efectos del alcohol en el coronel Lobo.

—Ahora, sin tocar aún la copa de vino, introducid la nariz a ver qué aromas sois capaces de percibir.

Y el grupo, de todas la edades y procedencias, inclinó la cabeza para adentrar sus fosas nasales en las copas. Se escucharon con nitidez repetidas aspiraciones de las diez narices con un sonido que era amplificado por el cristal. En ese momento Félix certificó que jamás bebería ni una sola gota de la cristalería del restaurante, sin una limpieza exhaustiva previa.

—Lo que habéis olido son los que se conocen como los olores primarios, con el vino en reposo. Esos son los aromas que proceden de la uva, algo parecido al olor del mosto, ¿no es cierto? Nos dan pistas sobre la variedad. En este caso, se trata de un mono varietal cien por cien tempranillo. Vamos a continuación a remover el vino, pero de forma que este gire haciendo círculos en torno a las paredes de la copa. Tenemos que conseguir un remolino.

La chica zarandeó la copa y el líquido empezó a girar como si se hubieran trazado círculos con la ayuda de una cucharilla. Los asistentes intentaron imitarla, con todo tipo de resultados.

—Parece fácil, pero no lo es tanto. Es más sencillo si la giráis sobre la encimera. Venga probad.

—Manda huevos —murmuró Blas para adentro.

—La lágrima que nos queda en el cristal nos indica el grado de alcohol. Y ahora, lo agitáis otra vez y podéis volver a introducir la nariz —las diez fosas nasales penetraron en el recipiente y Félix cerró los ojos, aunque no pudo evitar escuchar las aspiraciones—. Acabáis de despertar los aromas secundarios del vino, que provienen de la fermentación y de su paso por la barrica. ¿Alguien se atreve a decir a que le recuerda?

—Frambuesas —dijo una mujer con acento extranjero y cuyas mejillas habían adquirido la misma tonalidad del vino.

—Cuero viejo —añadió el hombre que había comentado anteriormente el color rojo rubí.

Blas iba a lanzar uno de sus comentarios cuando Ricardo Uriarte, el mediano de los hermanos, apareció por el fondo tras una zona abierta que dejaba a la vista la cocina. Lobo comprobó que se había afeitado y las ojeras prácticamente le habían desaparecido. Vestía un

traje gris oscuro que se ceñía a la perfección a su esbelta figura, el pelo largo ajustado con la ayuda de un fijador, corbata fucsia con pañuelo a juego en la solapa, camisa blanca y unos mocasines negros que brillaban bajo los focos. Les alcanzó con movimientos enérgicos acompasados al son de los tacones sobre la madera.

—La mujer forzuda, el espantapájaros y el mono payaso tienen el honor de visitar el mejor restaurante de Logroño —soltó en voz baja acompañado de una risa cínica—. ¿Hay un circo nuevo en la ciudad? ¿Traéis invitaciones para mi clientela?

—¡Ricardito, vamos a calmarnos que estamos aquí por tu madre! —le replicó Blas moviendo los brazos.

El tono de su voz había provocado que las miradas de la chica y los asistentes a la cata convergieran sobre ellos. Ricardo carraspeó antes de continuar.

—Sabina, por favor, continua con la degustación —le pidió y dibujó una sonrisa seductora en la cara.

Ricardo pareció dudar un instante para luego hacer un gesto con la mano. Los tres visitantes le acompañaron a paso acelerado por las instalaciones. El mediano de los hermanos Uriarte no dijo una palabra mientras los guiaba a través de las cocinas. Cruzaron junto a una gran isla central donde un chef, rodeado de fogones, rociaba con precisión unas gotas de aceite de trufa sobre un plato de pasta fresca. A su paso, los empleados hacían una especie de reverencia al jefe que era completamente ignorada por Uriarte, como si los que se encontraban allí trabajando no existieran. La puerta al fondo de la cocina, de madera maciza y con un discreto tirador de bronce, se abrió ante ellos y reveló una sala más pequeña, privada, con una mesa de reuniones rodeada de sillas de cuero negro. Las paredes estaban decoradas con cuadros abstractos y varios focos del techo proyectaban luces de distintas tonalidades. Sobre una cava para vinos, una botella abierta y dos copas con restos de haberse usado recientemente.

—Aquí no nos molestará nadie —dijo Ricardo con una voz que arrastraba irritación—. Hablemos.

20

El menor de los Uriarte comprobó dos veces el nudo de su corbata, abrochó y volvió a desabrochar el botón de su impecable americana, cruzó las piernas y las descruzó pocos segundos después. Delgado, Lobo y Zalduendo lo observaban en silencio. Incluso Blas, que se moría de ganas de escupirle cuatro cosas a la cara a Ricardito, había aceptado seguir las indicaciones de sus dos acompañantes. Uriarte empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa ante el silencio prolongado que reinaba en la sala.

—Vamos a dejar las cosas claras. Nos os he mandado a patadas de vuelta al circo de dónde habéis salido, porque el grupo que está realizando la cata es importante para el restaurante. Son críticos gourmets e *influencers* llegados de varios lugares de España y de Europa. Así que no me toquéis los cojones y la caguéis o lo vais a pagar caro. Muy caro —advirtió y el dedo índice empezó a golpear la mesa—. Vamos a esperar un rato aquí, sentados, sin decir gilipolleces, y luego os marcháis echando hostias —soltó a modo de bienvenida.

—Ricardo, estamos aquí por tu madre —Nora empleaba un tono de voz suave.

—¡Yo no tengo madre! —gritó él—. Esa arpía de mujer manipuló a mi padre para que cambiara el testamento a última hora. Ella lo sabía y no nos dijo nada. Ha engañado a sus propios hijos, a su propia sangre, sin ningún tipo de pudor ni de remordimiento. Doña Isabel… —susurró entre risas— resulta que no era tan santa como aparentaba. Bien que se preocupó cuando padre empezaba a flaquear, de asegurarse que se quedaría con todo. El control de la empresa, las propiedades, las inversiones de la familia. Se lo ha quedado todo, ¡todo! y nos ha dejado a los hermanos unas pocas migas del pastel. La muy zo…

Blas se incorporó en la silla de un salto.

—¡Alto ahí, Ricardito! —Sus brazos parecían las aspas de un molino—. Ni se te ocurra faltarle el respeto al nombre de tu madre o…

—Niños, vamos todos a calmarnos —dijo Nora y se levantó también. Había suavizado aún más su tono de voz—. Ricardo, debes saber que tu madre se preocupa por ti. Está muy afectada tras lo ocurrido durante la lectura del testamento. Asegura que tu padre jamás la puso al tanto del cambio en el que todo pasaría a sus manos. Ella está igual de extrañada que tú, pero las cosas son como son y de momento no se pueden cambiar.

El rictus de Uriarte se relajó y volvió a tamborilear con los dedos en la mesa. La observaba con los ojos entrecerrados.

—Ricardo, sabemos que esto es difícil para ti —siguió Nora, que mantuvo un tono casi maternal—. Pero este no es el momento de alimentar rencores, ni de buscar culpables. Tu madre solo quiere asegurarse de que estás bien y de que estás seguro. Se trata de una situación delicada, y lo último que necesitamos es más conflictos en la familia.

Ricardo esbozó una sonrisa amarga.

—¿Seguridad? —preguntó con sarcasmo—. ¿A qué te refieres con seguridad? ¿Crees que alguien va a venir a por mí? ¿O tal vez piensas que algún fantasma del pasado va a volver para vengarse?

—No estamos aquí para discutir lo improbable —intervino Lobo, con la voz baja y firme, un contraste deliberado con la agitación de Ricardo—. Pero es cierto que las cosas han cambiado, y con ellas, los riesgos. No insinuamos que estés en peligro inmediato, pero en situaciones como esta… —Calló un instante—. El sabotaje en la bodega, el fallecimiento de tu padre, un cúmulo de sucesos que preocupan a tu madre. La prudencia nunca está de más.

Ricardo dejó de tamborilear, pero su cuerpo seguía tenso, como una cuerda a punto de romperse. Se inclinó hacia delante. Apoyó los codos en la mesa, su mirada fija en Lobo.

—¿Prudencia? —repitió, casi escupiendo la palabra—. ¿De qué me hablas, Lobo? Mi padre ha muerto y mi madre se ha quedado con todo. Mis hermanos y yo hemos sido traicionados, no por enemigos, sino por nuestra propia sangre. Y ahora vosotros venís aquí, a mi casa, a hablarme de prudencia. ¡A tomar por culo la prudencia!

Lobo mantuvo la calma mientras las palabras de Ricardo rebotaban en las paredes de la pequeña sala. Blas, que hasta ahora había contenido su carácter, se inclinó hacia Ricardo, con una expresión tan amenazante como burlona.

—¡Manda huevos! —exclamó mientras se levantaba de la silla con gesto exagerado—. ¡Ya basta de chorradas, Ricardito! Te crees el rey del mambo porque tienes tu propio restaurante de lujo y un traje a medida, pero no te equivoques: todo esto no es más que un capricho gracias a la bodega que construyó tu padre y que ahora va a dirigir tu madre. Empieza a madurar, Ricardito, que eres quién eres y tienes lo que tienes gracias a tus padres.

Ricardo lo miró con las pupilas dilatadas.

—¿Quién te crees tú para hablarme así? —gruñó Ricardo, su rostro enrojecido por la rabia contenida.

Blas, lejos de amedrentarse, se acercó más, invadiendo el espacio personal de Ricardo.

—Soy el que te va a poner en tu sitio, Ri-car-di-to—enfatizaba cada sílaba del diminutivo con desprecio—. Te crees muy listo, muy dueño de todo, pero no eres más que un malcriado que no sabe lo que es la vida real. ¡Por mis santos cojones, si Don Roberto te viera! Sigues jugando a ser el niño rico mientras todo se va la mierda a tu alrededor, y en lugar de arrimar el hombro como intentó enseñarte siempre tu padre, tú coges y…

Aquella última frase fue la chispa que encendió la pólvora. Ricardo se levantó de golpe y empujó la silla hacia atrás con un estruendo que resonó por la habitación. Sus ojos lanzaban fuego mientras se abalanzaba sobre Blas, con la intención clara de golpearlo.

—¡Cállate, puto mono de feria! —gritó.

Actuó con tal velocidad que Lobo llegó tarde. El puño rozó la ceja izquierda de Blas, que, aunque en un movimiento rápido había dado un paso atrás, no pudo evitar el golpe. Para cuando Félix le aplicó una llave de inmovilización a Ricardo, una brecha se había abierto y gotas de sangre caían sobre la camisa de Zalduendo. En medio del caos, Nora se levantó y se acercó a la cava de vinos. Ignorando la furia que Ricardo todavía dirigía hacia Blas, cogió las dos copas usadas, las envolvió con un pañuelo que llevaba en su bolso y las deslizó en su interior, con rapidez.

—¡Basta ya! —exclamó Lobo de forma autoritaria, que sujetaba a Ricardo por detrás—. Esto no te llevará a ninguna parte. ¿Es así como quieres resolver las cosas? ¿A puñetazos?

El otro se removía para quitárselo de encima, pero los brazos cruzados de Lobo no le dejaban margen de movimiento. Alguien tocó a la puerta.

—¿Señor Uriarte, algún problema? —se escuchó del otro lado.

Aquellas palabras parecieron serenar al mediano de los hermanos. Se mantuvo en silencio unos segundos hasta que por fin respondió:

—Todo está bien, bajo control —aseguró con serenidad.

Se escucharon unos pasos que se alejaban. Nora había cogido una servilleta y limpiaba la frente de Blas.

—No es nada serio, bastará con una tira de sutura de la farmacia.

Lobo aflojó el agarre, pero mantuvo su posición y se aseguró de que Ricardo no hiciera ningún movimiento brusco. Ricardo Uriarte respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba con rapidez, pero su furia se había apaciguado.

—¿Lo ves, Ricardito? —murmuró Blas con su voz más sosegada —. Aquí, si sigues por ese camino, el único que sale perdiendo eres tú.

Lobo le soltó con cuidado, todos los sentidos alerta, por si Uriarte intentaba algo más. Pero el más prepotente de los hermanos

simplemente se dejó caer en la silla, derrotado. Se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos.

—Supongo que todavía no os vais a marchar —hablaba con serenidad por primera vez—. ¿Qué cojones es lo que queréis?

—Ricardo —empezó Lobo con un tono casi casual—, sabemos que las cosas están tensas en la familia ahora mismo. Es natural, con todo lo que ha pasado. Tu madre está preocupada. No solo por lo que pueda pasar con la bodega, sino por ti. Sabes cómo es Isabel, siempre ha sido protectora con vosotros, ¿verdad?

—Mi madre… —murmuró con un dejo de sarcasmo—. ¿Qué quiere ahora? ¿Qué más puede quitarme?

—No quiere quitarte nada, Ricardo —intervino Nora—. Solo está preocupada por lo que está pasando a tu alrededor. Este restaurante, por ejemplo… —Nora se detuvo un segundo, como si pensara en sus palabras— es un lugar precioso. Seguro que ella también se siente orgullosa de lo que has logrado aquí.

—El restaurante es mío —dijo al fin, en un tono más bajo—. Es lo único que tengo que es verdaderamente mío.

—Y es un gran logro, Ricardo. Tienes toda la razón en sentir ese orgullo. Pero con todo lo que ha sucedido últimamente, es natural que Isabel esté preocupada por ti. No solo por el restaurante, sino por todo lo que ha ocurrido… Lo del testamento, la muerte de tu padre… —Nora hizo un silencio intencionado.

Ricardo apretó los labios, pero no respondió.

—Sabemos que esa noche fue difícil —agregó con tacto—. Solo queremos entender mejor qué pasó, cómo lo viviste tú. No es fácil para nadie perder a un padre, y menos en estas circunstancias.

—¿Por qué tanto interés en esa noche? —Ricardo se tensó de nuevo—. Estaba aquí, trabajando, como muchas otras noches y después me subí a casa a dormir.

Lobo y Delgado intercambiaron una mirada rápida. Le tocaba el turno a Félix.

—Ricardo, los días antes del fallecimiento de tu padre, ¿notaste algo diferente? ¿Algún cambio en su forma de comportarse, contigo

o con el resto de la familia? ¿Tal vez algún detalle que te hiciera presagiar el cambio en sus últimas voluntades?

Uriarte frunció el ceño y su respiración se volvió de nuevo agitada. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa, como si la cercanía con los tres le diera un sentido de control.

—Mi padre… —empezó, con la voz áspera—, siempre fue un hombre reservado conmigo, pero esos últimos días estaba aún más distante. Parecía… —Hizo una pausa, en busca las palabras adecuadas—. Parecía preocupado. Pero no por la bodega o por la familia, sino por algo más… Algo que no quiso compartir con nosotros.

La vuelta en la Kombi a Casa Uriarte fue más alegre que el viaje de ida. Nora seguía en vivo y en directo a través de su móvil la degustación en el restaurante del mediano de los Uriarte gracias a la difusión de un vídeo en directo.

—¿Qué os dije, mis niños? —preguntó Nora—. Hoy en día la gente está tan obsesionada con las redes sociales, que no son conscientes de cómo se exponen al resto del mundo. Nos ofrecieron el momento idóneo para visitar a Ricardo. Por cierto, ¿os acordáis del señorito *andalú* que vio un color rubí intenso en el vino?

—¡Cago en Dios! Como para olvidarse del enterado ese —respondió Blas, que apretaba la servilleta contra la brecha en la ceja.

—Pues resulta que ese "enterado", como tú le llamas, no es ningún don nadie —continuó Nora, con una sonrisa pícara mientras deslizaba el dedo por la pantalla de su móvil—. Se llama Iván Ferrer y es uno de los *influencers* más conocidos en el mundo del lujo en Instagram. Su cuenta tiene más de un millón de seguidores. Se dedica a publicar sobre la vida de los ricos, sus viajes, las fiestas más exclusivas, y por supuesto, los mejores vinos y restaurantes.

—¡Vaya pájaro! —intervino de nuevo Blas—. Seguro que no distingue un vino de dos euros de uno de doscientos, pero con tal de presumir, lo que haga falta. Me gustaría verle en una cata a ciegas a ver qué cojones es capaz de identificar —dijo y levantó la vista al

cielo—. Don Roberto, sí que era un verdadero experto. Esas narices que Dios le había dado podían distinguir el punto de maduración perfecto de las uvas. Las tomaba en sus manos, apretaba una, y luego la acercaba a su nariz para evaluarla. Ese hombre sabía lo que hacía, no estos cantamañanas que han surgido de la nada por el Internet ese.

Blas se quitó el trozo de tela, que se había teñido de granate y comprobó que la sangre en la ceja empezaba a secarse.

—Ni se os ocurra parar en la farmacia. Estos pelos largos y gruesos que Dios me ha dado necesitan un puñetazo mucho más fuerte para dejar que se rompiera la ceja.

Félix obvió el comentario, pero no pudo evitar que la imagen descrita por Blas pasara por su cabeza y apretó las manos contra el volante. En el momento en el que enfilaron la calle del restaurante, una motocicleta de gran cilindrada se cruzó con ellos y se detuvo a la altura del local de Ricardo. Un hombre enfundado en un mono negro, con casco del mismo color, se bajó y entró a la carrera en el interior.

21

El amanecer comenzaba a despuntar en el horizonte, con un cielo gris tenue que prometía convertirse en un lienzo dorado. Nora estaba sentada en la cocina de la casa de invitados de Casa Uriarte, envuelta en una vieja chaqueta de punto que había encontrado en el armario. Sobre la mesa, una taza de café humeante la acompañaba, con el vapor ascendiendo en finos hilos que se desvanecían en figuras geométricas, en el ambiente frío de la mañana. Era un café fuerte, de esos que le raspaban en la garganta, y había tenido que reforzar la dosis de azúcar con una cucharada extra. Para su sorpresa, no tenía hambre y había algo en esa quietud que la invitaba a un diálogo con sus pensamientos que había postergado demasiado tiempo.

Fernando. Su nombre repicaba en su mente como un eco, familiar y extraño a la vez. Él había sido su refugio en las tormentas y su confidente en momentos de alegría y tristeza. Pero ahora, ¿qué eran el uno para el otro? Nora dejó escapar un suspiro largo. La relación con Fernando se había convertido en un terreno de arenas movedizas, un espacio lleno de silencios y sentimientos no expresados. Se querían, sí, de eso no le cabía duda, pero el amor, en lugar de ser como un fuego que daba calor, era como un ardor que consumía todo a su paso.

Quizá por eso se había volcado en el trabajo, reflexionó, mientras daba un sorbo al café. Se había aferrado a la oportunidad brindada por Lobo como a un hierro candente. El caso de los Uriarte había llegado en un momento crucial. Le ofrecía la excusa perfecta para distanciarse sin tener que enfrentarse a las preguntas difíciles. ¿Cuánto tiempo más podría mantener ese equilibrio precario, evitar la confrontación directa con su marido? Estaba convencida de que Fernando sentía que ella se hubiera marchado lejos por un tiempo,

pero ambos parecían atrapados en un juego de no enseñar primero las cartas, a la espera de que el otro tomara la iniciativa.

Nora miró por la ventana, hacia el jardín envuelto en la penumbra del amanecer. Podía ver las sombras alargadas de los árboles sobre el césped, y más allá, la silueta majestuosa de la casa principal de los Uriarte. El viento apenas movía las ramas de los árboles, como si todavía durmieran. El día prometía ser claro, pero Delgado no podía evitar sentir una sombra en su interior. El futuro se le antojaba como un lienzo en blanco, lleno de posibilidades, pero también de incertidumbre. ¿Qué quería realmente? La vida que había construido con Fernando le había dado momentos de felicidad, pero de repente se daba cuenta de que también sentía que le faltaba algo. Una pasión que trascendiera lo cotidiano, una razón para levantarse cada mañana con el corazón en llamas y no simplemente con la rutina como compañera fiel.

Quizá, pensó, era momento de replantearse sus prioridades. De decidir si quería seguir el camino junto a Fernando o era el momento de separarse. Al menos por un tiempo. La idea de una separación la asustaba, pero al mismo tiempo la atraía. No era una decisión fácil, y sabía que cualquiera que fuera la que tomara, dejaría cicatrices profundas a ambos. Pero también sabía que no podía seguir así, en un limbo emocional que le desgastaba poco a poco.

Unos pasos rápidos sobre la piedra la sacaron de su ensimismamiento. Nora levantó la mirada y se encontró con los ojos oscuros y brillantes de Luna. La perra se acercó y subió las patas delanteras en sus rodillas. El contacto cálido de Luna la devolvió al presente. Nora se inclinó hacia abajo y el animal empezó a darle lengüetazos en la cara.

—Vale, ya está bien, lo pillo —dijo Nora entre risas, intentando apartar las lamidas insistentes, sin mucho éxito.

Enredó los dedos en el pelaje suave y espeso de la perra. La rascaba con suavidad por detrás de las orejas.

—Gracias, Luna —murmuró con voz suave, casi un susurro, mientras acariciaba el hocico de la perra—. Tú siempre sabes cómo

hacerme sentir mejor.

En el momento en que Nora la agarró por el morro para propinarle un fuerte beso apareció Félix por el marco de la puerta de la cocina. Estaba recién duchado, el pantalón impecablemente planchado y una camisa blanca que aún conservaba el aroma a suavizante. Andaba ayudado de su bastón con la cabeza del águila reluciente bajo el neón. Él no pudo evitar mostrar una cara de absoluta sorpresa al comprobar el contacto entre la boca de Nora y el animal. Esa expresión la hizo reír para sus adentros. Decidió apartar a Luna de su lado.

—¿Listo para otra dura jornada de trabajo? —le preguntó Delgado.

Félix se había detenido en la entrada de la cocina, pero su expresión desconcertada apenas duró un instante. Se apoyó en el bastón, su mirada dividida entre Nora y Luna.

—Veo que tienes una manera... particular de comenzar el día —comentó.

—Tú también la tienes, mi niño. ¿Qué eran esos ruidos que hace un rato retumbaban por toda la casa? Parecía que se iban a caer los cimientos.

Nora comprobó cómo la tez blanquecina de Lobo adquiría un color rojo. "Rubí intenso, como el vino", pensó para sus adentros, pero lo calló.

—Mi rutina de ejercicios.

—*Mens sana in corpore sano*.

—En realidad esa expresión proviene del poeta romano Juvenal, que vivió entre los siglos I y II después de Cristo. —Félix adoptó su tono más didáctico—. La frase completa en latín es "*Orandum est ut sit mens sana in corpore sano*", que significa "Se debe orar para tener una mente sana en un cuerpo sano." En su contexto original, Juvenal no estaba promoviendo un ideal de equilibrio entre la salud física y mental como a menudo se interpreta hoy en día. Más bien, señalaba la importancia de pedir cosas verdaderamente valiosas en la vida, en lugar de deseos superficiales como la riqueza o la fama.

Nora esbozó una sonrisa al escuchar la seria explicación de Lobo. A veces olvidaba lo preciso y meticuloso que podía ser, incluso en los detalles más pequeños.

—Siempre tan exacto, mi niño —dijo ella y dejó la taza de café en la mesa—. Me pregunto si alguna vez desconectas esa mente tuya.

—No lo hago con intención, Nora.

Luna aprovechó la ocasión para acercarse a Félix, quien rápidamente se encargó de alejarla con la ayuda del bastón.

—A veces pienso que sería más fácil ser como Luna —dijo ella, su voz casi un susurro—. Disfrutar del momento, sin preocuparse por lo que vendrá después.

Félix la miró. Hubo un destello de comprensión en sus ojos, una chispa que parecía conectar por un instante con lo que Nora sentía. Sus labios formaron lo que parecía que se iba a convertir en una leve sonrisa, pero que no llegó a cristalizar.

—Quizá tengas razón, Nora. Quizá hoy sea un buen día para empezar a intentarlo. Pero primero, tenemos trabajo que hacer.

Una de las huellas obtenidas de las copas del restaurante del menor de los Uriarte coincidía con las obtenidas en la vieja casa de labranza. De alguna manera, aquella evidencia certificaba que Ricardo había estado en la casa recientemente. Lobo había proporcionado también las imágenes de huellas a su contacto en la Guardia Civil, incluidas las de la ventana, pero no se había encontrado ninguna correspondencia con nadie. De modo que la única conclusión al respecto era que Ricardo había estado en aquel lugar, en un momento cercano al fallecimiento de Don Roberto, y en ningún momento había hecho mención sobre eso. Y que la persona que había forzado la ventana no era Ricardo, pero poco más.

—Vamos a reconstruir de nuevo las últimas veinticuatro horas —dijo Felix, de pie frente a las pizarras—. Don Roberto acude a su vieja casa, allí dónde todo empezó. Es una tradición que sigue año tras año y de la que todo el mundo está al corriente, su esposa, su hermana, sus hijos, Blas, Larrea y los empleados de la bodega.

Siempre lo hace solo, para evaluar el momento óptimo de la uva para que empiece la vendimia. Es un ritual sagrado para él. Cualquiera pudo acudir aquella noche, por sorpresa, sin el menor atisbo de duda de no encontrarlo.

Nora asintió con la cabeza y continuó el razonamiento.

—Supongamos que Ricardo, que desea la venta de Bodegas Uriarte, visita a su padre. Empiezan a hablar sobre el tema, y Roberto, que conoce el temperamento de su hijo, le ofrece tomarse un vino para calmar los ánimos. Ricardo acepta, pero la conversación se va calentando cuando el padre le dice que ni hablar de vender, y menos si detrás está Larrea, que siempre ha sido su enemigo. La mención de Larrea, para el patriarca es como un trapo rojo para un toro. Ahí es cuando Ricardo pierde los papeles, lo empuja sin querer, y el pobre Don Roberto se da un mal golpe en la cabeza... y adiós muy buenas. El chiquillo, asustado de lo que ha hecho, sale corriendo sin mirar atrás.

Félix la escuchó con atención y a continuación, revisó la información en las pizarras.

—Es una posible explicación. Pero ¿qué me dices de las huellas en la ventana? Alguien accedió al interior de esa casa a la fuerza. ¿Qué es lo que buscaba? Por lo que vimos, Roberto no guardaba ninguna pertenencia de valor allí. —Lobo cerró los ojos e inspiró fuerte—. Este detalle no encaja con la teoría. Creo que todavía estamos al principio de un rompecabezas cuyas piezas van a ser difíciles de encajar.

Félix suspiró apoyado sobre el bastón, la mirada fija en las pizarras.

—Mi *arma*, ahora me voy a poner con los pelos que le arrancaste a Ricardo en el restaurante, a ver si coinciden con los que cogimos en el sillón orejero —le dijo y se puso a buscar entre las muestras que habían obtenido—. He encontrado algo interesante con las pisadas. Las huellas que recogimos eran bastante comunes, de calzado que cualquiera podría llevar. Pero hay una… una en particular que es especial.

Nora puso la fotografía sobre la mesa y le señaló una de las marcas.

—¿Ves esta de aquí? Dejó una parte de la suela bien marcada. Es como si hubiera querido dejar una firma en la tierra. Lo curioso es que no es cualquier suela. He investigado por Internet. Esto es de un zapato de lujo, una marca que diseña modelos exclusivos de piel de cocodrilo, con un precio desorbitado. Estamos hablando de un par de zapatos que cuestan entre mil y tres mil euros. Y para colmo, es un número 46, un pie bastante grande, no tan común.

Félix frunció el ceño y se inclinó para examinar la fotografía con más detenimiento. Nora continuó.

—Pregunté a Blas, y me dijo que ni el médico forense ni Ricardito calzan un número así. Y creo que la jueza que procedió al levantamiento del cadáver o los operarios de la funeraria no llevarían unos mocasines de ese valor. Para ser más exacta, mi niño, las palabras de Blas fueron que Ricardito con sus pies de bailaora de flamenco apenas calza un 42, cosa que comprobé en el restaurante.

—¿Y el médico?

Nora no pudo evitar una carcajada.

—Por mis santos cojones que ese hombre era lo más parecido a una peonza que he visto en mi vida, pero al revés. —El tono áspero de Zalduendo cada vez le salía mejor—. Cara flaca, hombros estrechos, caderas anchas, culo gordo y unos amplios muslos, todo ello encajado en una altura como la de Blas. Si nos fiamos de la descripción, parece difícil que calce un 46.

Félix se acercó hasta el croquis que Nora había colgado en la pizarra. Levantó el bastón y marcó la evidencia número 7.

—Observa —dijo y ella y se puso a su lado, casi podía notar su aliento—. La huella está justo a unos escasos tres metros de la ventana, en una zona más terrosa que podía estar húmeda cuando se produjo. Por la noche o de madrugada. Y es probable que el hombre que forzara la ventana sea el mismo que calza estos zapatos de lujo.

Se quedó pensativo, moviendo el águila plateada en círculos sobre la pisada.

—Exactamente, mi niño. —Nora se detuvo por un momento en esos ojos diminutos azules que brillaban como dos farolillos de feria —. Esa marca es tan exclusiva que casi podríamos rastrear cada par vendido en el país, si tuviéramos acceso. Y ese tamaño, un 46, no es algo que se vea todos los días.

—Vamos a seguir esa pista. Debemos averiguar quién en el círculo de los Uriarte o entre sus conocidos podría llevar algo así. Y, sobre todo, quién era y qué estaba haciendo esa persona en la vieja casa de labranza, en una fecha cercana al día que todo ocurrió. Cuando puedas, comprueba qué días llovió con anterioridad a la noche del fallecimiento de don Roberto Uriarte.

22

La Kombi avanzaba por las sinuosas carreteras que cruzaban el corazón de la región. Nora mantenía la vista fija en el camino, mientras Félix revisaba unas notas con la atención dividida entre los documentos y el paisaje que se desplegaba ante ellos. A medida que se adentraban en la zona de viñedos, comenzaron a ver a las cuadrillas de jornaleros que, con destreza y agilidad, cortaban los racimos de uva madura y los depositaban en cestos. Vestidos con ropas sencillas y gorras para protegerse del sol, los hombres se movían con un ritmo constante.

Un par de ellos levantaron las manos al paso de la Kombi en señal de saludo. La vendimia estaba en pleno apogeo y el aire fresco de la mañana estaba impregnado del aroma dulce de las uvas recién cosechadas. El sonido de las tijeras al cortar los racimos y el murmullo de conversaciones en voz baja se mezclaban con el ronroneo del motor de la Kombi que transcurría con calma por aquel entorno, con las ventanillas bajadas.

—Este paisaje siempre me recuerda lo arraigado que está el vino en la cultura de esta tierra —comentó Félix, más para sí mismo, mientras observaba cómo un tractor seguía un trazado por un camino paralelo, con un remolque repleto de uvas a sus espaldas.

Nora asintió sin levantar la vista de la carretera. Repasaba mentalmente la información que habían compilado al respecto de Margarita Uriarte, la hermana menor de Roberto. Los datos los habían conseguido de Isabel, pero sobre todo de Blas. Era más que evidente que Margarita jugaba un papel crucial en la historia de la familia, aunque prefería mantenerse en un segundo plano, alejada de la gestión directa de la bodega.

—Mi niño, Margarita ha sido el pilar emocional de esta familia durante años —comentó Nora—. Según he contrastado gracias a

San Google, es respetada y querida por la comunidad local, que aprecia las inversiones que realiza en cultura. Blas asegura que no se involucra en la gestión diaria de la bodega, aunque posee una cantidad no despreciable de acciones en las empresas familiares. Eso le da una cierta influencia, pero parece que prefiere no ejercerla, al menos de forma abierta.

La Kombi se encontró de frente con un camión cargado hasta los topes de racimos. Lobo se echó a un lado para dejarle el paso. Cuando se cruzaron, el otro tocó el claxon y levantó una mano antes de seguir su camino. En ese momento Félix cerró el cuaderno y se relajó en el asiento.

—Sí, parece que la opinión de Margarita es importante dentro de la familia Uriarte. Como bien dices, es una mujer culta, apasionada por la historia y el arte, a la que le encanta organizar eventos culturales.

—Sí, pero no olvides las tensiones —respondió Nora—. Blas también mencionó que, aunque Margarita mantiene una relación cercana con Isabel y sus sobrinos, en especial Carolina, que desde hace un tiempo vive con ella, no siempre está de acuerdo con las decisiones que sugieren los hijos respecto al rumbo de la empresa. Es alguien que valora las tradiciones y puede que no le gusten los cambios que quieren sus sobrinos.

El paisaje comenzó a cambiar a medida que se acercaban a su destino. Los viñedos dejaron paso a una serie de cipreses que flanqueaban la entrada, y más allá de ellos, en la ladera de una colina, la casa de Margarita apareció a la vista. Desde su posición elevada, la moderna construcción ofrecía impresionantes panorámicas del valle y del río Ebro. A diferencia de la vieja casa de labranza donde Roberto había encontrado la muerte, la vivienda de Isabel era una obra de arquitectura contemporánea, con líneas limpias y amplios ventanales que capturaban la esencia de los viñedos circundantes.

—Una casa moderna en medio de tanta tradición —comentó Félix.

—Margarita diseñó esta casa ella misma —explicó Nora—. Respetuosa con el pasado, pero con una visión clara hacia el futuro. No es fácil encontrar un equilibrio entre ambos, pero parece que la niña lo ha logrado aquí.

La *Kombi* se detuvo frente a la joya arquitectónica que se exponía ante sus ojos. Nora apagó el motor y un silencio reconfortante se apoderó del interior de la furgoneta. Frente a ellos, junto a la edificación, se extendía un valle con el río Ebro que brillaba en la distancia como una serpiente plateada sobre un fondo verde. Félix salió del vehículo, se ajustó el cuello de la gabardina y se apoyó en su bastón. Nora pudo apreciar un rictus de dolor en su rostro. La puerta principal de la casa se abrió justo cuando ambos se dirigían hacia ella y la figura de Margarita Uriarte apareció en el umbral.

A pesar de sus años, Margarita era una mujer alta y esbelta y se presentaba con una elegancia innata que capturó de inmediato la atención de Nora. «Buenos genes los de los Uriarte», pensó para sus adentros Delgado. La mujer vestía un traje pantalón de lino negro, cuya estructura perfecta y sobria acentuaba su figura y le confería una autoridad natural. La blusa de seda negra, con delicados detalles de encaje en el escote, añadía un toque de sofisticación y feminidad a su atuendo.

Su cabello, corto y de un tono gris plateado, estaba recogido hacia atrás con precisión y unos pendientes dorados colgaban de sus orejas. Al verlos, la expresión de Margarita combinó una amabilidad cálida con una tristeza contenida. Tras un rápido intercambio de saludos, los guio por un corredor amplio y luminoso que estaba decorado con una colección de grabados y litografías de escenas bíblicas y mitológicas. Atravesaron la sala de estar, donde una serie de pinturas al óleo colgaban de la pared principal. Nora reconoció un cuadro de un pintor local que representaba a campesinos recolectando uvas bajo la cálida luz del atardecer y que le había llamado la atención cuando buscaba información sobre la vida de la mujer, en Internet. Tenía un alto valor económico.

Llegaron hasta un jardín interior dominado por una fuente rodeada de esculturas de piedra. El suave murmullo del agua al caer generaba una atmósfera de serenidad. La luz natural inundaba el espacio a través de un techo acristalado y las enredaderas trepaban por los muros, añadiendo un toque de verdor que contrastaba con la fría elegancia de las esculturas.

—Por favor, tomad asiento —les pidió y señaló un conjunto de sillas de mimbre con cojines de lino claro que rodeaban una mesa de mármol.

La hermana de Roberto se sentó frente a ellos.

—Este jardín es mi refugio. —Su boca dibujó una sonrisa—. Un lugar donde siempre he encontrado consuelo en los malos tiempos. Lo diseñé con la intención de encontrar la armonía entre la naturaleza y el arte, como un homenaje a las cosas que más valoro en la vida. Aquí es donde me siento más en paz.

Apartó una caja de pasteles en la que solo quedaban restos de canela.

—Margarita, antes que nada, quiero que sepas que estamos aquí por una razón muy clara —comenzó Félix, directo, mientras acomodaba su bastón al lado de la silla—. Desde el sabotaje que hubo en la bodega, Isabel considera que es mejor no dejar nada al azar. Hay demasiados intereses en juego, y cualquier medida de precaución es poca. Estamos hablando de algo más que proteger una propiedad; estamos hablando de proteger a las personas que, como tú, están en el centro de todo esto.

Margarita, sentada frente a ellos, apretó ligeramente las manos sobre sus rodillas, ocultas bajo los guantes de encaje. La mención del sabotaje parecía haberle causado una leve incomodidad.

—Entiendo. La seguridad siempre ha sido una preocupación, pero nunca como ahora. Antes todo parecía bajo control, incluso en los peores momentos de crisis, pero en los últimos tiempos todo se ha vuelto mucho más incierto. Roberto estaba muy nervioso antes de… bueno, antes de lo que ocurrió. Es como si algo le hubiese

arrebatado la confianza que siempre tuvo, como si hubiese visto venir algo que nosotros no alcanzábamos a comprender del todo.

Nora inclinó la cabeza, sin apartar la mirada de Margarita.

—Es natural que la situación os haya dejado a todos en guardia. No es para menos, si tenemos en cuenta la presión de mantener la bodega a flote, las ofertas de compra que empiezan a rondar como buitres y, por supuesto, las diferencias internas. No me extraña que se generasen tensiones, es que era inevitable. Pero lo que realmente queremos entender es cómo se vivieron esas tensiones aquí dentro, en el corazón de la familia. Sabemos que la relación de Roberto con sus hijos no era precisamente fácil, ¿no es así? —Nora mostró una sonrisa—. Y cuando hablo de tensiones, me refiero a esas que van más allá de una simple discusión sobre negocios; hablo de las que hieren de verdad.

Margarita mantuvo su postura firme, aunque sus ojos reflejaban una cierta melancolía al hablar de la familia.

— Roberto siempre fue un hombre de convicciones fuertes, inquebrantables, diría yo. Tenía sus ideas muy claras sobre lo que quería para la bodega, sobre lo que significaba el legado familiar, y no estaba dispuesto a ceder ni un ápice. Isabel y yo intentábamos mediar, encontrar un punto en común, pero era difícil. Sus hijos, especialmente Ricardo, no compartían la misma visión. Ricardo siempre fue un espíritu rebelde, desafiante, y no le gustaba que le dijeran cómo debía hacer las cosas. Carolina, aunque más sutil, también tenía sus propias ideas, y aunque no siempre lo decía abiertamente, estaba claro que a menudo no estaba de acuerdo con su padre. Solían chocar bastante con él, y esas discusiones eran más que simples desacuerdos; eran verdaderos enfrentamientos de voluntades. —Margarita se llevó una mano al bolso, como si buscara algo—. La verdad es que todo esto me ha pasado factura también... Mi médico me ha dicho que debo evitar el estrés, pero con todo lo que ha ocurrido... —Su voz se quebró ligeramente mientras sacaba un pequeño frasco de pastillas y lo dejó sobre la mesa, casi sin darse cuenta—. Ahora tengo que tomar estas pastillas para el corazón. No

puedo evitar pensar que, si todo hubiera sido diferente, quizá no estaría en esta situación.

—¿Tan serias eran esas diferencias? Sabemos que Roberto se negaba en redondo a vender la bodega, lo que no debió de ser del agrado de todos. Pero necesitamos entender hasta qué punto esas diferencias pudieron convertirse en una ruptura irreparable. ¿Llegaron al punto de poner en riesgo algo más que la simple convivencia familiar? ¿Podrían haber llevado a alguien a tomar medidas drásticas?

La mención de la venta provocó una reacción visible en Margarita. Su rostro se endureció levemente, como si reviviera las discusiones que habían tenido lugar en torno a ese tema.

—La idea de vender... —comenzó Margarita, con la voz cargada de una mezcla de resignación y frustración—. Fue una propuesta que Roberto ocultó al resto sin consultarnos previamente, como si temiera nuestra reacción o como si supiera que iba a provocar una tormenta. Isabel y yo nos enteramos después, y los chicos… Ellos estaban a favor, y eso fue como echar leña al fuego. Creían que era el camino más sensato en un mundo donde las bodegas familiares desaparecen, devoradas por los grupos multinacionales de alimentación. Pero para Roberto, vender significaba renunciar a todo lo que había defendido durante toda su vida, era como traicionar el esfuerzo de generaciones. Hubo más de una discusión acalorada en las últimas semanas, más de una palabra que se dijo sin medir las consecuencias.

Nora intercambió una mirada con Félix.

—¿Crees que esas discusiones pudieron haber llegado a un punto sin retorno? —preguntó Nora.

Margarita desvió la mirada hacia la fuente que adornaba el jardín, como si buscara la respuesta en el fluir del agua.

—No lo sé. Hubo palabras duras, sin duda, pero no creo que ninguno de ellos llegara a hacerle daño a Roberto... al menos no de forma intencionada. Sin embargo, algo cambió en él tras esas

discusiones. Se volvió más distante, más reservado. Nunca quiso decirme qué lo estaba perturbando realmente.

—Margarita, mencionaste que Roberto estaba nervioso antes de su muerte, y ahora hablas de esa distancia que él mantuvo. —Félix cruzó las manos sobre su bastón—. ¿Notaste algún detalle fuera de lo normal los días anteriores a su fallecimiento? ¿Algo que él te mencionara o algún comportamiento especial?

Margarita pareció dudar por un momento.

—Una semana antes de su muerte, estaba realmente alterado. En una de las charlas que tuvimos, me dijo que alguien quería remover el pasado. No me dejó claro a que se refería, se negó a compartirlo conmigo, pero se notaba que le estaba afectando. No quise presionarlo, pensé que lo mejor era darle espacio, pero ahora me doy cuenta de que quizás debí insistir.

Nora aproximó su cuerpo al de la de mujer.

—Margarita, sería de vital importancia que, si hay algún suceso del pasado que conozcas y que pudiera ser el motivo de la intranquilidad de Roberto, nos lo hagas saber —dijo bajando el tono de voz como si le fuera a contar un secreto—. Personas de la familia podrían estar en peligro.

La mujer cerró los ojos y emitió un largo suspiro. Se mantuvo en silencio unos segundos eternos.

—Creo que hay algo importante del pasado de la familiar que debéis saber —murmuró finalmente, con un hilo de voz que apenas rompía el silencio del jardín.

—¿A qué te refieres? —preguntó Félix.

Margarita levantó la vista hacia el techo acristalado, como si buscara una respuesta en los cielos, y luego bajó lentamente la mirada.

—Hay cosas sobre el pasado de esta bodega... —comenzó, su voz más firme, pero impregnada de un matiz sombrío— cosas que muy poca gente conoce. Roberto y yo lo sabíamos. —Dudó un instante, apretando los labios—. Pero nunca compartimos esos detalles con nadie más. Son historias que no conviene sacar a la luz.

Es algo delicado —continuó, su tono ahora más bajo, casi un susurro —. Ahora no es el momento para hablar de ello. —De repente, su voz se endureció, como si una decisión irrevocable hubiera caído sobre ella—. Otro día os lo contaré. Ahora debo acudir a un acto cultural en el que soy mecenas.

23

Félix Lobo se encontraba sumido en sus pensamientos mientras observaba la neblina que cubría los viñedos desde la ventana de su habitación en Casa Uriarte, listo para ir con Blas al centro de Logroño. Las palabras de la hermana de Roberto podían ser una nueva pista que se debía explorar. Por experiencia, muchos casos se resolvían por asuntos que a priori carecían de relación con la investigación, al menos de forma directa. Mientras reflexionaba al respecto, su móvil vibró sobre la mesa. Miró la pantalla: era el Doctor Valero, su psiquiatra. Después de un breve titubeo, deslizó el dedo para aceptar la llamada.

—Buenos tardes, doctor. ¿Ocurre algo?

—Buenos tardes, Félix. Me preocupa que no hayas acudido a la cita. —Lobo recordó la fecha y tensó el cuerpo—. Sabes que las sesiones son importantes. Quería confirmar que todo va bien y cómo te encuentras.

Lobo permaneció en silencio.

—¿Félix, estás bien?

—Lo sé, doctor —respondió con voz titubeante—. Lo olvidé por completo. Estoy en medio de un caso complicado, y todo lo demás queda en segundo plano.

—Entiendo que el trabajo puede ser absorbente, pero lo que me preocupa es el porqué de ese olvido. Félix, llevas un control riguroso de tus citas y de tu vida en general, y este desliz me dice que hay algo más. ¿Cómo te sientes últimamente? ¿Has tomado la medicación como te recomendé?

—He tomado las pastillas, como siempre. —Se sorprendió de la facilidad con la que le mintió—. Y para serte sincero, desde que estoy aquí, en Logroño, implicado al cien por cien en este caso, las

pesadillas... no han vuelto. Es la primera vez desde el atentado, que paso varias noches seguidas sin ver a Merino en mis sueños, sin sentir la explosión una y otra vez.

—¿Las pesadillas han cesado? Félix, eso es significativo —dijo el médico en un tono que se había vuelto más agudo—. ¿Crees que es el trabajo lo que las suprime, o que tu mente ha encontrado una forma de bloquear el trauma a través de la concentración extrema? A veces, nuestra mente puede enfocarse tanto en algo, que deja todo lo demás en segundo plano, pero eso no significa que el problema haya desaparecido.

—Lo he pensado, doctor. —Félix asintió con la cabeza, como si el doctor pudiera verlo—. Y la verdad es que desconozco la respuesta. Pero siento que ahora tengo por fin dónde enfocarme, algo tangible que puedo resolver, en lugar de seguir la lucha con los fantasmas de mi pasado. Es como si al tener un propósito claro, mi mente no tuviera espacio para las pesadillas.

—Ese es un buen comienzo, Félix. Pero recuerda, no tienes que hacerlo solo. Estoy aquí para acompañarte en cada paso. Vamos a trabajar en esto juntos. No olvides nuestra cita de la semana que viene, ni de seguir con las pastillas.

—No lo haré.

Félix encontró a Nora frente a la pantalla del ordenador. Sus dedos se movían veloces sobre el teclado, mientras Luna, la perra, estaba acurrucada a su lado, como siempre. La luz azulada de la pantalla iluminaba su rostro que reflejaba su concentración. Él se detuvo un momento. Se preguntó cuántas veces había visto esa misma imagen desde que trabajaban juntos, y cómo había llegado a apreciar tanto esos momentos de tranquilidad compartida, incluso cuando estaban envueltos en sus propios pensamientos.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —preguntó Félix.

Nora se giró y Félix sintió ese pequeño salto en el pecho, que siempre ocurría cuando veía cómo se le formaban unos hoyuelos en las mejillas al sonreír. Pero esta vez, aunque los hoyuelos estaban

allí, algo faltaba. Los ojos de Nora, siempre vivos y brillantes tenían un velo de tristeza, una melancolía que no había visto antes.

—¿Todo bien? —preguntó y dio un paso hacia ella—. Te he escuchado que hablabas un rato largo por teléfono.

Nora mantuvo su mirada fija en la suya por un momento, como si sopesara qué decir. La sonrisa que había en su rostro se desvaneció poco a poco. Finalmente, dejó escapar un suspiro largo y resignado.

—Mi niño, la vida no es fácil para ninguno.

Cuando ella iba a hablar de nuevo, Luna, la fiel compañera, comenzó a ladrar.

—Todo está bien, cariño —murmuró boca a boca con la perra. Luego, se volvió hacia él, su mirada más seria—. Lobo, mucha mierda esta noche, yo sigo con el informe y el tema de los zapatos. Ah, mi niño, y cuidadito con Blas, que ese hombre es dinamita pura con una mecha muy corta.

—Solo asegúrate de tomarte un descanso —añadió él—. No quiero encontrarte aquí a las tantas de la madrugada. Y si necesitas hablar, ya sabes que siempre estoy a una llamada de distancia.

Un viernes por la noche en plena fiesta de la vendimia, Logroño era un auténtico hervidero de gente en busca de diversión que se amontonaba por las calles y donde las hordas de personas apenas les permitían andar. Cuando alcanzaron la calle Laurel, el aire estaba cargado con el aroma de las planchas ardientes de las características tapas, el vino derramado por el suelo y las voces eufóricas de los festejantes.

Lobo llevaba la gabardina cerrada hasta el cuello, el bastón en su mano y la mascarilla tan subida que le cubría por completo la nariz, casi hasta la base de los ojos. Cada contacto accidental con un desconocido era un latigazo de incomodidad que recorría su espina dorsal. Blas no había dejado de blasfemar y mover los brazos desde que se había subido a la Kombi. Felix hubiera preferido acudir sólo, pero el pequeño y fiel trabajador de Roberto Uriarte conocía mejor

los garitos donde encontrar a las presas tan codiciadas que buscaban esa noche.

—¡Venga, Lobo! No te pongas tan tenso, cojones. Esto es lo mejor de la vida, ¿no ves? ¡La Laurel en vendimia! Aunque ya sé que a ti te gusta más la tranquilidad de tu soledad.

Félix no le respondió, mantenía los ojos fijos en el camino que necesitaba abrir a empujones. Su mente empezó a enfocarse en salir de ahí lo más rápido que pudiera. Finalmente, Zalduendo se detuvo frente a un pequeño bar de aspecto rústico. Félix se chocó con la espalda de Blas, ya que sus ojos estaban concentrados en un baile continuo para evitar el contacto físico con la multitud que les rodeaba. Una tarea imposible, incluso para él.

Un aire caliente y pesado, impregnado de sudor y vino hizo que Félix tuviera una arcada. Cerró los ojos y recuperó el aliento. Al abrirlos de nuevo, observó el edificio. Con sus paredes de piedra desgastada y una entrada de madera oscura, mantenía un encanto antiguo que contrastaba con el bullicio de la calle. Las ventanas pequeñas y enrejadas estaban decoradas con macetas llenas de flores, y el cartel sobre la puerta estaba iluminado por un tenue resplandor amarillo.

—Este es uno de los que le molan al cabrón de Ricardo —dijo Blas y señaló la entrada con la cabeza, mientras se acercaba a la puerta—. Se siente como en casa. Aquí se hacen los negocios que no se pueden hablar en las oficinas, ya me entiendes. Venga, vamos adentro.

Félix se detuvo un instante en la puerta y tomó aire de forma profunda, con la intención de prepararse para lo que sabía sería una prueba de su resistencia. En ese segundo perdió de vista a Blas. Empujó la puerta con el bastón, y el interior del bar lo envolvió de inmediato en un ambiente de olores fuertes, gritos y música. Estaba abarrotado de gente sudorosa. Las paredes, cubiertas de fotografías en blanco y negro de tiempos pasados, mostraban escenas de vendimias antiguas y retratos de personajes locales que parecían

observar a los presentes con ojos sabios. Zalduendo apareció de repente y lo agarró por la gabardina.

—¡Por aquí, por aquí! —gritó—. Vamos a ver si está en su rinconcito. Le gusta rodearse de los de siempre, esos que nunca faltan a las fiestas. Seguro que ya está medio pedo, con la lengua suelta, menudos son Ricardito y sus amigos.

Félix apretó los dientes y siguió a Blas. Esquivaba como podía los cuerpos que llenaban el pequeño espacio. Su mano derecha se aferraba al bastón, mientras la izquierda se aseguraba de que la mascarilla siguiera bien ajustada. La humedad y el calor del bar le resultaban opresivos, pero sabía que debía mantener la calma. Blas se detuvo junto a un grupo que reía a carcajadas alrededor de una mesa redonda elevada y donde había varias botellas de vino vacías.

La temperatura parecía haber subido varios grados desde que habían entrado, y la música que antes a Félix le parecía distante, ahora golpeaba sus sentidos con una insistencia casi dolorosa. Cada poro de su piel sentía la presión de la cercanía de otros cuerpos, de los olores, del sudor y el calor que emanaban.

Blas se volvió hacia él. Movía los labios y los brazos, pero las palabras de Blas se convirtieron en un murmullo distante, perdido en el caos que inundaba la mente de Félix. Las voces, los gritos, la música… todo se mezclaba en un zumbido ensordecedor que lo envolvía. La visión de las fotografías en las paredes se distorsionó y los rostros en blanco y negro parecieron cobrar vida. Las mujeres y hombres que llenaban el bar, una mezcla de locales y turistas, se alargaron y deformaron ante sus ojos. Lo que antes eran expresiones de alegría y camaradería se transformó en máscaras grotescas, con sonrisas que se ensanchaban más allá de lo humano, ojos que se hundían en órbitas vacías y bocas que se abrieron en gritos silenciosos. El aire, que ya era pesado, se volvió sofocante.

Félix intentó dar un paso atrás, pero el suelo pareció moverse bajo sus pies, como si caminara sobre un mar gelatinoso. El sonido, el mismo que había sido música y conversación, ahora era un rugido implacable, un pitido agudo que se incrustaba en su cerebro.

Y entonces, el horror verdadero se desató. Los cuerpos a su alrededor comenzaron a desfigurarse. El sudor que goteaba de las frentes se convirtió en sangre y las risas se mezclaron con gritos de dolor. Vio que las extremidades de las personas se estiraban como si fueran hechas de cera derretida, y sus torsos se desgarraban en un espantoso espectáculo de vísceras y huesos, que se movían por los aires entre litros de sangre granate.

Félix jadeó, su respiración se volvió errática. Sus pulmones se negaban a funcionar en esa atmósfera cargada de muerte. El pitido en su cabeza se intensificó, hasta que fue lo único que pudo oír. Los cuerpos comenzaron a explotar a su alrededor, como bombas humanas, y cada detonación lo empujaba más hacia la oscuridad. La sangre cubría el suelo en un charco espeso y Félix sintió cómo sus zapatos resbalaban en el mismo.

De repente, la imagen de su compañero Merino se superpuso a la de aquellos rostros desfigurados. Lo vio tal como lo había visto en sus pesadillas durante meses, tal como lo recordaba: un torso mutilado, cubierto de ceniza y sangre, los ojos vidriosos, sin vida, mirándolo con una acusación silenciosa. Los labios de Merino se movieron y formaron unas palabras que Félix no pudo oír, pero cuyo significado conocía bien: "Fue tu culpa."

Félix sintió los golpes del corazón contra la caja torácica como si le fuera a reventar el pecho allí mismo. Un sudor frio inundó su cuerpo. Su visión se nubló y todo a su alrededor se desvaneció en una tormenta de sangre y cuerpos destrozados. Sus rodillas se doblaron, incapaces de sostenerlo más. De repente, unas luces como estrellas empezaron a girar muy rápido, hasta que se encontró cayendo en una espiral negra que lo engullía inexorablemente.

24

Las luces volvieron a girar a su alrededor junto a unos sonidos que, al principio, eran ininteligibles. Poco a poco, en la lejanía, Félix distinguió su nombre, hasta que lo escuchó con claridad. El tono, con un cierto deje maño, se repetía una y otra vez, con una intensidad creciente. Lobo abrió un ojo y lo primero que distinguió fueron las pobladas cejas de Blas a apenas dos centímetros de su cara. Podía notar su aliento y las gotas de saliva que golpeaban su cara como balas. Zalduendo lo tenía agarrado por la gabardina y lo zarandeaba como si fuera un muñeco.

—¡Por mis santos cojones y los de toda mi familia! Lobo, ¿estás bien? —repetía sin descanso.

Félix parpadeó. Tenía la sensación de haber estado sumido en un sueño profundo. El contorno del bar con sus techos de vigas de madera y una multitud de cabezas en círculo empezaron a perfilarse a su alrededor y le hicieron ser consciente de dónde se encontraba y de que se había desmayado. Notó un golpe en la mejilla, seco y contundente. Juraría que le habían dado con algún objeto de hierro macizo.

—¡Me cago en todo lo cagable! —bramó Blas mientras levantaba la mano de nuevo, dispuesto a darle otro bofetón—. ¡Di algo de una puta vez, Lobo!

—¡Estoy bien! —La reacción de Félix fue inmediata al ver cómo se tensaban los tendones del antebrazo fibroso de Zalduendo.

Blas aflojó la gabardina.

—Joder, Lobo, pedazo de susto me has dado. Tenías que haberte visto la cara. —Se levantó y le ofreció la mano para ayudarle a incorporarse.

El murmullo de las conversaciones a su alrededor comenzó a retornar. Lobo se percató de que la gente lo observaba y hablaba

por lo bajo.

—Blas… —empezó a decir Félix, pero su voz sonaba extraña, ajena. Carraspeó y lo intentó de nuevo—. Blas, necesito salir de aquí.

—¡No me lo digas dos veces! —respondió, mientras lo sujetaba con firmeza por un brazo. Tiró de él hacia la puerta, para abrirse paso entre las mesas con brusquedad, mientras echaba miradas fulminantes a cualquiera que se atreviera a cruzarse en su camino. Antes de abandonar el local, Félix respiró hondo para coger aire y pudo ver a un joven que, apoyado en la pared, les observaba con atención. El muchacho sacó el móvil y empezó a teclear con rapidez sobre la pantalla, sin quitar la vista de ellos. Cuando por fin consiguieron salir del tumulto de la calle Laurel, el aire fresco de la noche les golpeó en la cara y Lobo agradeció poder respirar un aire menos viciado.

—Vamos a buscar un sitio más tranquilo, donde puedas recuperar el aliento. Cago en la mar salada, Lobo, una auténtica pena que no te guste el vino. Un par de copas reviven a un muerto. —Se paró y le miró fijamente a los ojos—. Una bebida de dioses que te arregla el día y te hace olvidar al más cabrón de los problemas, como no se cansaba de repetir Don Roberto, que en paz descanse. —Blas miró hacia el cielo e hizo un gesto parecido a una cruz, lo agarró por la cintura y lo arrastró sin soltarlo un momento—. El Espolón está cerca, y no tendremos a todos estos gilipollas cotilleando cada vez que te tires un pedo.

Serpentearon por las calles del centro de Logroño y llegaron hasta el parque. Las farolas, con su luz amarillenta, proyectaban sombras largas y distorsionadas de la multitud de gente que se amontonaba por todos los rincones. La música de las charangas sonaba con fuerza junto con el jolgorio de la gente. Blas se detuvo pensativo y finalmente le arrastró hasta un callejón que quedaba a poca distancia, por el que apenas se cruzaron con un par de parejas que iban agarradas por la cintura.

—Siéntate aquí, antes de que te caigas redondo otra vez. —Blas señaló un banco vacío y esperó a que Félix se acomodara antes de sentarse a su lado—. Joder, Lobo, me has dado un susto de los que te mandan al hoyo. Me ha costado creerlo cuando te vi allí, panza arriba en el suelo, pálido como un jodido muerto, sin responder… Pensé que te habías ido.

Blas se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos como si intentara borrar las imágenes que había visto hacía un rato. Después de respirar hondo, echó mano al bolsillo y sacó un paquete de tabaco con un par de cigarros liados a mano y un mechero. Prendió uno de los pitillos y le dio una larga calada antes de continuar.

—Y otra cosa, si alguna vez necesitas soltar algo, lo que sea, ya sabes que aquí estoy, ¿vale? No soy bueno con las palabras ni con las mierdas sentimentales, pero estas orejas repletas de pelos duros, al menos, todavía pueden escuchar.

Sin darle tiempo a Félix a responder, dos figuras emergieron de la sombra. Eran dos hombres grandes, con cara de pocos amigos, que caminaban hacia ellos con paso firme. Uno, el más joven, tenía el pelo casi rasurado al cero y una barba de tres días que enmarcaba unas facciones angulosas. Vestía una camiseta negra ajustada que mostraba unos brazos musculosos. Carne de gimnasio y anabolizantes. El otro, más mayor, llevaba el pelo largo recogido en una coleta, la barba con canas incipientes, una prominente barriga, pantalones y cazadora vaqueras, el conjunto rematado con unas botas estilo cowboy de puntera metálica cuyos tacones de madera resonaban por las paredes del callejón a cada paso que daban.

Los dos hombres se detuvieron frente a ellos. No hacía falta ser un genio para intuir que no venían con buenas intenciones.

—Espantapájaros, ¿qué coño haces con esa gabardina y bastón en fiestas? ¿Has venido a vacilarnos? —dijo el joven.

—¿Y vosotros, chavales? —soltó Blas—. ¿Buscáis una tienda de ropa? Porque con esas pintas, pensaba que veníais de un concurso de disfraces.

Los dos hombres se miraron y tras una mueca de sorpresa inicial, empezaron a reírse. El del pelo al cepillo tensó los músculos de los brazos y dio un paso al frente.

—Mira, abuelo, no estamos aquí para escuchar tus gilipolleces. Solo queremos hablar con tu amigo el cojo. Así que márchate a beber unos vinos y déjanos a solas.

Aquellos tipos sabían que su presencia infundía miedo por su aspecto, y debieron pensar que Zalduendo y Lobo se quedarían paralizados. Sin embargo, Blas sonrió y un diente de oro brilló bajo la luz amarillenta de la farola.

—¿Mi amigo el cojo? Muchacho, no sabes en qué lío te estás metiendo. Anda marchaos por donde habéis venido, antes de volver bajo las faldas de mamá para que os cure las heridas. Llevamos una noche de puta pena y estoy de un mal humor de tres pares de cojones. ¿Y sabéis qué es lo peor? Que ahora venís vosotros a poneros chulos con mi amigo.

—Viejo, me estás empezando a cabrear —dijo el joven mientras él otro permanecía boquiabierto.

—Cago en la leche, lo mismo me está pasando a mí —replicó Blas.

—Creo que el abuelo necesita una lección —soltó el cowboy con una voz grave, acompañada de un escupitajo que golpeó el suelo,

—No será este *tontochorra* de gimnasio el que me la dé.

Blas le lanzó el cigarrillo contra el pecho y un pequeño orificio se abrió en el lugar del impacto. La cara del joven enrojeció y arrancó como un miura hacia Blas. Lo que en ese momento desconocía Félix, y por supuesto el joven musculado, era que Zalduendo había jugado desde bien chico en el Club de Pelota de La Rioja, se conocía todos los frontones de la región y, las noches en las que abusaba del vino, acostumbraba a apagar los cigarrillos en la palma de su mano, para fortalecerla.

En el momento en el que el de la camiseta lanzó su puño derecho contra la cara de Blas, él dio un paso al lado con la velocidad de un pelotari en busca de un punto ganador, y propulsó la mano curtida

en infinitos partidos en dirección ascendente, desde la cadera. Un movimiento que debía haber practicado cientos de miles de veces. Lobo visualizó la imagen a cámara lenta. La bofetada sonó con un golpe seco, seguido de un crack, como si algo se hubiera roto en la mandíbula del culturista. La cara se le giró y un par de dientes salieron disparados de su boca como proyectiles. El joven se tambaleó, los ojos muy abiertos, y tras unos segundos en los que osciló de lado a lado, igual que el tronco de un árbol recién cortado, acabó golpeando el suelo con un gran estruendo.

Al de las botas vaqueras le llevó unos segundos darse cuenta de que acababa de pasar algo absurdo delante de sus ojos. Luego, echó a toda prisa la mano a uno de los bolsillos de la cazadora. Al alzar la mirada, vio como Félix se abalanzaba sobre él, bastón en alto.

El hombre intentó retroceder, pero la estrechez del callejón y la velocidad de Lobo le jugaron una mala pasada. Félix golpeó con la cabeza de águila su mano. El hombre aulló de dolor y el objeto que intentaba sacar cayó al suelo con un tintineo metálico: una navaja de hoja larga que ahora yacía inofensiva entre ellos. Pero el vaquero no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Con un grito de furia, impulsado por el dolor y la rabia, lanzó un puñetazo con su mano buena hacia el rostro de Félix. Lobo se anticipó al ataque y esquivó el golpe con un movimiento rápido de cabeza.

Con la misma fluidez, giró sobre su eje y golpeó con precisión quirúrgica las costillas del agresor con el cuerpo del bastón. El hombre gimió, doblándose sobre sí mismo. Se tambaleó, pero en lugar de caer, retrocedió un par de pasos y se enderezó, escupiendo al suelo con desprecio.

—¡Os voy a matar a los dos! —bramó, con la voz quebrada, mientras intentaba lanzarse de nuevo hacia Félix, quien, sin perder la calma, lo observó durante un segundo eterno mientras sopesaba sus opciones. Tenía la opción de terminar la pelea en ese instante, pero si lo hacía con un certero golpe en la cabeza, el vaquero podría resultar gravemente herido. También sabía que un enemigo fuera de

control era impredecible y no podía arriesgarse a que ese hombre hiriera a alguien más, ya fuera Blas o algún inocente que pasara por allí.

El vaquero había iniciado otro ataque, esta vez con más fuerza, pero también con menos precisión. Félix lo esquivó con facilidad, con un paso hacia un lado, y aprovechó el impulso del hombre para, con un movimiento firme y decidido, golpear con el águila la parte trasera de su rodilla, que se dobló como si fuera de goma junto a un alarido de dolor. Pero incluso entonces intentó levantarse, con la furia aún viva en sus ojos. Un tipo duro. No había margen para la duda; el vaquero estaba cegado por la ira, incapaz de razonar, y cualquier intento de calmarlo sería inútil.

Félix dejó caer el bastón a un lado, adoptó una postura más baja, y en un movimiento controlado, se colocó por detrás mientras el otro intentaba incorporarse. Lobo rodeó el cuello del agresor con su brazo derecho y le aplicó una llave de estrangulamiento. El otro brazo lo utilizó para fijar la cabeza del hombre, inclinándola ligeramente hacia un lado, para asegurarse de que la presión se ejerciera de manera eficiente.

El vaquero, sorprendido, intentó resistirse. Se removía y lanzaba manotazos al aire en un intento en vano de liberarse. Con un movimiento firme, Lobo aumentó gradualmente la presión y bloqueó de manera controlada el flujo sanguíneo hacia el cerebro del hombre. Los movimientos del vaquero se hicieron cada vez más débiles, sus palabras más descoordinadas, hasta que, finalmente, sus brazos cayeron inertes a los costados y su cuerpo se relajó por completo. Félix lo dejó con suavidad en el suelo, la cabeza apoyada sobre la camiseta del otro. Antes de levantarse, comprobó que ambos hombres respiraban con normalidad.

En ese momento, Félix Lobo sacó su móvil y tomó una fotografía del DNI de ambos y de una tarjeta de visita negra, elegante, que encontró en uno de los bolsillos del vaquero. La tarjeta estaba decorada con una flor de Lys y unas letras doradas que rezaban «Exclusive Club» en Madrid.

—Coño, Lobo, nunca dejas de sorprenderme —masculló Blas mientras subía su mano para agarrarlo por el cuello en un claro gesto de que abandonaran el lugar—. Menuda forma de terminar la pelea, casi parece que lo has hecho sin esfuerzo.

Y así, dejaron atrás el callejón, mientras sus sombras se proyectaban sobre el suelo empedrado: una figura alta y delgada, que avanzaba con la ayuda de un bastón, junto a otra que le llegaba por debajo del hombro y que movía los brazos sin parar.

25

Nora cerró su cuaderno de notas con un leve suspiro y miró a Lobo, que estaba sentado frente a ella, iluminado solo por la blanquecina luz de una lámpara en el rincón. Afuera, la oscuridad de la noche cubría los viñedos, y la casa de los Uriarte parecía extrañamente silenciosa. Habían pasado largo tiempo repasando las nuevas pistas, pero ahora, tras una jornada agotadora, el peso de la noche y la tensión acumulada comenzaban a hacerse sentir.

—¿Te has dado cuenta, mi niño, de que llevamos casi una semana sin parar? —dijo ella, sentada en el sofá mientras lo miraba de reojo, medio en broma, medio en serio—. No hemos descansado ni una noche en condiciones desde que llegamos aquí. Que parece que sea toda una vida, como si Madrid hubiese quedado como algo muy lejano en mi memoria.

Lobo levantó la vista del suelo, donde había estado absorto en sus pensamientos, y soltó una risa suave, casi cansada.

—Es parte del trabajo, ¿no? —respondió—. Aunque, ahora que lo dices, ni me había dado cuenta de todo el tiempo que hemos pasado sin descanso.

—Bueno, *quillo*, ya me conoces —replicó Nora con una sonrisa que no ocultaba del todo su cansancio—. Si hay que darle vueltas a esto hasta que salga algo en claro, yo me quedo. Pero ni tú ni yo somos de piedra, ¿sabes? Tenemos que cuidarnos un poquito también.

Luna ladró un par de veces, a modo de asentimiento. Lobo la miró por un momento y luego dejó escapar un suspiro. Sabía que tenía razón, pero no podía evitar sentir que cualquier pausa en el caso era un retroceso.

—A veces me concentro tanto, que me olvido de lo demás —confesó, su tono más bajo de lo habitual. No la miraba

directamente, como si lo que iba a decirle le resultara incómodo—. Hoy, por ejemplo. Me olvidé de la cita con el psiquiatra. Ni siquiera me acordé hasta que me llamó para recordármelo, y ya era demasiado tarde.

—¿Olvidaste la cita, tú? —Nora arqueó una ceja, sorprendida por la revelación—. No es propio de ti, mi niño.

—Lo peor no es eso —continuó él, como si quisiera sacar todo de una vez—. Esta noche, en el bar de tapas, cuando me desmayé... Si no es por Blas, no sé qué hubiera pasado. Estábamos allí y la gente empezó… —la voz se le quebró.

Nora lo observó con una atención renovada y Luna se acercó a su lado, aunque se mantuvo a una distancia prudencial, moviendo la cola. Lobo se pasó una mano por el rostro, cansado.

—Vamos mi niño, cuéntanoslo —le animó ella.

Lobo guardó silencio durante un momento largo. Se pasó una mano por la cara, y la dejó caer sobre el reposabrazos del sillón. Nora no lo presionó.

—En el bar... todo empezó bien, dentro de lo que cabe. Blas me había llevado allí para localizar a Ricardo, a ver si estaba con su amigo del alma, Nacho Larrea —dijo con la mirada perdida en el suelo—. El sitio estaba lleno de gente, y ya sabes cómo me pone eso. Pero no es solo la multitud. El ruido, el calor... —Su voz temblaba, y apretó los dientes, como si aún luchara por mantener el control—. Me empezaba a poner nervioso. Me concentré en Blas, pero en un punto dejé de escucharlo. Las risas, las voces, las caras... todo se desfiguraba, Nora. Fue como si el tiempo y el espacio se deformaran. Como si estuviera de vuelta allí... —Tragó saliva, luchando con las palabras—. De vuelta en Madrid aquella noche.

Nora se inclinó un poco hacia él, en un gesto de apoyo.

—Era como si reviviera ese día otra vez —prosiguió Lobo, casi en un susurro—. La explosión. La puta explosión donde murió Merino.

Lobo apretó los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Sus ojos, siempre atentos, ahora estaban

vidriosos, perdidos en un punto lejano.

—Fue mi culpa, Nora. Todo fue culpa mía.

Nora le tomó la mano y él no reaccionó. Seguía con su mirada perdida.

—Estábamos en una operación encubierta —continuó Lobo, la voz cada vez más rota—. Vigilábamos a un grupo terrorista que planeaba algo grande en Madrid. Los teníamos bajo control, o eso creíamos. Merino y yo estábamos de apoyo. Era un día tranquilo. De repente, recibimos un chivatazo de que nos habían descubierto y que iban a actuar. No había tiempo para esperar a los refuerzos—. Lobo hizo una pausa, tragándose las palabras que venían a su boca, como si cada una le quemara—. Él me dijo que algo no le cuadraba, que esperáramos.

Félix se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes, como si al hacerlo pudiera detener las imágenes que golpeaban su cabeza. Pero estos seguían su curso, implacables.

—Recuerdo... que hubo una explosión. Fue repentina, sin aviso. No tuvimos tiempo de reaccionar. Todo voló por los aires en segundos —continuó Lobo, su voz entrecortada mientras las palabras le costaban salir—. Nos quedamos atrapados en una burbuja de silencio y destrucción. Lo siguiente que recuerdo es la presión, la explosión y el calor que me levantaron del suelo. Sentí como si el mundo entero me aplastara y luego… nada. Solo polvo y cenizas.

Nora no apartó su mano de la suya. No dijo nada, pero la apretó con más firmeza.

—Cuando volví a abrir los ojos, todo estaba destrozado. —Lobo cerró los párpados con fuerza, como si al hacerlo pudiera bloquear las imágenes que sabía que aparecerían—. Había trozos... trozos de cuerpos por todas partes. El olor a carne quemada, a sangre… —Se pasó la lengua por los labios, resecos por el recuerdo—. Me intenté levantar, pero las piernas no me respondían al principio. Todo estaba en silencio, o eso creía, hasta que escuché algo entre los escombros.

Nora mantuvo su mirada fija en él, sin interrumpirlo.

—Era Merino. Lo vi... —Lobo tragó saliva con dificultad, su voz temblorosa—. Joder, Nora, lo vi. Estaba hecho pedazos. Sólo quedaba el torso envuelto en sangre. Me miraba... y yo, yo no hice nada. Estaba paralizado. —Las lágrimas le escocían detrás de los párpados cerrados, pero no las dejó salir—. Su boca se movía, quería decir algo, pero no salía nada de su garganta. Solo el maldito pitido en mis oídos.

Nora sabía que esto no era solo una confesión, era un desgarro emocional, uno que llevaba demasiado tiempo creciendo en su interior y que debía dejar salir, compartirlo con otros.

—Él confiaba en mí, ¿sabes? —continuó Félix, el nudo en su garganta dificultaba cada palabra—. Me miraba como si yo tuviera la respuesta, como si yo pudiera salvarlo. Y no pude hacer nada. Le fallé.

La voz de Lobo se quebró, sus hombros se desplomaron bajo el peso del recuerdo. Por primera vez, Félix Lobo, siempre contenido, siempre controlado, dejaba ver cuánto lo había destruido aquella escena.

—Él me dijo que esperáramos, que algo no le cuadraba... pero yo insistí en avanzar. No había tiempo. —El resentimiento en su voz era palpable—. Y mira lo que pasó. Lo perdí. Perdí a mi compañero por querer actuar solos.

El silencio se adueñó del salón de Casa Uriarte. Las paredes, los viñedos afuera, todo parecía haberse congelado en ese instante. Félix respiraba con dificultad, como si cada inhalación fuera un recordatorio de lo que nunca podría borrar. De lo que siempre lo perseguiría.

—Todas las noches lo sueño —dijo con voz áspera—. Veo su cuerpo, veo cómo se deshace entre mis manos, y siempre escucho lo mismo, Nora: "Fue tu culpa".

Nora apartó la mano de la suya solo para ponerse de pie y acercarse más a él. Se sentó a su lado en el brazo del sillón. Luego, colocó una mano firme sobre su hombro. Félix no la miró, pero no se apartó.

—Félix, mi niño —empezó Nora, sus ojos sin despegarse de él—. Lo que pasó ese día fue una tragedia, una de esas que destrozan a cualquiera, pero no fue tu culpa. Hiciste lo que creíste que era correcto en ese momento. Merino lo sabía. Si estuviera aquí, te lo diría él mismo.

Félix dejó caer la cabeza entre las manos. Respiraba de forma agitada, un descontrol que nunca había mostrado ante ella. Nora pensó que no había dejado que esas palabras salieran a la luz demasiado tiempo, y ahora, que las había pronunciado, lo desbordaban.

—Lo veo cada vez que cierro los ojos —añadió, más para sí mismo que para ella—. Y no sé cómo dejar de verlo.

Nora mantuvo su mano en su hombro y la perra acercó la cabeza a sus piernas. Él se mantuvo sin moverse.

—Escúchame bien, mi niño —dijo, esta vez con más firmeza, mientras se inclinaba hacia él y le obligaba a levantar la cabeza y mirarla—. Lo que llevas dentro es un dolor que nadie debería cargar solo. Te has machacado con esto demasiado tiempo, crees que es tu responsabilidad. Pero te prometo que no lo es. No es tu culpa, ni lo fue entonces, ni lo es ahora, ni lo será nunca. Y no estás solo en esto. —Hizo una pausa, en busca de su aprobación—. Aquí estamos. Luna está aquí. Yo estoy aquí. Y te juro que no te voy a dejar enfrentarte a todo eso tú solo, ¿me oyes?

Félix no respondió de inmediato. Nora esperó, paciente. Sabía que sus palabras no serían suficientes para acabar con los demonios, pero eran un comienzo. Al fin y al cabo, ella también cargaba con su propia historia, sus propios problemas, y comprendía lo difícil que era librarse de ellos. Quizás, algún día, podría compartirlo con Félix. Pero esa noche no era sobre ella, sino sobre él.

Luna, siempre atenta, se acercó más a Lobo y apoyó la cabeza en su pierna. El gesto hizo que Félix abriera los ojos y se encontrara con los de la perra. Acarició distraídamente sus orejas, mientras su respiración se volvía poco a poco más lenta.

—No sé si puedo hacerlo —murmuró finalmente, con la voz quebrada.

—No tienes que hacerlo todo de golpe, mi niño —respondió Nora con suavidad—. Pero puedes empezar poco a poco. Y cuando te falten fuerzas, estaremos aquí. Luna, yo, y seguro que Blas también.

Félix no respondió de inmediato. Nora esperó, paciente, mientras el peso de sus palabras parecía asentarse lentamente en él. Afuera, el viento susurraba entre los viñedos, y la lámpara en la esquina emitía un suave zumbido. Félix levantó la cabeza y soltó un suspiro largo, casi tembloroso. Su mirada seguía clavada en el suelo, pero su voz, cuando habló, sonó más firme.

—No sé cómo se supone que debo soltarlo —dijo en voz baja—. Durante tanto tiempo lo he llevado conmigo, que pienso que soltarlo sería traicionarlo. Como si olvidarlo significara dejarlo morir del todo.

Nora lo observaba en silencio, sus ojos oscuros reflejaban la luz de la lámpara. No dijo nada, pero el leve movimiento de su mano sobre el respaldo del sillón hizo que se acercara un poco más a la de Félix. Él, por un instante, se relajó. Su brazo, que hasta entonces había estado tenso sobre la pierna, se deslizó lentamente hasta quedar al alcance de la mano de Nora. No se tocaron, no del todo, pero la cercanía fue suficiente para que una corriente imperceptible recorriera el aire entre ellos. Ambos lo sintieron, aunque ninguno lo expresó.

Los ojos de Félix, distantes, buscaron los de Nora. El silencio no era ya incómodo ni pesado, sino una especie de refugio que compartían. Nora inclinó un poco la cabeza, la respiración casi sincronizada con la de él, algo acelerada. Sus dedos rozaron los de Félix. Y Lobo, por primera vez en mucho tiempo, no sintió la necesidad de huir. Por un instante, sus bocas se aproximaron y estuvieron a punto de besarse.

La perra, que hasta entonces había estado tranquila a sus pies, levantó las orejas. Un gruñido intenso vibró en su garganta y rompió la quietud de la habitación. Félix alzó la vista y se apartó de Nora, sobresaltado. Luna corrió hacia la puerta, con la cola rígida. Un

segundo después, unos ladridos graves retumbaron por la casa. Nora se enderezó de golpe, su mirada hacia la ventana, donde las sombras de los viñedos parecían moverse bajo el viento.

—¿Qué pasa, Luna? —preguntó Félix y se fue hacia la puerta.

26

La mañana siguiente se presentó extraña, con un cielo plomizo que anunciaba tormenta. Las nubes se acumulaban de forma pesada sobre los viñedos, como si el aire mismo estuviera cargado de algo más que humedad. Nora Delgado estaba sentada frente a uno de los ordenadores, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz. Revisaba una vez más las notas del caso cuando un trueno resonó en la distancia. Levantó la cabeza. El viento, cada vez más intenso, azotaba las ventanas de la casa Uriarte y las ramas de los árboles arañaban los cristales con unos chirridos molestos. Unas primeras gotas de lluvia, gruesas, empezaron a golpear sobre el alféizar de la ventana. En unos segundos, una cortina de agua veló el paisaje, sumiéndolo todo en una oscuridad profunda.

Luna, inquieta, caminaba de un lado a otro de la estancia con gruñidos. Desde la noche anterior, cuando, a pesar de sus ladridos no habían visto nada extraño afuera, la perra estaba especialmente nerviosa. La tormenta que acababa de golpear la casa no ayudaba en absoluto en la tarea de tranquilizarla. Los perros odiaban los ruidos fuertes, pero poco se podía hacer ante la fuerza de la naturaleza. Nora le lanzó una mirada rápida y levantó ambas manos, a ver si se arrimaba a ella y conseguía calmarla, pero en su lugar, la perra se mantuvo agitada de lado a lado de la habitación, con algún que otro ladrido esporádico.

Delgado volvió a centrar su atención sobre la pantalla del ordenador. Releyó la información que el contacto de Lobo les había proporcionado sobre Raúl Menéndez y Ángel Durán, ambos viejos conocidos de la comandancia de la Guardia Civil de La Rioja. Raúl Menéndez era un habitual de los calabozos por participar en peleas callejeras y varios altercados violentos, mientras que Ángel Durán

contaba con un dilatado historial de pequeños robos y tráfico de drogas a pequeña escala.

El teniente Sánchez, antiguo compañero de Lobo durante su formación en el GAR, también le confirmó que ambos hombres estaban fuera de peligro y habían pasado la noche en el hospital. Eso sí, Menéndez sufría fractura de la mandíbula izquierda con la pérdida de tres piezas dentales y estaría un par de días ingresado. Necesitaría de cirugía para reconstruirla. Durán había recibido el alta la misma mañana, tras pasar la noche en observación. Tan solo presentaba una fractura del cúbito de la muñeca derecha y un par de costillas fisuradas. Ninguno había presentado denuncia.

Nora recordó lo que Lobo le había relatado al respecto. Sonrió al imaginar a Blas Zalduendo enviando a un hombre con ese historial al suelo, de una única bofetada, con la mano abierta. «*Cagoen* mi niño», susurró por lo bajo.

Con una sonrisa todavía en la boca, comprobó que el programa de correo electrónico parpadeaba. Frunció el ceño mientras lo leía. La respuesta de la empresa de zapatos de lujo había sido educada, pero evasiva. En esta ocasión, Nora se había hecho pasar por una estudiante de sociología. Su excusa era una investigación sobre las dinámicas de consumo en el mercado de lujo, en particular en las zonas donde la percepción de ese tipo de bienes podría parecer inusual. La Rioja, conocida por sus viñedos, no era precisamente la capital del glamur y de los eventos de la alta sociedad para mostrar sus últimos modelos.

El correo de la empresa consistía en una respuesta estándar: política de protección de datos, nada de detalles sobre clientes específicos, bla, bla, bla. Sin embargo, le habían prometido algo de información sobre patrones de venta, lo cual podría ser útil si lograba cruzarlo con otros datos del caso.

Cogió su móvil, que descansaba al lado de la taza de café vacía, y marcó el número que venía en el pie del correo. Tras unas breves palabras de presentación, Nora fue directa al grano.

—Como le comentaba en el correo, estoy realizando una investigación para mi tesis de sociología en la Universidad Complutense sobre el consumo de productos de lujo en áreas rurales. Me gustaría saber si hay algún cliente en la Rioja que, sin mencionar su identidad, claro está, haya realizado compras importantes en el último año. Me refiero de esos modelos tan exclusivos de calzado masculino, esos que alcanzan un valor cercano a los dos mil euros.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea, mientras el representante de la empresa procesaba la petición.

—Como ya le he mencionado varias veces, lamentablemente no podemos compartir información de nuestros clientes. No obstante, podemos proporcionarle una idea general sobre la distribución geográfica de nuestras ventas.

Nora sonrió para sí.

—Eso sería de gran ayuda, gracias. ¿Sería posible saber si tienen muchos clientes en La Rioja o si las ventas allí son más bien excepcionales? Estoy intentando identificar si los productos de lujo, como los suyos, son una rareza en esa región o si están ganando popularidad.

El hombre dudó por un momento, pero luego respondió.

—Bueno, no es una zona donde tengamos muchos clientes, pero... sí, hemos tenido algunas ventas en los últimos meses. No es un volumen alto, más bien muy limitado, como puede imaginar, pero hay una cierta demanda. Nuestros principales clientes están en Madrid, Barcelona y Marbella.

Tras otros intentos en vano de intentar conseguir algún nombre, Delgado dio por zanjada la conversación.

Para entrar en el edificio principal de la sede de Bodegas Uriarte, Nora se vio obligada a esperar con la *Kombi* a una cola interminable de camiones que traían uva desde las cooperativas. Una vez en el patio de entrada, por poco arrolló a un trabajador que parecía intentar echarse bajo sus ruedas. Se percató de que la frenética

actividad de la vendimia les hacía perder la cabeza. Inspiró y el aroma a mosto en el aire se introdujo en sus pulmones, como si hubiera bebido media botella de crianza. Pensó en el vino. Y Fernando le vino a la cabeza.

Él había sido quien le enseñó a disfrutar el vino de verdad. Recordó una vez, en una pequeña bodega de Jerez, cuando, tras una cata formal, Fernando le había sonreído con complicidad y le había propuesto quedarse ocultos para "hacer su propia cata". Como dos cómplices en un juego, se colaron entre las barricas. «A ver, mi niña, ¿qué tal tu olfato?», le había preguntado él mientras ambos sacaban vino directamente de uno de los viejos toneles. Rieron como niños traviesos.

Nora dejó escapar una leve sonrisa ante el recuerdo, aunque también sintió una punzada en el pecho. ¿Cuánto hacía que no reían juntos así? Incluso ahora, en mitad de aquel caso enmarañado y rodeada de ese aroma a uva que parecía guardar tantos secretos como la familia que regentaba la bodega, pensar en Fernando y en ese recuerdo le devolvió un instante de paz. Miró a su lado. Lobo, se mantenía pensativo, la mascarilla bien subida hasta la base de los ojos. Desde la noche que se había abierto a ella, parecía más silencioso de lo habitual, si cabía.

Cinco minutos más tarde, justo cuando ambos alcanzaban el vestíbulo principal, Juan Uriarte hizo su aparición. Su planta de atleta se veía descompensada por una mirada carente de expresividad. Un simple buenos días fue todo el recibimiento.

—Buenos días, Juan. Lo primero, queremos darte las gracias por recibirnos en un día como hoy, con todo el jaleo que tenéis —dijo Nora.

El hombre pareció dudar con respecto a lo que iba a decir.

—Si, la vendimia, ya se sabe. Mi padre decía que precisamente este momento era siempre el más bello para visitar una bodega, con toda la actividad. Él era así, la bodega siempre lo primero en sus pensamientos, por delante de cualquier otra cosa. —Hizo una pausa,

sus ojos perdidos en el infinito—. Para él, era un ritual, un ciclo que se repetía cada año, y verlo le recordaba el esfuerzo de generaciones anteriores. Decía que, si alguien quería entender lo que realmente era una bodega, tenía que verla durante la vendimia, cuando todo estaba en movimiento. Recuerdo cómo se emocionaba, aunque hubiera visto lo mismo toda su vida. Se levantaba antes del amanecer, recorría los viñedos, hablaba con los trabajadores como si fueran parte de la familia. Decía que no importaba cuántos problemas hubiera, la bodega siempre seguiría adelante, mientras la vendimia se hiciera bien. Era su manera de decir que la familia podía fallar, pero la bodega no.

De camino al despacho, Nora se fijó en varias de las vitrinas que exponían las primeras etiquetas, contratos de compraventa de viñedos de mitad del siglo pasado y fotografías en blanco y negro de varias generaciones Uriarte. Todo ello empequeñeció con el majestuoso retrato de casi dos metros de Don Ricardo, que colgaba de la pared principal del despacho en el que se acababan de sentar.

Nora observó con atención al mayor de los hermanos, con la presencia por detrás del cuadro del patriarca, para corroborar que era una copia idéntica de su padre. «Los genes son caprichosos, el mismo cuerpo, otra mente», dijo para sus adentros.

Juan Uriarte se apoyó sobre la mesa, las manos entrelazadas y su mirada, aunque firme, dejaba entrever una mezcla de desconfianza y frustración.

—Todavía no entiendo qué hacéis aquí realmente —dijo, rompiendo el incómodo silencio—. Ya me lo habéis explicado, pero sigo sin verlo claro. Mi madre, Isabel, no corre ningún peligro, y no sé por qué os preocupáis tanto por eso.

Nora lo miró directamente a los ojos, con una calma calculada.

—Juan, no es solo por tu madre. Sabemos que tu padre estaba alterado antes de su muerte, y no es descabellado pensar que algo podía suceder. Si lo que le perturbaba tenía que ver con negocios familiares o secretos pasados, puede que Isabel esté más

amenazada de lo que creemos —respondió, con especial atención a las palabras que utilizaba—. Estamos aquí para asegurarnos de que nadie más salga dañado, y necesitamos saber si has notado algo extraño en los últimos días. Alguna conversación, alguna persona que te haya mencionado algo que pueda afectar a tu familia.

Juan se removió en su asiento, visiblemente incómodo con la dirección de la conversación. Lobo, desde su posición cerca de la ventana, observaba con ojos atentos cada gesto de Juan.

—Mira, no tengo ni idea de los problemas que le rondaban por la cabeza a mi padre… —Juan hizo una pausa—. Sí discutimos, eso es cierto. Porque él se negaba a una venta en unas condiciones inmejorables. Una oportunidad así no se presenta todos los días. Hasta mi hermana Carolina, la más tranquila de la familia, se puso hecha una furia. Me insistía en que debíamos convencerlo, que padre debía cambiar de opinión. Tuvieron varias discusiones muy fuertes, se dijeron de todo… —Negó varias veces con la cabeza—. Mi madre está desconcertada. Todo esto la ha superado. Pero de ahí a pensar que alguien pueda querer hacerle daño, me parece una locura. No tengo más información que ofreceros, así que, si habéis venido buscando respuestas sobre eso, vais a perder el tiempo.

Lobo, apoyado en su bastón, dio un paso hacia el centro de la sala y habló con su habitual tono pausado.

—No estamos aquí por suposiciones, Juan. Estamos aquí porque han ocurrido demasiadas coincidencias. Ya sea sobre los negocios de tu padre o sobre algo más antiguo. Necesitamos saber si te ha llegado al oído algo que pueda afectar a tu madre, o incluso a ti.

Juan se quedó callado por un momento. Justo cuando parecía que iba a decir algo, el sonido de su móvil rompió el silencio. Lo sacó del bolsillo rápidamente y, al ver quién llamaba, su expresión cambió de inmediato. Se levantó y caminó hacia el otro lado de la habitación. Contestó sin mirar a Lobo ni a Nora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hermano mayor en voz baja.

La conversación fue breve, apenas unos segundos, pero el cambio en el rostro de Juan fue evidente. El móvil se le cayó al suelo.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Lobo.

—No es posible. —Juan pronunciaba las sílabas despacio, como para convencerse que lo que acababa de escuchar era cierto.

27

Por segunda vez en muy poco tiempo Casa Uriarte se convertía en el centro neurálgico para permitir a los amigos y parientes de la familia poder dar el pásame por la trágica e inesperada muerte de Margarita Uriarte. Su cuerpo había sido encontrado sin vida esa misma mañana por el jardinero, que, extrañado de no verla entre las obras de arte y las plantas, había entrado en la casa para encontrar a Margarita recostada en la silla del jardín interior, como una muñeca. El hombre se encontraba ahora bajo los efectos de los ansiolíticos.

Isabel había solicitado una autopsia clínica para asegurarse de la causa exacta de la muerte, aunque los primeros análisis indicaban un fallo del corazón. Margarita llevaba cierto tiempo con problemas de insuficiencia cardíaca. La tensión de los últimos días podía haber sido el desencadenante, pero los resultados finales de la autopsia no los tendrían hasta pasadas veinticuatro horas.

El día, aunque soleado, se sentía sombrío dentro de la vivienda. Las grandes ventanas de la casa dejaban entrar una luz que apenas lograba iluminar el ambiente cargado por la tensión acumulada tras la muerte de Roberto y ahora, la de Margarita. Los ventanales, que solían enmarcar la belleza de los viñedos, parecían esta vez proyectar una sensación de aislamiento.

Isabel, de pie junto al gran retrato de su difunto esposo, observaba la estancia con una serenidad aparente que sólo aquellos más cercanos a ella sabrían interpretar como un mecanismo de control. Vestía un elegante vestido negro de corte sencillo de manga larga que cubría sus brazos hasta las muñecas, y un collar de perlas que caía discretamente sobre su pecho. El color oscuro contrastaba con la palidez de su rostro, más tenso de lo habitual. Sus manos, cruzadas sobre las piernas, permanecían inmóviles.

En sus ojos se reflejaba una mezcla de dolor y agotamiento, pero también había algo más, una dureza silenciosa que parecía haber crecido en ella desde la muerte de Roberto. La pérdida de su cuñada era un golpe devastador, pero para Isabel, lo peor era la incertidumbre. No podía aceptar que Margarita hubiera muerto simplemente de un fallo cardíaco. No después de todo lo que había pasado.

A un par de metros de ella, casi invisibles entre las sombras proyectadas por los grandes cortinajes de las ventanas, Félix Lobo y Nora Delgado permanecían en silencio. Habían llegado temprano, antes de que comenzara el flujo constante de familiares y amigos. Desde su posición, ambos podían ver el ir y venir de las personas que llegaban a ofrecer sus condolencias, pero sin interferir. Félix, con su expresión seria, seguía con la mirada cada movimiento. A su lado, Nora mantenía los brazos cruzados, igual de atenta.

Carolina Uriarte fue una de las primeras en aparecer. Su rostro estaba pálido y sus ojos verdes enrojecidos por el llanto. Apenas lograba contener las lágrimas. Sin decir una palabra, Carolina se dirigió directamente hacia Isabel. Su respiración era agitada, y solo cuando estuvo a un par de pasos de su madre, rompió el silencio.

—Mamá... —dijo con voz entrecortada. Apenas podía sostener la mirada, sus manos temblaban mientras se acercaba para abrazar a su madre. Isabel, en un gesto de ternura, la rodeó con sus brazos y la acercó hacia ella. El control que había mantenido hasta ese momento se desvaneció levemente y una sombra de emoción cruzó su rostro.

—Estoy aquí, cariño, todo va a ir bien —susurró, mientras acariciaba suavemente la espalda de su hija.

—No entiendo por qué ha tenido que pasar esto... —Carolina sollozaba—. Tía Margarita... no, no puede ser. ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora?

Isabel suspiró profundamente.

—Es difícil de entender, Carolina. Los médicos han dicho que fue su corazón, pero hasta que no tengamos los resultados finales, no lo

sabremos con certeza. Yo también quiero respuestas —dijo Isabel, con una dureza sutil en su voz—. Sabes lo mucho que significaba Margarita para todos nosotros.

—No puedo soportarlo, mamá. Primero papá, ahora tía Margarita. No puedo con más. ¿Y si algo más nos ocurre? Y si... —Su voz temblaba mientras intentaba expresar lo que temía—. ¿Y si esto no fue natural, mamá? Tú… tú también lo piensas, ¿verdad?

Isabel mantuvo el silencio por un momento, su mirada fija en el retrato de Roberto. No quería alarmar a Carolina, pero en su interior también sentía que algo no estaba bien. Sin embargo, la duda aún era demasiado incierta como para compartirla.

—Por ahora, debemos esperar, Carolina —dijo con calma—. No saquemos conclusiones precipitadas.

El aire pesado de Casa Uriarte se cortó cuando las puertas de roble macizo se abrieron de nuevo. Alejandro Larrea y su sobrino, Ignacio, cruzaron el umbral con la certeza de quien sabe que cada mirada está puesta sobre ellos. Traían consigo el aura de poder, el porte de aquellos que han pasado toda su vida por encima de los demás. Nora los observó en silencio desde un rincón: los trajes a medida, las solapas perfectamente alineadas, y los zapatos. Esos zapatos de piel de cocodrilo que conocía tan bien. Pero lo más significativo era el tamaño, grande, desproporcionado para la altura de los hombres. Alejandro se detuvo a unos pasos de Isabel e inclinó la cabeza en un gesto de cortesía.

—Isabel —pronunció el nombre con una voz grave y medida, casi como si recitara un guion—, nos duele profundamente la pérdida de Margarita. Era una mujer única.

—Gracias, Alejandro —respondió Isabel con una serenidad que rozaba lo glacial—. Aprecio tus palabras.

A su lado, su sobrino mantenía una postura más relajada, aunque Nora comprobó que su mirada se detenía con mucha frecuencia en el mismo punto: Carolina, quien permanecía junto a su madre.

—No puedo imaginar el dolor que estás sintiendo, Isabel. —La mirada del joven Larrea era calculada, pero la pena en su voz

parecía sincera—. Yo también lamento profundamente su pérdida. Todos lo hacemos. No era solo una mujer admirable, era también en cierto modo una amiga. —Calculó las palabras a emplear—. Aunque nuestras familias no siempre hayan estado de acuerdo en todo.

—Es un golpe muy duro para todos nosotros —respondió Isabel —. Margarita tenía problemas de corazón desde hace tiempo, pero… —Cerró los ojos unos segundos como si le faltara el aliento—. Nos ha dejado por sorpresa, ahora que tanto la necesitábamos.

Nora no dejaba de analizar el comportamiento de Ignacio Larrea, Nachito para los amigos. Antes de retirarse junto a un grupo de hombres que hablaban en voz baja, le dedicó una tierna mirada a Carolina. Nora comprobó de reojo, que Lobo, con la cabeza de águila entre sus manos, tampoco les quitaba la mirada.

Isabel Uriarte permanecía sentada en el salón principal, junto al retrato de su difunto esposo, Roberto. Los amigos más cercanos y la familia continuaban llegando, formando pequeños grupos en la estancia principal, todos con expresiones de tristeza, pero también de incertidumbre. Las palabras de consuelo se repetían en susurros, mientras intercambiaban miradas, con un destello de desconfianza.

De pronto, el sonido de un coche al frenar bruscamente en la entrada principal interrumpió la calma. Un murmullo más fuerte recorrió la estancia, y los presentes volvieron la vista hacia las puertas. No cabía duda sobre quién era el recién llegado.

Ricardo Uriarte irrumpió en la casa con la energía impetuosa que lo caracterizaba, rompiendo el ambiente de luto. Su rostro anguloso, más endurecido de lo normal, mostraba una mezcla de rabia y frustración apenas contenidas. Llevaba un traje oscuro, ceñido a su silueta, pero su corbata estaba ligeramente desajustada. Sus ojos, inyectados de cólera, buscaron entre la multitud hasta dar con Félix Lobo y Nora Delgado.

Ricardo Uriarte cruzó el salón con paso firme, directo hacia su madre y sin apenas disimular la tensión que reflejaba su cuerpo. Al llegar junto a Isabel, Ricardo inclinó ligeramente la cabeza, un gesto que carecía de calidez.

—Mamá —dijo con un tono áspero—. ¿Qué hacen ellos aquí?

Isabel, que hasta entonces había mantenido una postura firme y serena, levantó la mirada hacia su hijo. Su respuesta no fue inmediata, lo que pareció irritar aún más a Ricardo. Finalmente, con una calma medida, Isabel respondió:

—Están aquí porque lo considero necesario.

Las palabras cayeron con un peso aplastante sobre el ambiente ya cargado. Ricardo apretó los dientes. Era palpable que quería contener sus emociones, pero sus ojos, oscuros y fieros, brillaron. Se acercó un poco más a su madre, bajó la voz, pero con un tono más cortante.

—¿Necesario? ¿Para qué? —preguntó, casi en un susurro—. ¿Para qué están ellos aquí? Porque parece que soy el único al que no se le consulta sobre lo que ocurre en esta casa —escupía cada palabra con veneno.

—Ricardo, este no es el momento para discutir sobre eso. Nos hemos reunido aquí para recibir a quienes vienen a ofrecer sus condolencias. Por respeto a Margarita y a tu padre, no hagamos esto más difícil de lo que ya es.

Ricardo hizo una pausa. Sus puños se cerraron de forma instintiva.

—¿Difícil? —repitió, ahora sin preocuparse de mantener su voz baja—. Esto ya es lo bastante difícil, mamá. Primero papá, y ahora... ahora Margarita. Y tú, tú no consideras necesario informarme de lo que ocurre en nuestra casa. ¿O debería decir tu casa?

El ambiente en la sala pareció congelarse tras las palabras de Ricardo. Isabel, con la misma serenidad glacial que había mantenido durante todo el día, sostuvo la mirada de su hijo, sin dejarse amedrentar.

—Lo que ocurre en esta casa, Ricardo, es asunto mío —replicó Isabel, con una frialdad que contrastaba con la furia evidente en su hijo—. Y en cuanto a lo que tú consideras "tu casa", recuerda que las decisiones de tu padre deben respetarse.

Ricardo apretó aún más los puños, sus nudillos blancos bajo la tensión. Durante un largo momento, ambos se enfrentaron en silencio. Isabel, con la cabeza alta, y Ricardo, incapaz de ocultar la mezcla de dolor y rabia que lo corroía.

—Como siempre, todo bajo tu control, ¿verdad? —espetó Ricardo al fin, en un tono mordaz. Luego, con un movimiento brusco, se apartó de ella y se dirigió hacia el rincón donde Nacho Larrea permanecía observando desde la distancia. Cada paso de Ricardo resonaba en el suelo de mármol, como si su furia fuese algo tangible.

Nora Delgado, que había estado en silencio junto a Félix Lobo, observó la escena con atención. Ricardo se detuvo junto a su amigo Nachito, y ambos comenzaron a hablar en voz baja, aunque sus miradas de vez en cuando se desviaban hacia ellos. No se necesitaba ser muy inteligente para captar que ambos eran el tema de su conversación, ni tampoco cabía la menor duda de que la presencia de los dos detectives no era bien recibida.

La conversación entre Ricardo y Nacho parecía intensificarse, aunque mantenían las formas, sus expresiones eran cada vez más tensas. Nacho, con su habitual aire despreocupado, sonreía de vez en cuando, como si intentara calmar a Ricardo, pero Nora podía percibir la inquietud en el lenguaje corporal de ambos.

Después de unos minutos de susurros, Ricardo hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta. Parecía haber tomado una decisión. Sin despedirse de su madre, ni de nadie más, comenzó a caminar hacia la salida, seguido de cerca por Nacho. Justo antes de cruzar el umbral, se volvió hacia Isabel por última vez.

—Haz lo que creas necesario, mamá —dijo en un tono frío y distante—. Pero no cuentes conmigo para seguirte en esta farsa.

Y, sin esperar respuesta, salió de la casa, con Nacho tras él.

28

Nora Delgado y Félix Lobo, ambos de pie, ocupaban el centro de la sala frente al complejo croquis dibujado en las pizarras, rodeados por el aroma inconfundible de la tierra húmeda y las vides que se extendían más allá de las ventanas abiertas. Los viñedos de La Rioja se desplegaban como un manto verde y dorado bajo el sol de la tarde, pero la calma exterior contrastaba con la tensión que flotaba en la habitación. El esquema frente a ellos era el mapa de un crimen que se resistía a ser resuelto, un enredo de secretos que parecía tan antiguo como las cepas que rodeaban la finca.

El murmullo del viento que recorría las hileras de vides llegó hasta el interior de la casa, pero los dos detectives apenas lo notaban. Sus mentes estaban fijas en el caso, en los nombres y lugares que conectaban las vidas de los Uriarte y los Larrea, dos familias que, como las viñas, estaban enraizadas a la tierra.

Félix acarició la cabeza del águila en su bastón. Nora, de pie junto a él, cruzada de brazos, recorría los detalles con sus ojos oscuros: los nombres, las líneas que formaban un camino sinuoso e inestable entre las evidencias. Luna, sentada a su lado, los observaba de forma atenta, la cola relajada.

Una brisa más intensa trajo consigo el olor dulce de las uvas maduras al interior. Era el mismo aroma que había acompañado a Roberto Uriarte en sus últimos días, un olor que, de alguna manera, había marcado el comienzo de todo. Félix empezó su reconstrucción de los hechos.

—Roberto Uriarte —dijo con una voz ronca—, se retiró a su casa de labranza, como hacía año tras año, para dar arranque a la vendimia. Ese lugar era su refugio, su santuario. Pero lo que no sabía era que alguien había estado allí antes que él, en busca de algo. Algo que, tal vez, ni siquiera él sabía que tenía.

Nora, de brazos cruzados, contemplaba el croquis y asintió con la cabeza antes de tomar la palabra.

—Nacho Larrea, sobrino y futuro heredero de Bodegas Larrea.

La perra ladró, como si validara las palabras de su dueña.

—Es una posibilidad. —Félix avanzó un paso, señalando con la cabeza del bastón la ventana forzada que aparecía en la fotografía —. Las huellas que encontramos bajo la ventana coinciden con esos zapatos exclusivos, de piel de cocodrilo. Número cuarenta y seis, como pudimos comprobar ayer. Con Roberto en la casa, hubiera bastado con llamar a la puerta para entrar. Nachito forzó la ventana para colarse adentro. Pero la cuestión sigue siendo la misma: ¿qué demonios buscaba en esa casona?

La pregunta seguía sin respuesta, y eso les carcomía.

—Tampoco podemos olvidar las huellas en la copa de vino — Nora, despacio, como si saboreara cada palabra, como si buscara el momento en que todo se uniría— y los cabellos que encontramos en el sillón de cuero. Ambas evidencias nos dicen que Ricardo también estuvo allí. Sentado en el lugar favorito de su padre, degustando un buen vino. Pero él nunca lo ha admitido. Ni una sola vez ha reconocido haber puesto un pie en esa casa en una fecha cercana a la del fallecimiento. Y conocemos bien la tensión acumulada entre padre e hijo las últimas semanas, con discusiones frecuentes sobre el futuro de la bodega. —Nora respiró profundamente, los brazos en jarras—. Los dos estuvieron allí. En momentos distintos o al mismo tiempo, pero estuvieron.

Las piezas del rompecabezas se acumulaban, pero no terminaban de encajar. Lobo apretó con fuerza la cabeza del águila y se pasó la otra mano por la barbilla. Notó una cierta aspereza por los pelos de la barba y se extrañó por no haberse acordado de afeitarse desde hacía un par de días.

—Luego el par de matones que enviaron para amedrentarnos la noche que salimos por la calle Laurel. —El recuerdo de aquella noche volvió a golpearlo con fuerza. Cerró los ojos durante unos segundos, con la intención de silenciar las imágenes que su memoria

le traía: los rostros desfigurados por la metralla, los gritos ahogados por el miedo. La sangre que manchaba sus manos. Cuando volvió a abrirlos, su voz salió en un susurro que parecía arrastrar el eco de aquellos gritos—. Aquella pareja quería darme una lección para que no metiera las narices donde no les interesa. Ricardo Uriarte está haciendo todo lo posible para que nadie remueva la muerte de su padre. Min contacto ha confirmado que Ricardo es cliente habitual del ese club en Madrid —Félix intentó recobrar la calma, con la voz controlada—. Y Nacho... Bueno, el portero dice no haberlo visto nunca por allí, aunque no pudo descartar que también sea cliente.

Delgado se acercó un paso a Félix, y con un gesto suave, le acarició la espalda. Una descarga eléctrica sacudió el cuerpo de Lobo. Cerró los ojos durante un segundo más, para que la sensación pasara, un torrente le sacudía desde dentro.

—Si mi niño, menos mal que no os pasó nada, no quiero ni imaginar si Blas no hubiera estado contigo. Y luego la muerte de Margarita —empezó a decir Nora, pero fue interrumpida por Félix.

—Isabel me dijo hace un rato que la autopsia ha confirmado que ha sido por causas naturales. La mujer se medicaba con digoxina por un problema del ritmo cardíaco, para evitar accidentes cardiovasculares. No han encontrado nada sospechoso. Parece que el estrés de los últimos días fue lo que acabó con ella, no hay nada que haga sospechar una muerte provocada.

—Ese día en su casa… —Delgado había bajado su tono de voz—. Margarita nos insinuó que había algo del pasado de la bodega que no debía salir a la luz. Algo relacionado con el origen mismo de todo este embrollo familiar. Pero no tuvo tiempo de contárnoslo, o quizá no quiso. Recuerdo su mirada, cómo le cambió de golpe al mencionarlo.

Félix, apoyado en su bastón, frunció el ceño mientras contemplaba una fotografía de la casa de Margarita.

—Le pregunté a Blas al respecto. Me comentó que recordaba haber presenciado una pelea intensa años atrás, al parecer por el pasado de la bodega. Roberto insistía en que ciertos secretos debían

seguir ocultos, y Margarita se opuso. Blas no alcanzó a oír toda la conversación, pero creyó entender la existencia unos documentos antiguos, algo relacionado con los orígenes que fue el comienzo de la discusión.

—Necesitamos encontrar esos documentos.

—El problema es que no sabemos con certeza dónde están. Blas ha revisado en profundidad la vieja casa de labranza y no ha encontrado nada. Lo hablé con Isabel, que dice desconocer ningún problema del pasado de la bodega o una discusión fuerte entre los hermanos. Me dejó rebuscar por la biblioteca y el despacho de Roberto, sin éxito.

—¿Has hablado con el abogado?

Luna volvió a ladrar. Lobo se incorporó y Nora pudo apreciar un rostro consumido por el dolor. Él se acercó hasta la ventana. Delgado observó la silueta inmóvil perfilada entre las vides de afuera. El cuerpo ligeramente encorvado le daba la apariencia de un hombre que había cargado con más de lo que le correspondía. Ella no interrumpió su meditación. Había aprendido que a Lobo le gustaba tomarse su tiempo para conjeturar. El hombre suspiró y se apartó de la ventana para regresar a su lado con una cojera que fue incapaz de disimular.

—Las respuestas casi siempre están en el pasado.

—¿Qué? —susurró Nora.

No la miraba, mantuvo la vista fija en la pizarra, en los nombres y las conexiones que había trazado entre ellos.

—Aquella fue una de mis primeras lecciones en la UCO, en cierta ocasión, al abandonar el entierro de uno de los principales mandos de la unidad, un tipo brillante, alguien que todos admirábamos. Se había suicidado. Nadie lo esperaba. Mi superior, un hombre de gran experiencia, me miró ese día de una forma que no olvidaré, como si revelara un secreto que solo compartes cuando sabes que la persona que tienes delante necesita escucharlo. Me dijo que, a partir de cierto punto en la vida, el futuro de un hombre siempre está en su pasado.

—¿No es eso una obviedad?

Félix soltó una risa corta y amarga, como si ya hubiera anticipado esa respuesta.

—Es lo que pensé también, al principio. Que era una frase más, una de esas que sueltas cuando no tienes nada mejor que decir en un entierro. Pero con los años, me di cuenta de que no es tan obvio como parece. Nos pasamos la vida buscando respuestas en el futuro, en lo que está por venir. Planificamos, tratamos de adelantarnos a los problemas, de encontrar soluciones a lo que aún no ha sucedido. Pero la mayoría de las veces, las respuestas están ya allí, enterradas en lo que fuimos, en lo que vivimos, en lo que hemos intentado olvidar.

—¿Y tú? —preguntó ella, casi en un susurro—. ¿Has encontrado todas las respuestas en tu pasado?

—Te sorprendería cómo buscamos respuestas en lo que no existe aún —dijo Félix, con la intención de regresar a lo que más importaba en ese momento—. Ricardo, Nacho, Carolina... Todos ellos creen que el futuro de la bodega está en lo que harán a continuación. En si venden o no, en cómo manejarán la crisis. Pero la verdad es que todo lo que necesitan saber, lo que va a decidir su futuro, ya está en su pasado. En lo que Roberto y Margarita ocultaron. Y es probable que en esos documentos encontremos las respuestas.

Un repentino espasmo de dolor atravesó el cuerpo de Lobo y lo puso en estado de alerta. Desde el primer instante, fue consciente de que el episodio que se avecinaba era de los malos. Trató de encajar las primeras punzadas en la cadera respirando lentamente. Apenas podía caminar. Se fue hasta la habitación, tanteado cada paso. No había hecho más que cruzar el umbral de la puerta cuando tuvo que detenerse por el latigazo de dolor, que lo dejó paralizado.

—¿Te encuentras bien, mi niño?

Félix no respondió. Temblando, a duras penas pudo extraer un frasco del cajón de la mesilla. Giró la tapa con torpeza. Tomó un par de píldoras y las examinó en la palma de la mano antes de llevárselas a los labios. Una nueva estocada en la cadera acabó por

convencerlo. Se tragó las pastillas sin la ayuda de ningún líquido y se desplomó sobre la cama, a la espera de que el medicamento hiciera efecto.

—¿Estás bien, mi niño?

Nora se había sentado a su lado y le tomó la mano para que se tranquilizase. Él la miraba con esos ojos diminutos azules vidriosos, envueltos por un mar surcado de líneas rojas pronunciadas. Tragó saliva antes de hablar.

—Tan solo necesito descansar un rato. Si en una hora no me he levantado, despiértame.

—Descansa.

Nora bajó la persiana y volvió a su lado. Le sostuvo la mano en la penumbra, oyendo como se tragaba el dolor, hasta que veinte minutos más tarde sintió que Lobo aflojaba el tacto y se deslizaba hacia un estado entre el delirio y el sueño. Le escuchó murmurar palabras a las que no encontró sentido, hasta que lentamente cayó dormido. La luz que se filtraba a través de la puerta dibujó el rostro de Félix sobre la almohada. La cicatriz surcaba su mejilla izquierda. Se preguntó si aquel dolor provenía de las heridas de la explosión o de algo más profundo.

Por un instante le pareció que estaba muerto y le tomó el pulso. Al rato, cuando comprobó que todo estaba en orden, se retiró de nuevo a la mesa de trabajo para proseguir con el informe.

29

La lluvia de la tarde había dejado paso a una niebla que barría las calles de las afueras de Logroño y brillaba a la lumbre de las farolas. Caían ya apenas gotas sueltas cuando bajaron de la *Kombi*, con el eco de la tormenta alejándose en la distancia. La dirección que Blas poseía del almacén elegido por Margarita Uriarte para albergar su peculiar colección de obras de arte estaba lejos del bullicio de la ciudad y escondido entre viñedos y campos abandonados.

En apenas quince minutos de conducción llegaron a las puertas del viejo depósito. Era un edificio industrial, con paredes de ladrillo ennegrecido por el tiempo, techos altos y una enorme puerta metálica oxidada. Anteriormente, el lugar había sido un almacén agrícola que sirvió para guardar maquinaria usada para trabajar el campo, pero en las últimas décadas había sido reutilizado por Margarita. Más allá de una vieja valla perimetral encargada de la seguridad, se abría una tierra baldía.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Lobo.

—¡Como que mi apellido es Zalduendo! —gritó Blas y se adelantó. Bordearon un viejo tractor abandonado en un vasto charco y la carcasa de una especie de caldera en la que había anidado en algún momento una bandada de pájaros. Una hilera de postes sostenía un cable del que pendían unos faroles que proyectaban una claridad mortecina. Félix miró a su alrededor. Un gato famélico maulló desde las sombras.

—¡Mal augurio! —Blas chascó la lengua al finalizar su afirmación.

—¿No debería haber un vigilante o cámaras de seguridad?

—Creo que la hermana de Roberto era una gata astuta —apuntó Zalduendo—. Nadie sospecharía que ahí adentro pueda haber algo de valor.

Se acercaron a la enorme puerta. Félix comprobó que había huellas recientes de neumáticos en la tierra húmeda. Una pequeña compuerta estaba cortada sobre la lámina principal y cerrada con una cadena enganchada a un candado herrumbrado del tamaño de un puño.

—¿Cómo andamos de fuerza bruta? —preguntó Blas.

Lobo alzó los hombros. Zalduendo extrajo un cincel y un martillo del bolsillo de la cazadora.

—Anda, Lobo, ¡aparta! —ordenó.

Aplicó la hoja de la herramienta sobre la anilla del candado y golpeó con la ayuda del martillo sobre la misma. El eco del impacto aleteó entre las estructuras del recinto. Blas sacó el cincel y el candado cayó a sus pies arrastrando la cadena en un interminable repiqueteo. Empujó la puerta de una patada.

El interior se abrió a sus ojos y las siluetas de multitud de trastos de todos los tamaños se dibujaron en la penumbra. Una red de cableado de bombillas desnudas colgaba de la bóveda. Blas rastreó el circuito por los muros hasta una caja eléctrica que asomaba en la pared y pulsó el interruptor central. Las bombillas, apenas briznas de luz amarillenta, se encendieron, parpadeantes, en lenta sucesión. La corriente eléctrica producía un zumbido leve, como el de un enjambre de insectos.

—¡Cago en todos mis muertos! —aulló Blas alzando las manos—. Cuánta razón tenía Don Roberto con respecto a los intereses artísticos de Margarita...

Aquel viejo almacén, a Félix le pareció una cápsula del tiempo. Había cajas amontonadas con obras de arte de artistas noveles que Margarita debía haber comprado en sus años de esplendor, y varias estanterías de metal oxidado, que se alzaban llenas de cajas y objetos polvorientos, junto a maquinaria vieja para la vendimia.

Se adentraron con pasos lentos por una especie de pasillo libre flanqueado por una multitud de objetos cuyas sombras se proyectaban contra las paredes del viejo almacén. Obras de arte veladas por el polvo y enseres antiguos se amontonaban junto a

antiguos artilugios de labranza como si alguien hubiera intentado congelar el tiempo en ese rincón olvidado. El olor a humedad, a madera vieja y óxido impregnaba el aire. Ese ambiente enrarecido no hizo más que aumentar el dolor en la cadera de Lobo.

Unos metros más allá se tropezaron con un elemento de gran tamaño, oculto bajo una tela raída. Félix se detuvo y, sin decir una palabra, retiró con cuidado la cobertura, revelando una figura abstracta, modernista, que se alzaba con una elegancia fría y desafiante. La escultura era una amalgama de formas geométricas retorcidas, todas en acero pulido, que reflejaban la luz en ángulos imposibles. La base, sin duda diseñada para desestabilizar al observador, parecía al borde de desmoronarse, mientras que las líneas curvas y puntiagudas que ascendían daban la sensación de estar en constante movimiento.

Blas se acercó por detrás, arrugando la frente ante el desconcierto que le provocaba la escultura.

—¿Pero qué cojones es esto? —gruñó, entrecerrando los ojos—. Parece un amasijo de hierros que un crio ha roto en una rabieta, y luego ha querido arreglar el desaguisado lo mejor que ha podido. Margarita siempre fue rara, pero esto pasa de marrón oscuro.

—Es una obra de arte —murmuró Félix, absorto—. Y probablemente atesore un gran valor.

Blas sacudió la cabeza, claramente sin entender.

—¿Seguro que hay alguien dispuesto a pagar más de cuatro chavos por esta chatarra?

—Blas, el arte te debe emocionar —dijo y se quedó contemplativo ante la escultura.

—Pues sí, por mis cojones, a mí esta maravilla me hace llorar. —Blas le dio una palmada en la espalda para continuar entre carcajadas—. ¿Qué estamos buscando exactamente?

—No lo sé seguro. Papeles, documentos. Hay algo que conecta a Bodegas Uriarte con la familia Larrea, algo del pasado, que ha salido a la luz recientemente. Si encontramos esa pieza, tal vez

encontremos al posible homicida. Ya sabes, Blas, si tienes el porqué y el cómo, tendremos al quién.

Blas arqueó las cejas y hurgó con ayuda de su dedo índice la oreja izquierda. A Félix, esos pelos largos y gruesos que brotaban de las extremidades de Blas le parecían salidos del mismísimo infierno.

—¿Y crees que está aquí? —preguntó finalmente.

—Hasta que no lo comprobemos, no lo sabremos.

Blas repitió la operación con la oreja derecha. Luego se observó la yema y la limpió sobre una de las estanterías.

—Aquí huele a muerto —afirmó tras la limpieza auditiva y echar una ojeada a su alrededor.

Lobo cerró los ojos y respiró de forma profunda en tres ocasiones. Empezó a andar de nuevo y Blas, tras soltar una nueva maldición, le siguió. El pequeño hombre señalaba y explicaba el arsenal de instrumentos antiguos que se amontonaba a su alrededor: corquetes, tijeras de podar con empuñaduras desgastadas, viejas prensas de madera para uvas, cestas de mimbre casi desintegradas por el tiempo, capachos de esparto usados para transportar racimos, sulfatadoras de cobre y hierro forjado, y un arado oxidado que parecía haberse detenido en el tiempo en un mosaico abigarrado.

—¿Por qué siglo empezamos? —preguntó.

—No lo sé seguro —respondió Lobo—. Diría que estamos buscando alguna caja que contenga archivos. No tendría que ser muy difícil. Cualquier cosa que pueda albergar en su interior documentos es un posible candidato.

Tras varios minutos vagando entre una jungla de cachivaches y obras de arte de todos los estilos, encontraron una pirámide de cajas de madera.

—¿Es esto lo qué buscabas?

Lobo subió los hombros.

—*Cagoen* todo Lobo, ya veo que lo tienes claro, el plan perfecto.

Les llevó cerca de media hora separar las cajas que contenían documentos, de las que estaban llenas de libros o láminas artísticas.

La claridad que ofrecían las bombillas era insuficiente para examinar los papeles a conciencia, de modo que Félix usó la linterna del móvil. Por espacio de otros veinte minutos examinaron las cajas en silencio.

—Aquí no hay nada respecto al pasado de Bodegas Uriarte. Llevo tres cajas completas y nada.

—Sigue buscando —le respondió Lobo sin levantar la cabeza.

Blas asintió y se sumergió de nuevo en el mar de papeles. Al rato se dio cuenta de que Félix estaba silencioso y había detenido su búsqueda. Estaba inmóvil, con los ojos clavados en una pila de carpetas que había extraído de una de las cajas.

—¿Qué? —preguntó Blas.

Félix le mostró una carpeta vieja, cuyas cubiertas gastadas revelaban años de uso, el borde de las hojas interiores ligeramente amarillentas por el tiempo.

—Podría ser lo que buscábamos.

Al abrir la carpeta, las primeras páginas contenían una mezcla de documentos oficiales y recortes de periódicos de la época de la dictadura. Lobo se disponía a cerrar la caja cuando reparó en un sobre amarillento que había en el fondo. Sopló la capa de polvo y leyó la única palabra escrita con pluma: *Eusebio*.

—Nos vamos a llevar todo esto —afirmó Lobo.

Blas asintió, pero antes de levantar la primera de las cajas se detuvo en seco y se volvió. Lobo lo miró. Él también había oído… ¿pasos? Félix apagó la linterna del móvil y agarró con fuerza el bastón. Blas estaba agazapado a su lado, con el cuerpo tenso. Una sombra se empezó a proyectar sobre la pared. La silueta de un gato cobró forma.

—Ya te dije, mal augurio.

Blas se incorporó y cogió entre sus manos la caja.

—Anda, vamos a la tartana.

Cerraron la puerta del almacén y colocaron el candado roto y la cadena. Blas cargó la caja en la parte trasera de la Kombi y cerró las puertas con fuerza. La humedad de la noche se intensificaba, como

si la niebla se hubiera pegado a cada objeto, envolviéndolos en un manto espeso y asfixiante. Ambos subieron al vehículo en silencio.

Félix encendió el motor, pero en lugar de hablar sobre lo que acababan de descubrir, parecía absorto, los ojos clavados en el camino cubierto de bruma frente a ellos. El traqueteo de la furgoneta rompía el silencio. Los dedos de Lobo apretaban el volante, los ojos fijos en la carretera. El parabrisas comenzaba a empañarse lentamente por la humedad. De repente, un destello cruzó el camino por delante.

—¡Cuidado! —gritó Blas

Félix frenó en seco. Los neumáticos chirriaron sobre el pavimento mojado, pero la furgoneta no respondió como debía. En lugar de detenerse, la Kombi comenzó a deslizarse, patinando sin control sobre el asfalto. El volante giró inútilmente en las manos de Félix y los dos hombres sintieron cómo el peso de la furgoneta se desplazaba fuera del trazado. La furgoneta derrapaba sin control hacia un lado.

Blas se aferró al salpicadero, mientras maldecía una lista innombrable de improperios. Félix giró el volante con un movimiento brusco en sentido contrario, para enderezar la furgoneta. Las ruedas traseras patinaron de nuevo, y por un instante parecieron estar a punto de volcar. El vehículo se balanceó. Un ciervo, inmóvil en mitad de la carretera, se había convertido en un espectador silencioso de la escena, como una figura de mármol esculpida por el destino.

—¡Sujétate! —gritó Félix, sabiendo que solo unos centímetros y se saldrían de la calzada.

Las ruedas delanteras finalmente se engancharon en el asfalto, y con un último gemido de los neumáticos, la *Kombi* volvió a alinearse en el camino antes de detenerse. Lobo miró por el espejo retrovisor. El ciervo, ajeno al caos que acababa de desencadenar, cruzó la carretera con la misma parsimonia con la que había aparecido. Ambos hombres quedaron en silencio, observando al animal desaparecer en la oscuridad.

—¿Qué coño? —susurró Blas.

—Ni lo menciones —respondió Félix, con la mirada fija en el vacío.

30

Lobo preparó una cafetera italiana y la llevó hasta la mesa de trabajo, junto a una jarra con leche y varios azucarillos. Nora, tirando de su conocimiento del contenido de la cocina, se acercó para acompañarlo de unos fardelejos bien recubiertos de glas. Se tragó tres de ellos seguidos para luego llenarse un tazón de café, junto a una generosa ración de leche y un par de sobres de azúcar, que empezó a sorber con cara de satisfacción. Al poco, levantó los ojos y advirtió que Lobo la observaba con gesto embarazoso.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada, estaba pensando en el ciervo —mintió—. ¿Qué probabilidad existe de que se te cruce un macho de ese tamaño en mitad de la noche?

—Vamos a centrarnos, mi niño, que es mucho el trabajo que nos queda por hacer.

Lobo no replicó y se sentó a su lado. Se adentraron en silencio en la madrugada a riendas de otro par de cafeteras complementadas con algo sólido para alimentar el espíritu de Nora. Ella había tomado un bloc de dibujo de grandes dimensiones e iba trazando un mapa con anotaciones, fechas, nombres y flechas. Las pizarras ya no daban más de sí, repletas de información. De vez en cuando Lobo encontraba algo relevante y se lo tendía. No hacía falta que le dijera nada. Ella le echaba un vistazo y asentía en silencio. Tenía una facilidad pasmosa para establecer conexiones, como si el cerebro funcionara un par de marchas por encima del resto de los mortales. Lobo se puso en pie y Nora apreció de nuevo la mueca de dolor en su rostro.

—Niño, ¿por qué no te vas a descansar?

Félix mantuvo su característico rictus serio.

—Anda, vete a dormir. Mañana os espera otro día duro —le comentó en referencia a Blas.

—¿Y tú?

—No tengo sueño.

Luna, como siempre atenta a su lado, ladró. Félix se mordió el labio antes de admitir que necesitaba sus pastillas, pero que se levantaría a primera hora, como acostumbraba.

A Nora la despertó un suave roce de una mano en su espalda. Abrió los ojos a una niebla baja que se extendía por los viñedos. Seguía sentada en la silla de trabajo, el cuaderno frente a ella. Llevaba la misma ropa de la noche. Félix, de pie a su lado, estaba recién duchado, con una de sus camisas blancas impecablemente planchadas y el pelo rojizo removido y húmedo. Olía a loción de afeitar.

—Voy a abrir la ventana para que se ventile la habitación —advirtió Lobo.

Una bocanada de aire fresco penetró en la sala como un tsunami. Félix cerró los ojos e inspiró con fuerza. Al abrirlos de nuevo, observó que no quedaba ni café ni leche en la bandeja, solo uno de los azucarillos junto a pequeñas nubes de azúcar glas.

—¿Ha valido la pena? —preguntó.

Aparte de los restos de comida visibles, Nora había construido una madeja con varias de las hojas de dibujo. Las recogió y empezó a colgarlas en una de las paredes, la que más cercana quedaba a las pizarras.

—Entre los años 1960 y 1964, La Rioja vivía un periodo de cambio profundo, no solo en lo social, sino también en lo económico. Ignacio Larrea, el padre de Nachito, se encontraba en el centro de ese torbellino. No era solo un bodeguero más; era un hombre íntegro que se opuso abiertamente al régimen franquista, algo que pocos se atrevían a hacer en aquella época. Eso le costó caro, muy caro. Su padre había sido uno de los primeros en La Rioja en plantar viñedos, siguiendo técnicas que luego fueron revolucionarias para la

región. Ignacio, sin embargo, vivió un tiempo de cambio brutal. La Guerra Civil y la posterior dictadura lo convirtieron en un hombre desconfiado del poder. A diferencia de su hermano Eusebio, que siempre se movió en los círculos correctos, Ignacio nunca quiso plegarse al régimen, y eso lo condenó.

Nora hizo una pausa, tomando una hoja con anotaciones meticulosas y mapas de propiedades. Las fechas y nombres se entrelazaban en una red que ella parecía tener clara en su mente.

—A principios de los años sesenta, el gobierno de Franco lanzó una serie de reformas agrarias, bajo el pretexto de modernizar el campo español. Pero, en realidad, esas reformas eran una herramienta de control político. Cualquiera que no estuviera alineado con los ideales del Movimiento, se convertía en un objetivo. Ignacio se enfrentó abiertamente a esas políticas. En 1962, Ignacio fue marcado como "elemento subversivo". En los informes del archivo de Logroño, hay documentación que lo cataloga como "opositor a la política agraria del Movimiento". Hay registros que muestran que, en febrero de ese año, la Guardia Civil lo detuvo por liderar una protesta en San Vicente de la Sonsierra, donde se manifestaba en contra de las expropiaciones y la reubicación forzosa de campesinos. Los documentos indican que la represión fue implacable. No hay que olvidar que, bajo el pretexto de modernizar el campo, el régimen utilizaba estas medidas para castigar a aquellos que no se alineaban políticamente.

Su voz se volvió más baja, más intensa, mientras señalaba con un dedo firme uno de los documentos que tenía ante ella.

—Aquí está la primera prueba de lo que te estoy diciendo: un informe de la Guardia Civil fechado el 12 de julio de 1962. Ignacio Larrea fue etiquetado como "agitador local". El documento menciona que fue arrestado por incitar al desorden público y, lo más importante, por mostrar simpatía hacia los republicanos. Esa acusación fue suficiente para que las autoridades comenzaran a vigilarlo de cerca. La represión que siguió fue calculada y precisa. Primero, le negaron los créditos agrícolas necesarios para mantener

el viñedo. Luego, en noviembre de ese mismo año, el Banco Agrario de España, bajo órdenes directas del gobernador civil, congeló todas sus cuentas. Ignacio estaba atrapado. Sin dinero para pagar a sus trabajadores, empezó a caer en una espiral de deudas.

Nora dejó caer la hoja en la mesa, sin mirar a Félix, completamente inmersa en su relato.

—A pesar de las amenazas, Ignacio se negó a vender sus tierras, las mejores de toda la región. Sin embargo, el acoso continuó. En junio de 1963, el Banco Agrario de España, controlado por funcionarios afines al régimen, le cortó todas las líneas de crédito. Sin acceso a financiación, Ignacio estaba asfixiado económicamente. Fue entonces cuando entraron en escena Roberto Uriarte y Eusebio Larrea.

Nora dio un golpe suave en la mesa con uno de los documentos, como para subrayar la gravedad de lo que iba a decir a continuación.

—A finales de 1963, Ignacio ya no podía sostener más su lucha. Aquí tengo una copia del acuerdo firmado en diciembre de ese año. Cedió la mitad de sus tierras a su hermano, Eusebio Larrea. Pero no fue una transacción voluntaria. Ignacio fue presionado, asfixiado por deudas y sin salida. Eusebio, mientras tanto, ya había hecho sus conexiones con el régimen. Sabemos que tenía tratos directos con el gobernador civil de Logroño, que a su vez estaba en contacto con la Dirección General de Agricultura. Era un peón más en una red de influencias que favorecía a los que, como él, supieron alinearse con el poder. Para Eusebio, todo esto era un negocio. No le importaba traicionar a su propio hermano. Todo lo que le interesaba era consolidar su posición.

Nora se incorporó, desplegando un mapa de la época. Las divisiones estaban claramente marcadas y los nombres de las parcelas ahora pertenecían a otros.

—Esto es lo que ocurrió después. En enero de 1964, solo un mes después de que Ignacio firmara aquel acuerdo, el gobierno redistribuyó formalmente las tierras. Una parte fue directamente a Eusebio. La otra, aquella donde finalmente se cultivarían las uvas

más valiosas, fue a parar a Roberto Uriarte. Roberto no era más que un joven bodeguero en ese momento, ambicioso y con aspiraciones de grandeza. Pero, como Eusebio, había hecho sus conexiones con el régimen. Entre ambos, conspiraron para hacerse con las tierras de Ignacio, y el régimen les proporcionó todas las herramientas necesarias para lograrlo.

Nora caminó hacia la pizarra en la que había dibujado una línea cronológica de los eventos.

—El 2 de enero de 1964, Ignacio fue detenido por segunda vez. Esta vez, la acusación fue más grave: "sedición". Lo llevaron a la prisión de Burgos, donde pasó dos años. Dos años en los que perdió no solo las tierras, sino también su salud. Cuando salió, en 1966, todo había cambiado. Las tierras de su familia estaban bajo el control de Eusebio y Roberto. Los viñedos que él había cuidado con tanto esmero producían ahora vino para los Uriarte, que empezaban a construir su imperio. Ignacio no volvió a levantar cabeza.

—¿Hay más?

—Apenas estoy empezando. Ignacio Larrea no se rindió fácilmente. A pesar de la traición de su hermano y de la apropiación de sus tierras por parte de Roberto Uriarte, luchó durante años por recuperar lo que le pertenecía. Durante todo 1966 y 1967, después de salir de prisión, Ignacio presentó múltiples reclamaciones ante las autoridades franquistas. Hay registros de cartas enviadas a la Gobernación Civil de La Rioja, al Ministerio de Agricultura, e incluso a las instancias judiciales locales. Todas esas solicitudes fueron desestimadas o directamente ignoradas. El régimen no tenía ningún interés en revisar un caso que, desde su perspectiva, ya estaba resuelto a favor de sus aliados.

Nora movió con precisión las hojas delante de ella, hasta encontrar lo que buscaba: una serie de cartas y documentos oficiales con sellos de la época.

—Mira esto. Esta carta fechada el 12 de julio de 1967 fue la última que Ignacio envió al gobernador civil. En ella, se puede leer

su desesperación, pidiendo una revisión justa de su caso, pero también reconociendo que las puertas se le estaban cerrando una tras otra. Los términos son claros, casi desgarradores: "Solo pido que se investigue la injusticia que se ha cometido conmigo y con mi familia. No he cometido ningún crimen más allá de querer lo que me pertenece por derecho". Esa carta, como las demás, fue archivada sin respuesta.

Nora suspiró, con la mirada fija en un punto en el espacio, como si intentara comprender el profundo sentimiento de frustración que debió invadir a Ignacio en esos últimos años.

—He dejado lo mejor para el final. Cuando llegó la democracia, Ignacio todavía mantenía la esperanza de que las cosas cambiaran. La transición trajo nuevas oportunidades, y en 1977, tras la muerte de Franco, Ignacio presentó una demanda formal ante la justicia para recuperar sus tierras. Esta vez no era una simple carta ignorada por burócratas del régimen. Fue un caso que entró en los tribunales, y durante un tiempo, pareció que las cosas podían dar un giro.

Nora hizo una pausa y continuó, sin dar espacio para la menor duda en sus palabras.

—Ignacio se casó en 1975 con Ana Beltrán. Él estaba convencido de que, con la llegada de la democracia, el sistema judicial corregiría las injusticias del pasado. Y tenía motivos para creerlo: en 1980, la demanda fue aceptada en los tribunales. El caso por fin estaba en marcha y había indicios de que las tierras podrían serle devueltas. Creo que el sobre que encontraste, con las letras de Eusebio, debía contener una carta del puño y letra del padre de Nachito.

Los dedos de Nora recorrieron lentamente la línea cronológica que había trazado en la pizarra, subrayando cada evento con precisión casi clínica.

—Pero el destino, cruel y caprichoso, no le dio la oportunidad de ver el desenlace. Cuando, a finales de 1980 tuvieron a Nachito, ambos debieron pensar que el futuro les daría finalmente una segunda oportunidad. En marzo de 1981, a tan solo unas semanas de que el caso llegara a juicio, Ignacio y Ana murieron en un

accidente de coche en la carretera entre Haro y Logroño. El informe policial fue claro: una colisión frontal con un camión que, aparentemente, perdió el control. Fue una tragedia que sacudió a la comunidad local y que provocó que el juicio fuera sobreseído.

Nora sacó una última hoja, un recorte de un periódico local que relataba la noticia del accidente.

—Aquí está. El accidente fue ampliamente cubierto por la prensa local, pero en aquellos tiempos, la justicia no se detuvo a investigar mucho más allá de lo que parecía una tragedia fruto del azar. Nachito, que entonces solo tenía unos meses, quedó huérfano y bajo la tutela de su tío Eusebio, quien no perdió tiempo en consolidar el control absoluto sobre las tierras y el legado de los Larrea. Con Ignacio y Ana muertos, y Nachito demasiado joven para reclamar nada, Eusebio y Roberto Uriarte se aseguraron de que la historia de traición y usurpación nunca llegara a los tribunales.

—Si todas esas conexiones y hechos existieron, ya tenemos a un claro sospechoso con sobradas razones para acabar con la vida de Roberto Uriarte.

—Y la de Margarita —puntualizó Nora.

31

El sol estaba a punto de esconderse en el horizonte cuando Lobo aparcó la *Kombi* en la puerta de casa de Margarita. Apagó el motor y permaneció unos segundos en silencio, las manos apoyadas en el volante. Al fondo, sobre la llanura, el rio serpenteaba por el valle como una cinta plateada. Los campos de cultivo se extendían en hileras perfectas, teñidos de un verde vibrante bajo el escaso sol de la tarde y una hilera de casas antiguas diminutas se alzaba en procesión junto a la vía del tren.

Félix quitó la llave del contacto. Una punzada de dolor le sacudió la cadera. En un gesto de cansancio, miró hacia el asiento del acompañante dónde reposaba un cigarrillo liado a mano. Recordó a Blas la noche anterior mascullando un *mecagoentodo*, *mecagoenaquello* y *mecagoenlodemásallá*, los brazos flexionados sobre el salpicadero y los puños en posición de guardia cuando estuvieron a punto de sufrir el accidente por el ciervo. Aún tenía grabada en la retina la inmensa cornamenta y aquellos ojos rojizos que se cruzaron con los suyos. Faltó poco para que perdiera el control de la furgoneta y se salieran de la calzada. Lobo resopló. Con la ayuda de un pañuelo de papel cogió el pitillo y lo aplastó en el cenicero donde yacía una tupida capa de polvo.

Se puso la mascarilla y se bajó del vehículo. Una brisa fresca provocó que se subiera la solapa de la gabardina. Al empezar a andar, el sonido del bastón contra la piedra hizo que tres palomas torcaces salieran volando y ululando. Lobo se detuvo. En la capital, con sus calles bulliciosas y su aire denso de tráfico y humo, al menos tenía la certeza de que no se encontraría con animales impredecibles, portadores de quién sabe qué enfermedades. En esos parajes rurales, al contrario, cada brizna de aire parecía llevar consigo la amenaza invisible de una infección. El campo, con toda su

promesa de lugar idílico, no era más que una trampa; un hervidero de microorganismos al acecho. Las aves, los insectos, incluso el agua que fluía por el río, todo estaba cargado de vida, y esa vida era peligrosa. Todos los coronavirus, como el de la pandemia del COVID que había afectado a la humanidad, tenían su origen en animales. Y estos a su vez podían ser transmitidos a un humano fácilmente.

Se ajustó la mascarilla con más firmeza. La ciudad podía ser una jungla de asfalto, pero al menos sus enemigos eran visibles: personas, coches, el caos predecible de una urbe que nunca dormía. Aquí, en cambio, la naturaleza y sus habitantes eran los anfitriones de un festín de bacterias y virus que se resistían a ser controlados. Ni siquiera el bastón que golpeaba con regularidad la grava a su paso le ofrecía consuelo en ese entorno impredecible. Qué equivocado había estado cuando quiso dejar el centro de Madrid para marcharse a vivir a la sierra…

Debió de tocar un par de veces el timbre de la casa y esperar algo de tiempo hasta que Carolina abrió la puerta con lentitud. Vestía un traje pantalón gris perla que acentuaba su figura. Su cabello castaño oscuro, liso y perfectamente peinado, enmarcaba un rostro tenso, de pómulos marcados y ojos de un verde intenso. Sus labios estaban apretados y su piel más pálida de lo que la recordaba.

—Disculpa por la hora —murmuró ella, su voz suave y rota, mientras dejaba paso a Lobo—. Tenía muchas cosas por hacer.

Carolina se dio la vuelta y comenzó a andar hacia el interior de la casa. Lobo la seguía en silencio. El eco de sus tacones resonaba en el corredor amplio y luminoso, con sus grabados de escenas bíblicas. Atravesaron el salón, con sus pinturas al óleo y esculturas, hasta llegar al jardín interior, el mismo donde apenas unos pocos días antes habían mantenido la reunión con Margarita. El suave murmullo del agua contrastaba con la quietud absoluta del espacio. Las enredaderas que trepaban por los muros añadían un necesario toque de vida a la escena.

—Se me hace tan raro que ella ya no esté aquí, con nosotros… —Sus ojos recorrieron la silla libre que había dejado a su lado—. Un par de días atrás, estuvimos las dos aquí sentadas, hablando de…

Se llevó las dos manos al rostro y empezó a sollozar. Lobo la dejó que se recuperara. Luego levantó la vista hacia él. Sus ojos verdes brillaban por las lágrimas.

—Perder a dos personas tan cercanas en tan poco tiempo es devastador —dijo Félix y luego hizo una pausa—. Pero Margarita y tu padre querrían que estuvieras bien, que siguieras adelante.

—No sé cómo voy a seguir adelante —susurró ella, su voz quebrada, casi inaudible—. Mi padre, Margarita... todo se ha desmoronado tan rápido.

Las palabras de su psiquiatra le vinieron a la mente.

—Siempre hay algo que nos impulsa a seguir. Aunque a veces, el camino para encontrarlo es largo y solitario —murmuró Lobo y luego decidió ir al grano—. Necesito hacerte unas preguntas, Carolina. No sé si este es el mejor momento, pero es importante.

Ella asintió con un gesto breve.

—Es sobre Nacho Larrea. Vi como intercambiabais miradas el otro día en la casa familiar. Hay sentimientos que no se pueden ocultar.

Un ligero temblor recorrió las manos de Carolina. Su respiración se hizo más rápida y clavó la vista en el suelo.

—Nacho y yo —titubeó. Se llevó la mano a la sien y la masajeó como si intentara despejar un pensamiento incómodo—. Nuestra relación no es lo que piensas.

—Cuéntame tú qué relación mantienes con el sobrino de Eusebio Larrea.

Lobo entrelazó los dedos sobre el bastón, inclinándose levemente hacia ella. Carolina respiró hondo, su pecho temblaba mientras buscaba las palabras correctas.

—Nacho y yo nos conocimos de verdad durante la presentación de un libro, hace apenas un año —dijo la menor de los Uriarte y carraspeó—. Aunque en realidad ya lo conocía, como todos, a partir

de ese día conocí al verdadero Nacho Larrea —comenzó Carolina, con una mezcla de nostalgia y cautela en su tono.

Se detuvo un momento, como si recordar ese día fuera abrir una puerta que prefería mantener cerrada.

—Fue en Logroño, en el Círculo Logroñés, donde Margarita solía organizar algunos eventos culturales —continuó—. Ella estaba empeñada en que apoyáramos al talento local, especialmente al que tenía que ver con nuestras raíces, con la tierra y el vino que tanto nos marcaba. Todo estaba decorado con ese aire tradicional que siempre le gustaba a mi tía, mesas de madera, decoración rústica, y el salón lleno de gente del mundo del vino, escritores y periodistas locales. Como te he dicho, conocía a Nacho, por supuesto. Sabes que es íntimo de mi hermano Ricardo, pero nunca habíamos mantenido más conversación que unas pocas palabras. En aquella presentación, sin embargo, él se acercó de una manera distinta. —Carolina hizo una pausa, su respiración se aceleró levemente, como si revivir ese momento despertara emociones que aún no había procesado del todo—. Al principio me pareció extraño, él y yo no teníamos motivos para hablarnos más de lo necesario, dadas las enemistades entre nuestras familias. Pero aquella tarde fue diferente. Nos quedamos solos después de la presentación. Recuerdo cómo el autor, un hombre de la comarca, había hablado de la historia de los viñedos de La Rioja, de cómo las familias bodegueras como la mía y la suya habían modelado esta tierra. Al final de la noche, estábamos en un rincón. Habíamos bebido más vino de lo aconsejable y conversábamos de cualquier cosa menos del libro, de nuestras vidas, de cómo habíamos llegado hasta ahí… y entonces lo entendí.

—¿Qué entendiste?

—Que detrás de toda su fachada arrogante, había una persona rota. Hablaba con un dolor oculto por la pérdida de sus padres, por la presión de llevar el apellido Larrea, sin haber tenido elección. En ese momento, me di cuenta de que toda esa prepotencia de la que hacía alarde junto a mi hermano no era más que una máscara para

esconder su fragilidad. —Su voz se quebró levemente, y se detuvo para recomponerse—. Lo que empezó como una conversación inocente, se convirtió en algo más con el tiempo.

Carolina volvió la mirada hacia el suelo.

—Comenzamos a salir, siempre a escondidas. Sabía lo que significaba estar con Nacho, lo complicado que sería si nuestras familias se enteraban. La enemistad entre los Uriarte y los Larrea iba mucho más allá de simples diferencias comerciales. Mi padre jamás lo habría aceptado... ni mi madre tampoco, a pesar de su carácter más conciliador. Pero no pude evitarlo. Cuanto más lo conocía, más me daba cuenta de que Nacho necesitaba a alguien que le comprendiera, alguien que no lo juzgara por el apellido que llevaba.

—¿Qué decía tu tía de vuestra relación?

—Me dijo, "¿Qué crees que diría tu padre, si supiera que te has enredado con Nachito, con todos los hombres que hay en Logroño?" —Carolina esbozó una sonrisa triste—. Yo me quedé en silencio, sin saber qué responder. Mi tía Margarita nunca fue una mujer de amenazas ni de grandes discursos. Simplemente me miró a los ojos para decirme: "Si lo amas de verdad, sabrás lo que tienes que hacer. Pero recuerda que no es solo tu vida la que cambiará, si sigues adelante con esto". Fue como un golpe. Sabía que tenía razón.

—¿Y qué hizo Margarita? —preguntó Lobo, con el tono paciente de quien conoce la respuesta.

—Al principio mostró ciertas reticencias, pero en la intimidad ella también descubrió al auténtico Nacho Larrea, un hombre profundamente marcado por la pérdida de sus padres, y que deberá abordar una gran responsabilidad cuando se haga cargo de la bodega familiar. Un hombre cariñoso en la cercanía, incluso detallista. Fue Nacho quien empezó a llevarle a mi tía esos dulces —murmuró, como si aún no pudiera creerlo—. Lo hacía cada vez que venía a vernos, desde que descubrió que a mi tía le encantaban. Eran de una pequeña pastelería de Logroño, algo muy típico, unas pastas de mantequilla con un toque de canela, sus favoritas. Al principio, mi tía no le prestaba mucha atención, o eso parecía. Pero

con el tiempo, empezó a esperarlos como si fueran un ritual. Nacho no es como la gente piensa.

Lobo afirmó con la cabeza y la miró a los ojos.

—Carolina, hay un asunto del que creo no hemos hablado antes, y que quizá sea pertinente sacar a la luz ahora. Tengo sospechas de que en el pasado ocurrieron cosas oscuras entre ambas familias, sucesos ligados al franquismo, en cuanto a posesión de las tierras y los viñedos de ambas bodegas. Tu tía me sugirió algo en mi anterior visita, pero no llegó a concretar a qué se refería. ¿Alguna vez te comentó algo Margarita al respecto?

Carolina negó con la cabeza.

—¿Y Larrea?

Ella repitió el gesto. Lobo se quedó pensativo unos segundos.

—¿Te dijo alguna vez Nacho de buscar algo en esta casa o en la de tus padres?

Tras unos segundos pensativa, respondió.

—Jamás hizo una mención al respecto.

—Entiendo. —Lobo se acercó un poco más a ella—. ¿Es posible que Nacho estuviera en esta casa en vuestra ausencia?

Carolina cerró los ojos y apoyó las manos sobre los pantalones.

—Hará cosa de un mes, más o menos, me pidió una copia de las llaves.

Félix Lobo la miró con determinación.

—¿Se las diste?

Carolina suspiró y desvió la mirada hacia el jardín. El sonido del agua fluyendo suavizaba la presión en su pecho.

—Nacho me lo pidió con urgencia. Decía que necesitaba un lugar donde escapar, un sitio donde pudiera estar solo, donde pudiera sentir que no estaba bajo el constante escrutinio de su tío ni de los negocios. A él le gustaba sentarse en donde tú estás ahora y desconectar, rodeado de esta paz. En ese momento, pensé que la casa de Margarita podía ser un buen refugio para él.

—Así que le diste las llaves.

—Sí —dijo Carolina—. Lo hice porque creí que, si le proporcionaba un lugar seguro, un espacio solo para él, las cosas entre nosotros podrían ser más llevaderas. Y también porque, en el fondo, confío en él. Amo con todas mis fuerzas a Nacho Larrea.

La conversación se interrumpió de golpe con el pitido intermitente del móvil de Lobo, de la nueva alarma instalada en Casa Uriarte.

32

Félix Lobo agarraba el volante con ambas manos, los nudillos blancos por la presión, mientras la *Kombi* rugía como un animal herido para mantener la velocidad en aquella noche traicionera. La niebla había regresado. Densa y pegajosa, parecía apoderarse de todo, engullendo la carretera y borrando cualquier rastro del camino por delante. Los faros apenas tenían fuerza para perforar la cortina blanca y las luces creaban halos difusos parpadeantes con cada golpe de bache. El viejo motor de la furgoneta gemía bajo el esfuerzo, pero Lobo no levantaba el pie del acelerador.

El timbre de la alarma retumbaba por su cabeza. Agarró de nuevo el móvil con la mano derecha y volvió a pulsar la tecla de llamada. La quinta vez. Nada. Nora no contestaba. El corazón de Lobo latía como un tambor desbocado, y la sensación de que algo andaba terriblemente mal le recorría la espina dorsal como una corriente helada.

—Vamos, Delgado... contesta, por Dios —murmuró, con los dientes apretados.

Las sombras de los árboles y los viñedos que flanqueaban el camino se estiraban como figuras deformes a través del velo blanco, y cada crujido del asfalto bajo las ruedas lo hacía saltar en el asiento. El móvil vibró de nuevo en su mano. Un mensaje, no una llamada.

"Alarma activada. Casa Uriarte. Patrulla en camino."

Lobo maldijo entre dientes. Sabía que la policía tardaría en llegar. Demasiado tiempo. Él estaba más cerca. Las palabras de su psiquiatra se infiltraron en su mente, como si la propia niebla se encargara de arrastrarlas de su subconsciente: "Respira, Félix. Mantén la cabeza fría. La ansiedad no te ayuda, el control sí. Si pierdes la cabeza, pierdes la batalla".

—Concéntrate en lo que puedes controlar, Félix —se repitió en voz alta—. El presente. Las manos en el volante. El camino por delante. No te pierdas en lo que no puedes cambiar.

Pero su mente no podía evitar divagar e imaginar lo peor: Nora, tendida en el suelo de Casa Uriarte, herida, inconsciente. O incluso… Arrebató ese pensamiento de su cabeza. Los recuerdos de sus tiempos en el GAR, los operativos de riesgo le venían a la mente como descargas eléctricas. La tensión en aquellas misiones era parecida, la misma incertidumbre, la misma adrenalina que circulaba como un torrente por las venas, el cuerpo alerta, dispuesto a la acción. Pero entonces, tenía un equipo. Ahora, estaba solo. Y temía que le hubiera pasado algo a la persona que mejor parecía entenderle. La mujer a la que, los últimos días, no se podía quitar de la cabeza.

La explosión lo golpeó en los recuerdos como un puño. La niebla frente a él dejó de ser simplemente niebla. Se había transformado en un humo, un humo espeso y oscuro que lo envolvía todo, igual que el día en que la bomba estalló. Las siluetas de los árboles a los lados de la carretera comenzaron a retorcerse, deformándose en figuras que le recordaban a los cuerpos que había visto caer ese día. La sensación de estar de nuevo en aquel infierno lo sobrepasó.

"Respira, Félix. Respira y concéntrate."

Las palabras de su psiquiatra regresaron, apagadas al principio, pero más claras cuanto más luchaba por salir de su propia cabeza.

"No puedes cambiar el pasado. Puedes controlar lo que haces ahora."

Nora no era Merino. Él no podía ya salvar a Merino, pero aún podía salvarla a ella. El destino le ofrecía una oportunidad de redimirse. Con un gruñido, Lobo apretó los dientes. Pisó el acelerador de nuevo, y el motor de la *Kombi* rugió con renovada energía. La realidad de la carretera volvió a materializarse frente a él. El asfalto bajo las ruedas, el frío del volante entre sus manos, la niebla que ahora parecía menos densa.

—Concéntrate, Félix —se dijo de nuevo en voz alta.

Nora caminaba lentamente entre los viñedos, las manos a la espalda, envuelta por la densa niebla que había caído como un velo sobre la tierra. El aire estaba frío, húmedo, y el ambiente desapacible se pegaba a su piel y a su abrigo. El sonido de sus propios pasos sobre la tierra blanda la acompañaba, un eco solitario en medio de las tierras de Casa Uriarte. Luna trotaba alegremente unos metros más adelante, volviendo la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que su dueña la seguía.

Nora cerró los ojos un segundo y respiró profundamente. No podía ver más allá de unos pocos metros, pero ese silencio pesado y absoluto, le traía una extraña calma. Los últimos días habían sido una vorágine de emociones. Cada paso desde su llegada a Logroño la había llevado a replantearse no solo su vida, sino también lo que sentía por las personas a su alrededor.

Félix.

Por su mente pasaron una serie de imágenes como los fotogramas de una película: su encuentro casual en el parque del Retiro, la conversación para que aceptara trabajar con él, la mirada triste de esos ojos azules, las marcas, no solo físicas del atentado, el sentimiento de culpabilidad por la muerte de Merino. Nora se percató de que por su cabeza apenas merodeaba Fernando, el centro de su universo había girado de forma inesperada. Una sensación que se le antojaba peligrosa, como si los sentimientos que Félix le despertaba fueran capaces de alterar todo lo que ella creía saber sobre sí misma.

Luna, que hasta ese momento había correteado sin preocupaciones, se detuvo de golpe. Sus orejas se irguieron, tensas. Un gruñido bajo y constante emergió de su garganta. Nora se detuvo también, alerta.

—¿Qué pasa, pequeña? —preguntó en voz baja, agachándose para acercarse más a la perra.

Luna miraba en dirección a la casa, los músculos tensos. Sin previo aviso, se lanzó a la carrera, ladrando con una furia que jamás

había presenciado. Nora sintió una punzada de miedo recorrerle el cuerpo, como si el simple acto de quedarse sola en la niebla la dejara vulnerable, expuesta a algo invisible.

—¡Luna! —gritó, pero Luna ya había desaparecido en la oscuridad.

El corazón de Nora se aceleró. Luna jamás había reaccionado de esa forma.

—¡Luna! —volvió a gritar, pero solo el eco de su voz se perdió en la inmensidad blanca.

Sin pensarlo, Nora se lanzó a correr tras la perra, sus pasos rápidos y torpes sobre la tierra blanda de los viñedos. La niebla era tan espesa que apenas podía ver más allá de un par de metros. Todo lo que la rodeaba se volvía borroso y confuso, como si el mundo se desvaneciera ante sus ojos.

Los ladridos de Luna resonaron en la distancia, lejanos pero cargados de rabia. Su mente comenzó a proyectar todo tipo de escenarios, ninguno bueno. La presión en su pecho aumentaba con cada segundo que pasaba. La carrera le quemaba los pulmones. Nora intentaba seguir el rastro de los ladridos, pero la niebla lo distorsionaba todo. ¿Dónde estaba la casa? El paisaje que creía conocer se sentía extraño, como si algo en el aire la confundiera, la desorientara.

Y entonces, de repente, lo escuchó.

El sonido de una pelea. Gruñidos y ladridos entrecortados que reverberaban en la distancia. Luna. Algo o alguien estaba ahí, con ella. El miedo se transformó en terror cuando los sonidos se intensificaron. Nora sintió que el suelo se le desmoronaba bajo los pies.

—¡Luna! —gritó, aún más desesperada.

Sus botas golpeaban con fuerza el suelo y el barro le salpicaba las piernas. No podía detenerse. No ahora. Luna estaba en peligro. Un sonido seco, intenso y corto atravesó la niebla.

Un disparo.

Nora se quedó paralizada, el cuerpo congelado por un instante eterno. El eco del tiro resonó en sus oídos como un trueno sordo. El tiempo se detuvo a su alrededor. Todo se sumió en un silencio aterrador.

—No —murmuró, su voz quebrada por el miedo. Un nudo se formó en su garganta, tan fuerte que le cortaba la respiración.

Los ladridos, la pelea, todo se había desvanecido. El nuevo silencio que lo inundaba todo era lo peor. Pensó por un instante que todo era fruto de una broma de mal gusto. No podía estar sucediendo aquello. Una bofetada de realidad la devolvió a Casa Uriarte. Un grito ahogado escapó de su pecho, y sin pensarlo dos veces, arrancó a correr de nuevo. Llevaría recorridos unos cuantos metros cuando la silueta de la casa empezó a materializarse entre la niebla.

La puerta estaba entreabierta y la claridad salía hacia afuera con aspecto espectral. Nora empujó la lámina con fuerza, el corazón golpeando contra su pecho como si fuera a salirse. Entró de un tirón, la respiración agitada, y lo primero que vio fue a Luna tendida en el suelo. Un charco de sangre oscura manchaba las baldosas junto a su costado.

El sonido de pasos detrás de ella la hizo congelarse. Antes de que pudiera girarse del todo, un hombre apareció tras la puerta del salón. Llevaba un traje de cuero negro de motorista y un casco del mismo color con la visera oscura. El miedo la paralizó. El hombre avanzó hacia ella sin decir una palabra, en un movimiento que parecía mecánico. Nora dio un paso atrás, el cuerpo tenso por el espíritu de supervivencia. Demasiado tarde. Él se lanzó sobre ella antes de que pudiera reaccionar.

Forcejearon. Nora trató de zafarse, pero el hombre era más fuerte. Con un movimiento rápido, levantó el brazo y le propinó un golpe seco con el mango de la pistola en la sien. El dolor fue inmediato, agudo, como si su cabeza explotara desde dentro. Cayó al suelo, sus manos contra la piedra fría. El mareo se apoderó de

ella, las formas a su alrededor se distorsionaban, y una parte de su mente le suplicaba que se levantara, que no se rindiera.

Pero el mundo daba vueltas.

Nora lo vio avanzar hacia los ordenadores de la mesa del salón. Sin decir una palabra, empezó a romperlos uno a uno. Los golpes de la culata contra las pantallas se mezclaban con su respiración agitada. El hombre lanzó los restos de los ordenadores al suelo con violencia y empezó a rebuscar entre los papeles que había sobre la mesa. Se guardó unos cuantos en una mochila y luego, sin dudarlo, sacó un mechero del bolsillo del pantalón.

Encendió el primer papel y lo lanzó sobre el montón de documentos que había dejado esparcido. Las llamas comenzaron a trepar como serpientes de fuego. El calor aumentó en la habitación en cuestión de segundos. Pero entonces, el chirrido de unas ruedas rompió el silencio exterior.

El hombre se detuvo. Giró la cabeza hacia la ventana con un movimiento brusco, como si midiera las opciones. Con la casa comenzando a arder, corrió hacia la ventana abierta y saltó al exterior. A continuación, se escuchó el rugido de una motocicleta de gran cilindrada perdiéndose en la distancia.

Félix entró como un vendaval. Lo primero que vio fue a Nora, tendida en el suelo, sus ojos entrecerrados y el rostro pálido por el golpe. El fuego ya había devorado los papeles sobre la mesa y el calor era asfixiante.

—¡Nora! —gritó y se arrodilló a su lado.

Ella intentó hablar, pero su boca solo formó un susurro roto. Félix le tomó el rostro con cuidado, observando la herida en su sien, un hilo de sangre corría por su piel. Los ojos de Nora se enfocaron en los suyos y consiguió mover los labios.

—Luna, ocúpate de ella —dijo en un último suspiro hasta que todo se fundió en negro.

33

Unas voces que hablaban en alto la sobresaltaron. El chirrido metálico que siguió le hizo fruncir el ceño. ¿Dónde había quedado el plácido silencio en el que estaba instalada? Escuchaba voces altas, sentía manos que tiraban de ella y un intenso dolor en la cabeza. Nora intentó abrir los ojos, pero le faltaban fuerzas. Estaba mareada, todo se movía a su alrededor. Finalmente, los párpados cedieron. La niebla se movía con velocidad sobre su cabeza. De repente, el manto blanco se abrió y entre un resquicio vio la luna brillar. La perra le vino a la cabeza. Se intentó incorporar, pero unas cintas en el pecho se lo impidieron.

—Nora —susurró Félix Lobo—. No intentes moverte, estás atada a una camilla. La ambulancia te va a llevar al hospital, te pondrás bien.

—¿Y Luna?

Lobo le apretó el hombro.

—Luna está bien, le han parado la hemorragia y un coche de la Guardia Civil la va a acercar a un veterinario.

Lobo estaba allí. Estaba viva. Luna también. Todo iba a salir bien. Sonrió a gusto hasta sumirse en un estado de seminconsciencia. No estaba segura del tiempo que estuvo así, pero cuando la recuperó, el cielo envuelto en niebla se había transformado en un techo metálico. A su lado, un hombre vociferaba.

—Mujer, cuarenta años, presenta traumatismo en la región temporal, contusión grave, posible conmoción cerebral. Pulsaciones a ciento diez, presión noventa sobre sesenta. —La voz se entrecortaba con el traqueteo de la ambulancia.

Nora intentó enfocar sus pensamientos, pero el dolor en la cabeza era como un martillo, constante, despiadado. Un pitido agudo resonaba en sus oídos y ahogaba el resto de los sonidos. Las

palabras del sanitario le llegaban distantes, como si las escuchara bajo el agua.

—Voy a administrarle una dosis de analgésico —dijo otra voz, esta vez una mujer—. Tiene un hematoma visible en la sien, y corre el riesgo de perder el conocimiento de nuevo.

Una leve presión en su brazo la alertó de que le estaban colocando una vía. Sintió el frío líquido recorriendo sus venas.

—Tiene signos de confusión. Necesitamos monitorizar su respuesta neurológica —dijo la mujer, con voz firme. Nora distinguió su figura borrosa mientras ajustaba los electrodos en su pecho—. Nora, escúchame. Voy a hacerte unas preguntas. Solo necesito que intentes responder, ¿de acuerdo?

Nora intentó asentir, pero el simple movimiento de su cuello envió una oleada de dolor por toda su cabeza. No estaba segura de poder hablar, pero luchó por mantenerse presente, el foco puesto en la voz de la doctora.

—¿Cómo te llamas?

Las palabras se atascaban en su garganta. Intentó pronunciar su nombre, pero su lengua parecía no obedecerla. Finalmente, después de lo que le parecieron siglos, murmuró:

—No… No… Nora... Delgado.

—Muy bien. —La mujer sonrió levemente, sin apartar la vista de sus ojos, evaluando su respuesta—. ¿Sabes dónde estás?

—Ambulancia —balbuceó, insegura.

—Perfecto. Estás haciendo un buen trabajo, Nora. Sigue conmigo.

Félix Lobo, sentado al lado de Nora, observaba todo con el rostro consternado por la preocupación. Sabía que debía mantener la calma, pero ver a Nora tan vulnerable, luchando por mantenerse consciente, le descomponía por dentro.

—Nora, ¿me oyes? —Lobo le hablaba despacio—. Estás haciéndolo muy bien. Ya estamos cerca del hospital.

Mientras tanto, el enfermero revisaba el monitor de constantes vitales y ajustaba la dosis de suero. El pitido de las máquinas seguía constante, pero el pulso de Nora estaba acelerado, lo que

evidenciaba su estrés y la posible hemorragia interna. La presión seguía siendo baja, un mal signo que obligaba al equipo a actuar con rapidez.

—Voy a aplicar un vendaje compresivo en la cabeza —indicó la médica—. Tenemos que minimizar el riesgo de mayor hinchazón o sangrado cerebral antes de llegar al hospital.

El enfermero asintió mientras preparaba el vendaje. Nora volvió a abrir los ojos con esfuerzo. El dolor era insoportable, pero la familiaridad de la voz de Lobo la mantuvo a flote. Su mano temblorosa buscó a ciegas y sintió el toque cálido de Lobo que apretaba con suavidad.

—No te preocupes por nada, ¿vale? Luna está bien, y tú también lo estarás. Aguanta un poco más.

El pitido de la máquina subió de intensidad.

—La presión está cayendo —anunció el enfermero—. Cuarenta sobre veinte. Necesitamos estabilizarla ya.

La médica frunció el ceño.

—Voy a administrarle una dosis de dopamina, veinte miligramos. Hay que elevar la presión o no va a llegar consciente al hospital.

Nora sentía cómo el sonido se distorsionaba, el eco de las voces se iba haciendo cada vez más lejano. Luchaba por mantenerse en la superficie, pero el dolor y el cansancio tiraban de ella hacia la oscuridad. Podía sentir cómo su cuerpo se iba apagando poco a poco. El enfermero inyectó el medicamento en la vía, mientras la médica mantenía los ojos fijos en el monitor.

—Nora, no te duermas —le dijo la médica, su voz ahora más apremiante—. Quédate con nosotros. Respira profundo, inhala y exhala.

Los ojos de Nora comenzaron a cerrarse de nuevo. Todo a su alrededor se volvía más oscuro, el dolor cada vez más intenso. Pero una última chispa de voluntad la hizo respirar profundamente, para seguir la orden de la médica. Las luces sobre su cabeza parpadearon

y, de nuevo, se repitió la imagen nítida de la luna brillar. Entonces, todo se apagó.

—Pérdida de consciencia —anunció la médico—. La presión está subiendo. Llama al hospital y avisa al equipo de urgencias para que estén preparados.

Félix Lobo sintió que el mundo se tambaleaba a su alrededor. Miró a Nora, inerte sobre la camilla y apretó los puños con impotencia.

Al llegar al hospital todo sucedió a una velocidad vertiginosa. Le retiraron los vendajes de emergencia y la trasladaron a una sala de radiología. Nora volvió a recuperar la conciencia. El zumbido de la máquina de TAC le vibraba en los oídos. Un dolor sordo le golpeaba la cabeza, aunque más lejano.

En esos momentos, a pesar del ruido y la agitación, Nora solo podía pensar en una cosa: Luna. La imagen de su perra herida, la sangre manchando su pelaje, era lo único que se repetía una y otra vez en su mente. El miedo de perderla, de que algo peor le hubiera pasado mientras ella quedaba atrapada en ese limbo entre la conciencia y la oscuridad, le pesaba más que el propio dolor físico. ¿Estaría de verdad bien?

Lobo estuvo a su lado hasta en la eterna espera de la UCI hasta que llegó otra doctora.

—Los resultados del TAC han salido bien —dijo la médico—. No hay signos de hemorragia interna, ni fracturas en el cráneo. La contusión ha provocado la pérdida de conciencia, pero por ahora no hay indicios de complicaciones graves. Vamos a mantenerla en observación durante las próximas horas.

Félix Lobo permanecía sentado junto a la cama de Nora. Observaba cada uno de sus movimientos con una mezcla de alivio y preocupación. El suave pitido del monitor era el único sonido que llenaba la habitación. Por momentos, parecía que ella estaba en paz,

pero de pronto su respiración se agitaba, como si los fantasmas de lo que había vivido la acosaran incluso en el descanso.

Nora abrió los ojos lentamente, bajo las parpadeantes luces del hospital. Vio a Lobo a su lado, su mirada fija en ella.

—¿Félix?

Él se inclinó hacia adelante.

—Estoy aquí —respondió con suavidad.

—Dame la mano, por favor —dijo y entrelazó los dedos con los de él—. Pasé tanto miedo. Pensé que no saldría de esto, que todo terminaría allí —confesó en un susurro que apenas se escuchaba.

Sin pensar demasiado en ello, hizo un pequeño movimiento con su mano y Félix lo interpretó como una petición. Se inclinó más, hasta que su rostro quedó a la altura del suyo. Nora levantó la otra mano, con dificultad, para rozar su mejilla. El simple contacto de sus dedos contra su piel hizo que una oleada de placer le sacudiera de arriba abajo.

—Abrázame —pidió ella.

Félix no dudó. Se inclinó más y, con cuidado, la rodeó con los brazos. Nora levantó la cabeza apenas unos centímetros y sus labios rozaron la piel de Félix en un movimiento casi involuntario. Sus miradas se encontraron y durante un instante, ambos se quedaron quietos. Sin poder evitarlo, sus bocas se acercaron. Félix sintió cómo su corazón latía con más fuerza, y sin pensar en las consecuencias, correspondió a ese beso suave, casi tímido al principio, pero cargado de un deseo que había estado escondido durante demasiado tiempo.

El mundo exterior desapareció por unos segundos. Solo estaban ellos, el roce de sus cuerpos, el deseo desatado. Pero tan rápido como el beso había comenzado, Nora lo interrumpió, oprimiendo con la mano sobre el pecho de Lobo.

—No... —dijo ella con la voz quebrada —No puedo, estoy casada.

Félix se retiró de inmediato, sus manos temblando mientras trataba de reprimir la vergüenza que empezaba a quemar en su interior. Se pasó las manos por el rostro, agitado, buscando qué decir, pero ninguna palabra parecía adecuada.

—Lo siento —dijo él finalmente.

—No, no te vayas —murmuró ella—. Solo quédate. Solo quiero que estés aquí.

34

Félix revisaba con atención las imágenes de las cámaras que había instalado en la vivienda. Entre la niebla y la oscuridad, la calidad del vídeo dejaba mucho que desear. Aun así, no apartaba la vista de la pantalla, en busca de cualquier detalle que se le pudiera haber escapado antes. Volvió a pasar a cámara lenta el momento en que el hombre saltaba por la ventana para coger la motocicleta y salir a toda velocidad. Aceleró el video, rebobinó, y de nuevo se detuvo en el instante justo en el que la figura con el mono negro salía a través del ventanal.

La luz tenue de los faros apenas permitía distinguir más que una silueta espectral: el casco oscuro, el mono ajustado al cuerpo y las manos rápidas colocándose los guantes con movimientos eficientes, casi automáticos. Rebobinó una vez más, congelando la imagen justo antes de que el tipo encendiera la moto. Allí estaba de nuevo, esa motocicleta envuelta en sombras. Algo le llamó la atención esta vez. Se inclinó hacia la pantalla, acercándose tanto que podía escuchar el zumbido de la computadora trabajando.

Félix acercó la imagen haciendo zoom hasta que los contornos de la motocicleta emergieron con mayor claridad. Entre los píxeles borrosos y el grano de la mala resolución, ahí estaba: una moto Ducati. La reconoció por la forma particular del carenado. El vídeo continuaba. El hombre se inclinaba sobre el manillar, el motor rugía y en cuestión de segundos, la moto se perdía en la distancia. Félix pausó la grabación justo antes de que la Ducati desapareciera por completo del campo visual. Respiró hondo, notando cómo la tensión que había contenido empezaba a liberarse. Con un gesto instintivo, se pasó la mano por la cicatriz de su mejilla.

El ángulo de las cámaras de seguridad no permitía ver con claridad la matrícula. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de

descartar la imagen, algo captó su atención: un pequeño detalle que, hasta ese momento, había pasado inadvertido.

Félix detuvo el video en seco, rebobinó y amplió la imagen una vez más. La calidad era pobre, pero allí, en el costado de la moto, se distinguía algo apenas perceptible: una pegatina desgastada, un número en amarillo que resaltaba tenuemente en el carenado rojo de la Ducati. Hizo un nuevo zoom, ajustando el contraste para mejorar la visibilidad. No había dudas: era el número 46.

Félix y Blas llegaron al impresionante complejo de las bodegas Larrea algo antes de anochecer. La fachada de la nave principal, que se extendía ante ellos, se asemejaba a una majestuosa ola de acero y madera ondulante. Cada curva del edificio parecía mimetizarse con las colinas que lo rodeaban, como si el diseño arquitectónico hubiera sido esculpido por el viento y las montañas que dominaban el horizonte.

El centro de la estructura brillaba bajo el sol del ocaso con tonos dorados, y las láminas alargadas que ascendían hacia el cielo capturaban los últimos rayos del día, reflejando el paisaje árido de los viñedos. El edificio, moderno y vanguardista, contrastaba con la rusticidad de las vides que lo rodeaban, donde las cepas formaban largas líneas paralelas que parecían perderse en la lejanía. Félix no pudo evitar una mueca al contemplar la magnitud de la estructura, que no solo destacaba por su tamaño, sino por la perfección de sus formas.

—Nunca me ha gustado este sitio —masculló Blas, con el ceño fruncido—. Los Larrea siempre han necesitado demostrar su poder y esta bodega lo grita a los cuatro vientos. Ven, sígueme.

Félix avanzaba sigilosamente junto a Blas, que lo guio hacia una nave cercana a la bodega.

—Es ahí —dijo señalando con un dedo amorcillado del que emanaban multitud de pelos negros.

—Tendremos que esperar a que anochezca.

Ambos se agacharon y se deslizaron hasta un pequeño grupo de barriles apilados a unos cuarenta metros de la entrada. Esperarían a que no quedara nadie por los alrededores para acceder al interior, cuando sobre las nueve de la noche el ruido de un motor les sorprendió. Una furgoneta blanca se detuvo frente a la puerta de la nave. Nacho Larrea fue el primero en bajarse del vehículo. Miró a ambos lados de la calle y luego abrió la puerta corredera de la nave. A continuación, se bajó el conductor. Un tipo alto, una barriga prominente, pelo recogido en una coleta y aquellas botas camperas.

—¿Has visto, Lobo?

Félix asintió. Era uno de los dos individuos que les habían asaltado en el callejón. Lobo sacó el móvil de la gabardina, encendió la cámara, apagó el flash y comenzó a pulsar el botón rojo, haciendo una foto tras otra.

Primero sacaron una Ducati roja de la furgoneta, que bajaron con la ayuda de una rampa. Para sorpresa de ambos, al poco tiempo ambos hombres salieron con otra motocicleta idéntica a la primera, salvo en una pequeña diferencia: la pegatina con el número 49 en el carenado.

—*Cagoen*, serán sabandijas —rumió Blas—. ¿Qué intentan con este truco?

—Están cubriendo sus huellas —dijo Félix, mientras ajustaba el enfoque de su cámara para captar los detalles del número—. Cambian las motos para que parezca otra. Si alguien los sigue, no reconocerán la Ducati que hemos visto en las cámaras.

El hombre de la coleta cerró la parte trasera de la furgoneta con un fuerte portazo. Ambos intercambiaron algunas palabras más, rápidas y secas, y finalmente, Nacho Larrea le dio una palmada en el hombro al conductor antes de despedirse. Los movimientos de Nacho eran calmados, sin prisa.

Félix mantuvo la cámara enfocada mientras el de la coleta se subía de nuevo a la furgoneta. El motor ronroneó suavemente antes de que comenzara a moverse, deslizándose con lentitud por el camino de tierra que conectaba con la carretera principal. Las luces

traseras parpadearon en la distancia antes de desaparecer por completo en la oscuridad.

Nacho, sin embargo, no se movió de la puerta del hangar. En lugar de eso, se quedó mirando el horizonte por un momento, como si estuviera calculando su próximo paso. Después, sin apresurarse, comenzó a caminar hacia la bodega principal. La sombra de su figura se alargaba bajo las farolas.

De no haber encontrado la carta escrita de puño y letra por su madre y dirigida a Margarita Uriarte, jamás se habría desencadenado la oleada de muertes recientes. Pero al final, por mucho que la mierda se quisiera enterrar muy hondo, acababa por salir a la superficie.

En ese momento, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. No quedaba más remedio que terminar lo que había empezado. Lo que él había hecho no era nada comparado con lo sufrido todos esos años en sus propias carnes. Por fin se impartiría justicia para el engaño y la traición de Eusebio Larrea y Roberto Uriarte. Si no hubiera sido por la inesperada aparición de esos investigadores, nadie hubiera sospechado jamás del plan que estaba a punto de finalizar. Tampoco había mucho de lo que preocuparse. ¿Qué tenían contra él? Nada. Sin pruebas, aquellos dos detectives de medio pelo salidos de un circo, no tenían nada contra él.

La mente de Nacho no podía escapar de la cadena de eventos que lo habían llevado hasta allí. Todo comenzó con aquella carta. Si no la hubiera encontrado, ahora Roberto y Margarita Uriarte seguirían con su vida y él permanecería ajeno a las verdades que se escondían tras la fachada de poder y éxito que los Uriarte y su tío habían construido.

Margarita Uriarte fue quien, sin quererlo, desató la tormenta. Ese atisbo de confesión, surgido en un momento de debilidad emocional durante una tarde cualquiera, había encendido una chispa en él. Las palabras de Margarita, envueltas en el dolor de su pasado y el peso

de sus secretos, le hicieron intuir que había algo más. Algo oscuro, algo que nadie había querido revelar hasta ese momento.

Al principio, no lo entendió. Las insinuaciones de Margarita se mezclaron con las sombras de su infancia, con las pocas imágenes que tenía de sus padres a partir de fotografías, fallecidos en aquel accidente de coche cuando él apenas tenía un año. Pero la forma en que ella habló, el modo en que las palabras se escaparon de sus labios con resentimiento y dolor, lo dejó inquieto. Así fue como empezó a buscar. Y lo que encontró le cambió la vida para siempre.

La carta de su madre. La halló oculta en una vieja enciclopedia de la biblioteca de Margarita, amarillenta por los años, pero su mensaje seguía siendo claro. Un ruego. Una súplica desesperada dirigida a Margarita Uriarte para que interviniera, para que actuara en favor de una merecida justicia. Su madre sabía lo que estaba ocurriendo, había visto cómo Eusebio Larrea y Roberto Uriarte se aliaban para arrebatarle las tierras a su padre. Por eso se dirigió a quien pensaba que podría ayudarle, a una persona sensible. Y, aun así, Margarita no hizo nada. Silencio absoluto.

Leer esa carta fue un golpe directo al corazón. Su madre había confiado en Margarita. Pensaba que ella, por su carácter, intercedería, que ayudaría a detener la injusticia que se estaba cometiendo. Pero Margarita no solo se quedó callada, incluso se convirtió en cómplice al no actuar, al permitir que la traición siguiera su curso. Fue en ese momento, al leer esas líneas de desesperación, cuando todo cambió dentro de Nacho. Nada había sido un accidente. Todo fue planeado. Su vida, sus sufrimientos, cada momento bajo la tutela de su tío Eusebio, estaba marcado por esa traición.

La verdad se había revelado. Su padre había sido traicionado por su propio hermano, Eusebio, y por Roberto Uriarte, ambos cegados por la ambición, ansiosos por hacerse con las tierras. Y sus padres, muertos en un supuesto accidente de coche, no habían sido más que obstáculos eliminados del camino. Lo que él había creído una tragedia familiar, estaba ahora convencido que no era más que un asesinato encubierto.

Y Margarita Uriarte lo había sabido todo el tiempo. Aquella mujer que parecía poseer un gran corazón se había quedado con la verdad enterrada en el fondo de su conciencia, mientras los años pasaban. Ella tuvo la oportunidad de actuar, de cambiar el curso de los acontecimientos. Pero no lo hizo.

El dolor y la rabia se convirtieron en su nuevo propósito. No se trataba solo de venganza, se trataba de justicia. Lo que él había hecho, las muertes que habían seguido a su descubrimiento no eran más que la forma en que el equilibrio volvía a su lugar. Roberto Uriarte había caído primero, luego Margarita y ahora su tío Eusebio seguiría el mismo destino.

El asesinato de Roberto Uriarte fue solo el comienzo. Y su tío, ese hombre que le había negado cualquier posibilidad de redención, que lo había condenado a una vida de sufrimiento, sería el último en caer. Sentiría el miedo, la desesperación, el peso de saber que su tiempo se había acabado, tal como Nacho lo había sentido durante años.

No había arrepentimiento, no había remordimiento. Solo el alivio de saber que, finalmente, el bien se impondría al mal. Él no era un monstruo. Era el producto de años de traición, de silencios cómplices, de una vida que le fue arrebatada. Y ahora, aquellos que lo condenaron sufrirían las consecuencias de sus actos. La justicia, por fin, tendría lugar.

35

Nacho caminaba con pasos firmes a través de los lujosos pasillos de las Bodegas Larrea, un lugar que irradiaba grandeza a cada paso, al igual que sus zapatos de piel de cocodrilo y el traje a medida de la sastrería Sánchez de Madrid. Los suelos de mármol relucían bajo la tenue luz de las lámparas que colgaban desde los altos techos, y a su alrededor, las paredes estaban adornadas con trofeos de caza y diplomas que celebraban décadas de éxito vinícola.

No quedaba casi nadie. El eco de sus zapatos era el único sonido que interrumpía el silencio de las instalaciones. Solo algunos guardias de seguridad dispersos lo observaban de reojo mientras se deslizaba con prepotencia por los pasillos, consciente de que el destino de todo ese imperio pronto estaría en sus manos. Al llegar a la oficina del asistente personal de Eusebio, Nacho lo encontró revisando papeles.

—¿Mi tío está en su despacho? —preguntó Nacho, sin molestarse en detenerse del todo.

El asistente levantó la vista, algo nervioso ante la presencia del sobrino de Eusebio.

—Sí, señor Larrea. Está trabajando, como siempre —respondió el hombre con una inclinación de cabeza.

—A su edad y con esos problemas de corazón, no debería esforzarse tanto —comentó el joven Larrea con una sonrisa—. Pero ya sabes cómo es, siempre obsesionado con tener el control. Lo que no sabe es que el tiempo también pasa para él.

Sin esperar respuesta, Nacho siguió su camino. El despacho de Eusebio estaba justo al final de un largo pasillo, una fortaleza silenciosa donde su tío se refugiaba prácticamente hasta bien entrada la noche, revisando documentos, como si su trabajo fuera imprescindible para el buen funcionamiento del grupo empresarial.

Nacho cerró la puerta del despacho con un suave clic. Se tomó un momento para observar el lujoso entorno. Los trofeos, las antiguas botellas de vino y la cabeza de un ciervo con gran cornamenta transmitían una sensación de poder, pero para Nacho, todo aquello no se había convertido más que en el eco de una traición. El despacho de su tío Eusebio era la encarnación de todo lo que había perdido su familia.

Eusebio, con la espalda encorvada pero aún firme en su silla de cuero, revisaba unos documentos bajo la luz cálida de su lámpara de escritorio. Apenas levantó la vista cuando escuchó los pasos de Nacho.

—Trabajando hasta tarde, como siempre —comentó Nacho.

Eusebio hizo un gesto vago, sin mirarlo.

—Es lo que hacen los que tienen el deber de sostener esta bodega sobre sus hombros —respondió el anciano.

Nacho caminó hacia el mueble bar donde su tío guardaba una fina selección de bebidas. Con una estudiada calma, eligió una botella de whisky escocés de malta de quince años, sacó la cubitera de una pequeña nevera y sirvió un cubito de hielo en un par de vasos. Luego echó un chorro de bebida en cada uno de ellos. Sabía que su tío no lo rechazaría.

—Vamos a relajarnos un poco, tío. Te has ganado un trago —dijo Nacho mientras servía el whisky. Sin que Eusebio lo notara, Nacho sacó de su bolsillo una pequeña ampolla de digoxina líquida y la vertió en uno de los vasos—. Hay algo que me gustaría contarte.

Eusebio observó el vaso que Nacho le ofrecía y lo cogió entre sus manos, algo temblorosas por el paso de los años.

—Por la familia —propuso Nacho como brindis.

—Por la familia —respondió Eusebio y tras un corto choque de vasos, le dio un sorbo.

El silencio entre los dos se volvió denso.

—¿Qué es eso que querías contarme? —El patriarca de la familia Larrea se quitó las lentes y se recostó sobre el sillón.

Nacho tomó un sorbo de whisky, dejando que el silencio se apoderara de nuevo del despacho. Eusebio lo observaba desde el otro lado de la mesa, con una expresión que combinaba cansancio y paciencia. Aquel hombre, tan acostumbrado a controlar cada situación, no parecía inquietarse por el ambiente denso que comenzaba a formarse.

—He estado pensando mucho últimamente —comenzó Nacho, mirando su vaso como si las palabras fueran más fáciles de encontrar en el fondo del líquido dorado—. Sobre mi infancia, sobre lo que pasó cuando mis padres murieron.

Eusebio levantó ligeramente una ceja, pero no dijo nada. Nacho sabía por experiencia que le dejaría hablar. Eusebio era experto en dejar que sus rivales se desgastaran antes de intervenir. Así siempre había ganado sus batallas.

—Siempre te vi como el hombre que me salvó —continuó Nacho, su voz calmada—. El tío que tomó las riendas cuando todo se desmoronaba. El que hizo que la familia Larrea siguiera adelante, incluso después de la tragedia.

—Lo hice —respondió Eusebio—. Todo lo que hice fue por la familia, Nacho. Por ti. No olvides eso.

Nacho esbozó una sonrisa amarga.

—Es curioso, porque nunca me hice demasiadas preguntas sobre cómo sucedió todo. Era demasiado joven para entenderlo. —Se encogió de hombros—. Pero ahora... Ahora he tenido tiempo para mirar atrás. Para investigar.

El joven Larrea lo escrutaba con atención. Eusebio no dejaba escapar ninguna emoción, pero sus ojos, normalmente imperturbables, se estrecharon ligeramente.

—Encontré una carta de mi madre, dirigida a Margarita Uriarte. Y leí cosas que … —Nacho se mordió el labio—. Cosas difíciles de creer. Sobre las tierras y otras posesiones de mi padre.

Eusebio bebió otro trago de whisky, sin perder la compostura.

—Tu padre tenía buenas tierras, pero no supo manejarlas —dijo, como quien habla de un hombre que tomó malas decisiones de

negocios—. No estaba hecho para este mundo, Nacho. La agricultura… El mundo del vino es duro, y él no estaba preparado para ello.

—Eso es lo que siempre creí —replicó Nacho, sin perder el control —. Pero parece que hay más. Mucho más. —Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran—. He descubierto que mucho antes de que mis padres murieran, tú y Roberto Uriarte os quedasteis con todo lo que tenían. Se lo arrebatasteis sin ningún tipo de miramiento. Tú, su propio hermano.

Eusebio no apartó la mirada, pero Nacho notó cómo su mandíbula se tensaba.

—Es cierto que hay cosas que nunca te he contado. Anda, siéntate. —Su mano le señaló la silla frente a la mesa de roble—. Tu padre estaba ahogado en deudas.

Eusebio hizo una pausa y meneó la cabeza en un gesto de desaprobación.

—Tu padre —empezó de nuevo Eusebio, con una voz más controlada— no era un mal hombre, Nacho, pero estaba fuera de su tiempo. Un soñador, sí, pero sin visión ni los contactos necesarios. Nunca entendió cómo funcionaba el mundo, y mucho menos en esos años tan difíciles. La realidad es que no le robamos nada. Intentamos salvarle.

—¿Salvarlo? —repitió con tono sarcástico—. ¿Así le llamas ahora a arruinarlo y arrebatarle todo lo que tenía? Me vas a decir que fue un acto de generosidad.

Eusebio se inclinó hacia adelante, dejando su vaso en la mesa.

—Nosotros le ofrecimos una salida, Nacho. Lo que no sabes, porque nunca lo viviste de cerca, es que tu padre estaba asfixiado por las deudas. El régimen no perdonaba, ni los bancos tampoco. Roberto y yo movimos contactos, presionamos a la gente adecuada para evitar que lo perdiera todo. No íbamos a dejar que cayera en manos de desconocidos o, peor, que el Estado se quedara con las tierras. Fuimos nosotros quienes le ofrecimos una opción, fuimos quien finalmente mantuvimos a flote las Bodegas Larrea.

Aquello no era lo que había esperado escuchar, pero no dejaría que Eusebio manejara la conversación a su conveniencia.

—¿Qué tipo de opción? —preguntó Nacho, su voz gélida—. Porque lo que encontré en esos documentos no parece una oferta. Fue una trampa envenenada.

Eusebio suspiró, como quien explica una verdad dolorosa que, hasta ese momento, había preferido mantener oculta.

—Tu padre era demasiado orgulloso. Nunca quiso aceptar lo inevitable. Se negaba a vender, incluso cuando sabía que no podía sostenerse. Nosotros le propusimos un trato: quedarse con una parte menor, suficiente para vivir cómodamente, y permitirnos gestionar las tierras, expandir la bodega, convertir todo esto en lo que es hoy. Pero... —Eusebio hizo una pausa, su mirada endureciéndose—. Rechazó la oferta. Decidió luchar contra un sistema que lo iba a devorar. Y ya sabes lo que pasa con los hombres que se enfrentan solos a una marea demasiado fuerte.

—¿Me estás diciendo que fue su culpa? —preguntó Nacho, su tono cargado de incredulidad y rabia—. Os quedasteis con todo, sin ningún tipo de remordimientos.

Eusebio lo miró directamente, sin pestañear.

—No fue su culpa, ni la mía, ni de nadie. Fue la situación. Lo que él no pudo hacer, nosotros lo hicimos. Y por eso todo esto —dijo Eusebio y extendió una mano para señalar el despacho, las bodegas, el imperio— sigue en manos de la familia. Porque si no, lo habría perdido todo y tú no tendrías nada de lo que quejarte ahora.

Nacho empezó a sudar por cada poro de su cuerpo. Su tío prosiguió con el discurso.

—La historia es complicada, Nacho —siguió Eusebio, con voz más calmada pero implacable—. Hay cosas que no puedes entender a menos que hayas estado allí, que hayas vivido lo que viví yo. Tu padre tomó sus decisiones y yo tomé las mías. Lo que importa ahora es que todo esto, todo lo que ves, es fruto de esas decisiones. Si no lo hubiéramos hecho, todo habría desaparecido.

—Te repito que leí la carta de puño y letra de mi madre a Margarita Uriarte.

Un odio creciente se apoderaba de todo el cuerpo de Nacho. El silencio se apoderó del despacho nuevamente.

—Lo que hice, lo hice porque era necesario. Y lo volvería a hacer. —Le señaló con el dedo—. Nacho, debes saber que, a veces, para proteger a la familia, tienes que tomar decisiones que otros no entienden. Tu padre se aferraba a una visión que no tenía cabida en el mundo de aquella época, un tiempo lejano y oscuro. —El viejo parecía ganar fuerza a cada palabra que pronunciaba—. Yo me aseguré de que la familia Larrea no desapareciera. En tus manos está heredar un imperio mayor del que nunca soñamos, si Bodegas Uriarte acepta la oferta de compra.

36

Eusebio Larrea le dio un largo sorbo al whisky y se acabó el vaso. Nacho lo observaba con atención. Sabía que, en pocos minutos, el medicamento comenzaría a recorrer el cuerpo de su tío, apagando lentamente su fortaleza. Un hombre que se había aferrado al poder durante tanto tiempo, que ahora, con cada trago, entregaba su vida sin siquiera saberlo.

—¿Sabes, tío? —comenzó Nacho, su voz baja pero cargada de una calma inquietante—. Durante años te admiré. Te consideré un ejemplo a seguir, un hombre fuerte, el hombre que siempre lograba salir adelante. Me decían que tú habías salvado la bodega, que habías mantenido a flote todo lo que mis padres dejaron atrás. Y yo, les creí.

Eusebio, sin notar aun lo que ocurría en su cuerpo, lo miró con la misma frialdad calculadora de siempre.

—Hice lo que tenía que hacer, Nacho. El mundo es de los que lo conquistan, no de los que se quedan mirando cómo se derrumba.

—Claro, tío. Tú siempre lo has visto así. —Nacho caminó lentamente hasta la otra esquina del escritorio, paseando sus dedos por la madera pulida—. Pero ¿sabes lo que descubrí al final? Que no eras más que un cobarde. Un hombre que aprovechó la desgracia de su propio hermano para hacerse con todo. La familia, el apellido Larrea, en el fondo, te importaba una mierda. Todo era para ti. Para engordar tu ego y construir este imperio a costa de todos los que confiaban en ti, sin ningún tipo de miramiento.

Eusebio arqueó una ceja. Se apoyó en el respaldo de su silla y trató de mantener su habitual porte imperturbable.

—Estás hablando como un niño que no entiende cómo funciona el mundo, Nacho —replicó, pero había un leve temblor en su voz—. Ya te he explicado que tu padre no supo ver más allá de sus propias

narices. Si lo hubiera hecho, todo esto habría sido también suyo, pero no fue así. Así que me encargué de que no cayera en otras manos.

—Claro, claro. Tú, el salvador de la familia. Qué conveniente, ¿no? —Nacho sacó un sobre amarillo algo ajado y lo lanzó sobre el escritorio, justo delante de Eusebio—. Quizá deberías leer esto, tío. Es una carta que mi madre le escribió a Margarita Uriarte antes de morir.

Eusebio frunció el ceño, alargó la mano para coger el sobre y lo abrió con movimientos lentos. Sacó la carta, y al leer las primeras líneas, su expresión se ensombreció.

—La encontré hace poco —dijo Nacho—. Mi madre, tu propia cuñada, sabía lo que estabais haciendo. Sabía que tú y Roberto le habíais tendido una trampa a mi padre. Se lo contaba todo a Margarita, le decía cómo le cerrabais las puertas de los bancos, cómo usasteis vuestras conexiones para arruinarlo. Y lo más patético de todo, tío, es que mientras ellos se hundían, tú sonreías, te pavoneabas como el gran salvador de la familia.

Eusebio no levantó la vista de la carta, pero sus manos temblaron. Apretó los labios, tratando de mantener la compostura. Pero Nacho ya sabía que la digoxina empezaba a hacer efecto. Era cuestión de minutos antes de que el veneno comenzara a estrangularle el viejo y cansado corazón.

—No… —Eusebio intentó hablar, pero las palabras salieron entrecortadas. Soltó la carta y se llevó una mano al pecho, respirando con más dificultad.

—Te sientes débil, ¿no? —preguntó Nacho, con una sonrisa de satisfacción. Se inclinó ligeramente sobre el escritorio, sus ojos clavados en los de su tío—. Te estarás preguntando qué te está pasando. Pues bien, te lo diré: te estás muriendo, Eusebio. Ese whisky que tan a gusto bebiste tenía un ingrediente extra. Digoxina. Suficiente para asegurarnos de que esta será tu última noche.

Eusebio abrió los ojos, incrédulo, y dejó caer el vaso de whisky al suelo. El cristal se rompió en mil pedazos, pero Nacho ni se inmutó.

—¿Qué has hecho? —susurró Eusebio, llevándose ambas manos al pecho. La respiración se le volvía más pesada, sus pulmones luchaban por el aire.

—Lo que se debía hacer hace mucho tiempo —respondió Nacho, con una frialdad escalofriante—. Justicia, tío. Algo que tú nunca conociste. Esto es por mi padre, por mi madre, por todo lo que les quitaste.

Eusebio intentó levantarse de su silla, pero sus piernas no le respondieron. Las fuerzas se le escapaban de las manos y con cada segundo se sentía más débil. Miró a su sobrino, con el rostro contraído por el dolor y el miedo, pero Nacho no mostró compasión alguna.

—Pensaste que podías engañarme toda la vida. Que tu poder te hacía intocable. Pero te equivocaste. —Nacho se inclinó aún más cerca, susurrando casi al oído de su tío—. El tiempo siempre alcanza a los hombres como tú. Y hoy es tu turno.

El sonido del teléfono rompió el silencio. Eusebio alzó la vista, confundido al principio, pero luego fijó su mirada en el terminal sobre el escritorio. Con gran esfuerzo, movió una mano temblorosa hacia el aparato. Nacho lo observaba desde el otro lado de la mesa, sin moverse. Disfrutaba de la escena, como si cada gesto torpe de su tío fuera una confirmación de su victoria. Eusebio luchaba por coordinar sus movimientos, sus dedos apenas podían rodear el auricular. Finalmente, logró descolgarlo. El esfuerzo era evidente en su rostro, la respiración cada vez más entrecortada, mientras trataba de controlar el temblor en su voz.

—Ayu… —comenzó a murmurar, pero antes de que pudiera terminar la palabra, Nacho dio un paso adelante, le arrebató el auricular y colgó.

El despacho quedó de nuevo en silencio, roto únicamente por la pesada respiración de Eusebio, que ahora luchaba por tomar aire.

—¿Qué se siente, tío? —preguntó Nacho, inclinándose hacia él, con la mirada clavada en los ojos llenos de terror de Eusebio—. ¿Qué se siente cuando sabes que te queda tan poco? Que todo lo

que amas, todo por lo que luchaste, está a punto de desaparecer. ¿Es esto lo que sintieron mis padres antes de que les arrebataras todo?

Nacho se acercó para recuperar la carta que su madre había escrito a Margarita Uriarte.

—Quiero que te vayas de este mundo con el mismo dolor que sufrieron mis padres. Escucha atentamente antes de morir:

Querida Margarita,

Espero que al recibir esta carta te encuentres bien. No sé si debería haberte escrito antes, pero la situación en la que nos encontramos Ignacio y yo es insostenible. Ya no sé a quién más recurrir. Mi marido, tu amigo, está al borde de perderlo todo, y temo que lo peor está por venir. Los bancos nos han cerrado las puertas, las deudas se acumulan, y cada día parece que nos empujan un poco más al abismo.

No sé cuánto de esto sabes, pero Ignacio está convencido de que Eusebio y Roberto están detrás de todo. Los dos han movido hilos para que ninguna entidad bancaria nos conceda el crédito que necesitamos para salvar las tierras. Cada intento, cada solicitud ha sido rechazada sin una explicación clara. No me cabe duda de que han usado sus influencias para orquestar todo esto. Sé que puede sonar como el desvarío de una esposa desesperada, pero lo he visto en sus miradas, en los pequeños gestos que creí insignificantes y que ahora cobran un sentido oscuro y devastador.

Por eso te escribo, Margarita. Tú, mejor que nadie, sabes lo que esta tierra significa para Ignacio, y sé que, en el fondo, entiendes lo que está en juego. Si alguna vez fuiste amiga de nuestra familia, si alguna vez sentiste afecto por nosotros, te pido, te ruego, que intervengas. Eusebio siempre te ha escuchado, y Roberto te respeta. No sé cuánto tiempo más podrá resistir Ignacio antes de quebrarse por completo. Nuestra familia no merece esto.

Te suplico que hables con ellos. Diles que nos dejen respirar, que nos den una oportunidad para salvar lo que con tanto esfuerzo

hemos construido. No te pido más que justicia, que nos permitan pelear en igualdad de condiciones, sin las manos atadas. Tú eres la única que podría hacerlos recapacitar.

Con todo mi corazón,

Ana

Tras la lectura, Eusebio sintió cómo la realidad lo aplastaba. Su pecho ardía y el aire ya no llegaba a sus pulmones. Intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Los ojos de Nacho lo observaban, fríos, como los de un cazador que sabe que su presa está herida de muerte.

—Nacho… —murmuró Eusebio, su voz rota, apenas un susurro ahogado entre espasmos—. Llama… una ambulancia…

El temblor de su mano era visible cuando trató de alcanzar de nuevo el teléfono, pero Nacho lo observaba impasible desde el otro lado del escritorio, su figura firme en la penumbra del despacho. No había prisa en sus gestos, solo una calma peligrosa que envolvía la habitación.

—¿Una ambulancia, tío? —Nacho dejó escapar una leve risa, amarga y cruel—. ¿Ahora te preocupa tu vida? Después de todas las que destruiste, ¿crees que mereces vivir un día más?

Eusebio luchaba por respirar, cada inhalación era más superficial, más difícil. Sentía cómo algo comenzaba a devorar sus fuerzas. El sudor frío le corría por la frente, y su mano temblaba mientras se aferraba al borde del escritorio como si pudiera encontrar allí el equilibrio que su cuerpo le negaba.

—Por favor… soy yo, tu tío que siempre cuidó de ti. —Las palabras apenas eran audibles. Eusebio buscaba en los ojos de Nacho algún atisbo de compasión, un resquicio de humanidad que pudiera salvarlo.

—¿Y eso que cambia? —respondió Nacho, con una frialdad que cortaba el aire—. Eso solo te hace más culpable.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Eusebio mientras sentía el peso de su propia muerte sobre él. Intentó incorporarse una vez

más, pero sus piernas ya no respondían. Con un esfuerzo desesperado, alargó la mano hacia el teléfono una vez más, pero antes de que pudiera alcanzarlo, Nacho lo empujó lejos, haciéndolo caer al suelo.

Eusebio quedó tendido, su rostro contorsionado por el dolor. El sonido de su respiración entrecortada llenaba el despacho. Sabía que no había vuelta atrás, pero aun así, se aferró al último hilo de esperanza.

—Piénsalo, Nacho… —jadeó, con los labios temblorosos—. Puedo, puedo arreglar todo. No tienes que hacer esto…

El rostro de Eusebio, que una vez había sido imperturbable, estaba ahora deformado por el dolor y el terror. Su pecho subía y bajaba con dificultad, mientras los ojos, llenos de desesperación, buscaban algo, cualquier cosa, a lo que aferrarse. Pero no había salvación. La droga ya había hecho su trabajo y la muerte lo rondaba, impaciente por reclamarlo.

Nacho se inclinó sobre su tío, observando cómo se retorcía en el suelo, sus manos temblorosas aferrándose al vacío, a una esperanza que ya no existía. El sonido de su respiración entrecortada era lo único que rompía el silencio del despacho.

—Voy a quedarme con todo, tío —dijo Nacho, con una sonrisa que apenas curvaba sus labios—. Las bodegas Larrea y las bodegas Uriarte serán mías. Todo lo que destruiste, todo lo que intentaste robarme, volverá a mí. Y tú, morirás sabiendo que todo por lo que luchaste, por lo que traicionaste, te lo voy a arrebatar.

37

Nacho observaba a su tío agonizante en el suelo del despacho. La respiración de Eusebio era cada segundo más entrecortada y sus manos temblorosas. El control absoluto sobre la situación le colmaba a Nacho de una extraña satisfacción, cuando la puerta del despacho se abrió de golpe. Félix Lobo y Blas Zalduendo irrumpieron en la sala. Lobo, con su mirada gélida, se fijó en el cuerpo de Eusebio y luego en Nacho, quien los observaba con una mezcla de sorpresa y rabia. Blas, detrás de Lobo, se quedó petrificado, sin poder disimular el asombro.

—¡Nacho, déjalo ya! —exclamó Lobo con firmeza, mientras con una mano sacaba su móvil del bolsillo—. Esto se acabó.

El joven Larrea frunció el ceño y su expresión cambió de confusión a ira. Sus dedos se deslizaron hacia el bolsillo interior de su traje. Antes de que Lobo o Blas pudieran reaccionar, sacó una pistola y la apuntó directamente hacia ellos.

—¡No te muevas, Lobo! —espetó Nacho, la voz cargada de furia —. No tienes ni idea de lo que está pasando aquí.

Félix se detuvo un instante, con su móvil aún en la mano, pero no mostró ni un atisbo de miedo. Su mirada se endureció mientras mantenía los ojos fijos en Nacho. Con calma, sin apartar la vista de él, comenzó a marcar en su teléfono.

—Tranquilo, Nacho —dijo con voz grave—. Voy a llamar a una ambulancia. Si no quieres empeorar las cosas, baja esa pistola.

—¡Te he dicho que no te muevas! —gritó Nacho, su mano temblando ligeramente mientras apretaba la empuñadura del arma —. ¡Este hombre se merece morir! Ha destruido mi vida, la de mis padres, ¡todo lo que teníamos!

Lobo ignoró la amenaza. Manteniendo la calma, pulsó el botón de llamada.

—Emergencias, necesito una ambulancia urgente —dijo al teléfono—. Un hombre mayor, envenenado. Está en estado crítico. Calle…

Lobo miró a Blas, quien respondió veloz con la dirección. Con el teléfono aún en su mano, Lobo dio un paso hacia Eusebio, que yacía en el suelo, con el rostro pálido y cubierto de sudor.

—No hay tiempo para esto, Nacho. —afirmó Lobo mientras se acercaba al cuerpo agonizante de Eusebio sin vacilar—. Si lo dejas morir, no será justicia, será un asesinato.

Lobo se arrodilló junto a Eusebio y revisó su pulso. Luego aflojó la corbata del anciano para facilitarle la respiración. Blas, nervioso, miró de reojo a Nacho, que seguía con la pistola en alto.

—Cago en todos mis muertos, Nachito, déjate de tonterías, baja esa pistola y ayúdanos con tu tío. Ya habrá tiempo para impartir justicia más adelante.

—Lo sabemos todo, Nacho —interrumpió Lobo, su voz sin perder ni un ápice de su calma—. Pero esto no es la forma. Mira a tu tío, está muriendo.

Mientras Lobo hablaba, continuaba aplicando presión en el pecho de Eusebio, para mantenerlo consciente. La respiración de Eusebio era cada vez más irregular, y sus ojos, que apenas lograban enfocarse, se fijaban en Nacho con una mezcla de horror y súplica.

—Tienes razón en algo, Nacho. Tu tío se merece pagar por todo lo que ha hecho —afirmó Félix—. Pero no de esta forma. No con tus manos manchadas de sangre. La justicia que buscas no se encuentra aquí, en este despacho, ni en este momento.

Nacho permanecía con las manos en alto, la pistola apuntándolos. El ulular de las sirenas de la ambulancia empezó a hacerse audible a lo lejos, junto a los truenos de una tormenta que parecía acercarse. La mirada del joven Larrea parecía atrapada en un torbellino de emociones que no podía controlar. El odio, la rabia, el dolor de los recuerdos que lo habían consumido durante años,

comenzaban a tambalearse bajo el peso de la verdad que le estaban imponiendo.

—Ven aquí —murmuró de repente Eusebio, con la voz apenas un susurro.

Nacho se inclinó hacia él, sin soltar el arma, esperando una súplica o una disculpa. Pero lo que salió de la boca de Eusebio fue una verdad mucho más oscura, una revelación que cambiaría todo lo que Nacho había creído hasta ese momento.

—No fue un accidente... Tus padres... —Eusebio jadeaba, sus ojos hundidos en el dolor—. Fue todo planeado. Margarita, ella nos unió... a mí y a Roberto.

Nacho se quedó paralizado.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con la voz entrecortada—. ¿Margarita?

—Ella lo planeó todo —continuó Eusebio, con dificultad—. Tras la carta nos... nos juntó... a mí y a Roberto. Quería quedarse con las bodegas, con todo. Ella fue la que ideó el plan. Tu padre, nunca... nunca estuvo dispuesto a vender, pero Margarita lo sabía... nos manipuló a todos... a mí, a Roberto... para que lo quitáramos de en medio.

La verdad golpeó a Nacho como un mazazo en el pecho. No solo Eusebio y Roberto habían traicionado a su familia, sino que Margarita, la misma mujer que le había apoyado recientemente, era la mente maestra detrás de todo. Había sido ella quien había tejido la red de traición, instando a su tío y a Roberto Uriarte para apoderarse de los viñedos de su padre. Y lo peor de todo: la muerte de sus padres había sido premeditada. Algo que hacía tiempo ya sospechaba, pero escucharlo de la boca de su tío fue una especia de redención.

Las palabras de Eusebio se desvanecieron con su último suspiro y su cuerpo quedó inerte. Nacho se quedó congelado, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar. Su mundo, que ya se tambaleaba, se acababa de desplomar a su alrededor. Margarita

Uriarte, la mujer que él había creído ser un pilar de apoyo, había sido la arquitecta de la ruina de su familia.

—Cago en la madre que me parió, Nachito, ¿no ves que te han usado? —dijo Blas, con la voz quebrada pero aún fuerte—. Baja esa arma ya, joder. Apuntas hacia el lugar equivocado. Margarita, Eusebio, Roberto… Todos te manipularon. ¡Pero no tienes que seguir sus pasos! ¡No te conviertas en lo que tanto odias!

Ignacio Larrea se mantenía con los ojos muy abiertos, sin decir palabra.

—¡Cago en todos mis muertos, Nachito! —rugió de nuevo Blas, con la voz rota, cargada de desesperación—. No lo ves, joder. ¡Tu tío está muerto! ¡Baja esa pistola de una vez!

El despacho parecía encogerse, ahogado por el retumbar de la tormenta que, afuera, ya se desataba con furia. Las primeras gotas gruesas de lluvia empezaron a golpear la ventana con violencia, como pequeños puñales que anunciaban el desastre que estaba por venir. Nacho parecía ido, fuera de sí, como si las palabras de su tío no le dejaran pensar con frialdad, embargado por el odio y la sed de venganza.

—¡Nacho, por Dios! —insistió Blas—. No eres como ellos, tú no puedes acabar así.

Nacho permanecía con la pistola en alto, su mirada fija, oscura, sin apartarse de Lobo ni de Blas. El eco de la tormenta golpeaba las ventanas del despacho, mientras los truenos retumbaban con fuerza.

—Esto no ha terminado —murmuró Nacho, dando un paso atrás, la pistola aún amenazante, sus ojos encendidos de ira—. Nadie me detendrá. Todas estas tierras, por las que mi padre tanto luchó, me pertenecen. ¡Son mías!

Blas intentó acercarse de nuevo, su corazón latiendo desbocado, pero Nacho lo apuntó directamente a la cabeza.

—No te acerques, Blas. No lo hagas. —Su voz era un susurro cargado de odio y confusión—. No eres parte de esto.

Sin esperar respuesta, Nacho giró sobre sus talones y avanzó rápidamente hacia la puerta. Blas corrió tras él, maldiciendo entre

dientes.

—¡Nacho, para! —gritó, pero su voz fue devorada por el rugido del viento y los truenos afuera—. ¡No puedes hacer esto!

Mientras tanto, Lobo, ajeno a la huida de Nacho, se arrodillaba junto a Eusebio en un intento vano de practicarle un masaje cardiovascular. Sabía que el viejo Larrea estaba al borde de la muerte, pero no pensaba rendirse. Sus manos presionaban rítmicamente el pecho del anciano, para mantener el latido de su corazón. Tal vez pudiera reanimarlo. El tiempo se agotaba.

Cuando Blas salió, el viento y el agua lo zarandearon como a un muñeco. Tras la cortina de agua pudo distinguir la silueta de Nacho Larrea que corría en dirección a la nave. «Joder Nachito, la Ducati, no». Blas se dirigió a por la Kombi a regañadientes. Hacía años que no conducía, pero la situación lo exigía. No había avanzado más que unos cuantos metros con la vieja furgoneta cuando en la distancia vio la motocicleta aparecer. En unos pocos segundos la luz roja posterior se perdió en las tinieblas.

Blas apretó con fuerza el acelerador.

—¡Coño, Lobo, cago en tus santos muertos, ya podías comprar algo mejor! —gritó, las dos manos firmes sobre el volante.

La motocicleta rugió con un estruendo que se perdía entre los truenos. Las palabras de su tío, ese veneno que le había escupido con su último aliento, resonaban una y otra vez en su cabeza: "Margarita lo planeó todo... la muerte de tus padres...". Era como si esas palabras se hubieran grabado a fuego en su mente. No podía pensar con claridad. La rabia, la traición, el dolor, todo se agolpaba en su pecho. Tenía que escapar, tenía que hacer algo.

La lluvia golpeaba su rostro con fuerza, casi cegándolo, pero Nacho no veía nada más que ese camino frente a él, ese camino que lo alejaba de una vida de traición y ruina. Aceleró la Ducati, sintiendo cómo el barro y el agua salpicaban por todas partes mientras las ruedas resbalaban ligeramente en el asfalto mojado. El

viento y el agua lo azotaban, pero no le importaba. Solo quería irse, quería huir de la verdad que lo había consumido. Un relámpago iluminó el horizonte, para mostrarle las colinas y los viñedos que se extendían a su alrededor, las mismas tierras que su padre había luchado por preservar. Todo lo que su familia había construido, todo lo que ahora estaba manchado por sangre y traición.

A medida que avanzaba, las palabras de Eusebio se repetían una y otra vez en su cabeza: "Margarita lo planeó todo... tu padre... tu madre... nada fue un accidente...". La furia lo cegaba y no se dio cuenta de lo rápido que iba. De repente dos luces pequeñas rojas aparecieron ante él. El agua en su rostro y el destello de los relámpagos lo cegaban. Un tractor avanzaba lentamente delante, cargado con las uvas recién cosechadas, empapadas por la lluvia. Pero Nacho no lo vio hasta que fue demasiado tarde.

Todo ocurrió en una fracción de segundo.

Intentó frenar, pero la Ducati resbaló en el asfalto mojado, sin control. La motocicleta chocó de forma violenta con la plataforma del tractor, y él salió disparado hacia el aire, como si el viento lo hubiera arrancado de su propio destino. Durante esos instantes, los últimos pensamientos de Nacho no fueron para Margarita, ni para Eusebio, sino para sus padres. Los vio, recuerdos de viejas fotografías que tenía grabados pasaron por su mente, y entonces la furia se desvaneció, dejándolo solo con el dolor de saber que nunca recuperaría lo que le habían arrebatado.

El impacto contra la superficie metálica fue brutal. El cuerpo de Nacho cayó entre las vides. Un borde cortante había rasgado el traje a la altura del tórax y la sangre se derramaba sobre las uvas esparcidas por la plataforma. El color rojo profundo lo manchaba todo y se mezclaba con el fruto de las viñas, como si el legado familiar se fundiera en un todo. La sangre y el vino, símbolos de una familia destruida por la ambición y el odio.

Blas llegó pocos segundos después, con un grito desesperado, mientras un trueno retumbaba sobre su cabeza. La imagen era devastadora: las uvas desparramadas por la carretera, la Ducati

destrozada, y el cuerpo de Nacho, inmóvil, entre las vides empapadas por la tormenta y la sangre.

—¡No, Nacho! —gritó, arrodillándose junto a él, intentando encontrar un pulso, una señal de vida—. Cago en Dios, no, así no.

38

Los noticieros de la televisión y la prensa proclamaron a la mañana siguiente las violentas muertes de Eusebio y Nacho Larrea y planteaban en primera plana la serie de trágicas muertes, probablemente desencadenadas por la codicia y la avaricia, de dos de las más ilustres familias bodegueras de La Rioja. Lobo leía los titulares en su móvil en la habitación del hospital, cuando percibió que Nora abría los ojos con lentitud. La luz que se filtraba a través de la ventana reflejaba las facciones de su rostro con un brillo especial. Al verlo, ella sonrió y esos hoyuelos que tanto le gustaban a él se dibujaron en sus mejillas. Los ojos de Lobo se encendieron impulsados por el ritmo de su corazón. Se acercó a su lado y le tomó la mano.

—¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente, mi niño —respondió ella con la voz todavía débil—. Aunque me duele la cabeza como si me hubieran dado un martillazo.

Lobo se inclinó, sonriendo a medias. Notó como ella le apretaba la mano.

—Te voy a pedir un favor. —Hizo un amago para que se acercara y bajó tanto el tono que apenas la podía escuchar—. La próxima vez, ¿podrías venir con Luna?

Él sonrió.

—Sí me dejan entrar con ella, por supuesto —respondió—. No te preocupes. Luna está bien, un poco triste porque te echa de menos, pero en perfecto estado.

Félix acercó la silla y se sentó, sin soltarle la mano. La miró con atención.

—¿Qué pasa, mi niño?

—Eusebio y Nacho Larrea han fallecido.

Delgado intentó incorporarse, pero un gesto de dolor se perfiló en su rostro y se dejó caer de nuevo sobre la cama.

—No te muevas, solo escucha —le pidió Lobo y bajó el tono de su voz—. Hace poco, Nacho encontró una carta que su madre le había escrito a Margarita Uriarte. Esa carta lo cambió todo, Nora. En ella, su madre rogaba a Margarita que interviniera, que ayudara a detener lo que Eusebio y Roberto Uriarte habían hecho con su padre. Nacho descubrió que le arrebataron todo a su familia. Manipularon los bancos, cerraron puertas… y Margarita lo sabía todo. Sabía desde el principio lo que estaban haciendo, pero no hizo nada.

—¿Margarita? —preguntó Nora, con incredulidad—. ¿Qué tenía que ver ella en todo esto?

—Al parecer, fue Margarita la que unió a Eusebio y Roberto. Les ofreció la idea, los manipuló para que apartaran del camino al padre de Nacho y se quedaran con las bodegas. Sabía que el padre de Nacho nunca aceptaría vender, y por eso planearon todo, incluso el accidente en el que murieron, él y su mujer.

Nora permaneció en silencio.

—El odio y la sed de venganza lo consumieron —dijo, finalmente —. Y después, cuando huyó, la velocidad y la escasa visibilidad por la tormenta provocaron el accidente mortal de Nacho con la motocicleta.

Lobo observó a través de ventana de la habitación el azul radiante del firmamento, por encima del río Ebro. Al bajar la vista, se encontró con el puente de Piedra, una de las estructuras más emblemáticas de la ciudad, con sus arcos desgastados por los siglos, pero aún firmes. El agua, calma en esa parte del recorrido, reflejaba no solo el puente, sino también el cielo, con trazos de nubes que parecían desdibujarse en la superficie.

—A veces creo que la vida es como ese río —prosiguió él, con la mirada perdida en el horizonte—. Parece tranquila en la superficie, pero debajo, las corrientes pueden arrastrarte sin que te des cuenta. Es como lo decía Viktor Frankl, el psiquiatra que sobrevivió a los

campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial. Él hablaba de cómo la búsqueda del sentido es lo único que nos mantiene a flote. Y cuando perdemos eso, cuando dejamos que el odio o la codicia nos guíen, como les pasó a los Uriarte y a los Larrea, nos hundimos. —Hizo una pausa—. Pensaban que podían tenerlo todo, que el poder y el dinero eran suficientes para llenar el vacío. Pero no es así. Al final, la codicia los devoró desde dentro, y la venganza de Nacho no lo hizo más libre, solo lo arrastró más hondo, hasta el punto de no retorno. Todo aquello que reprimimos y dejamos crecer en la sombra, termina saliendo tarde o temprano.

Félix miró a Nora, no esperaba respuestas.

—Esto es lo que siempre me dice mi terapeuta —agregó Lobo, con una sonrisa cansada—. No se trata de lo que la vida te quita, sino de cómo decides enfrentar lo que te queda. Los Larrea y los Uriarte eligieron la peor manera posible.

El silencio se apoderó de la habitación un largo rato hasta que Nora lo rompió.

—Félix... —susurró, y su voz sonó tan suave que él apenas la oyó —. Me alegra que estés aquí.

—No podría estar en otro sitio, Nora —respondió, sin apartar la mirada de ella.

El aire entre ellos se volvió denso. Félix no soltó su mano, la sintió cálida y viva entre sus dedos. Recordó cuando la encontró en el parque del Retiro tan solo unos días atrás. La intensidad de sus ojos, su risa desafiante, no estaba seguro del motivo, pero se dio cuenta de que, de alguna manera, había sido ella quien le devolvió algo que pensaba perdido.

—A veces me pregunto qué nos ha traído hasta aquí —dijo Nora, con una leve sonrisa melancólica, como si le hubiera leído el pensamiento—. Nos hemos enfrentado a la muerte, al odio, al amor, y aquí estamos. No sé si es locura o coraje, o quizá ambas cosas.

—Es la vida, Nora. Esa vida que te arrastra, como el río —murmuró—. Te pone en el camino de personas que no esperabas, de momentos que no planeabas, y de pronto no encontramos aquí,

atrapados. —Bajó la vista—. Contigo, todo cobra otro sentido —se atrevió por fin a decir.

Nora le sostuvo la mirada, mientras esas palabras la atravesaban. Había algo en su pecho, un calor creciente, una mezcla de alivio y anhelo. Se atrevió a alzar una mano y rozar suavemente su rostro, siguiendo la línea de su mejilla, con una delicadeza casi reverente.

—Si me hubieras dicho hace un tiempo que acabaríamos así —susurró ella, con una sonrisa que ocultaba la intensidad de sus sentimientos—. Creo que me habría reído en tu cara.

Lobo no pudo evitar acercar el rostro a sus labios. El calor de su aliento hizo que se le erizara la piel de todo el cuerpo. Habían pasado años, demasiados, desde la última vez que sintió algo tan auténtico. No había estado con nadie en mucho tiempo. Las relaciones se le escapaban como el agua entre los dedos, y él mismo había terminado por aceptar que su vida estaba destinada a esa soledad autoimpuesta, esa distancia fría y calculada que lo protegía. Pero ahora, sentado al lado de Nora, con el murmullo suave de la ciudad y el rio como fondo, sentía una necesidad de cercanía que lo sorprendía y, al mismo tiempo, lo aterrorizaba.

El roce inicial de sus labios pareció más un acto de reconocimiento que un beso. Pero entonces, como si algo en ellos hubiera estado aguardando ese momento, ambos se encontraron con mayor urgencia. Los labios de Félix buscaron los de ella con suavidad y profundidad, y Nora, en un gesto tan natural como respirar, le rodeó la nuca, atrayéndolo más cerca, sintiendo el calor y la textura de su piel.

Fue un beso prolongado. Félix sentía que el mundo se desvanecía a su alrededor, que solo existía esa cercanía, el temblor compartido y el leve sabor a miel que percibía en los labios de Nora. Para ella, era como si ese beso tocara heridas viejas, reconociendo su dolor y su deseo de encontrar algo más allá de la soledad que se había acostumbrado a cargar.

Cuando Lobo empezó a perder la noción del tiempo, Nora fue quien se separó, con un leve temblor en los labios. Aún con los ojos

cerrados, respiró profundamente, buscando palabras que se le resistían.

—No... no debemos —susurró al fin, con un hilo de voz, dejando caer su mano mientras lo apartaba, y una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios.

Al escuchar los pasos sonoros como los de un velero que se mecía de lado por los efectos de una tormenta, Delgado se giró con violencia hacia al otro lado.

—¡Nora! —El cuerpo enorme de Fernando se perfiló bajo el marco de la puerta.

Tras unos segundos de indecisión, Delgado reaccionó.

—Mi niño, ven —dijo ella, con una sonrisa suave.

Félix notó que le ardían las mejillas. Aquel hombre de brazos inmensos abrazó a Nora, que desapareció por completo bajo el inmenso corpachón. A pesar de su tamaño, el hombre empezó a sollozar, mientras murmuraba en voz alta cuánto la había echado de menos y lo preocupado que había estado. Que era un verdadero estúpido, que le perdonara por todo lo que había hecho. De repente, Lobo sí que se sintió como un auténtico estúpido. Sin decir palabra, se levantó y abandonó el hospital a toda velocidad.

Félix había repasado la maleta más de quince veces y limpiado la mesa del despacho el mismo número de ocasiones. Y las que le quedaban. Había comprado un billete de tren que le llevaría a Madrid a la mañana siguiente. La voz quebrada de Isabel hizo que soltara el paño con el que frotaba con ahínco uno de los bordes de la mesa.

—Félix —comenzó Isabel, su voz quebrada y a la vez firme—, quiero darte las gracias, de corazón. Sin ti y sin Nora, todo esto seguiría siendo un oscuro laberinto de secretos y mentiras. No puedo dejar de pensar en lo que habéis arriesgado para llegar a la verdad. A veces la justicia parece un lujo imposible, pero vosotros habéis demostrado que es posible.

—Isabel, no lo hicimos solos. Tú, Blas —dijo e hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—, sin él, nada de esto habría sido posible. Nos ha enseñado más de lo que imaginas.

La mujer le correspondió con una sonrisa.

—Voy directa al grano, quiero que trabajéis para mí. —Antes de que él pudiera decir nada, ella levantó la mano—. Quiero que investiguéis los casos que nadie se atreve a tocar, que deis voz a aquellos que no pueden defenderse, que encontréis la verdad donde únicamente hay oscuridad. Y no te preocupes por los recursos; estaré a vuestro lado para financiar de forma generosa las operaciones. No importa lo que cueste, Félix. A partir de hoy, no quiero que falte justicia donde sea posible alcanzarla.

Félix sintió que la garganta se le secaba. Intentó pronunciar algo, pero el peso de la propuesta le robaba las palabras.

—No digas nada todavía, espera a leer con detenimiento el contrato.

Isabel le dio una carpeta, se giró sobre sí misma y desapareció tras el marco de la puerta.

NOTA DEL AUTOR

Gracias por leer ***Sangre entre viñedos***. Sin ti, nada de esto sería posible.

Espero que hayas disfrutado la primera novela de Delgado y Lobo.

Mi deseo es que ambos detectives nos acompañen en muchas investigaciones a la par que vamos conociendo mejor a los protagonistas y su relación. La segunda parte, ***Sombras de la infancia***, ya está disponible en preventa:



Sombras de la infancia

Me encantaría que me hicieras llegar cualquier comentario tuyo o sugerencia a mi dirección de correo electrónico: jorgezaragoza@jorgezaragozagomez.com

O a través de mi página web, dónde podrás darte de alta para estar al tanto de las novedades:

www.jorgezaragozagomez.com

Tu opinión cuenta. Y mucho.

Si puedes, deja una reseña en Amazon o cuando el Kindle te lo solicite, al llegar al final del libro:

https://amzn.to/3UFgNJU

A continuación, tienes más información sobre mi catálogo de thrillers.

SERIE LOBO Y DELGADO: APASIONANTES THRILLERS DE MISTERIO Y SUSPENSE POR LA GEOGRAFÍA ESPAÑOLA



1. Sangre entre viñedos
2. Sombras de la infancia

TRILOGÍA THRILLER POLICIACO AMBIENTADO EN ALICANTE Y MADRID (SE DEBE LEER EN ORDEN):



1. Un ángel no debería morir
2. Caída al abismo
3. Los hilos del poder

THRILLER HISTÓRICO II GUERRA MUNDIAL:



1. El secreto de Ilse

THRILLER REPLETO DE MISTERIO Y SUSPENSE AMBIENTADO EN VALENCIA.

NOVELA FINALISTA PREMIO AMAZON LITERARIO 2024



1. Hermanos de Dios